

la expresión de un trabajador para
ratoria, su frustrado intento de cru-
s Unidos en más de treinta ocasio-
o por los servicios de inmigración.
la basura que arroja la marea a la

otros doce trabajadores migrantes
volumen, como testimonios vivos
dramas, aventuras, quehaceres y
lles de mexicanos que buscan tra-
nteriza. Las historias de vida que
e sus vicisitudes en distintas fases
paración del terruño, la llegada a la
cumentados, el mundo del trabajo,
a casa, la permanencia definitiva.
biertas de los trabajadores migran-
er sus conclusiones sobre un fenó-
ltural que ha afectado a la pobla-
o a lo largo de más de un siglo.

social y geógrafo, con estudios en
a, El Colegio de Michoacán y la Uni-
nil. Es investigador del Departamen-
entos Sociales de la Universidad de
istema Nacional de Investigadores.
e migración internacional destacan:
xico, 1995); con Douglas S. Massey,
rizona Press, Tucson, 1997).

EL NORTE ES COMO EL MAR

durand (coord.)

EL NORTE ES COMO EL MAR

Entrevistas a trabajadores
migrantes en Estados Unidos

JORGE DURAND
(coordinador)

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS SOBRE MOVIMIENTOS SOCIALES

CENTRO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

EL NORTE ES COMO EL MAR

Entrevistas a trabajadores
migrantes en Estados Unidos

Jorge Durand
(coordinador)

Con la colaboración de
María Raquel Carvajal Silva
Víctor M. Espinosa Aguilar
Enrique Martínez Curiel
Hugo Velázquez Villa

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Ilustración de portada: *El Bordo*. Fotografía de Rubén Bonet.
Archivo General de El Colegio de la Frontera Norte. Tijuana, BC.
1995.

Primera edición: 1996

D.R. © 1996, UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Coordinación Editorial
Francisco Rojas González 131
Col. Ladrón de Guevara
44600 Guadalajara, Jalisco, México

Impreso y hecho en México
Printed and Made in Mexico

ISBN: 968-895-631-7



FOMES • U de G

El Fondo para la Modernización de la Educación Superior (94-15-10/02) y (951512) otorgó apoyo financiero para la edición de este libro.

Indice

Presentación	9
I. La frontera, el cruce y el trabajo	17
"El Norte es como el mar"	19
"Es una batalla este Norte"	30
"Trabajar, chingarle, desgastarse"	50
"Todos mis piensos son volver pa'trás"	70
II. Vida cotidiana y retorno	95
"Uno solo no hace nada"	97
"Del trabajo a la casa"	124
"Con dinero se vive mejor en México"	137
"Familia dividida"	142
III. Los que se quedan	159
"El trabajo lo tengo en mis manos"	161
"Todo es como una raíz"	171
"Somos los que venimos a dejar nuestro sudor"	182
"Esta es la historia de acá del Norte"	195
"¿Qué los mexicanos no podemos?"	210
"No fuimos al Norte a juntar flores"	234

Presentación

"Todos mis piensos son volver pa'trás." Con esta frase un migrante de Nahuatzen, Michoacán, quiso decir que no pensaba en otra cosa más que volver a su pueblo. El ansia de retorno entre los migrantes de cualquier nacionalidad es tema recurrente y bastante conocido. Todos dicen que desean volver, porque como su pueblo no hay dos, por eso quieren encontrarse lo antes posible en su lugar de origen. Desde lejos se idealiza el terruño, la nostalgia desfigura los recuerdos, la ilusión transforma la cruda realidad en fantasía. Sin embargo, en esta frase no se percibe nostalgia, ilusión o romanticismo; se advierte, más bien, un alto grado de obsesión, casi desesperación por el retorno. Toda su mente, su tiempo y energía están dirigidos a un objetivo concreto, irremplazable: volver. A pesar de su claridad, la frase tiene ciertos elementos crípticos. La palabra *piensos*, se antoja de español antiguo, aunque no figure en diccionarios, ciertamente es una acepción campesina de pensamientos. La última palabra, pa'trás, es una contracción muy utilizada en México para evitar la cacofonía de las vocales. Sin embargo, la expresión "volver pa'trás" como sinónimo de regresar parece ser un anglicismo muy utilizado entre la población migrante, que deriva de la expresión *came back*. Lograr una versión formalmente correcta de la frase no resulta fácil; una

opción podría ser: todos mis pensamientos están puestos en el retorno. Pero obviamente pierde toda su fuerza, la combinación del español primitivo, la contracción y el anglicismo dicen mucho más; por lo pronto sugieren un origen campesino y el contexto en que se halla el entrevistado. Comoquiera, estas reflexiones surgen cuando se platica con la gente, cuando se deja hablar a los protagonistas, cuando la investigación social deriva en relación social.

Como esta frase, el lector podrá encontrar otras igualmente sugestivas a lo largo de este libro; de hecho una de ellas dio pie al título del libro y otras encabezan las entrevistas; hay ocasiones en que una sola frase resume toda una manera de ver y comprender la realidad. De ahí nuestro interés en poner a disposición del público estos testimonios, francos y abiertos, de trabajadores migrantes en Estados Unidos, dejar que cada lector se enfrente al texto y saque sus propias conclusiones sobre un fenómeno social que afecta directa o indirectamente a la mayoría de la población del occidente mexicano.

El esfuerzo por recuperar la historia y la experiencia de los migrantes va más allá del interés meramente académico; los migrantes mismos consideran que tienen algo que decir, algo que contar, que su experiencia es importante que se conozca. De ahí que exista una serie de publicaciones que recogen también este tipo de historias y testimonio.

Se trata de ediciones de tiraje corto, elaboradas por los mismos migrantes y editadas con recursos propios que, lamentablemente, tienen escasa difusión; este es el caso de *El libro de los talentos*, de Severiano Jáuregui Pérez, publicado en Los Angeles, California, en 1981, por la Difusora Cultural los Talentos Inc. La obra, de formato grande, de pasta dura, contiene 120 entrevistas, reportajes dice el autor, de personas provenientes o relacionadas con el poblado de Jalostitlán, de los Altos de Jalisco. Como el título lo sugiere, se

entrevistaron fundamentalmente a personas que han tenido algún tipo de éxito en su vida como migrantes, personas que supieron multiplicar los talentos, en alusión directa a la parábola bíblica.

Otro ejemplo son los testimonios personales, como el libro *Júzguenme*, de Nemesia de la Torre, edición en rústica, de 165 páginas, publicada en 1988, en Guadalajara, por la editorial Impresos González. La obra, redactada por el periodista J. Luis Aguilar López, se califica como "autobiografía", recoge el testimonio dramático de una madre yucateca que encuentra en la migración la única salida para sobrevivir y darle sustento a sus tres hijas. Hay otras publicaciones periódicas, con formato de revista, en las que se retoman diversos aspectos de la vida migrante, tanto en el pueblo de origen como en Estados Unidos. La revista *Club Pegueros, Inc.*, editada en Santa Mónica, California, en 1992, órgano de expresión y difusión de la institución que lleva el mismo nombre y que reúne a los habitantes de Pegueros —Altos de Jalisco— que viven en Estados Unidos.

La edición, de formato tamaño carta, tiene carátula y cuarta de forros a todo color, en su interior se publican fotografías en blanco y negro y en color. La revista recoge artículos de fondo de tipo histórico regional, testimonios de migrantes, poemas, narraciones locales y reportajes sociales, cuenta además con una sección publicitaria, en la que se anuncian empresas y negocios de gentes de la localidad que viven y trabajan en California.

De diversas maneras y con diferentes recursos los migrantes quieren dar a conocer su vida y su manera de ver la realidad; quieren hacer patente su cariño e íntima relación con México, quieren expresar las razones, motivos y vivencias de su experiencia migratoria.

El objetivo de este libro es sumarse a este esfuerzo, dar voz a mexicanos migrantes que tienen algo que decir, que contar, que enseñar. Este conjunto de testimonios hablan

por sí mismos, lo que le permitirá al lector conocer un mundo ajeno desde dentro.

Intencionalmente se ha dejado fuera todo intento de análisis; se trata de "devolverle la vida", como diría Lévi Strauss, a los estudios migratorios, de olvidar por un momento cifras, porcentajes, tendencias y teorías, para escuchar la versión de los protagonistas. En ese sentido, el presente trabajo es una fuente de información, como lo ha sido, por muchos años, el trabajo pionero de Manuel Gamio, *El inmigrante mexicano, la historia de su vida*. Trabajo realizado en los años 1926 y 1927, publicado primero en inglés por la Universidad de Chicago en 1930, después por la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1969. La edición fue realizada por Robert Redfield, conocido mexicanista, especialista en Yucatán. La obra recoge 61 entrevistas, elaboradas de acuerdo con un guión previo, no son estrictamente historias de vida, aunque el título del libro así lo sugiera y se traten temas biográficos; tampoco son transcripciones —en ese tiempo no se contaban con grabadoras—, ya que sólo en ocasiones se tomaron notas delante de los entrevistados, la mayoría de las entrevistas fueron reconstruidas con posterioridad. No obstante sus limitaciones, el material recogido por Gamio ha sido una fuente de consulta insustituible que ha permitido conocer más de cerca el proceso y la dinámica migratoria en las primeras décadas de este siglo. Este trabajo hubiera quedado huérfano si Angela Davis no hubiera dedicado diez años de su vida a entrevistar migrantes; su obra *Voces mexicanas, sueños americanos*, publicada en 1993 por Siglo XXI, retomó la posta dejada por Gamio; en este caso se trata de transcripciones de entrevistas previamente grabadas, donde se optó por el rigor en la transcripción y la selección y depuración temática. Al igual que las entrevistas de Gamio, se incluyen textos cortos que no intentan cubrir un panorama completo de la entrevista o, propiamente, ofrecer una historia de vida. Se trata, más bien, de un *collage*

en el que cada entrevistado aporta su punto de vista a la panorámica general del fenómeno migratorio. Nuestro trabajo se inserta en la misma línea y tradición intelectual que respeta profundamente la opinión de los protagonistas y que considera necesario dar a conocer la versión directa y personal de la gente involucrada en el fenómeno migratorio. A diferencia de los trabajos de Gamio y Davis que ofrecen muchos fragmentos de entrevistas, nosotros optamos por la vía opuesta. Ofrecer pocas, sólo trece, pero que se distinguieran por su calidad y extensión. Se trata de entrevistas a profundidad, en las que se pretende reconstruir la historia migratoria, que no de vida, de trabajadores mexicanos que laboran en Estados Unidos. Las entrevistas editadas en este volumen fueron seleccionadas entre otras muchas, con el criterio de cubrir una amplia gama de temáticas y experiencias; así por ejemplo, se retomaron las historias migratorias de personajes como el coyote —que se las sabe todas y se dedica a pasar gente por la frontera— y el eterno fracasado que sistemáticamente fue deportado; la madre que tiene un objetivo claro en la vida: trabajar, y la hija que no sabe en realidad qué hacer; el emigrante que va con un propósito predeterminado y el que viaja a la aventura; el estudiante que abandona sus estudios para irse al Norte y el migrante que regresa para entrar a la universidad; el que retornó con éxito al pueblo y el que despilfarró y se gastó todo. Algunos de estos casos podrían considerarse como prototípicos, pero otros son excepcionales o representan a grupos minoritarios. No se trata, por tanto, de buscar la representatividad, ni puede utilizarse esta selección de entrevistas con esos criterios; más bien se optó por presentar un panorama diversificado que diera cuenta de las diferentes experiencias y personajes que viven y trabajan en el Norte. Se optó por la calidad de la información más que por su representatividad. Las entrevistas se realizaron a personas originarias de pueblos y ciudades del occidente mexicana

no, en particular de los estados de Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Nayarit. En la mayoría de los casos se trata de migrantes que han ido a trabajar o están viviendo en la franja suroeste de Estados Unidos.

Con la selección de entrevistas se buscó explícitamente tener casos provenientes de diferentes regiones, contextos y sectores sociales; así se cuentan con entrevistas a mujeres migrantes, estudiantes, trabajadores del campo o la ciudad; de gentes provenientes del medio urbano, de ciudades medias y pueblos; con personas de diferentes estratos sociales que van desde lo popular a lo medio. En todos los casos las entrevistas se realizaron de manera abierta, sin un guión predeterminado; de tal modo que fue el propio migrante el que seleccionó y desarrolló los temas que consideró de mayor interés. No obstante, los entrevistadores conocían a fondo la problemática migratoria y condujeron en ocasiones la charla hacia temas de interés propios del investigador. Por lo general las entrevistas se efectuaron en las propias casas de los migrantes, lo que facilitó la comunicación y permitió establecer un clima de confianza; además, en muchos casos, la familia estuvo presente, lo que permitió hacer aclaraciones y precisiones, sobre todo se logró un mayor grado de veracidad, ya que los migrantes en ocasiones suelen exagerar sus aventuras. Todos los migrantes sabían que iban a ser entrevistados y que tal vez se publicarían sus testimonios, en ningún caso se utilizaron métodos indirectos de grabación, ni se recurrió a algún tipo de remuneración; por el contrario, los gastos sociales —invitaciones— de comidas, cervezas o refrescos corrieron por cuenta de los migrantes. Las grabaciones fueron primero transcritas literalmente y luego se procedió a editarlas; la edición consistió en eliminar repeticiones, muletillas y digresiones; luego se ordenó la entrevista de acuerdo con un criterio cronológico y temático; se hicieron correcciones de tiempos verbales, se unificaron todas las versiones en primera persona, se añadieron

algunas palabras que sirvieran de enlace entre frase y frase, en ocasiones se hizo explícito al sujeto de la oración y por último se procedió a darle la puntuación adecuada.

En todo momento se trató de conservar el sentido original de la frase y los modismos o peculiaridades del lenguaje de cada quien, algunas palabras inglesas, que han sido castellanizadas por los migrantes, aparecen tal cual se pronuncian, otras, como los nombres de personas y localidades, se escriben de manera correcta, aunque en algunos casos se tuvo que interpretar lo que se quería decir. Los nombres de las personas han sido cambiados o suprimidos, salvo algunos casos en los que de manera explícita el entrevistado pidió que se le nombrara correctamente; se respetaron los locativos, tanto en México como en Estados Unidos, para darle mayor verosimilitud al texto y por considerar innecesaria su alteración. La extensión de cada entrevista dependió exclusivamente de la locuacidad o parquedad del entrevistado o el entrevistador. Sólo en un caso, en el que la entrevista en su versión original era demasiado larga, se suprimieron partes que no estaban relacionadas con el tema migratorio.

Al final, las entrevistas fueron agrupadas con base en tres grandes temas o etapas del proceso migratorio: el cruce de la frontera, la vida cotidiana y la alternativa del retorno, y la permanencia o asentamiento en Estados Unidos. El trabajo fue realizado en equipo, la propuesta inicial, planeación y supervisión general del proyecto, estuvo a cargo de Jorge Durand; las entrevistas se efectuaron entre 1990 y 1993, tanto en México como en Estados Unidos y fueron realizadas por Víctor Espinoza, Héctor Hernández y Enrique Martínez, investigadores con amplia experiencia en el tema migratorio y con particular habilidad para entrevistar migrantes; la tarea fundamental de transcripción y captura recayó en Raquel Carvajal Silva, quien realizó un trabajo tedioso de manera rápida, eficiente y profesional. La edi-

ción, corrección y revisión de las entrevistas estuvo a cargo de Hugo Velázquez Villa, quien dedicó mucho de su propio tiempo a concluir el trabajo de manera acuciosa y profesional. Las introducciones, al libro y cada una de las entrevistas, fueron escritas por Jorge Durand con el apoyo de Hugo Velázquez.

Todos los que participamos en este proyecto, de un modo u otro, estamos vinculados a la Universidad de Guadalajara y al Departamento de Estudios sobre los Movimientos Sociales (DESMOS), a los cuales agradecemos su estímulo y apoyo generoso, muy especialmente a su director Jorge Regalado. Las entrevistas en Estados Unidos pudieron efectuarse gracias al apoyo financiero que brindó Douglas S. Massey, de la Universidad de Chicago, con quien colaboramos en un proyecto conjunto sobre "Procesos migratorios en el occidente de México". El estímulo de Patricia Arias para llevar a cabo y concluir este trabajo fue, como siempre, insustituible. Finalmente, agradecemos a la Unidad de Difusión Científica, de la Universidad de Guadalajara, el cuidado de la edición.

Pero este trabajo no hubiera podido llevarse a cabo sin la colaboración generosa de los migrantes entrevistados, quienes nos abrieron su casa y también nos permitieron compartir sus experiencias e intimidades, sus miedos y consuelos, sus logros y fracasos.

A ellos las gracias y este libro.

*Jorge Durand
Guadalajara, 16 de mayo de 1995*

I. La frontera, el cruce y el trabajo



*El muro: ni legales, ni animales: trabajadores
Fotografía de Rubén Bonet.
Archivo General de El Colegio de la Frontera Norte.
Tijuana, BC., 1995.*

"El Norte es como el mar"*

La historia de Aurelio es sin duda excepcional. Entre los millones de mexicanos que han intentado cruzar la frontera, que divide México y Estados Unidos, solamente algunos nunca logran su objetivo. Dicen que si se persevera alcanza, parece ser verdad para la mayoría, no en el caso de Aurelio que intentó decenas de veces pasar al otro lado y, como dice, fue rechazado igual como el mar devuelve siempre a la playa la basura.

Este ejemplo, al negativo, ilustra perfectamente aquella interpretación conocida de que para los occidentales la migración es una especie de rito de pasaje. Entre ir al Norte y la consagración de la virilidad hay un paso. Fracasar en el intento es una vergüenza y no queda otra salida que tratar de sacar la espina. Así fue, en dos ocasiones viajó al Norte con la intención de trabajar, utilizó todos los métodos, probó diversas vías de acceso, contrató diferentes coyotes y lo más que pudo lograr fue ver, a lo lejos, las luces de Los Angeles, de aquella gran ciudad americana que hechiza, sub-

* Entrevista realizada por Enrique Martínez Curiel en Ameca, Jalisco, durante marzo de 1992.

yuga y explota, que ofrece mil y una oportunidades pero también rechaza.

Yo por pura mala suerte no logré llegar a Los Angeles, por más intentos que hice; quise seguir la costumbre de irme a trabajar un tiempo al Norte, en busca de dólares, al igual que mi padre, mi hermano o mis amigos del ingenio azucarero, que en un tiempo se fueron como braceros.

Desde chico empecé a trabajar en lo que podía, con tal de ganar algo de dinero, 1.50; dos o tres pesos diarios. Primero trabajé con un huertero en la venta de jitomates, zanahorias y hortalizas. Como estaba muy pequeño y era muy inquieto cambiaba rápidamente de trabajo; después me dediqué a pastorear chivas. Duré cerca de un año, entraba a trabajar a las siete de la mañana y salía a las siete u ocho de la noche, todos los días. En seguida me cambié a un rancho, con un tal Alfonso Zepeda, donde ganaba quince pesos diarios; tenía que trabajar desde muy chico pues mi padre era obrero y tenía que mantener a todos mis hermanos, que éramos muchos.

Cuando terminé la primaria tuve la oportunidad de seguir estudiando en el Colegio Militar, sin que les costara nada a mis papás, porque mi hermano mayor era soldado y podía, en aquel entonces, ayudarme a entrar, no lo hice; estuve a punto de darme de alta, pero lo que a mí me interesaba era que hubiera qué comer en la casa, estuve a punto de meterme de soldado, pero me devolví de la puerta del cuartel. Fue así como decidí trabajar y no seguir estudiando, para ayudar a mi papá a mantener la familia.

En 1967 entré a trabajar al ingenio, gracias a que mi papá era obrero de ahí, porque sólo los hijos de trabajadores tienen derecho a trabajar en la fábrica; empecé a trabajar uno o dos días por semana porque había mucha demanda de trabajadores, la fábrica era muy pequeña para darle trabajo a todos los desempleados, además era la única en el

pueblo; el resto de la semana trabajaba como ayudante de albañil o en lo que hubiera con tal de ganar un dinero.

Para el año siguiente, en 1968, ya había terminado la primaria y el trabajo en el ingenio seguía escaso, yo quería trabajar y no me importaba en qué; un día, platicando con mi cuñado sobre la escasez de trabajo en el pueblo, me invitó a trabajar a la ciudad de México; como allá vivía, quedó de conseguirme un empleo, además no pagaría renta porque iba a vivir en su casa. Desafortunadamente, sólo trabajé un mes, en un molino haciendo masa para tortilla, porque me afectó el clima; diario andaba con gripe y dolor de cabeza, así fue como tuve que regresarme a Ameca y entrar de vuelta al ingenio.

Hasta 1969 comencé a trabajar formalmente como obrero eventual, pero sólo en tiempo de zafra, o sea de diciembre a mayo, y en el período de reparación, que abarca de julio a noviembre; en el resto del año salía a ver qué, donde hubiera, trabajando de ayudante de albañil o en las tareas del campo, como sembrar, abonar o pizcar.

Así se pasaron mis años de juventud, en los que sólo había la necesidad de trabajar; como no había posibilidades de progresar me conseguí otro trabajo, así en la mañana la hacía de obrero, y en la tarde ayudante de albañil o jornalero; de esta forma tenía el trabajo del ingenio como única posibilidad de asegurarme algo en la vida, como no había estudiado, haría como si este trabajo fuera mi oficio.

En 1975 me casé y, a partir de ahí, empecé una nueva vida; en ese año no tenía trabajo seguro ni estable, eso se dio dos años más tarde, cuando me dieron mi plaza de planta temporal en el ingenio; pero ya casado comencé a tener la ilusión de ir al Norte; aquí en el pueblo nunca me hizo falta el trabajo y siempre tuve ganas, ya que siempre encontré donde, pero ya casado y con obligaciones no me ajustaba el dinero, entonces fue que me aventé para allá, a realizar mi ilusión, aquí nunca me faltaba trabajo, me fui pensando que,

ojalá, allá fuera igual, para poder salir económicamente, tener algo, tener casa propia, esta era mi ilusión, una casa propia para no andar rentando. Así fue como me formé una ilusión que busqué convertir en realidad en Estados Unidos, porque aquí no la podía realizar, por más duro que trabajara.

Ir al Norte era difícil, tenía que estar lejos de mi familia y de mi pueblo por mucho tiempo, a lo mejor cuatro o cinco meses, cosa que no había hecho desde el primer día de mi boda; aunque a mí se me hacía más difícil cruzar la frontera, pues no tenía idea de cómo era eso.

Para 1979 me fui al Norte con tres compañeros del ingenio, me fui con ellos porque ya habían ido a Estados Unidos por lo menos una vez, nos fuimos al finalizar la zafra.

Llegamos a Mexicali, ahí vivía un pariente mío, él nos consiguió un coyote, además nos dio alojamiento durante el tiempo que estuvimos allá. La primera vez que lo intentamos iban unas quince personas, yo sólo conocía a cuatro; los demás eran de diferentes partes: Michoacán, Zacatecas, Guanajuato, principalmente; cuando cruzamos lo hicimos como a las diez de la noche, para que no nos viera la migra; me acuerdo que pasamos por un canal muy ancho, como de unos 20 metros de ancho, íbamos en cámaras de llanta de tractor, cuando pasamos al otro lado nos fuimos caminando de uno por uno; de Mexicali a Calexico hicimos, caminando, seis horas, tardamos porque tuvimos que rodear para escondernos de la migra, pero, desgraciadamente, como a las seis o siete de la mañana ya estábamos en la cárcel de Calexico; ahí nos tuvieron mientras nos tomaban los datos, que de dónde veníamos y cómo nos llamábamos, nos hicieron esperar unas dos o tres horas, hasta que se llenó el camión que nos aventó a México.

Ya de este lado nos fuimos otra vez con mi familiar para bañarnos, comer y lavar la ropa; y otra vez esperar a que llegara la noche para intentarlo de nuevo; porque si te aga-

rran una vez hay que intentarlo de nuevo, hasta que la haces. Para cruzar teníamos que hacerlo en la noche, porque era más difícil que te vieran los de migración, los planes eran llegar en la madrugada a Calexico y de ahí irnos a Los Angeles, ahí me estarían esperando mis cuñados, yo llevaba sus domicilios y teléfonos; incluso el coyote ya había hablado con ellos para ver si respondían por mí.

En otra ocasión fuimos reportados por un rancharo gringo; ese día el rancharo iba a preparar sus tierras para sembrar, cuando nosotros nos hallábamos escondidos en un mantojo, esperando al coyote que nos iba a llevar a Los Angeles, en eso el rancharo encendió su máquina, al oír el ruido del motor, creyendo que era la camioneta en la que nos iban a llevar, salimos del escondite y iqué nos ve el rancharo!, sin pensársela nos reportó con la migra, nosotros cuando lo vimos empezamos a correr tratando de escondernos; en esas andábamos cuando echaron unos tiros al aire y ni modo, tuvimos que pararnos; nos detuvieron a todos. Nos devolvieron pa'trás otra vez.

Pero yo seguí de aferrado, intentándolo una y otra vez, pues tenía ganas de estar allá y quería recuperar lo que había gastado. Como a los once intentos un amigo se desesperó y prefirió regresarse para Ameca.

Cada que nos aventaban pa'trás le caíamos a mi pariente, sin ese paro que nos hizo no hubiéramos aguantado mucho, porque sino hubiéramos tenido que pagar hotel, comida y muchas otras cosas más.

En otra ocasión íbamos caminando por el lado gringo cuando de repente oímos el ruido de una avioneta, y en chinga corrimos a escondernos, pero se nos durmió el gallo porque nos alcanzaron a ver, se regresó el avión y por un altavoz nos dijeron que ya nos habían visto, que ya no siguiéramos escondidos y que no hiciéramos ningún intento de correr; cuando llegaron yo me levanté con las patas entumidas y, hasta eso, un agente de la policía me levantó

en brazos, yo sí podía caminar pero sólo renqueando, pero ellos por atención o algo así lo hicieron.

En una ocasión en que estuvimos en la cárcel, me encontré con una persona de un rancho que queda cerca de Amecca, cuando le preguntaron sus datos, él dio un nombre falso, haciéndose pasar por Antonio Solano, pero después cuando nos empezaron a nombrar para sacarnos de la cárcel y regresarlos, llamaron al señor Antonio Solano, pero a la persona que se hizo llamar así se le olvidó y, cuando se dio cuenta, el policía ya le había dado un chingadazo, por mentiroso se puede decir, pero el inmigrante se puso medio rejego, entonces le dieron otro más. Yo, cada que caía en el tambo, cuando me pedían mis datos, mostraba mi cartilla del Servicio Militar, los policías se portaban con respeto hacia mí, me imagino que era por mi honradez.

En otro de mis intentos, iba con nosotros una persona que caminaba muy despacio porque lo acababan de operar, eso hacía que nos fuéramos deteniendo para esperarlo y que no se perdiera de vista, cuando acabábamos de cruzar la carretera, el señor recién operado se cayó y gritó de dolor, lo malo fue que en ese ratito iba pasando una patrulla de migración y se paró, nosotros ya habíamos visto que venía a cierta distancia dando vuelta, pero todavía no se alumbraba la carretera con sus faros, por la parte donde íbamos, cuando de pronto este cabrón se cae y empezaron a oír, de allí nos levantaron y pa'trás otra vez.

Cuando ya tenía como quince intentos me di cuenta que nomás traía para el puro boleto de regreso a Guadalajara, entonces me dije:

—De aquí a uno o dos años vengo otra vez.

Ahí fue cuando pensé regresar al pueblo, pues mientras comíamos con mi pariente y ayudábamos con lo que podíamos, yo pensaba en mi gente y en lo cabrón que estaba para pasar, lo que me preocupaba era que si esto seguía igual, qué provecho iba a sacar, además de la droga que había dejado allá.

Si hubiera tenido más dinero sí me quedo, pues nunca me desesperé y siempre tuve ganas de estar allá, pero, además de todo esto, había algo que sí me preocupaba más que regresar a mi casa, era que había dejado ilusionada a mi vieja, de tanto que le hablaba del Norte, de que si me iba bien podríamos hacer la casa con la que tanto habíamos soñado.

Regresarme y no haber podido trabajar en Estados Unidos y, mucho menos, haber cruzado la frontera, eso para mí era un fracaso, me daba pena y vergüenza; para no sentir tan feo llegué al pueblo a las cinco de la mañana, tirándole a no llegar en pleno día, para que no me viera la gente, porque tenía vergüenza; sabía que si me veían llegar tan pronto empezarían a darme carrilla y, de seguro, me tratarían como un tonto, lo bueno fue que mi esposa nunca me echó en cara que no hubiera pasado, ni nada de eso.

Cuando llegué al pueblo me dijeron que el último que se quedó de los cuatro que nos fuimos se había pasado al día siguiente de que me vine, sería sugestión o no sé qué, pero decían que era pura mala suerte que llevábamos los que nos venimos. Ya estando en el pueblo no encontré otra salida, volví a trabajar de nuevo como ayudante de albañil o jornalero.

Desde el 79, año que regresé, no sólo tenía la esperanza de regresar y volver a intentarlo de nuevo, sino que también me quedó la espinita, me la tenía que sacar, la única manera era cruzar la frontera para irme a trabajar al Norte. Por eso, en 1981, me fui de nueva cuenta a la frontera, pero ahora iba con dos amigos: uno del barrio, de la otra banda, la 16, y el otro del rancho El Cabezón; nos fuimos como la vez pasada, cuando se terminó la zafra.

Esta vez llegamos primero a Tecate, de ahí nos aventamos para Los Angeles, California, llegamos con Antonio Pulido, amigo de Jesús Ortiz, el del rancho El Cabezón, él nos dio chance de quedarnos en su casa y hasta nos consiguió coyote, pero con la condición de pagarle hospedaje,

comida y todos los gastos que se hicieran durante el tiempo que estuviéramos ahí, pagaríamos cuando fuéramos de regreso a México.

A principios de junio, un viernes, nos fuimos a Chula Vista, pasamos tres días escondidos en una casa abandonada, casi ni comimos en ese tiempo; al tercer día, era domingo por la noche, serían como las ocho y media, nos salimos del escondite, pero tuvimos que esperar mucho tiempo por falta de chofer, no había quién nos llevara a Los Angeles, además de que teníamos que esperar a que hubiera paso libre, a que se quitara la revisión en San Clemente; así fue como pasamos en el carro, ya éramos cuatro, porque se nos había unido un señor de Michoacán; para acomodarnos en el carro tuvimos que irnos adelante, porque ya iban dos en la cajuela; yo, por ser el más alto, me tuve que ir en la parte de atrás del asiento, Jesús Ortiz se puso atrás también, pero en línea con el chofer, yo en línea con el coyote para simular que iban nada más dos personas en el auto; después de haber caminado algunos kilómetros el chofer agarró confianza, entonces nos dijo:

—Ya pueden moverse, ya pueden relajarse, porque aquellas luces que ven allá son Los Angeles, ya pasamos la garita y todo.

Pero de repente, el carro que iba adelante se frenó, nosotros también tuvimos que hacer lo mismo; nomás que no nos dimos cuenta de que la policía estaba cerca y nos vio, caminamos como unos cuatro kilómetros más, la patrulla seguía detrás de nosotros, de repente prendieron la luz para que nos paráramos, nos paramos y la policía se llevó al chofer y pidió una grúa para llevarse el carro, antes de eso sacaron a los dos cuates que iban en la cajuela, nos llevaron a todos al Centro, California, salimos hasta las siete de la mañana, nos regresaron de nuevo a Mexicali. ¿Qué podía hacer si no volver a intentarlo? Nos fuimos de nuevo a Tecate, llegamos con el mismo coyote; ya era mi segundo

intento, pero ahora lo haríamos por Tijuana, por uno de los lugares más conocidos por toda la raza que cruza al otro lado; es un camellón que le nombran tierra de nadie, ahí hay un montón de mojados, ni la policía mexicana se mete para allá ni la americana, es como la faldita de un cerro; por allí se va mucha gente.

Todos los coyotes tienen sus mañas, con el que íbamos fue la de dejar que los demás se fueran primero, cuando vio que la migra estaba entretenida con los demás nos lanzamos, lo malo fue que pasamos por una caseta de policía que estaba cerrada, pero, ¡qué mala suerte!, había unos perros que no dejaron de ladrar desde que nos vieron, aunque corrimos más rápido, lo bueno, estaban amarrados, lo malo, despertaron al policía, el fue el que soltó a uno de los perros para que lo llevara hasta donde estábamos escondidos, pero eso no fue todo, ¡hasta un helicóptero andaba sobre nosotros!, nos dieron las cinco, las seis, las siete de la mañana y ellos aferrados, se paseaban en caballos y motocicletas por nosotros; a mí eso no me quitó las ganas de irme pa'l otro lado, estuvimos boca abajo hasta las diez de la mañana; hasta que llegó el del perro y nos dijo:

—Ya desentúmanse y salgan.

Otra vez me mandaron para afuera. Ahora nos sacaron por Tijuana, de ahí nos devolvimos de nuevo a Tecate para intentarlo de nuevo; ahora en un trailer cargado de pacas de alfalfa, nos metieron hasta el fondo de la caja.

Pero la mala suerte todavía no me dejaba, otra vez me agarraron. Mientras el camión cargaba gasolina la patrulla llegó a revisar y nos sacó de adentro de las pacas, esta vez no nos reportaron a la migración porque el policía nos echó pa' fuera, me imagino que fue así porque las cárceles estaban saturadas.

Cansado y fracasado me regresé; cuando pensé por qué no pude pasar, me imaginé como el mar que no recibe basura, dije, Estados Unidos no es para mí. Esta vez me fui procuran-

do llegar en la noche, para que la gente del pueblo no me viera, y después pensara que no la había hecho en el Norte.

En ese mismo año, 1981, para poder resolver todos los problemas económicos que tenía busqué un trabajo extra al del ingenio; me metí de ayudante con un maestro de fontanería, él me enseñó su oficio; trabajé un tiempo con él hasta que aprendí y me hice de algunos clientes; fue cuando comencé a trabajar solo como fontanero; así logré salirle más o menos con mis dos trabajos.

Como fontanero trabajaba todo el año, eso me permitió tener un salario extra en tiempos de zafra, con eso compré un lote, también pusimos un puesto de cenaduría, lo pusimos por 40 días, en el tiempo de las fiestas de la Virgen de Guadalupe.

Pero aunque ya tenía trabajo seguro, me dieron otra vez ganas de ir a Estados Unidos, pero, acordándome de todos mis fracasos y los clientes que tenía, pensaba, me voy a ir un mes o quince días y cuando venga ya no van a ser los mismos.

En 1987 me fui a trabajar a Sinaloa con un compadre que vivía allá, pero, por no pedir información de cuál era el trabajo que iba a hacer, llegué a aquel lugar y me encontré con la novedad de que consistía en pescar camarón, pero, para mi mala suerte, llegué en tiempo de veda; no me lo tomé muy a pecho, sino a la ligera, además de que no gasté ni un peso en el viaje.

En 1988 por fin conseguí mi planta permanente en el ingenio y, en este mismo año, uno de mis cuñados que radicaba en Los Angeles mandó pedir mis datos para arreglarme papeles chuecos, esas tan famosas y mencionadas cartas, para que pudiera entrar a trabajar a Estados Unidos; le contesté que no tenía ni para comer, ni para el coyote y que no tenía nada de dinero, que si quería que fuera me mandara dinero; dije eso con la intención de que ya no me insistiera, esa fue la manera de decir que no quería ir, lo bueno fue que ya no contestó; además, ya no me quería ir

porque no tenía experiencia, nunca había trabajado allá y mejor decidí no intentarlo de nuevo.

No me apuró tanto no haber podido ir al Norte, conseguí crédito del INFONAVIT para comprarme mi casa; nos fuimos a vivir a una colonia nueva, donde la mayoría son del ingenio. El problema fue que por el crédito tuve que pagar el 20 por ciento de mi salario, y de nuevo vuelta a empezar, volvimos a estar en la misma situación de antes, sólo había para mal comer, la ventaja es que la casa algún día va a ser de nosotros. Por lo menos ya cumplí con uno de mis deseos. Económicamente estamos mal, pero ya con mi casa me siento más seguro, como ya cumplí con esta meta ahora tengo otra más importante: la educación de mis hijos, quiero que estudien la universidad, para que no le batallen como yo y tengan que ir a buscar trabajo al Norte. Ir yo otra vez al Norte, ¡nunca!

Pienso que van las personas que no se pueden mantener o las que no se quieren sacrificar, porque lo que sufre uno aquí, allá se sufre peor; y si la gente que trabaja allá regresa a gastar su dinero a México es porque rinde más el dinero aquí, aunque es lo mismo a lo que aquí se gana de utilidades, vacaciones y aguinaldo en todo un año, por eso pienso que el Norte no es negocio.

Prefiero pensar que nunca fui a Estados Unidos, y cuando escucho hablar de aquel país, muy pronto me acuerdo del mar; he ido al mar, pero nunca me han dado ganas de bañarme, ni de comer ahí siquiera, por eso pienso cuando uno va de ilegal, pues va de cola o basura, yo me imaginé como el mar que toda la basura la arroja afuera, dije, a lo mejor aquí también estoy en el mar y entonces me está arrojando pa' fuera cada rato. Lo que sí es cierto es que antes de ir al Norte, el mar se me hacía muy bonito, aunque nunca me he bañado, ahora ini ganas me dan de pisar la arena! Todas las frustraciones y fracasos me hicieron arraigarme más en mi tierra, me hicieron reflexionar que aquí nunca me

ha faltado el trabajo, y que no soy el único al que no le alcanza para comer ni para vestir, entonces que ando haciendo por allá, tal vez si así como me olvidé de ir al Norte, en alguna de las ocasiones en que fui me hubiera ido bien, me hubiera olvidado también de la vez en que me fue mal; me imagino que si lo hubiera intentado más veces y lo hubiera logrado, posiblemente ahora estaría nacionalizado, y así podría darle estudio a mis hijos, porque esa es una gran preocupación para mí.

Pero parece que la dificultad para cruzar la frontera ya es de familia, como que lo heredé, porque mi hermano, mayor que yo, duró año y medio queriendo cruzar la línea, sin tener para comer ni para pasar al otro lado, ni para venirse, vivía de arrimado en Tijuana; trabajaba haciendo dulces de calabaza para poder sacar su feriecita, pero no se podía regresar ni podía juntar dinero para pasar; ahora trabaja en Alaska, dura seis meses, y cuando se acaba el trabajo vive en Fresno, California; por cierto, él nunca estuvo de acuerdo en que yo me fuera para allá, por eso nunca me ayudó para nada.

Como ahorita mi único problema es el estudio de mis hijos, vendí mi terreno para ayudarme con el pago de la escuela, con el tiempo, según observe el interés de ellos por seguir estudiando, ya buscaré la forma de salirle al toro, lo principal es que no les falte con que seguirle, mientras yo pueda trataré de que así sea.

“Es una batalla este Norte”*

Francisco Villa, homónimo del legendario revolucionario mexicano, es originario del poblado de Las Varas, ubicado

* Entrevista realizada por Víctor Espinosa A. en San José, California, durante agosto de 1991.

en la costa nayarita. Su carrera migratoria empezó por casualidad allá por 1975, cuando apenas tenía 20 años.

A partir de un comentario familiar se le metió en la cabeza, como una idea fija, la urgencia de ir al Norte a buscar fortuna. Carecía de contactos y estaba escaso de dinero. Al parecer su único y más valioso recurso eran el arrojo y la determinación.

Una vez en Tijuana decidió probar suerte por su propia cuenta. Se acercaba a diferentes grupos que iban a pasar la frontera y sin mayor rumbo se lanzaba a campo traviesa. Obviamente, lo detenían y lo deportaban. Lo cual sucedió infinidad de veces. Sin embargo, cada intento era una nueva experiencia.

Y allí en el desamparo total consiguió su primer trabajo: ser ayudante de un coyote. Y así pudo concluir su período de capacitación para finalmente independizarse y convertirse él mismo en coyote.

La historia del migrante Francisco Villa hace honor a su nombre y nos ofrece una vida llena de peripecias y aventuras donde se mezclan una intensa vida familiar con el traslado de indocumentados, el tráfico de armas y la falsificación de documentos.

Me quito la camisa por un buen amigo,
hoy vivo millonario, mañana mendigo,
mi dicha o mi dolor a nadie se los digo,
por eso nadie sabe cuando estoy gozando
o cuando estoy herido.

Canción popular

En mi pueblo, yo vivía con mis abuelos, y mis hermanos con mis padres. Me fui a estudiar la preparatoria a Tepic, cuando terminé me fui al Politécnico, estude un año y no me gustó; me fui a Guadalajara y entré a la Autónoma, estude otro año. Pero se murió mi abuelo y ya nada fue igual.

Empecé a tener problemas con mi papá porque estaba impuesto a salir para todos lados a divertirme; recuerdo un día en que mi padre se emborrachó, fue a casa de mi mamá, ellos estaban separados, y me preguntó sobre lo que pensaba hacer, en que pensaba trabajar, que si pensaba que ella me iba a seguir manteniendo; fue cuando dijo mi mamá que me quería ir pal'Norte:

—Si de veras te quieres ir nomás dime cuánto dinero ocupas. Me dijo mi papá.

Yo en ese tiempo nomás oía, pero no sabía lo que era el Norte, ni como había que hacerle para irse, eso fue hace 18 años, en el 75, al día siguiente busqué a mi papá y le dije que ya me quería ir al Norte, le dije que había hecho cuentas y que necesitaba como cinco mil pesos, le expliqué que con eso me ajustaba para pagar el coyote, más los gastos para viajar en tren hasta Mexicali. Pero como ya se le había pasado la borrachera, andaba buenisano, cuando le pedí tanto dinero me rayó la madre, me dijo que era un bandido.

Pero ya se me había metido la idea de irme al Norte y tenía que irme; tenía 200 pesos y con eso me alcanzaba para llegar a Tijuana, le dije a mi a'ma que me arreglara la ropa porque ya me iba, para que no se preocupara le dije que mi papá sí me había dado el dinero, pero mi tío Pedro se enteró que me iba (todos se enteran y van a ver al familiar que se va, para ver en que le pueden ayudar o para despedirse) y fue a la casa, me preguntó cuánto dinero traía, a él sí le dije la verdad: que nomás 200 pesos, pero que con eso llegaba a la frontera y que ahí a ver como le hacía para brincarme. Mi tío Pedro me dijo:

—No te vayas hoy, vete mañana y yo te doy dinero.

Y sí, al otro día me dio mil pesos. Conseguí otros 200 con otra tía y ya traía 1 400 pesos.

Pero, de puro gusto, ese día me puse una borrachera y gasté 200 pesos, así que me quedé con 1 200, aún así, ya con eso la libraba.

Cuando un amigo se enteró que me iba al Norte me dijo que también se quería ir, pero que no traía dinero, pero que tenía una tía en Tijuana con la que podíamos llegar. Le dije que con el dinero que traía alcanzaba para el viaje de los dos; para mí estaba mejor ir con él, porque yo nomás iba a la aventura. Llegamos a Tijuana con su tía, ella conocía unos coyotes, pero nomás lo pasaron a él para el otro lado, yo me quedé abanicando. Estuve un mes en la casa de la tía, en ese tiempo conocí todo Tijuana, diario andaba en la calle y diario intentaba meterme por mi cuenta y diario me sacaban los de la migra. Los primeros días me metía a lo tonto, nomás para ver si de fregadera llegaba a algún lugar, alcancé a entrar hasta San Diego, pero de ahí no pasaba porque ni para el pasaje traía. Siempre me devolvían, pero aprendí bien los caminos en el cerro y además andando en la línea conocí a mucha raza, sobre todo a puro cabrón transa.

Un día uno me dijo que me llevaba hasta Los Angeles si yo le ayudaba a brincar como a seis gentes hasta San Diego, se los llevé hasta donde tenía un carro estacionado, él entregó su gente y se vino para atrás, yo me quedé en Los Angeles abanicando y sin conocer a nadie. Ya estaba en el Norte, pero sin saber qué hacer, cuando empezó a entrar la nochecita se me nubló el mundo, entonces sí pensé:

—Hay Dios mío, ¿ahora qué voy a hacer?

Caminando me encontré unas cantinitas y me metí a una, nomás a ver que pasaba, la donde más iba!, cuando llegó la hora de cerrar y la gente ya se estaba yendo, una mesera fue y me dijo:

—Oye, ya vamos a cerrar.

Entonces aproveché y le dije que si no tenían trabajo para mí en la cantina, de lo que fuera:

—Les barro, con tal de que me dejen nomás dormir aquí.

—Y luego, ¿dónde vives?

—Acabo de llegar, no traigo nada y no tengo con quien llegar.

—Aquí no te puedes quedar porque necesitaríamos decirle al dueño, si quieres vamos a mi casa y ahí te puedes quedar en el corredor, para que no te duermas en la calle.

Y me fui con esa señora que trabajaba en la cantina, diario en la mañana le ayudaba a barrer, fui agarrando confianza con ella, tenía como seis días ayudándole cuando me dijo que unos amigos de ella vivían solos, iba a hablar con ellos para ver si me podían recibir en su casa a cambio de que les lavara y barriera la casa. Esos muchachos iban a la cantina los fines de semana, para entonces ya trabajaba ahí, me daban seis dólares al día por ayudarles a limpiar.

Los chavos me dieron chance, estuve dos meses viviendo con ellos y trabajando en la cantina; empecé a conocer amigos. Como a los dos meses encontré gente conocida de Compostela, encontré a Chavalito, me fui a vivir con él, ahí conocí hasta a unos primos míos, agarré un mejor trabajo en una cromadora, pero duré sólo un mes, me salí porque no me gustó, a los dos meses compré un carro y me fui pa' Oregon, me fui con un amigo que me hice en Los Angeles, él conocía las corridas de las pizcas de allá.

—¿Cómo ves si nos vamos?

Le dije.

Yo sabía echar mecánica, mover carros.

—Si quieres nos la rifamos hasta Washington.

Eran 50 horas en un carro normal, en el mío eran como 70, mi carro no traía ni limpiabrisas, me acuerdo bien de eso porque fue la primera aventura que pasé aquí, compramos un palito de esos que train un hule, como por allá estaba a llueve y llueve, mi amigo sacaba la cabeza y limpiaba el vidrio para que pudiera ver, llegamos y duramos quince días para podernos acomodar, no tuvimos problemas con la migra, tuvimos problemas con la lluvia, además no traía calefacción el carro, íbamos envueltos en cobijas, nos paró un policía porque íbamos manejando envueltos en cobijas, sin calentón el carro y hacía mucho frío a pesar de que era

en octubre, por allá hasta neva y llueve, el policía me paró porque iba haciendo zig zag.

—Es que tengo frío.

Pero no hubo problemas, nomás nos dijo que manejáramos con cuidado porque estaba muy feo el camino.

Trabajé un año, mi amigo ya conocía patrones, llegamos a unas barracas, que les nombran, galerones grandes, ahí nomás dan cama para que duermas, estuvimos quince días, hasta que empezó el trabajo, de ahí nos fuimos a los pinos, a la montaña, duramos seis meses; en la sierra dormíamos en los moteles, después bajamos a la cherry, a Weston, de ahí a la pera; nos bajamos otra vez para Oregon y ahí hicimos una corrida de pera, después me salí a México para ver si podía volver a la escuela, se me hizo imposible, ya no podía estar en la casa, no me recibieron muy bien en Las Varas, mi papá ya vivía con otra señora, y como tenía que ponerme a trabajar en el campo y a mí no me gustaba ese trabajo, pagaban ocho mil pesos, además de que no me convenía.

Me regresé a Tijuana, como ya sabía pasarme al otro lado empecé a llevar gente, casi puros de Las Varas, gente que agarraba ahí, ya sabía brincarme y estaba todo más fácil; duré cuatro años pasando gente, yo mismo conseguía la gente, en las cantinas, en la calle, en la terminal, yo mismo los brincaba, ya tenía el carro parqueado, acá del otro lado, listo; yo me salía, llegaba, metía a la gente y nos veníamos. El carro nunca lo saqué porque no tenía papeles, lo dejaba adentro, tenía dos llaves, unas yo y otras clavadas en el carro.

Hasta la fecha he pasado unos 200 de Las Varas, algunas veces sin ganar dinero, me acordaba que yo también así había caído, en eso quisieron venir mis hermanos, cuando iba a mi pueblo llevaba feria y seguro se deslumbraron, a los cuatro años fui a Las Varas, después me dio por ir cada año, Daniel se quiso venir la primera vez que fui, Víctor en el último año, él dejó la escuela, yo no le dije que la dejara, ya

tenía problemas por cuestión del dinero, era una batalla para él estar estudiando sin dinero, ya estaba enfadado, estaba sufriendo mucho, mejor se vino también, me lo traje, llegamos a Anaheim, ahí vivimos con unos amigos tres meses, hasta que empezó el field en Madera, trabajamos dos o tres meses, le dije que no me gustaba, pero, para eso, se vino mi señora de México, era mi novia entonces, le dije que fuéramos para San José, a ver que veíamos, llegando le dije que nos quedáramos:

—Vamos buscando jale, es la misma estar aquí o allá.

Además aquí tenía cerca a mi novia, conseguimos chambaca en un restaurante, de bas boy y lavatrastes, yo agarré el de lavatrastes y mi hermano el de bas boy; nomás iba a estar un día o dos y me iba, trabajé un día lavando trastes casi a güevo:

—¿Sabes qué?, no me gusta este jale, yo creía que estaba más suave.

Trabajé otro día y tampoco me gustó.

—Bueno, ¿entonces qué quieres?, ¿qué sabes hacer?

Me dijo el mayordomo.

—De todo.

—¿Hablas inglés?

—Más o menos te hablo inglés.

—Okey, te la voy a dar de cortador.

Ese jale por lo normal lo agarras hasta que tienes tres o cinco años y conoces todo el rol, y yo lo tenía al tercer día, iy yo que no me quería quedar!, hasta que llegó el mayordomo general y le sorprendió que estuviera en la línea, preguntó que quién me había metido ahí y cuánto me pagaban:

—3.50.

Entonces me dijo que me iban a pagar a cinco, me dieron uniforme y me subieron a seis, pero eso ya no le cayó al mayordomo que me había metido, empezaron a darse los problemitas, mi cuate pensaba que iba y me quejaba con el otro y que por eso me aumentaban, dije:

—Bueno, que necesidad tengo de estar aguantando a estos cabrones.

Me pagaban el doble del mínimo pero dije: mejor me voy a Tijuana, allá unos mil dólares los gano en una noche, qué estoy aguantando.

Me quité el mandil y le dije al mayordomo:

—Ahí esta tu mandil, no voy a estar aguantando la carri-lla, ahí está tu trabajo, dame lo que me debes, me estás corriendo y me tienen que pagar ahorita.

Sacó el dinero de la caja y me pagó lo que me debía, agarré mi carro y me fui hasta Tijuana.

Empecé a pasar raza otra vez, como por un año, en eso a Daniel lo saca la migra, fui por él a San Luis porque no se podía meter, lo mandé con un amigo, todos los que llevaba pasaron, menos él y un primo, del tren los bajaron nomás a ellos, estaba salado; lo metí con un amigo, en Tijuana, para que trabajara de cantinero, el atendía en el día y Daniel en la noche, pero cuando volví, a los tres meses, ya no me gustó el asunto, porque Daniel ya estaba muy enviciado en el ambiente, le dije:

—Vámonos de aquí a la chingada, ya andas de putañero.

El era el que hacía todo el desmadre y el ambiente en la noche, peleando diario, no quiso irse, le dije que arreglara lo que tenía que arreglar porque en un mes volvía por él, ya estaba enviciadito y no convenía que estuviera ahí, ya tenía hasta un chiquillo de una vieja, me lo traje; empezó a trabajar pero diario andaba bien drogado, coca, mota, de todo le hacía, hasta que se agarró el trabajo del casino y se calmó, se suavizó, pero también se largó un año para Oregon. Cuando lo traje, estuvo conmigo un mes, se hizo un amigo y se largó con él, hasta que me di cuenta que lo habían chingado, creo que pelearon y lo dejaron para el arrastre, me fui para Oregon un mes, no lo podía encontrar, hasta que me dieron razón, había caído en Madera; llegué y se los bajé a sus

cuates, se enojaron todos, en ese tiempo todavía me tenía respetillo, de ahí para acá ya me quedé yo también aquí en Los Angeles, sólo cuando caía raza de Las Varas me lanzaba por ellos y me los traía, después agarré otro jalecito, emigrar gente, hacerles micas, seguros.

En los jales que hacía conocí gente de toda, se puede agarrar el vicio que se quiera, o puedes ser gente si quieres, porque en realidad vives entre la pura lacra, andas en el ambiente de los lacra, de la pinche escoria; ahí conocí amigos que hacían micas chuecas, buenas, cartas, de todo. Un día me enfadé de estar pasando raza y dije:

—Ya me voy para San José.

Aquí estaba mi señora, y mis hijas ya estaban creciendo, me decía que qué iba a hacer acá:

—Pos a ver que chingados hago.

Llegué y me metí al casino a trabajar, pero no me gustó, en eso un amigo me pasó todo el jale para que hiciera lo de las micas; el casino no me gustó porque me dieron un horario de doce de la noche a ocho de la mañana, y un sueldito, a mí nunca me ha gustado trabajar por un sueldo, como uno aprende a ganar el dinero por cuenta propia, como que luego no te gusta que alguien, que es lo mismo que tú, o que es menos, y ves que es más menso, y te empieza a gritar sólo porque tiene un día más en el trabajo, es lo que pasa todo el tiempo con los paisanos, porque tienen tres días más y porque ya saben picar cebolla, llegas un poco más tonto porque no sabes agarrar el cuchillo bien, y ya te están regañando, siendo que es también un trabajador, como tiene más días; además salí mal con el cocinero: me empezó a querer gritar, a cinco o seis los corrió, yo vi cuando acabé de entrar, y yo adrede le buscaba peditos; un día me quiso gritar el pelón, era un gabacho que estaba impuesto a gritar, al último se me quiso echar y le digo:

—No, no, no, a mí no me grites.

Le quité una escoba.

—Vete, a mí no me vas a gritar, estás impuesto a gritar a mis paisanos pero aquí conmigo te la vas a pelar.

Entonces el pelón agarró un cuchillo, yo le grité:

—¡Hijo de tu chingada madre, estoy garantizado para machetazos, hijo de la chingada, mucho más para cuchillos!, vente para acá con todo y cuchillo, ¡hijo de la chingada!

Agarré la escoba, él agarró la bocina del security:

—Por favor, aquí este muchacho está muy loco y quiere golpearme.

—¿Cómo que quiere golpiarme, si traes el cuchillo?, cómo serás mierda, de plano.

Me hizo reporte con el security.

—No, que pórtate bien, que mira, que acá, no te metas para la cocina.

—Tengo que ir para la cocina porque soy de mantenimiento, y tú no tienes que decirme nada, no eres mi patrón, grítale a mis paisanos, que son mojados, pero a mí no, yo también era mojado pero ya no.

Necesitaba gritarle, le dijeron al security, me sacaron y me hicieron el reporte, me dijo:

—A los tres reportes te podemos correr.

—No necesitan hacerme los tres reportes, aquí está su bacha y ahí nos vimos.

Me regresé a Los Angeles, entonces dije:

—Sabes qué, pásame las máquinas que ya voy a empezar a emigrar gente, qué estoy batallando.

Empecé a agarrar las máquinas acá en forma y comencé a emigrar gente, a veces me sale un viajecito y voy a Tijuana y los traigo, pero traigo casi pura raza conocida y, por lo regular, es gente que no tiene feria, que no tienen donde ir, pues órale:

—Dame el pinche pasaje o para la gas y ya te traigo.

Tienes que estar consciente, antes de que te metas, saber los problemas que vas a tener, porque no es fácil ganar 50 ó

60 dólares sin hacer nada, tienes que ir a trabajar para ganarlos, porque este trabajo es fácil pero también es difícil; son difíciles porque ahorita sí hay, mañana no; es lo mismo que pasar raza, como puedo estar aquí ahorita pasando la frontera, mañana ya no me puedes ver.

Pero qué hago, en vez de ir a robar, tengo que hacer algo, es la forma de mantenerme, es que en realidad el sueldo aquí está raquítico, nada más para estar sobre tus gastos, si no tienes tu familia aquí, te puedes mantener cuando tienes una casa con cinco o seis amigos, pagas 100 dólares en la renta, pero para estar pagando un departamento tú solo, sin que nadie trabaje: son 550 lo que pago de renta, teléfono, 100 dólares por mes, más la comida de los dos niños, mi suegra, mi señora, mi niña, más el gas, necesitaría estar ganando más o menos 1 500 por mes, necesitaría ganar a doce dólares la hora, ¿dónde te la van a pagar?, o tener dos trabajos, pero no podemos porque mi niña está enferma, mi niña tiene cinco operaciones ya, al gobierno le debo cinco o seis millones de dólares, decían que no iba a caminar pero ahorita, tiene tres años, empieza a dar pasos, parece que sí va a caminar, entonces, como con un sueldo no alcanzo, tengo que hacer lo que venga.

Esa lana, que le debo al gobierno, no la estoy pagando, no me conviene trabajar porque si el seguro reporta que estoy trabajando, me van a quitar dinero, voy a tener que pagar, entonces ¿qué me van a dejar a mí?

Si yo trabajara me joderían, me quitarían esos beneficios, por eso tengo que buscar la forma por otro lado, porque no puedo, tiene tres años de vida y más o menos ha estado en el hospital de perdida un año ocho meses internada, es la más chica, fue la causa de que yo me quitara de andar en Tijuana, es la causa de que esté aquí, año y medio tengo que me cambié, dije, no tiene caso estar allá, mejor me quedé, lo que hago aquí es echar mecánica o jalecitos, un viajecillo a Tijuana.

No seguido me agarran, una vez me agarraron, con quince micas y quince seguros, en Arizona, me quitaron un carro y me metieron al bote, la emigración fue la que me agarró, lo bueno que me valió a mí era que iba tomado, iba con cerveza en la cabeza, le empecé a gritar al migra, y me empezó a dar aventones:

—Para eso sí eres bravo, quítate la pistola y métete aquí en la celda.

Su error fue que se quitó la pistola y se metió a la celda conmigo, ¡ahí nos pusimos una los dos!, cuando lo empecé a chingar me lo quitaron otros migras y me golpiaron; cuando fuimos a corte, a migración, eso fue lo que les gané.

Tenía mes y medio en la cárcel, me dijeron:

—Ocupas 300 dólares para la fianza, para que salgas, te van a sacar con deportación, así puedes hacer la demanda al emigrante, de que te golpió, puedes arreglar tus papeles además.

No tenía dinero para la fianza, tenía que estar yendo a cortes para mover todo eso, era un defensor público que te da el gobierno, yo quería salir, porque en Tijuana sacaba buena feria; me vine, metí un viaje de gente a Madera, me emborraché en la cantina, hubo un pleito, lo tenía abajo cuando llegó un policía y me agarra, creí que era de los otros y le puse un trompón y lo tumbé, me dieron un mes por haber golpiado a un policía, de ahí me sacaron, me volví a la semana y me agarraron borracho, me dieron seis meses de cárcel; ya no me conviene Madera, ya me conocen todos los policías, me vine para acá, me agarraron una vez borracho, me dijeron que fuera a corte y no fui, me volvieron a agarrar borracho, hace un año, no fui a corte, me agarraron otra vez y me metieron al bote; de ahí fui a corte, me dieron tres meses de cárcel y me suspendieron tres años la licencia, pero había un programa en el cual podías irte a tu casa, nomás pagabas cinco dólares diarios y trabajabas ocho horas diarias para la policía, trabajé en la cocina de la cárcel del

condado, después de eso ya mejor me dediqué a estar aquí, me junté con mi gente; esa vez que salí de la cárcel, hasta el vicio del cigarro dejé, me vine con mi familia, fue cuando arreglé papeles.

Tengo un amigo que nos dio cartas a varios, yo no quería, nomás que vino y me rogó, ya me quería ir a México, pero al último sí acepté arreglar, por la niña, que no me la puedo llevar, venía diario a rogarme, conseguí cartas con él, para unos ocho de Las Varas; él era amigo de un amigo mío de Las Varas, nos conocimos por medio de él, porque metió a Daniel a trabajar, así nos conocimos, empecé a amistar más con él, nos hicimos más amigos, nos vemos casi diario.

Aquí la tienes que hacer de todo, una vez se me ocurrió llevar parque y armas para México, hice varios viajes; una vez Núñez iba conmigo, compré nueve mil tiros de puro calibre grueso, 9 mm, 22, luego llevé doce mil tiros aparte, nueve mil de 3,57, llevé 25 escopetas automáticas; le hice un hueco al carro, cabía yo acostado, tapé todo, volví a pintar, soldé y metí todo abajo; esa vez me chingué como quince millones, cuando el dólar valía 60 pesos, fue en el 82, 81; aquí no tienes dificultades para conseguir armas, me caían armas diario, cae raza con armas chuecas, las armas las compras chuecas, pero el parque es legal, cada mes hay una exposición de armas, el día 15 y el primero, puedes comprar lo que quieras, dije:

—Voy a llevar.

Compré un carro grande, con una cajuelota, mi tío Pedro, esa vez estaba en San Luis, sabía que iba para Las Varas y me dijo que si lo recogía de paso, él no sabía nada de lo que llevaba, me lo llevé, pero, pasando la revisión, llegamos a comer a Santa Ana, y mi tío muy nervioso y muy tonto me dijo:

—¿Qué crees?, pasé dos cargas de parque.

—¡Hijo de la chingada tan pendejo!, ¿dónde las traís?

—Ahí las traigo en la bolsita, son dos cajas de 25.

—¡Cómo serás pendejo tío!, ¿por qué no me dijiste que traías las cajas de parque?

—Pa' que no me dijeras que las dejara.

—¡Te las había tirado a la chingada si me dices que las llevas!, ira, llegando a Las Varas vas a ver lo que llevo, iy tú con tus chingaderas!

Si me hubieran encontrado esas cajas de parque me hubieran revisado todo y me hallaban las pistolas. Llegando a Las Varas le voy enseñando todo lo que llevaba, ya se me desmayaba mi tío.

—¡Por esas pinches cajas por poco me tuerzo con todo, hasta las Islas Marías me mandan por causa tuya!

Nombre, se puso amarillo, hasta cambiaba de color, cuando vio las armas hasta temblaba, llevaba como 200 kilos de puro parque, todo lo vendí, la gente me conoce en cuanto llego; me aventé varios viajes, tres, una vez me torcieron, ya al último, por eso me puse quieto.

Ese día no pensaba llevar, unos amigos me encargaron rifles, no llevaba mucho, nomás me quitaron las armas y 300 dolares, siempre llevaba también grabadoras; ese día la grabadora llevaba adentro pistolas y yo ni sabía, ya me habían revisado todo hasta que alguien vio la pistola en la grabadora, me revisaron todo y me torcieron, pero cuando volví ese cuate ya no se la acababa conmigo, y hasta la fecha; nunca entregué los encargos para su familia, ni la grabadora, ni una maleta de ropa.

Tienes que hacer algo aquí porque, trabajar a sueldo, cuando ya vienes un poco más despierto, vienes ya estudiado, no vienes tan tapado, porque, sin ofender a nadie, pero la gente que se viene es gente inculta, que viene del campo, a trabajar y a que los exploten, a que cualquier cabrón les esté gritando, y que a uno cuando le gritan como que ya no va, a mí no me gusta, por eso a mí me cae raza de México que no trai dinero, que ocupa unos papeles, una mica, un seguro.

—Andale, llévatela, al cabo que ni más rico ni más pobre. A veces vienen a decirme que está su familia en la frontera queriendo pasar.

—No traigo dinero.

—Andale, dame para el gas y luego me pagas.

La mayoría sí me lo agradece, pero de todos modos no quedas bien con nadie, cuando vienen aquí vienen humildes, pero ya agarran sangrita, como que ya empiezan a hablar dos palabras en inglés, conocen un mayordomo y a uno hasta lo desconocen, hay gentes que no son así.

Tengo varios amigos de confianza en tiendas, restaurantes, cantinas, que nunca les he hecho una transa, porque uno hace transas pero sabe con quien, y no son transas, para mí que son favores, a uno le dicen transa porque vas a Tijuana y traes gente, haces micas, pero si tú vienes y no traes papeles no vas a trabajar, no es una transa la que estoy haciendo, es algo que tú necesitas y, además no traes dinero, órale. Tengo amigos que tienen 200 ó 300 mil dólares, que los respaldan sus negocios, y cambian cheques, entonces les digo:

—¡Orale!, éste es derecho, yo te respondo por él.

Son amigos que me tienen buena confianza, porque les he hecho buenos paros, cuando yo los ocupo, ¡órale!, fuera transa sí te pidiera la mitad del cheque, medio mundo habla de mí, pero medio mundo está aquí porque le ayudé; por ejemplo, alguien que no tiene cuenta de banco y que el cheque está a nombre de otra persona, son cheques de gobierno, que te mandan de los impuestos, mira, un ejemplo, ella está agarrando WF y medical para su niño, porque no trabaja, pero lo que le dan es muy poco, no se mantiene, entonces ella tiene que buscar la vida por otro lado, vino conmigo y le di unos papeles, se los regalé porque era cuñada mía, un seguro y una mica con otro nombre, ella trabaja, recibe su "in come tax", yo les digo a todos que hagan sus "in come tax", porque es dinero que ellos se ganaron y que el gobierno les quitó:

—Tú traime los papeles y yo te los hago.

Los mandamos y ahí está el cheque, porque el que no agarra ese dinero el gobierno se queda con él.

Yo les hago esos trabajitos, ellos reciben su cheque y a mí al ratito me pagan con alguna cerveza, a mí me conviene que la gente traiga dinero a que ande de méndiga y, que en vez de gorrearles una cerveza, me vengan a pedir prestado, a mí me conviene que tú tengas a que estés jodido, esa es la base que yo tengo cuando ayudo a alguien, además sé que tengo amigos que están dispuestos a ayudarme.

Las micas sólo sirven para trabajar, si te las ve la migra te las quita, con la nueva ley, sin papeles no te agarran en ningún trabajo y, para el patrón, es un paro, es una ventaja para ellos, el día que no venga gente de México se acaba esto, el gobierno sabe todo, es tan listo, el gobierno sabe los millones de gente que está emigrada y los millones de gente que trabaja, eso de la cortina son políticas que el gobierno tiene, la frontera es muy grande, muy amplia, muy larga, es, ponle, país grande, fuerte, con dinero, puede hacer lo que quiera, pero no ocupan poner esa cortina, ellos saben por dónde entramos, si el gobierno quisiera detenernos nos detendría, no pasábamos ninguno, no quieren, simplemente, es un promedio el que está dejando meter, es todo, ellos, si quisieran, tapan en donde quieran y a la hora que sea y no entra nadie; por ejemplo, la gente no puede entrar porque hay revisiones en San Clemente, las quitan hasta dos tres días, ¿por qué las quitan?, quieren que pase la gente, del montón agarran unos cuantos, quitan los chequeos dos, tres horas, la migración tiene horarios, a cierta hora se cambia de turno y te dejan diez o quince minutos para que te metas, de cada dos, tres turnos, se quitan una vez, y ahí puedes entrar libre, como si nada, ellos saben lo que están haciendo, ellos tienen el compromiso de llenar tantos camiones, y se van, ya mañana será otro día, ellos cumplen su reglamento, ellos tienen un promedio de que entren dos millones mensuales,

entonces ellos tienen que agarrar millón y medio, el otro medio millón se sale porque ya no hay trabajo, todo está calculado, hay un promedio de tres millones anuales por Tijuana, agarran dos y uno se regresa voluntariamente porque ya terminó su trabajito.

Toño Núñez estaba bien aliviado aquí, estaba demasiado orgulloso, yo me enojé con él hace como un año, yo lo traje gratis a él y a todos sus hermanos, les di papeles, pues llegó a tanto su orgullo que dijo que ya no pagaba en efectivo, puro master card, pero mira, cómo que Dios te castiga: lo corrieron como al mes, estaba bien asegurado, tenía trabajando como siete años, ahora está ganando cinco dólares en la construcción, en pleno solazo; me estaba acordando de la gente que ayudé, que me debe, y que ya ni me habla: a los Huerta, a los cinco les di papeles, se fueron para México, volvieron, pasó como un año, un día estábamos viendo el beis por la TV, comenzó la apostadera y a sacar dinero para ver quién apostaba más:

—¿Pos cuánto train?

Empezamos a gritar:

—A, pos como no gritas, con tu pinche dinero de transa, de puta pinchi mica chueca.

Me dijeron.

—Oye, y conste que ustedes no me las han pagado todavía, y han pasado más de dos años.

Cuando caí, había sólo como unos cinco de Las Varas, ahora, ya cuando caes, es con base de que vas con alguien, si no hallas trabajo pronto tienes casa donde dormir, pero cuando llegas y no tienes ni casa y a dormir en la calle, sin comer, ahora hay quien te oriente, quien te dé un raite, que te lleven a tal lado a buscar trabajo, pero si no tienes nada, vienes a la aventura, a dormir en un parkeadero, en las terminales. Cuando estuve en Tijuana me caían, de perdida, dos, tres, de Las Varas, cada semana.

No sé si me vaya a quedar mucho tiempo aquí, depende

de la niña, como se ponga más delante, ya estando los niños en la escuela ya ni te puedes ir aunque quieras, y luego, allá es otro tipo de vida, adaptarte otra vez a estar allá, adaptarte a la vida, el trabajo, sobre todo al trabajo, un trabajo donde vas a ganar poco, es como una readaptación a tu mismo pueblo, cuando uno va lo ve bonito, porque va uno con 100, 200 dólares y a vacaciones, por dos, tres días, te acabas el dinero y te vienes, pero ya irte a adaptar otra vez, a trabajar, a ganar el mínimo, cinco, cuatro dólares, aquí en una transa agarras dos, trescientos, por día, ponle que allá no pagas renta, el puro problema es la comida pero no se puede.

Yo me vine por problemas familiares, a mí no me gusta la agricultura y en ese pueblo no había forma de trabajar; en ese tiempo, supuestamente, el Norte era bueno, el que venía hacía dinero, porque había poca gente, buenos sueldos y buen trabajo, hace 17 años yo trabajé a cinco la hora, sigue siendo a cinco dólares la hora, en vez de subir está bajando, porque tenemos demasiados trabajadores.

El que brinca la línea casi nunca es el patrón, el que te brinca la línea es un cabrón que trabaja con alguien, el coyote es el que te brinca, es el cabrón que conoce el cerro y que trae su pollada atrás, el patrón es el que recibe allá, el que gana la feria, el coyote es el guía que lleva diez gentes al que tiene donde clavarlas; al que brinca la gente se la pagan cada una a 75 ó 100 dólares; yo trabajaba solo, todo el tiempo brincaba y me venía, nunca trabajé con nadie, el peligro es la gente que te sale en el camino, a mí nomás una vez me agarraron en Tijuana, me quitaron un anillo, un reloj y 100 dólares, fueron unos bajapollos, gente mariguana de Tecate, estaban en la línea bajando raza, no pude hacer nada porque traía dos niños, una señora y un primo hermano mío, hijo de mi tío Pedro, como el bato le puso el cuchillo a Pedro no quise hacer nada, pensaba hacerla de tos, pero andaban bien locos y, por lo mismo, podían picar a Pedrillo:

—Te voy a dar lo que traigo pero déjalo.

Como a los diez minutos llegó un amigo mío y le plati-que, fuimos, pero ya el puro reloj les bajé, y no el mío, el de la vieja, el mío ya lo habían vendido.

¿La policía del lado mexicano?, ésos sí son una bola de bandidos, ésos sí me agarraron de perdida unas quince o veinte veces, pero era cuestión de que les daba 50 ó 100 dólares y ahí se acababa todo el problema; a mí, como coyote, nunca me clasificaron porque decían que metía puros conocidos, pura gente del rancho, con gente desconocida nunca me agarraron, no te hacen nada, simplemente te bajan la feria, a ellos no les conviene encerrarte, además no te pueden encerrar por nada, porque los coyotes grandes están enrolados con ellos, los que de verdad están fuertes conocen a todos los policías, ellos están de acuerdo, saben cómo se mueve la agua, eso no se ha acabado pero está más calmado, porque, cuando iba para México, llegaba con úlce-
ra a Las Varas, de coraje, me han quitado carros y hasta me han hecho esperar hasta otro día, me acuerdo que una vez me paró un méndigo federal en Hermosillo, iba dormido y mi hermano iba manejáido.

—Te paré porque vienes recio.

Me pidió la licencia y ya estaba suspendida, le expliqué que veníamos desde San José, que me estaba ayudando a manejar, le estaba hablando con buenas palabras, me pidió 200 dólares, yo le daba 50, no quiso.

—Llévame a donde quieras.

Me llevó hasta Hermosillo y encerró el carro en el corralón.

—Danos la multa para pagarte y podernos ir.

Le decía que venía de turista a ver a mi gente, él decía que yo no quería cooperar, y yo:

—No, tú eres el que no quiere cooperar.

—Me das sólo 50 y yo soy federal, no policía.

—¿Sabes qué?, ya me hiciste enojar con eso de tu pinche federal, llévate lo que quieras, no te voy a dar ni un

cinco, ya ni los 50 le doy, que lo encierren y que me den el folio porque voy a ir a poner una queja.

Hablé a la Secretaría de Turismo, fuimos hasta con el jefe de la delegación y ya no hallaban al policía ése, buscamos el carro y nunca lo encontramos, hasta que pagamos la multa y metimos un reporte a ese policía; pero ya todo está mejor, hasta se portan más amables; otra vez que venía de Nogales me pararon y yo ya estaba encabronado, sólo me dijo:

—Trae las luces apagadas, por favor las prende.

Antes que 50, que 100, llegaba con úlcera, la pura judicial era la que chingaba, y las aduanillas que tenían retenes, el gobierno no, el ejército no, ahora te piden, pero normal, que para que cooperes, ahora les das diez, quince dólares, sólo para cooperar, pero ya sin coraje.

Es una batalla este Norte, pero si tú no estás con la raza, está cabrón, la mayoría de la gente viene sin dinero, a veces los parientes son los últimos que te dan la mano. No entiendo por qué se les sube tanto el Norte y el dinero. Cuando un río crece busca su cauce, vienes al Norte y vienes a mantenerte, a ver cómo le vas hacer, de alguna forma tienes que librarla, hasta te valen madre las leyes que haiga, si no tienes una forma de hacerle tienes que robar o matar, tienes familia, si los niños están llorando tienes que ver cómo les das de comer, te vale madre el mundo.

En Tijuana para hacer dinero, para agarrar gente, tienes que andar donde anda la raza: en lo peorcito, yo ya tengo 36 años, ya estuvo, ya no tengo necesidad, tengo un feriecilla, aquí estoy haciendo feria, mientras aquí, en el día, me caen 100, 150 dólares diarios; no tengo que ir a ningún lado, me la paso viendo TV, beis, ellos vienen a buscarme, me saco hasta 500 semanales y todo tranquilo, ya no ocupo andar en la frontera arriesgando a que me pongan una chinguiza, tengo un machetazo en la cabeza, dos piquetes en las costillas y muchas calentadas, ya no quiero seguirle, ya estoy viejo.

Generalmente, la gente que viene es gente de rancho, en Oregon, por ejemplo, me traje como el 70 por ciento de los que están allí, es gente inculta, es gente que viene del campo, están aferrados a que el patrón los regañe, les grite, los patíe, les vale madre vivir en unas méndigas condiciones paupérrimas: sin baño y sin ninguna clase de sanidad, en un méndigo catre.

Antes había campos, llegabas con un ranchero, te daba guantes, tijeras, botas, eso cuando no había gente, ahora si tú quieres trabajar tienes que llevar tus botas, tus guantes, antes hasta te rogaban para que trabajaras, hasta perdían las cosechas por falta de gente, ahora debes tener tu herramienta para ir a trabajar; cuando llegué, hace 18 años, batallé porque no tenía a nadie conocido, yo fui de los primeros que me vine, pero era fácil conseguir trabajo.

Lo que sí extraño de mi pueblo es la amistad, yo tomo cerveza aquí y tomé cerveza allá, en mi casa tengo siempre cerveza, si no llega una persona, un amigo mío, nunca me trago una si no hay con quien platicar, la plática me saca ánimo y gusto, yo nunca me tomo una cerveza solo.

“Trabajar, chingarle, desgastarse”*

Ulises H. se fue a Estados Unidos en 1989, junto con su compañera Claudia, ambos de clase media y estudiantes de Filosofía en la Universidad de Guadalajara.

La naturaleza imita el arte. Ulises un día decidió partir, la semejanza no acaba, también él partió a la aventura por fastidio.

El tedio en el que vivía lo llevó a pasar quince meses en el Norte, nueve de los cuales los pasó sin empleo y los

* Entrevista realizada por Héctor Hernández en Guadalajara, Jalisco, durante septiembre de 1992.

dedicó a la biblioteca y a “pachequiar”. Su estancia no fue del todo grata, sus recuerdos parecen una memoria del inframundo, cuando recuerda la ciudad de Los Angeles como “un lugar triste y fétido”.

Historia muy singular, llena de anécdotas que toman por sorpresa. Después de una romería en busca de empleo no queda otra alternativa que incursionar en el mercado negro de trabajo. Sus experiencias laborales tienen algo de conmovedor, representan claramente la contradicción en la que se encuentra un estudiante de Sociología realizando un trabajo manual monótono, extenuante y mal pagado.

De ahí que no sea extraño que el único recuerdo grato de su estadía haya sido el lento aprendizaje de la geografía etílica del área de Los Angeles. Ya de regreso en Guadalajara, está en espera de tiempos más propicios para intentar, de nuevo, conocer y participar en la gran “fiesta a la que no hemos sido invitados”.

Me fui de Guadalajara porque quería largarme, me sentía harto, enfadado de todo, de la escuela, la casa, el país, la ciudad, me sentía completamente harto y me quise desafanar, lo hice con un poco de romanticismo porque pensaba que allá se podía hacer, claro, no pensé que iba a ser un idilio, un paraíso ni mucho menos, siempre creí que se va a Estados Unidos a una fiesta a la que no hemos sido invitados y desgraciadamente allá nos peleábamos por los despojos de esa tierra, y no sólo los mexicanos, también los latinos, lo único que nos permiten son los despojos y lo más gacho es que te peleas por eso.

Cuando se nos ocurrió irnos estábamos buscando un visado para llegar a Canadá supuestamente con empleo, porque parece ser que hasta todavía mediados de los ochenta ibas a la embajada y ahí te conseguían chamba, pero empezaron a ver todos los problemas de empleo que hubo en Estados Unidos, y Canadá de pronto estuvo inundada de

gente buscando empleo, no sólo de latinos, sino incluso gabachos y japoneses; fui a México a la embajada haré unos tres o cuatro años pero ya no hubo permisos, por ese lado la intención de ir se frustró, me di cuenta que no era posible la ida a Canadá porque se ocupa una feria, está muy lejos, es muy largo el trayecto.

No recuerdo cómo me enteré, quizá por el periódico, no sé, era una verdad un tanto conocida, por ahí sabía de alguien, que no era mi amigo ni mucho menos, que trabajaba en Canadá en la pesca, que se iba a la frontera con Alaska, trabajaba seis meses y con eso la hacía gacha para venirse y no trabajar; como el permiso era con trabajo, me animó, quise intentarlo, no se hizo, incluso cuando fui había un aviso que decía "A todas aquellas personas que vengan a solicitar, etcétera, ya no hay trabajo, ya no es posible, ya no se hace".

Claudia se fue conmigo porque quería continuar nuestra relación, queríamos seguir estando juntos, ella trabajaba de auxiliar en la Universidad y renunció, yo en una tienda de abarrotes con una tía; duré siete años con ella; mi jale anterior fue ayudante de zapatero con mi padre, cuando se dedicó a otra cosa me metí a una fábrica, a un taller y ahí estuve trabajando de ayudante, lo que hacía era embarrar, rolar, cortar; me gustaba ese jale, duré un buen rato hasta que entré a la prepa.

Cuando saqué la visa, en el 90, me puse un saco, no me acuerdo si traía camisa o camiseta, no traía corbata, iba de tenis o huaraches, así como siempre, y el gabacho que estaba ahí me preguntó a qué iba, le dije que de vacaciones.

—¿No van a trabajar?

Y yo hasta me indigne con la pregunta, le dije:

—No, pues como voy a ir a trabajar si estoy estudiando.

—¿Ah, estudias?, ¿y qué estudias?

—Filosofía.

Y me empezó a preguntar de filosofía, qué pensaba de

Platón, y como sé que esos batos son bien pendejos y además como a Platón allá lo tienen casi en altar, pues hablé bien con él de Platón y no hubo ningún problema, lo único que me pidió fue la credencial, llené un chingo de papeles, todos los que pude; por ejemplo, con la tía que trabajaba tenía una tienda y dinero, dije que ella me iba a dar para irme, cartas con notarios, iba con lo más que podía; en cambio a mi chava sí se la hicieron de tos, hasta eso, sí se la dieron, pero la estuvieron interrogando y tuvo que mostrar todos los papeles que llevaba, se la dieron ese mismo día, igual que a mí.

Mi intención era irme a Canadá porque de alguna manera tienes una información, a nivel de lecturas, de resistencia del pasado histórico, de las personas que han ido, a nivel de compas que van y te platican, como no se pudo pensó caerle a Estados Unidos y de ahí irle subiendo, sabía más o menos cómo era, pero de pronto voy y me encuentro con una realidad bien cabrona; llegué con mi familia y con ellos me fue de la chingada, me quise mover pero para hacerlo tenía que pagar renta, comer, etcétera, etcétera, y para ello tenía que trabajar, fue así que no me quedó otra y de pronto me encontré trabajando, y lo que quise que hubiera sido un trabajo momentáneo, temporal, para emigrar más al norte, no se pudo porque el trabajo se hizo demasiado temporal, pues a veces había, a veces no, estuve quince meses allá y pasé nueve sin empleo; los primeros estuve intentando conseguir trabajo, pero eran en vano mis esfuerzos porque había demasiado desempleo, lo que hacía era beber, leer, me echaba unos toques, pachequiar y pues se logra sobrevivir; qué otra cosa hacía, no se puede salir porque no hay dinero, allá el dinero es lo que mueve para muchas cosas, los lugares están lejanos, si quieres ir a Hollywood o a otra parte es una feria, un concierto es una feria, una exposición es una feria, el cine es caro, más si no tienes trabajo, los cigarrillos cuestan dos dólares, la cerveza un dólar, entonces si no tenía

trabajo qué hacía: iba a la biblioteca sacaba libros. No hacía otra cosa.

Mi primer rollo era largarme de aquí, no me fui al sureste porque es más difícil subsistir con un sueldo mínimo en México que con uno gabacho, eso es obviedad, allá un sueldo mínimo, que al final es bien poco, son 150 dólares a la semana, pero con eso más o menos sobrevives, desde luego que en condiciones bien precarias porque como ya se sabe, viven cuatro o tres familias en un pinche departamento, pero sí es cierto, con eso sí se puede comer, mal pero se come.

Siempre me ha gustado andar de patachín, pero a vivir, a vivir un buen tiempo, no, esa ha sido la única ocasión, antes me iba por un mes, dos; desde que estaba chavo iba a Coahuila por un mes, trabajaba allá con unos tíos, es curioso, en una fábrica de mosaico, es curioso porque ahorita después de, no sé, quince años, estoy trabajando en una fábrica de tabique.

He ido también a Michoacán, Oaxaca, a la sierra huichola, Tlaxcala, Cuernavaca, Morelos, he ido nomás a cotorrearla, algunas veces que iba a la playa me ponía a trabajar en alguna enramada nada más para que me dieran de comer y me dejaran dormir, me la pasaba lavando trastes, barriendo, atendiendo mesas, me iba siempre en vacaciones de la escuela, semana santa, vacaciones de verano o navidad, la única vez que me fui así a trabajar o sea a vivir en el sentido económico fue la ida a Estados Unidos, porque acá en Coahuila trabajaba pero era con una familia, con parientes, no pagaba renta ni comida.

Al Norte por parte de mi padre nadie ha ido, sólo son dos de familia, mi padre y otro hermano que vive en Ahualulco; de mi madre son diez, pero nadie ha ido, viven todos en el país, en Morelos, Chiapas y aquí en Guadalajara, ya hijos de los hermanos de mi madre sí han ido, allá tienen bastantes años, viven dos en San Fernando y otro en Len-

denton, California, no hay mucha distancia entre las dos ciudades, media hora; con ellos le caí, viven no en situaciones tan precarias como los migrantes recién llegados, pero siguen viviendo con lo que nos dejan allá, pues con las colas; por ejemplo, tengo un primo que tiene quince años allá, los últimos cinco los tenía trabajando en una fábrica, pues hace poco lo corrieron, porque ahorita están cerrando demasiadas empresas, estaba en un lugar donde hacían llaves de lavabo de baño, todo ese tipo de cosas que se croman, otro trabaja en una gasolinera y tiene años y años, no sé, quince, atiende una pequeña tienda, un stock que le dicen y despacha gasolina; al otro le ha ido bien, es trabajador de la construcción, albañil, lo que pasa es que conoció a un gabacho y lo invitó a formar parte de la Unión y allá todos los obreros forman parte de ella, con ese solo hecho están sindicalizados y tienen un sueldo mínimo muy por encima de lo que se les paga a la mayoría de los latinos, por ejemplo, mi primo estuvo ganando 18 dólares la hora gracias a ese gabacho.

El está más cercano a mi edad, tendrá ahorita unos 29 años, los demás son más grandes, 38, cuarenta y tantos; el sí ganaba muy bien pero también tiene un chingo de raza, y está completamente asimilado al modo de vida gringo, por ejemplo su lana no la disfruta porque allá es muy usual que toda la feria la metan al banco cada semana, es muy usual entre los gabachos y a muchos mexicanos los asimila el sistema, adoptan costumbres gabachas; entonces este cabrón toda la feria la metía al banco, y yo que ganaba 150 dólares, los fines de semana me pedía para comprar cervezas por ejemplo; a veces el se mochaba conmigo, pero sólo cuando hacía sus transas, porque vendía acá a la sorda el material que sacaba de su jale, como cobre o plomo.

A propósito de esto, los mexicanos para sobrevivir, y no sólo ellos, también los latinos, son muy transas, hacen muchas, muchas transas, y él hacía de esas, y cuando tenía una

feria sí se reventaba, pero lo apartaba del ingreso familiar, cuando no, pues me andaba pidiendo a mí.

Mi relación con mis parientes era buena, pero con este último era aún mejor, con él sí era una relación muy chida, incluso en Estados Unidos lo siguió siendo, pero él ya estaba inscrito en otros pedos, la familia, la mujer, por cierto ella era de su mismo pueblo, de Ayutla, de su misma ascendencia campesina, pero también terminó bien asimilada.

Cuando se me ocurrió ir al Norte sí le quería caer, pero de alguna manera no hice precisamente planes, porque no me gusta hacerlos, está bien cabrón, nunca salen; pensaba llegar a Estados Unidos, estar algunos meses, no sé, alguna experiencia allí, algunos conciertos, conocer un rato a la raza de chicanos, cotorrear con ellos y desafanarme después para Canadá, pero pasó año y medio y estuve todo el tiempo en Estados Unidos, era bien desgastante ir a buscar trabajo, mis primos nunca pudieron conseguirme jale porque no había, además de que no tenían palancas ni influencias; sí me llevaron a las fábricas pero no había trabajo, por ejemplo mi primo duró muchos años de jardinero y me llevó con ellos, nos dijeron :

—Lo siento, no hay trabajo.

También fui en una época bien crítica, y crítica por muchas cosas, fue cuando se admitió que había recesión, y ya para que lo admitieran es que era gruesa, además eran los meses que son más malos, entre agosto y noviembre, y llegué a principios de agosto. Recuerdo mi primer día en Los Angeles, al llegar a la central de autobuses un negro estaba aferrado a cargar mi equipaje, que consistía únicamente en una pinche maleta, yo me aferré de que no, y el negro andaba bien pasado queriéndomela quitar para cargarla y que le diera una feria, no, pues jamás acepté, lo único que le decía es que no traía dinero, eso se lo podía decir en inglés, así me aferré, como tres cuabras estuvo queriéndomela quitar y ceros, ya pregunté en dónde era la zona centro, cuando

llegué eran como las 7:30 de la noche, estaba completamente oscuro y bien cabrón, lo primero que hice fue lanzarme sobre los teléfonos; tenía pensado no llegar con la familia, pero cuando estaba allá dónde chingados iba, luego en una esquina nos vieron con el equipaje y nos empezaron a seguir otros negros, luego llegan otros gabachos, porque hay un chingo de población bien loca, desquiciada, que si nos ayudaban con los equipajes y que la chingada, empecé a sacarme un poco de onda y mi chava más, lo que hice fue hablarle a uno de mis primos, me dijo:

—No, pues estoy trabajando ahorita, salgo de madrugada y no puedo ir por ti.

Le hablé a su hermano y no estaba, me contesta uno de sus hijos, le hablo al otro cabrón, pero para esto el pinche teléfono no lo sabía usar, luego me decían en inglés la cantidad, y mi inglés hasta la fecha es bien burdo, pero para las cantidades peor, y sabe que me decían y yo nada más decía:

—Cents.

Y yo le echaba una y otra , no sé qué pasaba pero no me podía comunicar, después de 45 minutos de estar intentando, apremiante la pinche situación, yo también estaba tripiado, empecé a ponerme nervioso, para comunicarme con mi primo fue un desmadre, entonces pregunté, ya sabía donde vivía, y no me pudieron dar razón, lo que hicimos fue ir con un pariente de mi chava, nos fuimos sobres a ese barrio, a Southgate y ahí hablamos por teléfono, afortunadamente estaba la pariente y nos recibió de muy mala gana por cierto, porque es una mujer extremadamente católica y acá su prima soltera llega con un bato sin estar casada, lo bueno fue que mi primo llegó por nosotros al día siguiente y nos fuimos a su casa que estaba en Glendale, con él estuvimos unos cuantos días y de ahí nos fuimos con otro primo, al que tenía diez años sin verlo, porque vivía en una zona donde había más trabajo, San Fernando; duré una semana, me la pasé muy bien porque no trabajaba, estaba como de visita,

además mi primo era buena gente el bato, me la llevé chido, pero es otra onda, no puedes estar viviendo con otras personas tan fácilmente, y más cuando eres pareja, lo que quería era estar solo y a final de cuentas nunca lo logré .

Cuando estuve con mi primo no busqué chamba porque acababa de llegar, además de que él y su mujer eran bien pipas, nos pusimos bien chonchos yo y aquella, no hacíamos nada, más que comer y tragar vino; de ahí me fui a San Fernando porque era centro de trabajo, aún así no fue fácil conseguir jale, recuerdo que me paseaba por las fábricas y veía a un chingo de gente con la cabeza gacha, todos con la solicitud en la mano, éramos bastantes, íbamos y veníamos por las zonas industriales, por ejemplo, me acaba de hablar un amigo, cumplió un año sin trabajo, otro de ellos que estuvo viviendo en el departamento, que no son tales, son vecindades, ahí todos se hacen puños, en las salas, en los cuartitos, él ya tiene un año cuatro meses sin trabajo.

Estuve viviendo con dos chilangos y por cierto desmitifiqué cierta aversión que tenía en contra de ellos, la neta me la pasé muy bien, eran mis compas; uno de ellos había sido campesino toda su vida, se va al D. F. y se hace obrero, luego sindicalista y se pone de delegado, se mete en broncas bien gruesas, le ponen una putiza, además se bronquea con su morra, con la que se iba a casar, lo bota a la chingada, entonces bronqueado en lo que había puesto su empeño, que era el sindicato y su mujer, se desafana y se larga.

El otro, hasta la fecha dice que ya no vuelve, que vayan a la madre y el otro, pues es un chavito, se fue de vago a Estados Unidos cuando tenía catorce años, ahorita tiene 19; me la pasaba bien chido, el ex delegado sindical es bien pedo y el chavito bien pacheco y yo le hacía un paro a los dos, pistiaba y pachequiaba, me sentía bien a gusto, a veces nos las veíamos negras, comíamos sopas de fideo y frijoles porque no había para más, pues los cuatro estábamos desempleados. Nos íbamos a buscar trabajo y ceros, no encontrá-

bamos, se dificultó menos para las mujeres, por las implicaciones que tiene emplearlas, eso no es en detrimento de ellas, ni mucho menos, pero son un poco más sumisas que el hombre, menos broncas, hay menos problemas con ellas, también son menos faltistas, menos borrachas, más cumplidas y para muchos trabajos no se ocupa la fuerza bruta, las emplean bastante; por ejemplo, mi compañera tuvo menos problemas que yo para encontrar trabajo; digo esto porque a pesar de que no conocí muchas amigas, estuve en una escuela de inglés y traté a varias, la mayoría tenían empleos a veces bien crueles y bien gachos, de los hombres había un chingo de desempleados, no me gustaba mucho ir a la escuela porque más bien creo que nos dan clases a los mexicanos muchas veces en un sentido mucho muy distinto al quererte enseñar el idioma, por ejemplo, te ubican para que agarres cierto patriotismo, de alguna manera te inculcan la ideología, la cultura o la historia de los gringos, clases que versaban así como los presidentes de Estados Unidos, quién fue Roosevelt, Franklin, todos son héroes de su historia, además no son nada críticos, por ejemplo, mi experiencia del gabacho fue encontrarme con el pueblo más acrítico del que tengo conocimiento, no he estado en otros lugares del extranjero pero me he enterado por otros medios, la literatura, el cine, etcétera, no sé, conoces, te das cuenta que hay pueblos que son más críticos y los gabachos son bien acríticos, es un pueblo muy stupidizado, muy enajenado, por ejemplo, suena bien tonto, pero no sabían quién era Cristóbal Colón, no sé si tenga mucha importancia, pero no sabían, y era gente que había estudiado incluso carrera, como la típica carrera del Bisnes, del negocio, conocí muchos cabrones que fueron egresados de esa carrera, puro gabacho, vi, no sé, un panorama cultural pero bien nulo, cero, cero, no conocían nada.

Un día con un gabacho platiqué acerca de literatura, me vio con unos libros y me preguntó que si me gustaba leer y

le dije que simón, me preguntó que leía, y era un autor gabacho, no lo conocía, me imaginé que no le interesaba ese cuate pero después en subsecuentes pláticas resultó que no conocía nada de los literatos y el tipo no era precisamente un ignorante, bueno, desde luego que era un ignorante, enorme como una catedral el pendejo, pero no era un ignorante porque tenía una carrera en Bisnes, allá la mayoría de la gente estudia eso, no conocía absolutamente a nadie, desde luego tenía una posición acá entre comillas muy ganada, su cantón, su carro, otro carro, vacaciones en Alemania.

Por otro lado, el patrón de mi chava, que también era un pendejo, tenía problemas así como que no sabía qué hacer con las vacaciones, me platicaba ella que no sabía si ir a Alemania, Brasil o Grecia, lo más cruel era para uno que está bien jodido, se angustiaba el pendejo porque no sabía a dónde ir, un vacío, un vacío. Otra cosa, por ejemplo, que los batos se siguen creyendo el centro del mundo y eso es tan obvio como que hay que ver la situación política en que se encuentran ahorita en el globo.

Recuerdo una ocasión en la que andaba buscando jale en las fábricas, pasó una cosa curiosa que me indignó, me bajó mucho el avión, fue un aviso que vi en una fábrica de Lanhaywood, decía en inglés:

—Todos los solicitantes serán tiroteados.

Cuando buscaba trabajo agarraba por zonas, estuve viviendo en San Fernando y buscaba ahí, vi que no había, me iba a otros pueblos aledaños, a Hollywood, a Glendale, Los Angeles, pero después, cuando andaba en Hollywood, me encontraba gente de San Fernando o de Los Angeles, no los había visto, pero platicaba con ellos, a otros los había cachado buscando empleo, porque me los encontraba un día en Forestville y a los quince días, veintidós, en Glendale, nunca les pregunté de dónde eran, con los que cotorree venían de aquí de Guadalajara, del D.F., Michoacán, Sonora, sobre todo de esos cuatro estados.

Lo gacho es cuando vas a pedir chamba, la mayoría de las recepcionistas, gabachas o chicanas, todas te reciben por igual, te mandan al carajo, se molestan que vayas a pedir trabajo, para ellas resulta obvio que no hay y se molestan porque tú llegas y les pides, pero nuestra situación es otra, hay un chingo de gente que anda buscando trabajo, además está toda la gente que se dedica a vender botes de aluminio o botellas, familias enteras que radican, por ejemplo, a un lado de las vías del tren o abajo de los puentes.

Una vez platicaba con un señor de Michoacán, esta persona me la encontré en un puente, me andaba echando un trago y él también, me quedaba poquito y lo invité, estuvimos platicando, sucede que había vendido sus tierras para pagar al coyote, se vino a trabajar, y ya tenía cinco meses y no encontraba trabajo, entonces no tenía para mandar a la familia y además se había quedado sin tierra, y como esa historia un chingo; pero también, por otro lado, los mexicanos han creado una subcultura, si se le puede llamar así, muy gruesa, por ejemplo, en Los Angeles los chavos de Guanatos y del D.F. encontraron un chingo de transas subterráneas que son muy importantes, es una fuente de trabajo muy gruesa para todos los que andan por allá, las drogas por ejemplo, hay un chingo vendiendo crack, grueso.

Grueso porque es una fuente de trabajo, pero ellos también se ven inmiscuidos en una droga que es muy cabrona, superdestructiva; pero como fuente de trabajo tienen también la de los teléfonos públicos. Los teléfonos públicos se manejan por medio de tarjetas y por conectes que la mayoría son negros, consiguen tarjetas o números clave para poder hacer llamadas, entonces vas pasando por el centro de la ciudad y te dicen que a dónde quieres llamar, cada llamada te cuesta diez dólares, como ellos no pagan les vale madre lo que duren; mucho mexicano, mucha persona que está fuera de su tierra, salvadoreño, nicaragüense, guatemalteco, aprovechan para hablar, pues no tienen feria para

pagar un dólar por minuto, por eso iba a Los Angeles para hablar con mis familiares, mis compas, pero no muy frecuente, sí lo hacía y hablaba con ellos una hora, dos, pero veía gente que hablaba tres o cuatro horas; tenía un amigo que se llevaba, comento esto porque se me hace cotorro, el cabrón sus 24 cervezas, pisteano y llamando, y decía: — Oye, anda pásame a tal familiar.

Después con los amigos:

—Vayan a hablarle a fulanito y a perenganito.

Hasta que iban por el tipo, y todo esto duraba como cuatro o cinco horas, y sólo por diez dólares.

A nadie le cobraban la llamada, a los que les llegaba la cuenta de alguna manera metían pleito, comprobaban que no habían hecho la llamada y no pagaban, todo esto iba en detrimento de la compañía, por eso digo que ese trabajo se me hacía muy chido, por ambos lados cabrón.

Por ejemplo, todos los boletos de trolebús los venden, les llaman *transfers*, cuesta el boleto cerca de dos dólares, estas personas te venden los *transfers* a veinticinco centavos, la mayoría que se dedica á esto son puros mexicanos.

O los cigarros, allá te cuestan dos dólares, los mexicanos van a Tijuana, traen un chingo de tabaco y los venden a veinticinco. Todo esto es bien evidente, vas a Los Angeles y todo ese tipo de cosas está a la vista para cualquiera, tanto para el gobierno como para la población, como para un turista, es una locura bien cabrona, bien palpable, ves a la gente en la calle sentada fumando crack todo el pinche día, imágenes locas, por ejemplo las de negros.

En una ocasión fui a la biblioteca un viernes, me encontré a un negro frente a una tienda, estaba reflejándose en el vidrio y el negro estaba clavado, viendo como si fuera una televisión, al siguiente día vuelvo a ir por otro cotorreo y me lo encuentro en el mismo lugar y en la misma posición, con su pipota de crack, ese tipo por lo menos se pasó ahí 36 horas, clavado, y así hay un chingo de gente, es una ciudad

mucho muy loca y muy triste, Los Angeles es un lugar fétido, huele a orines toda la ciudad.

Estados Unidos es un país muy loco, cabrón y muy triste, denigrante para el ser humano, por ejemplo, te encuentras prostitutas, negras sobre todo, les dices ven, se te acercan y te dicen que te la maman por dos dólares, sólo para conseguir algo, eso no me tocó una vez, me tocó dos, tres veces, las chavas ofreciéndose a mamar tu pene por dos dólares, morritas de quince años, catorce, trece, gacho, gacho.

Mi experiencia de trabajo, chale, pues de todo, jardinero, en varias fábricas, de carpintero, biselando vidrio, en una fábrica de costura, que fue una de las experiencias más terribles. En San Fernando tenía meses que no encontraba trabajo, entonces en una fábrica de costura hubo chamba y me metí, trabajé día y medio, me dieron 16 dólares, trabajé un promedio de ocho horas el primer día y el otro cinco, fueron trece horas por 16 dólares, lo que hacía era meter un cordón del shorts en la cintura, me pagaban a centavo la pieza. Encontré ese trabajo porque anduve de patachín un chingo y me hallo esa fábrica donde estaban solicitando gente y me metí, pero jamás pregunte cuánto me iban a pagar ni nada, me aventé mi jornada de ocho horas, me preguntaron quieres seguir trabajando más rato, dije, no, ya estuvo, un taller de costura es de lo más asfixiante, es bien cabrón porque hay un chingo de trabajadores, hay bastantes máquinas, son pilas y pilas de shorts, por ejemplo no ves a tu compañera de enfrente o a tu compañero, está todo lleno de ropa, de máquinas, de material para trabajar, el ruido es ensordecedor, todos en chinga y donde me puse a meter cordones a los shorts era frente a una pared, lo único que veía era una pinche pared y yo metiendo el cordón con una aguja, estaba en chinga metiendo el cordón y al siguiente día voy y a las cuatro horas de estar trabajando pregunto cómo estaba el rollo, cuánto van a pagar, ingenuo no, pero tenía muy poco de haber llegado, me dijeron cuánto y me

largué a la chingada, 16 dólares por doce o trece horas de trabajo, ya no quise seguir, pero mucha gente que labora ahí, que tiene experiencia y se gana 100, 110, 120 a la semana, y están contentos porque lo consideran un buen sueldo y no tienen jornadas de ocho horas, sino de doce; conocí a una chavita como de 14 años que me decía:

—No, no, si más o menos ganas, nada más hay que agarrar práctica.

Tenía 16 meses trabajando, era de Guerrero y hacía un promedio de 110, 120 dólares a la semana. Me dieron el trabajo sin ningún papel, sin nada, con la completa ilegalidad, y ahora que hubo tanto desempleo a partir del pasado año, era el lugar donde llegaban seguro a apañar indocumentados, incluso agarraron un tiempo de racias, porque no se pueden llamar de otra manera, llegaban a talleres de costura y hacían arrasadero, se llevaban a toda la gente, lo hacían porque no había trabajo, había demasiadas personas, porque cuando necesitaban trabajo no había ningún problema, o sea, es de su conocimiento que los talleres de costura es uno de los lugares donde más barato se paga, donde hay ilegales, donde hay malos tratos, incluso para las pseudocomisiones de derechos humanos que hay allá, pero mientras haya trabajo, mientras sea productiva la mano de obra latinoamericana, pues ahí los dejan que trabajen, cuando se satura van y de cada taller sacan mínimo 20 gentes, pero son 60, 80, 100 gentes, todos para afuera.

Es una de las cosas que me molestaba, porque los batos te tratan con una impunidad, a ellos les vale madre, te tratan mal, te insultan, te joden, se la llevan apresurándote en el trabajo, como si estuvieras en épocas de inicio de siglo, capataces que te traen en chinga y "trabájale y chingale", presionándote y que "si no trabajas te vamos a correr", "si no te apuras hay mucha gente esperando afuera", y sí, es cierto, hay mucha gente esperando y si te interesaba el trabajo tenías que ponerte en chinga a trabajar, yo desde

luego no tenía las necesidades de ellos, no tenía casa acá, porque a mí me valía madre, pero con una impunidad enorme.

Un trabajo lo conseguí en la esquina de la casa de mi primo, porque ahí se juntaban unos cuates a esperar jale, platicaba con ellos y me hice más o menos conocido, después de unas tres pláticas, consiguieron trabajo y me invitaron y ahí voy, después de tres meses sin trabajo estábamos demoliendo unas pinches paredes, no sé, agarré el marro, ya había demolido dos o tres paredes, pero una pared estaba dividiendo únicamente una sala de otra, entonces le meto un putazo igual que a las demás, pinche pared que se me viene, era de hielo seco, le meto el golpe con el marro y se me hunden las manos por la misma fuerza, al darle el sacón que me corto los dedos, empecé a sangrar bastante y le digo al compa:

—Qué onda con un curita.

—¡Cuál curita!

Me dice, y ahí me llevan a un sanatorio, me dieron seis puntadas y se hicieron 270 y tantos dólares por la curación, pero como no tenía tanto dinero, el cuate con el que llegamos se le ocurrió sacar mi pasaporte:

—Mire, aquí está la identificación de él.

Y no, pues apuntan la dirección, todos los datos del pinche pasaporte, mi cuate dice, no te apures, y es que no me dejaban salir si no daba por lo menos un anticipo, dejé 50 dólares, una lanota, pero no pagué lo demás, dije:

—Ni madres.

Y llegaron un chingo de cartas, y que para la siguiente iba a venir el sheriff por mí, pero a mí me valía madre, no más porque me pusieron una enfermera, me hicieron estudios, y tres horas que estuve ahí acostado, 500 dólares, ni madres, no.

Al principio me daba algo de miedo no pagar, pero después, ya con migrantes, les decía:

—Sabe que onda, tuve este problema, ¿qué hago si no pago?

—No pagué, mi esposa se alivió de dos chavos y no pagué.

Es bien usual que no paguen las curaciones, hospitales, multas, no las pagan afortunadamente.

En esa ocasión la obra iba a durar por lo menos cuatro meses, y el primer día, a las tres horas cuando mucho, me pasa el accidente, no pues me dio un bajadión, me sentí bien agüitado, aunque la verdad no sé cuándo me sentía más, si cuando trabajaba o cuando no tenía trabajo, porque luego cada trabajo tan desgastante, tan denigrante, por ejemplo, un trabajo de lo más estúpido consistía en hacer globos para paquetes de regalos. Inflas el pinche globo y metes el regalo adentro, lo vuelves a cerrar, el regalo va envuelto en un globo, lo que hacía ahí era meter los popotes, como eran redondos, los metía en una pinche máquina y lo único que hacía era aplanarlos, entonces agarraba un popote y lo metía, salía abajo en un cartón, caía al cartón y volvía a agarrar otro y meterlo y otro, y otro, y otro, y otro pinche popote, y eran doce horas de trabajo metiendo un pinche popote en la maquinita, a mí eso se me hacía de lo más absurdo, de lo más gacho, a mí se me hacía horrible estar en ese trabajo, cuál función de meter un popote redondo que se aplane y ya salga aplanado, y ese era mi trabajo, estar sentado doce horas metiendo el pinche popote y ya, duré diez días, y no pagaban horas extras, te pagaban como si fueran ocho, y ellos se ufanaban, se sentían samaritanos porque te daban doce horas de trabajo, y si no te querías quedar las doce horas te corrían, por cierto los dueños eran gabachos de ascendencia judía.

El primer trabajo que tuve fue instalando alfombras, ahí me iba bien, nada más que el compa duraba diez o quince días sin pagarme porque no le pagaban a él, era un contrato, y hasta que instalaba las alfombras me daba 50 dólares, y

cuando mucho el sueldo mínimo son 32 dólares, a veces nos estábamos diez horas chingándole pero a veces estábamos seis, eran por día 50 varos y todas las cervezas que quisiéramos, pero llegó una crisis de miedo, no hubo contratos y me tuve que salir, conseguí esa chamba por medio de un cuate que vivía enfrente de la casa donde estaba viviendo, y pues cotorreando, platicando. De ahí entré a una carpintería con un inglés, pagaba 160 a la semana, duré un mes y también se acabó el trabajo, éramos siete personas, al final sólo quedamos el inglés y yo, me agarró de chálán, como no sabía era el que menos caro le salía, los demás eran maestros, recibían un sueldo mejor, al final estuvo tan malo que se quedó el pinche inglés solo, me dio gas a mí también, no trabajaba diario y me pagaban más o menos 50 dólares, pero era una chinga de doce horas, de seis de la mañana a las seis de la tarde, un trabajo pesado y esporádico, no todos los días había jale; de ahí le hice a la jardinería, luego me metí a una fábrica de jarochos en la que hacían casas móviles; estaba de la chingada la manera como controlaban el tiempo: el primer timbre era quince a las siete, para que estuvieras ahí; el segundo, diez a las siete para que ocuparas tu lugar; el tercero, cinco a las siete para que tuvieras tus herramientas, y el último a las siete en punto para que empezaras a chingarle, sin desperdiciar ni un segundo, había puro ilegal y, por ejemplo, no había esos toques previos para agarrar el break, eso sí, tocaba el timbre y a veces no podías dejar el trabajo porque era imposible, y hasta peligroso, máquinas que no puedes así de pronto dejarlas, pero cuando iba a sonar para regresar a tu puesto sí volvía a timbrar dos veces, una para que estuvieras en tu lugar, la segunda para que estuvieras chingándole, fue donde más me quedé, estuve trabajando cuatro meses, me pagaban 170 dólares a la semana, descontando los taxis, menos diez de raite, me quedaba una mierda, 450 000 pesos traducidos al español, era una miseria, y así estaba en esa situación un chingo de gente, al

final, de 600 que éramos sólo quedaron diez, nos corrieron a todos.

Con mi primo duramos cuatro meses, nos salimos por broncas, lo que más me llama la atención es que allá la gente se materializa tanto que no te da nada, todo te lo cobra, mi primo que ganaba 18 dólares por hora, me cobraba 150 de renta, vivía en la pinche sala, ahí tirado, además tenía una mujer bien nefasta la cabrona, una mujer que se fijaba en todo, unas tortillas que agarrabas, la comida que comías, nefasta, no quiero ni hablar, por eso cuando conseguí trabajo y tuve una feria, le dije:

—Toma, aquí está desde que llegué.

Le pagué todo, a veces el orgullo te hace estar medio pendejo, no le hubiera pagado nada y la hubiera mandado a la chingada, pero no, le pagué todo; cuando nos salimos juntamos la renta de un mes y nos sobraron 20 pinches dólares, un cuate nos llevó a buscar el departamento, por un cuarto estábamos pagando 200 dólares, llevábamos 220, agarramos los 200 y los dimos, diez dólares para tequila y para café, nos quedamos así, a la brava, sin trabajo los dos, lo bueno fue que a la semana mi chava consiguió en la costura, ahí duró un buen rato, cuando se acabó se metió a un pizzería que estaba a tres cuadras del taller, estuvo trabajando mes y medio, se abrió otra vez el trabajo en la costura y la descansaron en la pizzería y a la semana se metió a la costura, o sea que de uno a otro nunca duró más de un mes sin trabajo, eso para mí fue un parote, me aliviano mucho, porque el tiempo que no trabajaba, fueron nueve meses, ella me mantenía.

De la gente que conocí, aparte de los chilangos, fue a unos polleros de Guadalajara muy loco chones, mucho tiempo cotorreamos muy a gusto, para mí era bien chido que tuviera unos compas allá que sin conocerme bien, nada más porque me los presentó un cuate de Guadalajara, se amacharan bien chido, yo llegaba y órale, sobres, me daban

aliviane, al compa que digo, lo conocí en la sierra huichola, se llama José de Jesús, ha ido varias veces al Norte, allá nos vimos, me encontró porque le había dado el teléfono donde me podía ubicar, llegaron, él y su hermano, con un compa, nos pusimos la gran pedota, ese día falté a trabajar, desde luego, duramos tres días encerrados en un cuarto de tres por tres cincuenta, al tercer día, pinche cuarto, estaba lleno de botellas de cerveza, muy chido, además es buena onda que te visite un compa estando allá.

También la relación humana era bien chida con mi primo, con él conocí todas las pinches cantinas de esa área de Los Angeles, del condado de San Fernando, me iba con él a bulear cantinas, nos la pasábamos muy chido con sus amigos ex campesinos y ahora obreros de la construcción. A veces mataban puercos y eran hartadas de carne, casi no le pongo a la carne de puerco, pero allá, cuando había una fritanga, me acordaba mucho del terruño, nos íbamos al pie de un cerro y ahí mataban el pinche puerco, yo me quedaba desde que lo mataban, lo destazaban y metían los cueritos, desde que hacha, pico y pala, y trague y trague cerveza, trague y trague vino y come y come carne, nos la pasamos mucho muy chido.

A veces, cuando pienso en Estados Unidos, me dan ganas de ir de nuevo, pero no sé cuándo, por lo pronto no tengo muchas ganas, la experiencia fue chida en muchos sentidos, pero ahorita sé que el trabajo está bien cabrón, iría si tuviera la seguridad de trabajo de por lo menos unos tres meses, seis, y durar otros tres o seis sin trabajar, para poder hacer cosas que a mí me interesan, para poder conocer, para poder experimentar otras transas, porque de otra manera si te dedicas solamente a trabajar, malo muy malo, porque allá la mayoría de las gentes que conocí, sobre todo mexicanos, se levantan, se van al trabajo, le chingan, muchas veces los centros de trabajo están lejos, llegan a su casa bien cansados, bien agotados, porque es bien desgastante el trabajo y ya no

les quedan fuerzas para nada; en esas condiciones no me gusta pensar en el Norte, prefiero esperar una mejor oportunidad para lanzarme a conocer allá.

“Todos mis piensos son volver pa’trás”*

Antonio es originario de Ixtlán, Nayarit, y se incorporó a la corriente migratoria durante las braceradas, luego pasaría a la frontera como ilegal, finalmente documentado, al legalizar su situación, la de su esposa e hijos. Como muchos migrantes del occidente, su tez blanca y ojos de color le ayudaban a pasar inadvertido tanto que en alguna ocasión lo confundieron como hijo de gabacho.

Pero no todo fue fácil, en varias ocasiones estuvo a punto de claudicar, quizás una de sus experiencias más frustrantes fue descubrir en una huelga que “allá la gente también se vende”; su vida de ilegal ha sido difícil y, pasar la frontera por cuenta propia para ahorrarse el gasto del coyote, puede en ocasiones ser fatal.

Además de disgustos, angustias y sufrimientos, la aventura migratoria de Antonio le costó que su esposa perdiera un hijo, al intentar pasar la frontera embarazada: un varón, después de haber tenido siete mujeres. Finalmente, vive y trabaja en Estados Unidos. La siembra no se ha hecho para él, tampoco el trabajo en las pizcas. Su opción fue trabajar y vivir en la ciudad y lo logró. Vive, como muchos otros mexicanos, en el barrio bravo del este de Los Angeles.

Soy de Ixtlán, Nayarit, ahí empecé a estudiar la primaria, mi padre se fue a una hacienda al estado de Jalisco, se llamaba San Marcos, está para el lado de Etzatlán, Ahualulco; a él le

* Entrevista realizada por Enrique Martínez Curiel en Los Angeles, California, durante agosto de 1991.

gustaba mucho la agricultura, como allá había buenas tierras, se animó y se fue, a mí me dejó con una hermana recién casada, me fui a vivir con ella para seguir la primaria, pero se le vino una mala racha a mi cuñado, él se venía al Norte, ese año le fue mal, como vi que era una carga, y vi que mi hermana renegaba mucho, un día me puso una cueriza y me fui.

Me fui, en mayo, con unos señores que iban para San Marcos, me quedé con mi papá, trabajaba con él de sol a sol en el campo, pero cuando empezó a llover y andábamos en la labor con los huaraches, las piedras, todo sangrado, pensaba: por qué no le hice caso, hubiera estudiado. Estuvimos en San Marcos de 1951 hasta el 59.

El primero que se vino al Norte fue mi hermano mayor, después todos, cuando empecé a crecer y andar de vago, le dije a mi papá —¿Sabe qué?, ya no me está gustando aquí, quiero irme para Ixtlán y de ahí a Estados Unidos, porque hay más posibilidad de mantenerme más a gusto.

Le dije esto porque mi hermano, el mayor, ya se venía a Estados Unidos, y mi cuñado iba y venía; mi papá no quiso venirse, ya se sentía viejo.

De mis hermanos, el mayor la última vez que vino fue en el 57, el otro se fue para Texas en el 65, uno más vive en Las Varas, otro que se murió, pero nunca vino, sólo una vez anduvo animado, nomás llegó a Tijuana, se le dificultó para pasar y mejor se devolvió, no era muy vago, no le gustaba andar batallando, y el más chico vino de ilegal antes de contratarse, cuando andaban echando la carretera de Ensenada, se vinieron mi cuñado y él.

Yo, la primera vez que vine a trabajar a Estados Unidos, en agosto del 71, me tocó la pizca del durazno, como es una cosecha cortita, al mes se acabó, nos iba muy bien porque ganaba como 35 ó 40 dólares diarios, a la mayoría de Ixtlán les tocó la pizca del higo, ellos se iban a quedar a cortarlo, tenían envidia de nosotros porque ganábamos más, pero al mismo tiempo estaban contentos porque nos iban a mandar,

antes que ellos, de regreso a México; me acuerdo que esa vez, el último día de trabajo, me estaban nombrando:

—Antonio Balbuena.

Contesté.

—Mande.

Como tengo ojos azules, me dijo, el que estaba nombrando lista, que era maquila de gabacho, pues machín a mí me dio coraje, lo maltraté, le dije que maquila era su país; me pidió disculpas. Como al día siguiente nos teníamos que ir, me dijo un primo de mi esposa:

—Por qué no vas y le hablas a Felipe, el que te dijo que eras maquila de gabacho.

Cenamos y yo siempre con el gusanito de ir a hablar con él, para ver si nos daba chance de quedarnos; me salí, metí el carro, fui y lo esperé, yo más bien para hacerle la barba después que me ofendió; llegó, agarré el periódico, se bajó del carro, se lo di; sabía mi nombre:

—¿Cómo estás Antonio?

—Bien, ¿es cierto que ya nos van a mandar para México?

—Desgraciadamente sí, es que ya se acabó la cosecha y no los pueden mandar a otro lado, porque en esta área es la pura pizca del durazno y ya terminó.

—Es que es muy corto, yo pues apenas voy a sacar lo que invertí, quiero ayudar a mis padres, soy el mayor de la familia y tenemos unos 25 ó 26 hermanos más chicos.

Ahí le eché mentiras machín. Dijo.

—Tú tener buenos pensamientos, pero no hay manera que te quedes.

—Sí, en la cuadrilla que se va a quedar a cortar higo, por qué no me pones a mí o a mi primo.

—No, deja ver si puedo hacer algo por ti, porque yo no soy el mayordomo, soy supervisor, deja hablar con él, de todos modos alista tu ropa y si arreglo algo yo te hablo.

Para el otro día la cuadrilla se fue y nos despidieron, ya

nos íbamos a ir, en eso llegó el gabacho, me andaba buscando, me halló y me dijo.

—Antonio, dame el número de tu cheque.

Se lo di, me dice.

—¿En dónde está tu primo?, ahorita viene el mayordomo, el que se va a encargar, les va a traer unos guantes y todo para pizcar el higo.

Nos quedamos.

Unos tíos míos, primos hermanos de mi mamá, tenían la pura envidia, trabajaban conmigo, yo ni hacía caso de pizcar bien por andar al parejo con ellos, para ir cotorreando y hacerlos enojar. Llegaron las fiestas patrias y nos fuimos a celebrar los que nos quedamos, fuimos al pueblo, estábamos en un rancho cerquitas de Mercedes; nos amanecimos con los amigos de mi tío, parece que ya estaban emigrados, nosotros no podíamos irnos porque no sabíamos regresar, a fuerzas teníamos que andar, puro tomar hasta que amaneció.

Terminamos el higo y nos llevaron a Río Brisa, al tomate, hasta que se terminó la pizca, nos vinimos a Ixtlán a fines de noviembre del 61.

Al siguiente año me tocó Valle de Salinas, cerca de Soledad, pizcando fresas, fue cuando dejé a mis esposa pedida, ya andaba sacando todo para la boda; a los 45 días que llegamos empezaron a escoger a la gente que se iba a quedar, en el primer recorte mandaron a los más malos, yo le decía al mayordomo:

—Quiubo, me va a tocar quedarme o qué.

—Pues no se sabe, bueno, nomás sigue trabajando como trabajas y primero me van a correr a mí que a ti, por qué te apuras tanto, estás nuevo.

Le platique que tenía novia y quería sacar centavos para la boda; nos quedamos, esa vez trabajé desde abril hasta noviembre. Empezó a irse la gente como en septiembre, se fueron recortando cuadrillas, al mayordomo lo quitaron, fue cuando me dijo:

—Ya ves, salió cierto lo que te dije, ya me van a recortar a mí. Luego me decía.

—¿Todavía no ajustas para casarte?, si quieres para hacer coperacha.

Y sí, quería aprovechar, el plazo que tenía se me venció, como en México se fijan fechas para las bodas, le mandé una carta al suegro, que no pensara mal, que la cosa estaba en pie, nomás que el trabajo estaba bueno y quería aprovechar. Me casé en el 62, por las dos leyes.

Al siguiente año volví a venir, 63, ya casado, me tocó Yuma, Arizona, a pizcar la lechuga; allá es más duro el trabajo y el calor, no recuerdo cuántos meses estuve. Total que iba a nacer la más grande de mis hijas, creo me vendría en marzo o abril, estuve unos seis meses.

En el 64, último año que vine contratado, a Aguila, Arizona, cerca de Arlen, también a la pizca de lechuga; estuve poco porque hubo poco trabajo y empezó a llover, nos vinimos en tiempo de invierno, estuve febrero, marzo y abril.

El último año que hubo contrataciones fue en el 65, cuando muchos desertaron, bueno, todo el tiempo desertaban y se quedaban, como tenían familiares emigrados se salían. Un primo, que fue padrino de mi boda, se vino contratado y desertó, me escribió, que si quería venirme de ilegal, como le dije que sí, me mandó la dirección del coyote. Fue la primera vez que me vine así, me cobraron 150 dólares, llegamos a Tijuana.

Mi primo se quedó con una prima de mi esposa que estaba casada con un filipino, ellos le consiguieron trabajo, porque antes se podía sacar el seguro fácil, sólo ibas al correo, dabas tu fecha de nacimiento y te mandaban tu credencial, con eso ya se podía trabajar.

La migra todo el tiempo ha estado dura, es la suerte de cada quien. El coyote me dijo que con quién quería ir, le dije:

—Tengo un cuñado en tal parte.

Ya estaba emigrado.

—Digan cuánto dinero traen, el que no traiga dinero dígame, también puedo llevarlo, tengo con quien llevarlos.

Todos hablaron y llegaron a un acuerdo.

—No quiero que me paguen con cheque, quiero en efectivo y si no quieren ir con familiares yo tengo a donde llevarlos, ahí les doy chance que le manden dinero a su familia, a mí nomás me dan un abono y cuando acaben de pagar yo mismo los cambio con sus familiares si gustan.

El coyote les daba trabajo en algún lugar, tenía ranchos que le pedían gente, él los acomodaba, era un negrito que hablaba bien español.

En esa ocasión iba con uno que se casó con una prima, ese primo ayudó a dos conocidos de Nayarit, como andaban fracasados y no podían pasar se unieron con nosotros, le hablaron al negrito de todos sus problemas y se los trajo sin centavos.

Nos pasó, primero estaba la conexión, nos pasaban por Cacoma, la hechicera, y caminábamos media hora, llegaron por nosotros en un pick up, la conexión era un guía que vivía cerca de la frontera, ese día íbamos 17.

Nos pasó en una de esas para caballos, bien cerrada, no entraba aire, luego, cuando estábamos esperando, dijo el guía que era del ejército:

—Acuéstense todos porque pasan muchos carros y no los vayan a ver, aquí hay más peligro.

Como traiba el uniforme del ejército, pues parado, pasaban carros y lo veían, uno de los que habíamos agarrado de la sierra no le puso, sin querer, un codazo en las puras narices, y que va diciendo:

—¡A hijos de su re... ya me madriaron!

Lo salvó que en ese rato llegó el negrito, ya que pasó el peligro nos sacó y nos metió a la camper, se hizo a un lado del free way, ya que estaba esclareciendo nos vinimos.

Llegamos a Fresno, pero antes de llegar se paró y sacó a uno que se había ido de trampa y le dijo:

—Mira, ihijo de la chingada!, me dan ganas de matarte como a un perro, porque tú quieres ser más listo que yo, me hubieras dicho y te guardo el lugar, te paso porque eres más coyote que yo.

Nos llevaron a un lugar donde nos escogían como si fuéramos animales, era en Fresno, ahí van los rancheros porque tenían su contacto, decían:

—yo quiero cuatro

—yo quiero tres

—yo quiero dos

—yo quiero uno.

Querían que me fuera con un ranchero y les dije que no.

Estuve en Fresno tres meses, se terminó la uva, le acabamos de pagar al negrito y de ahí nos llevó con la pariente, nomás estábamos mientras pagábamos lo del coyote, también porque se terminó, porque si hubiera seguido habiendo trabajo ahí nos hubiéramos quedado, pero es que los rancheros y la migración está de acuerdo, por ejemplo, ya cuando se va a terminar la cosa llega para echarlo fuera a uno, así era antes, se ponían de acuerdo los rancheros y la migra.

Me llevó a Arroyo Grande, California; cerca de Santa María estaba la prima de mi esposa, la que se casó con el filipino, él nos consiguió trabajo, ahí duré dos meses porque era en tiempo de invierno, sacaba bien poquito, apenas para comer, además me agarró la migra, me acuerdo que llegó en la noche, pienso que fue un reporte de alguien porque llevaban la lista de los que habíamos y hasta los nombres; llegó, como a las cuatro de la mañana, aluzando y todo, entonces le dije a mi amigo, el de Ixtlán:

—Se me hace que llegó la migra porque ahí andan con reflectores. Me puse los zapatos, me cambié, de un repente oí como que se pusieron de acuerdo y bloquearon todo,

estábamos todos en diferentes cuartos por lo mismo, uno dijo:

—¿Saben qué?, es la migración y abran las puertas porque no se van a escapar.

Llegó uno con nosotros, le dio puntapiés a la puerta, cuando dio el segundo se abrió, nomás que nosotros corrimos a la misma ventana, al que estaba dormido la misma puerta lo cubrió y se salió a raiz y corrió, nosotros nos descolgamos por la ventana queriendo brincar cuando los de migración nos agarraron y nos pusieron las esposas; mi primo se andaba forcejeando, era muy corajudo, le metieron un palazo, entonces dije:

—Quiero ir a traer mi ropa, la tengo en el clóset.

—Tú ya tienes mucho tiempo aquí.

—No, poquito.

—Pero cómo, si tienes ropa alzada, ya tienes hasta novia.

Dijo eso porque esa noche habían ido unas mujeres, iban a los campos a visitarnos.

—Ahorita que venga el jefe de nosotros tú le dices, si él te lleva, bueno.

Cuando llegó el jefe le dije, me quitó las esposas y me llevó, me llamaba ahí Salvador, luego me preguntó.

—¿Cómo cuántos había Salvador?

—No sé, creo que como algunos diez, tengo poquito que llegué, como unos tres días.

—¿Pero cómo tres días?, isi ya tienes ropa acá!

—Pues sí, ni modo que no fuera a traer de México.

—Está bien, pero estás echando mentiras.

Ahí fue cuando me enseñó la lista de todos; hasta me platicó de mí.

—Mira Salvador, cuando yo llevaba a uno aquí de la mano veo pasar a otro, por querer agarrarlo se me soltó el primero, no agarré a ninguno —y riéndose, me dice —tú tuviste mala suerte.

No nos trataban mal, asegún como se portara uno; esa

vez nos metieron en Santa María porque eran los emigrantes de esos que hay en Texas, muy duros, nos metieron a la cárcel, esa vez iban a checar mucho, hasta que echaran limpia lo más que pudieran. Fue la única vez que puse las huellas, nunca las había puesto antes, de ahí nos llevaron a Oxnard, dormimos nomás unas horas, acabaron de llenar el lugar y nos llevaron a Chula Vista. Cerquita de San Isidro dormimos y otro día nos llevaron al Centro California, estuve tres días, de ahí nos llevaron en avión al Paso Texas.

Era siempre prevenido, por eso siempre cargaba de perdida unos veinte dólares, con eso la hacía en cualquier frontera que me aventaran, no pues ahí me puse en paz; en el 67 volví a venir.

Me agarraron en enero del 66, me estuve todo ese año y parte del 67, a fines nos vinimos porque hubo una exposición para ver a los Dodgers, ya aquí desertamos mi primo y yo; como no teníamos boletos nos fuimos a Guadalajara a conseguirlos, y no, que ahí no había, que viniéramos a Mazatlán, y luego allí que tampoco, que ya estaba lleno, que no podíamos, ya estando en Mazatlán nos daba vergüenza devolvernos; por eso nos vinimos a Nogales, ahí había un familiar de ese muchacho con el que me vine, se nos ocurrió ver si podíamos sacar pasaporte en Nogales, Sonora; el familiar nos consiguió todo, sacamos el pasaporte local, que le dicen, pero no lo dan luego luego, sino que dan una forma y con ella se puede entrar, pero nosotros tuvimos desconfianza, si entramos con la pura forma y nos llegan a torcer nos la quitan, vamos a perder el pasaporte, pensamos, mejor vamos a esperar, nos regresamos con esa esperanza.

En mi pueblo me puse a trabajar, se vino el tiempo en el que se alista para sembrar y mi hermano me dijo:

—No, pues si quieres ya déjate de andar batallando, al cabo nomás vas, ni te rinde, ganas centavos, vienes y te los acabas, si quieres mejor ya ponte a sembrar.

Y por fin me animé. Tengo tierras en Ixtlán, empecé a

sembrar pero estaba el año bien triste, no quería llover, en eso regresa mi cuñado y me dice:

—Vámonos, aquí está re triste, ni va a llover y te vas a endrograr, mejor vámonos por tu pasaporte.

Ya se habían pasado seis meses desde que lo habíamos tramitado; tenía desconfianza que no me lo fueran a dar, me animé y le dejé la yunta a mi hermano, el que me había animado a sembrar, me vine con mi cuñado y otro muchacho. Ellos se vinieron a San Luis y yo me fui a Nogales a recoger el pasaporte, llegué y me lo dieron; me regresé a Santa Ana y de ahí le di para San Luis Río Colorado.

Llegamos a Tijuana y quería ir a trabajar a donde mi cuñado, a Arroyo Grande, necesitaba un permiso y mi cuñado andaba escasón de centavos, entonces me dice:

—Yo me voy a aventar aquí cerquita un trabajo, ocho días, a ver si mientras hay quien te pasa o a ver quién te ayuda a conseguir el permiso.

Para eso ahí estaba la prima, que era esposa del filipino, estaba arreglando papeles en Tijuana, tuvo que salir para arreglar porque se casó, a los tres días llega mi cuñado, no había hallado trabajo, me dijo:

—De una vez anda a ver si te dan el permiso.

También la prima dice:

—El otro día vino fulano y en un ratito fue y lo sacó.

Fui, lo solicité y luego luego me lo dieron, nomás me preguntaron que a dónde iba, dije que a Arroyo Grande, nomás a pasear porque me habían dado vacaciones, nos vinimos y fui a Arroyo Grande a trabajar, mi cuñado trabajó un mes, dijo que se iba a ir para el lado de Sacramento, a Iowa City, a pizar aceiteña, le dije que si podía esperar a que me dieran otro cheque más y me iba con él, en esa semana llegó migración y me agarró, mi cuñado recogió mi cheque, lo ferió y me mandó mis cosas.

Ya no volví a venir hasta abril del 71, mientras tanto en mi pueblo la hacía de albañil o ayudante, esa vez ya no fui a

la agricultura, me quedé en Los Angeles. Estuve con un conocido al que mi compadre Jesús le había dado una carta para que sacara pasaporte él y su familia; como se acomodaron bien, en agradecimiento cuando fue al pueblo me dijo:

—Vente cuando quieras, yo estoy agradecido con tu hermana y tu cuñado que nos ayudaron y ahora ya nos acomodamos, ahora yo quiero brindarte mi ayuda cuando quieras ir.

Me dejó el teléfono y la dirección; vine y pasé con el pasaporte en San Isidro; de San Diego para acá tuve que pagar para que me trajeran.

Le batallé un mes para agarrar trabajo, porque de plano no me gustaba el campo, ya me había enfadado de que luego luego lo agarraban a uno; en la ciudad, trabajo había mucho, pero de lavar platos o en las tortillerías, a mí eso no me importaba, porque lo que quería era que hubiera; un familiar mío, ya retirado, era mayordomo de una tortillería, al ver que no conseguía me llevó con él, no trabajaba mucho, cuatro o seis horas cuando más, pero ya con eso me ayudaba.

Al mes de estar trabajando el papá del vecino, que era de Ixtlán y tenía un restaurancito, me dijo que ocupaban a una persona, le dije que yo sí quería trabajar; empecé ganando casi el mínimo, por ocho horas, además de que me iban a dar la comida, me gustó más, tenía comida segura.

Me metieron a hacer la talacha, como la limpieza, pero de ahí ya aprendí y me empezaron a poner que a hacer la comida, a veces a hacer las órdenes, me enseñé a todo, trabajé todo el año; esa vez le pedí al patrón permiso de irme para luego regresar y tener trabajo seguro; nomás duré un mes y me vine de vuelta, no, pues entré con mi pasaporte.

En Tijuana intenté sacar permiso y no me lo dieron, pero tampoco me quitaron el pasaporte, me pasé y me regresaron, nomás porque vieron la camisa que traía de Estados Unidos, el emigrante me malició algo, me nervié y me bajó, me regresaron pero no me quitaron el pasaporte; volví a

entrar, pero esa vez nos vinimos para San Diego, hasta cerca de San Clemente, donde chequean, llegamos a un motel, íbamos con coyote, me iba a pasar hasta Los Angeles, pero algún dedo nos pusieron y llegó migración, nos agarró en el hotel, era un puertorriqueño el emigrante, como que sabía, me dijo:

—Dame tu pasaporte.

Le dije:

—No traigo.

Pensaba ponerlo en una carta para mandarlo atrás, pero como estaba seguro hice desidia, cuando llegaron de repente lo que hice fue ponerlo en la bota.

Nos echaron a la blazer y nos trajeron a San Clemente, llegando nos empezaron a investigar, nos dijeron:

—Saquen todo lo que traigan.

Esculcan porque hay unos que traen en el cinto el dinero, como nunca me habían cobrado por sacarme, enseñé todo lo que traía.

—Quítate los zapatos.

Cuando me estaba quitando las botas que se me cae el pasaporte, en eso que viene entrando el que me agarró, me dice:

—Verdad que te dije que sí traías.

—Bueno, como dicen, se ahorcó solo, yo tenía que hacer mi deber, ahora ya lo hallaste, me lo quitaste, ahora has lo que quieras, ponte en mi lugar a ver que hacías, si yo fuera emigrante a ver si no hacías hasta más, es que es lo mismo, ¿no?

Nos llevaron a Chulavista, nos echaron en el avión a Guanajuato, pero pagando nosotros el pasaje, estuve en la cárcel siete días, porque no nos mandaron hasta que se llenó el avión, en ese tiempo la hice de ayudante de jardinero.

La última que fui me estuve desde el 72 hasta el 74, en ese año se vino un concuño que ya había venido dos veces, en seguida traje a mi hermano Milio, a mis cuñados y después se vinieron mis dos niñas, estaban chiquitas; las trajo la

prima de mi esposa, las pasó como si fueran sus hijas, luego me traje a las dos más grandes, una ya estaba en primero de secundaria y la otra tenía primaria, cuando llegaron se metieron a estudiar.

Cuando recién llegué ya había gente de Ixtlán, viví un tiempo en el este de Los Angeles, luego me cambié a una casa de mi patrón.

La primera casa en que vivimos era chiquita, pagaba 58 dólares, estaba sin vidrios y nada más un cuartito, ahí tenía todo, pero bonito, por eso, cuando traje a mis hijas, le dije al señor que quería una casa más grande porque ya venía mi familia.

—No, pues no tengo —dice—, pero veo que eres buena persona, eres bien, no hay problema contigo, esta bien lo que dices, te voy a dar una carta de recomendación para que cuando vayas te la renten.

Renté una enfrente del restaurante donde trabajaba, duré cuatro años ahí, entraba a las cuatro y salía a las doce de la noche, como había mucha clientela les ayudaba y el patrón me daba que lechuga, aguacate, chile, carne, pollo, eso sí, me pagaba poquito pero era muy buena gente.

En Milton High estaba la casa, vivimos cinco años, metimos documentos para arreglar los papeles y nos dieron la carta Silva, con eso ya podíamos trabajar pero sin salir a México, si lo hacía ya no era válida, por eso duramos catorce años sin salir; mi esposa volvió a los once pero ilegal, yo no salí porque hice una promesa cuando me puse muy malo una vez que me vine, le dije a Dios que si llegaba para acá era la última vez si no podía arreglar bien mis papeles, arreglamos tantito antes que empezaran las amnistías, les saqué el seguro social a mis dos hijas más grandes, a las otras no pude porque eran mayores de edad y estaban casadas, nos emigramos cuatro, dos hijas, mi esposa y yo, el más chico no porque nació aquí.

Dejé el restaurante porque una hija del patrón me reco-

mendó en la fábrica donde trabajaba; el problema fue que recién entré a la fábrica empezó la huelga, no sabía nada, nomás me dijeron que iba a ver una junta y que nos iban a dar comida y cerveza, fuimos y sí me gustó más o menos como habló el señor, si apoyé, nomás dijeron:

—No queremos que se den cuenta los más allegados, los más barberos de los patrones: los mayordomos.

Dije:

—Bueno, por qué no quieren que se den cuenta, de todos modos se van a dar cuenta, es mejor hablarles, reunirlos para decirles si salimos a huelga y queden en unión.

La verdad no quería la huelga, apenas estaba entrando a trabajar y ya estaba con problemas en la compañía, pero sí me gustó, más cuando dijeron que era para beneficio de la familia.

Se llegó el día de salir a huelga y salimos, no, pues casi los animé a todos, nomás se quedaron como unos tres.

Cuando empezó la huelga nos turnábamos para cuidar la fábrica, hicimos hasta cartelones, llevé hasta mis hijos, para aguantar juntamos unos centavitos, a veces para comer compraba dos docenas de tortillas de harina y luego, como me había enseñado a cocinar, hacía tortillas de harina con chorizo, frijolitos y salsa, burritos y órale, luego un galón de kool aid y les llevaba a todos; no, pues la gente me estimaban bien bonito.

Pero pasó una cosa, también aquí se venden las gentes; en una ocasión venía un trailer, un sábado que había poca gente, que era de la Unión, el dueño de la fábrica aprovechó y lo sacó, pero al sacarlo chocaron, al oír el ruido que me subo al carro y los demás se suben conmigo, y ahí vamos siguiéndolo al ferrocarril, se metió y nosotros también, después pregunté para que me dijeran dónde lo habían parkeado, quería saber para decirle a la Unión, ellos ya habían mandado a alguien para que fueran a ayudarnos, cuando llegaron me quisieron regañar y no, yo los regañé, les dije:

—Nosotros, pobres, malpasados, peleando por una causa, ustedes muy a gusto en su casa y todavía vienen a regañarme, pues no.

—Está bien, no te enojés.

Fueron, vieron el número de la caja, donde habían puesto el trailer, llegó un policía, me vio y me preguntó:

—¿Qué pasó?

—¿De qué?

Le dije que estábamos en huelga, que había entrado una caja y que quería saber dónde la habían parqueado, me dijo:

—A ver, ¿tienes papeles de migración?

Le enseñé el permiso, ese de la carta Silva.

—¿Y tus compañeros?

—Son mis amigos de trabajo.

—Está bien, díles que no se vayan, ahorita vamos a hablar con la Unión.

Fueron y hablaron, en la noche me agarró la Unión y me llevó a cenar; al trailer esa noche lo agarraron y lo llevaron hasta el monte, de allá lo trajeron y lo devolvieron, creo que el dueño le dio billetes al de la Unión, sino no lo hubieran podido sacar.

Después de un mes empezó la gente a acabarse el dinero que tenían alzado, yo ya les había dicho que esto no iba a ser fácil.

—Además, ¿para qué salen a huelga y luego quieren rajarse?

Pero el de la Unión también hizo promesas que no cumplió.

Los últimos días le dije:

—Esta cosa no va a servir, vamos a perder, mejor voy a dejar esto.

—No, Antonio, yo ya te prometí que te voy a buscar un trabajo bueno, pero quiero que estés aquí porque este es escalón para estar sacando billetes.

Me aumentaron el sueldo, pero yo quería que a mis compañeros también.

—Porque es lo que queremos todos: una igualdad.

—Pero no, eso no se puede —me decía—, ¿por qué tú eres así?, ¿por qué tú no quieres nomás tú?, deja a los demás, tú vive tu vida.

Y no, pues ya estando aquí ese es el problema que he venido teniendo en toda mi vida, porque a mí me gusta que haya una igualdad y, dondequiera que haya favoritismo o racismo, no estoy de acuerdo, es duro.

Perdimos la huelga, me metieron y a los poquitos días me sacaron; desde entonces, me acuerdo que fue cuando entró Reagan, me acomodé donde estoy ahorita: limpiando aviones.

No trabajamos directamente, sino que la compañía hace contrato, así se benefician todos, menos nosotros, porque la compañía dice: te voy a cobrar tanto, digamos a ocho o siete dólares la hora, a nosotros nos la paga a cinco o seis, ahí está haciendo negocio con nosotros. La compañía se llamaba Aline, como empezó a hacer dinero hizo otra y le cambio de nombre, ahora se llama Analine.

De las veces que fui a Estados Unidos recuerdo la vez que juré no volver a ir si no arreglaba mis papeles, fuimos, no me acuerdo bien por dónde, pero es en la dirección de Tecate, en el lado de Estados Unidos, llegamos a una laguna y nos abastecimos de agua pues íbamos a caminar cuatro o cinco noches, según como se pusiera el tiempo, de noche cuando hubiera peligro de la migración, de día cuando no lo hubiera, llevamos comida enlatada y tortillas.

Hicimos eso para no pagar coyote, porque el dinero que íbamos a pagar nosotros nos lo íbamos a ahorrar, creo que en ese tiempo cobraban 250 ó 200 dólares, como mi concuño sabía el camino nos animamos.

Lo malo fue que a mí se me hincharon los pies porque caminamos toda la noche, y mi concuño medio se nordeo poquito, nos amaneció en el mero peligro, ya casi clareando nos dormimos y fue cuando empecé con los pies bien hin-

chados. Empezamos a caminar cuando pardeaba otra laguna, volvimos a agarrar agua, andaba una avioneta que por merito nos ve, como no sabíamos si era la migra o ganaderos de todos modos nos fuimos recio, oscureció y yo bien de los pies, mi concuño me dijo:

—Cómo te sientes, porque vamos a subir un cerro, es muy alto y hace mucho frío, caminando no hay peligro pero si te caes y nos quedamos allá nos helamos de frío y nos podemos morir.

—No, pues si quieres mejor aquí nos quedamos en el arroyo.

¡Un frillasazo!, en la mera sierra un coyotito allá andaba aullando; en la mañana, no, pues bien tieso, todo el manto, como hacen las plantas de salvia, bien tapado de escarcha de la brisa, nos levantamos y caminamos, no, como robots, bien tiesos del frillasazo, sin cobija, sin nada, nos fuimos por una subidita, teníamos que cruzar una carretera, había un poco de peligro, con cuidado, cerca de un aserradero, cruzamos la carreterita, nos vinimos por la sierra, se oía que andaban cortando madera pero no nos veían, a las nueve o las diez nos pusimos a almorzar, hicimos la lumbre y almorzamos, hasta los venados pasaban cortito.

Caminamos así todo el día, llegamos a un ojo de agua pero no pudimos comer por el humo, era de día, nomás tortillas frías, aquí fue donde mi concuño nos dijo de vuelta que siguiéramos, nomás descansamos como una hora y le seguimos, seguimos caminando, pero ahí como que me acabó, ya casi estaba oscureciendo, ya me dejaban, por no querer cruzar se iban por la vereda, atravesaban el cerro y yo iba bien más malo.

Ibamos tres, llegamos a donde estaba una brecha, le dije:

—¿Sabes qué?, vengo bien malo, para que los voy a estar entreteniendo, o por mi culpa los van a agarrar, si quieres váyanse ustedes, nomás dime donde está el pueblito más cerquita o algún rancho, yo mañana llego si puedo conse-

guir un raite para delante, o no si me agarra la migra, pero me siento muy mal.

Eso le dije, ya no podía, a veces me agarraba de una varita que traía como bordón, a veces se quebraba y me iba como robot, ya no aguataba mi pie, ya no lo doblaba nada, ya no me cabía casi en el pantalón, dijo mi concuño:

—Nosotros vinimos juntos y así nos vamos a ir, vamos a caminar nomás tantito, al cerro, más arribita, ahí vamos a dormir, mañana no podemos caminar de día, tenemos que esperar la noche, ahí chequean, a ver si descansas algo.

Ahí nos quedamos, descansé todo el día, ya en la tarde-cita bajamos algo del cerro, me compuse un poquito, seguimos caminando toda la noche; pasamos el peligro de donde checaban, ahí volvimos a dormir, otro día llegamos donde sale un ojito de agua y ponen una tina y se baña uno y ahí llegan venados y todo... y también ahí agarra la migración, porque sabían que ahí hacían paraje. Me bañé y me compuse algo, nos estuvimos todo el día, comimos y agarramos vuelta la caminata, toda la noche, pasamos el pueblito de Borrego, bajamos, había de esos pinos altos, con culebras, agarramos la noche y en el camino se nos viene un viento bien fuerte, era como una tormenta de arena que pegaba bien fuerte, nosotros pasamos, pasó la tormenta y le digo a mi concuño:

—Deja fumar un cigarro, sirve que descansamos.

No, pues yo bien cansado de mis patas, me tire en el suelo, me puse estire y estire la mano y ique me voy hallando una coca!, como traíamos sed, nos la tomamos.

—Seguro si nos morimos, ni modo, ya sabemos, quién va a decir algo.

La repartimos; caminamos toda la noche y nomás una partecita de la madrugada, descansamos, dormimos un ratito y amaneció; caminamos de día, creo que sería como a las dos de la tarde cuando llegamos a Hanes, ya lejísimos.

Caminamos cinco noches, más menos, a veces descansá-

bamos para cargar energía, fuimos y llegamos a donde estaba una bomba de esas que sacan agua, era el regador, luego, le dijo mi conuño a un gabacho que no hablaba español que si conocía a fulano.

—Oh sí.

Le dije que iba enfermo, que iba un poco malo, que no habíamos comido, que teníamos como dos días, casi tres sin comer; y es que sí llevábamos tortillas pero como se enlamaron y como tomaba pura agua y para acabarla, yo que la quería devolver, primero comía una tortilla y luego tomaba agua, como que andaba muy mal, muy débil.

Y no, ya habló con fulano, el gabacho le puso algo de más, como que exageró, nombre llegó volando aquel que conocía a mi conuño.

—Me dijo el gabacho que viene uno bien enfermo.

—Le dijimos así para que te hablara, sí viene un poco mal pero no, pero sí venimos con mucha hambre, llévanos a tu casa.

—Es peligroso, pero ni modo, tengo que llevarlos.

Fuimos, compramos leche y galletas y les dije:

—Vamos comprando un seis de cervezas.

Yo traía como 50 dólares, siempre me gustaba guardar dinero por si me echaban, le compramos otro seis al rancheero, nos llevó, nos presentó, en cuanto se fue nos subimos a unos arbolitos, por si llegaba la migra. Tomamos leche, galletas y una cervecita, después nos metimos a la casa, adentro había dos personas, nos ofreció comida, uno muy buena gente.

—No se fijen, nosotros ya pasamos por esto.

Pero el otro como que no le caímos muy bien; no eran nada de nosotros, los había conocido mi conuño cuando venía, como ya había venido dos veces.

A mi conuño le dieron trabajo haciendo una zanja, duramos tres días, comíamos frijol, harina, a veces cocíamos frijoles y papas, me fijaba en mi conuño, hasta quince

tortillas de harina se comía, yo también, pero siempre me agüitaba por el otro señor que no estaba muy de acuerdo. De ahí le habló mi conuño a un señor a ver si iba por nosotros, para mala suerte andaba mal el tal señor.

—Ni modo, si no vienen tenemos que ir, tenemos que echar una caminada hasta Hanes, es una noche todavía de camino.

Yo le decía a mi conuño:

—Espérate a ver si vienen.

Dije eso porque le tenía miedo a la caminada, todavía no me aliviaba de mis piernas, y eso que me ponía fomentitos que yo me hacía, machucaba ajos y luego sacaba agua de la pompa, luego lo revolvía y me lo ponía, no, unas ampollonas que se me hicieron, me quemaban y siempre abotagado, pero poco a poco se me fue quitando; por fin fueron unos muchachos, hijos del señor, fueron por nosotros, pero por 25 dólares nos iban a traer a cada uno a Los Angeles. Nos trajeron, llegamos a su casa, nos dieron de comer, me acuerdo que cuando íbamos llegando el carro empezó a fallar, en cuanto llegó a la gasolinera dije:

—¡Ay Dios mío!, ya de ganado no nos vayan a regresar.

—Donde yo había estado antes allí nos dejan, allí ya vemos. Cuando llegué, en el 74, fue un hermano de mi suegro, que vive en el monte, me preguntó que si me quería ir con ellos, que había chanza de trabajo en la construcción; me fui y hablaron con un conocido para ver si me daba trabajo, en la noche le hablaron al tío de mi esposa a ver si me conseguía trabajo con un señor que tenía caballerizas.

—Si quiere, voy compadre.

Le dije.

—No, no compadre, es un judío, te va a dar cualquier cosa, cuatro o cinco dólares, y te va a matar todo el día.

—No le hace, yo lo que no quiero es estar aquí de balde.

Fui, no, pues allí le anduve limpiando un montón de milpa ya casi espigando, limpié todo eso, ya casi a mete sol

me trajo, pensé que por todo el trabajo que había hecho, de menos me iba a dar quince dólares; me daba ocho y feria, como no traía para darle cambio me dio siete dólares, llegué casi a oscuras a la casa, dijo mi compadre:

—¿Cuánto le dio compadre?

—No tiene caso.

—Te dije compadre que es un judío.

—No, pues a mí me sirve lo que me dio.

Al otro día viene el de la construcción y me llevó a trabajar, me pagaba 20 dólares, aparte me daban de comer. Trabajé un mes, porque cuando llegué le dije a la hija del patrón que había venido, que le dijera a su papá que si había chamba que me diera trabajo.

En la construcción la huelga empezó el día que me habló el patrón para que fuera a trabajar con él, tenía miedo de la huelga porque se mete uno en problemas, le quitan a uno el trabajo y también te pueden reportar con migración, yo apenas había llegado y estaba sin nada. Pero como ese mismo día me hablaron, pues, ibendito sea Dios!, como que Dios me iba ayudando, me vine y me puse a trabajar en el restaurante, dure cuatro años, durante ese tiempo no fui a Ixtlán.

Cuando recién entré al restaurante me dijo la tía de mi esposa:

—Trae a tu familia, a Teresa; porque juntas centavos, te vas y luego allá se te acaban y es cuento de nunca acabar, mejor manda por ellos.

En esos días estaba por aliviarse mi esposa, en agosto o septiembre mandé dinero para que se pusiera una muela que le faltaba:

—Si quieres ponerte las muelas, pónelas, o si quieres mejor venirte.

No, pues que se animó. Llegó en el 74.

Se vino con el cuñado de un compañero de trabajo que pasaba gente, me gustó por conocido, porque siempre hay

problemas y más con las mujeres; le mandé dinero, iy que se viene sola y embarazada!, en eso que se viene también la esposa de mi concuño sin decirle a él nada, nomás se vino, aprovechó el viaje. Pero hubo un chequeo en San Clemente, estaban checando carro por carro; no, le tocó la de malas, ique las agarran! y luego éstas, pues bien derechas; cuando les preguntaron quién las había traído dijeron que nomás les habían dado raite, de ahí no las sacaban, las castigaron, estuvieron catorce días en San Diego, pero, como el que los pasó traía otro chavalito, de a tiro nuevo, como de 16 años, se nervió y lo denunció que venía pagándole, y éstas, tercas a que no, por eso las castigaron, las soltaron y las echaron para fuera, les quitaron mi dirección y teléfono.

Cuando salieron andaban queriendo ver si me hablaban por teléfono en la central camionera de Tijuana, pero no se acordaron del número, cuando una señora les preguntó que si querían pasar, ellas le contaron lo que les había pasado:

—No, yo las llevo, no tengan pendiente.

—Pero ya no nos acordamos ni de la dirección ni el teléfono.

—Pero, ¿cómo se llama la calle?

—Pues la Oregon.

Y es que la calle es como un bloque y se corta, es muy difícil, no es muy conocida; yo, en ese tiempo, cuando hablaban mis hijas yo llamaba a migración, a Chulavista y nada, entonces en migración dijeron que la tenían en la cárcel, le estaban haciendo corte y todo, entonces yo bien desesperado, como loco, hablaba mi familia, mi hija:

—Y mi mamá, ¿ya va a llegar?

—Se le ha de haber puesto muy trabajoso, ya va a llegar.

—Y ¿cuándo va a llegar?

—En estos días.

Decía esto para en un momento dado no se preocuparan; entonces, fue como un milagro, la señora esa las pasó y las trajo sin tener dirección ni teléfono, nomás la calle, la

encontró y cruzándola vieron a la esposa del señor donde estaba yo, ¡un milagro!

Buscando la calle vieron a la señora, si no que se hubieran ganado con encontrar la calle, sin número, dirección y sin nada, buscando hallaron la calle, vieron a la señora y llegando yo, andaba como loco en ese tiempo, había huelga de los buses, nomás había un azul de montebello y tenía que caminar bastante, como dos millas para ir a trabajar, ese día andaba desesperado, como loco, pensando, llegué a la casa y el señor donde estaba le gustaba vender ropa y telas, llegué y le ayudé a meter un cartón de telas y me dice:

—¿Sabes qué?, ya llegó la esperanza, tuve noticias de tu gente. Me dio gusto y también susto.

—¿Qué pasó?

—No, pues ya que por ahí vienen.

—¿Cómo por ahí vienen?

No, pues ellas ya estaban ahí en la casa, escondidas, y él todavía haciéndome sufrir.

—Ven, te tengo un regalo.

Me llevó al cuarto donde estaba mi esposa y mi cuñada, no, pues un gusto, en ese rato luego luego la llevé a la tienda a comprarle ropa y todo; luego hablamos a México para que no tuvieran pendiente, la llevé a la clínica y no querían atenderla, la checaron bien y todo estaba normal, el niño nació muerto, era el primer hombre después de siete mujeres.

Aquí en Estados Unidos hay de todo, pienso que los únicos que no los educaron sus papases a las costumbres de México, no les enseñaron los sacrificios que se hicieron, esos son los que más se rebelan contra nosotros los mexicanos, son los que piensan que estamos invadiendo, o que somos un estorbo, que les estamos quitando el trabajo; los negros, por ejemplo, hay unos buenos, que comprenden los sacrificios que haces, por ejemplo, este hijo mío, cuando llegue a grande y yo no esté, o que me muera, entonces le explico todos los sacrificios que se hacen, porque venimos y, todo él,

aunque haya nacido aquí, o llega a tener un carro, o un puesto alto, en vez de maldecir va a tener que hacer algo por su raza, por su gente, como muchos lo hacen, muchos que están en el Congreso, que ya están en puestos grandes, lo hacen por ayudar a uno, hay organizaciones que ayudan, no nomás a los mexicanos, sino a todos los latinos, pero es cierto que hay unos que están a la contra. Se dice que los chicanos, a pesar de ser de la misma sangre, son muy malos con los propios mexicanos.

En cuanto a los gringos, sobre discriminación, hay más con ellos, sí te dan tu lado pero porque estás dejando beneficios, pero ellos siempre van a estar arriba, es mi modo de pensar, bueno, también nosotros los latinos, los cubanos se creen superiores, casi todos los latinos se sienten superiores a los mexicanos, porque ellos dicen, aunque no hayan ido a la escuela, que tienen bachillerato, porque a nosotros los emigrados siempre nos gusta decir de más, la verdad somos sufridos y aguantamos, hasta cierto punto, cuando nos llenan hasta el cuello ya no.

Por eso cuando nació el niño que se me murió, le pagué todo al condado, 4 000 dólares, cuando acabé de pagar les exigí una carta donde me dijeran que yo no le debía nada al gobierno, porque muchos nos critican que somos una carga para Estados Unidos y yo no quiero ser ninguna, por eso quería esa carta; me acuerdo que cuando la pedí se me enojó un moreno; hay muchas personas que porque ya pagó el condado no lo pagan, eso está mal porque nosotros en nuestro México, en nuestra nación, si tienes dinero te curan y si no tienes te dejan morir y en ese sentido si estoy bien a gusto.

Además de que el gobierno les da mucho apoyo a los niños, pero al mismo tiempo no estoy de acuerdo, porque si los niños son listos, uno los quiere educar más o menos en sus costumbres y a veces se rebelan o van y dan la queja, luego viene la policía y lo investiga a uno y no voy de acuerdo en esto, la educación debe ser asunto mío, pienso

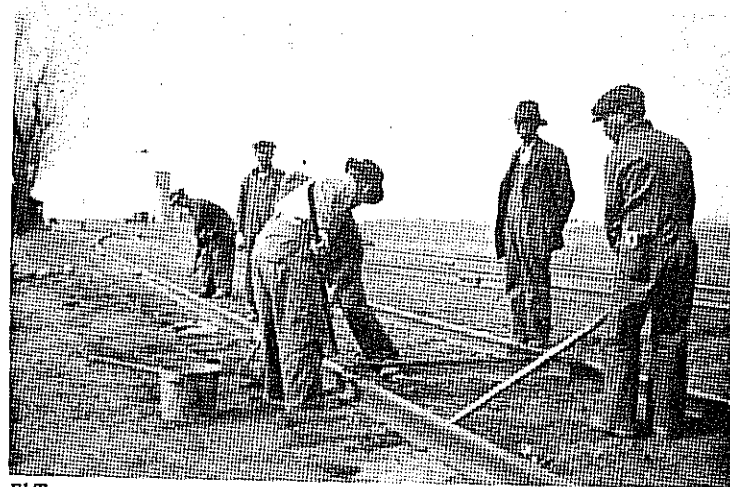
porque ahorita con los míos no me quejo, pero ya no están igual como cuando yo; les dicen una cosa, ya les repelan; le contestan a uno; bueno también en México cuando es uno grosero, pero ya va disminuyendo mucho, por ejemplo, allá está uno en la escuela, sus padres lo enseñan a uno desde chiquillo a trabajar, eso muchos lo toman a mal y es una cosa bien porque está uno preparado para enfrentarse a la vida, por ejemplo, si yo me muriera el gobierno sí va a mantener a mi hijo, pero no le va a dar nada gratis, cuando crezca y trabaje se lo va a descontar, en México la misma carencia hace que la gente se haga más responsable; digamos, estás estudiando y en vacaciones tú mismo buscas trabajo, aquí también, pero no puedes trabajar si no te dan permiso en la escuela; en México, aunque estén chiquillos ya se van preparando para, en caso de que fracase el matrimonio o sus padres los dejen o un accidente, enfrentar la vida y aquí es lo que no.

Mi mente es esperar, tengo 50 años, a ver si aguanto hasta que empiecen a darme mi pensión, a los 62; pienso irme a México y trabajar en alguna cosa, para no depender del salario, porque eso es lo malo, casi no hay plazas y si las hay gana uno bien poquito; aquí, en Estados Unidos, más o menos está balanceado el sueldo con la comida.

También hay libertad, pero según depende para lo que la quiera la gente, porque hay gente que, por ejemplo, no puede tener el estéreo a todo volumen porque llaman a la policía, no puedo tampoco tomar en la calle porque me levanta la policía; hay veces que quieres tener fiesta y vas y pides permiso, y pues hasta las diez, las once, te lo dan, ya si de ahí para adelante te pasas te llaman la atención, yo pienso que es correcto, porque a quién le va a gustar que tú tengas el gusto y estés gritando y aquella gente va a trabajar o, está enferma o quiere dormir a gusto.

En eso sí estoy de acuerdo, porque la gente esta acostumbrada a hacerlo en México y quiere hacerlo aquí, y eso no se puede.

II. Vida cotidiana y retorno



El Traque
Fotógrafo anónimo.
Chicago, 1926.

"Uno solo no hace nada"*

Héctor Liñán es originario de San Francisco del Rincón, Guanajuato, al igual que su esposa Andrea. Ambos estudiaron hasta sexto de primaria. Los dos vivieron y trabajaron en Chicago y dos de sus hijas nacieron allá, las otras dos nacieron después en México.

Como fruto de su esfuerzo y trabajo en Estados Unidos, Héctor pudo instalar una lonchería que es atendida por dos empleadas, y un taller de fabricación de tenis, que cuenta con 20 trabajadores.

Un sábado por la tarde, después del fin de su jornada, se le planteó la posibilidad de entrevistarlo. Nos invitó a pasar a un cuarto que sirve de bodega y oficina; ahí, emocionado, sacó el recorte de un periódico, en inglés, que estaba bajo el cristal que cubría el escritorio. Era un texto de un cuarto de página, con una fotografía grande en la que aparecía Héctor y su patrón en la cocina de un restaurante, con un succulento platillo griego en las manos.

Se sentó. Y cuando comenzó a explicar el significado de

* Entrevista realizada por Víctor Espinosa A., el 27 de abril de 1991 en San Francisco del Rincón, Guanajuato.

la fotografía, los ojos se le humedecieron, se llevó las manos a la cara y sólo pudo decir que se emocionaba mucho al recordar su vida en Estados Unidos.

Para mí, la parte fundamental de la vida es que uno de chico se va forjando a base de consejos. Mi padre siempre me dio muchos. El día que yo me fui a Estados Unidos tenía 18 años cumplidos, recuerdo que tres o cuatro compañeros se iban a ir conmigo, a la mera hora se echaron para atrás y no quisieron irse. Yo me tuve que ir solo, sin conocer, nunca había salido de San Francisco. Recuerdo que llegué a Tijuana y sentí que no era muy diferente de mi tierra. Al salir del hotel comencé a buscar las calles que me indicaron para conseguir al famoso coyote, comencé a toparme con negros, con gringos y dije: a cabrón se me hace que ya ando en Estados Unidos, me empecé a cohibir, no me atrevía a preguntar donde andaba, me confundí todo. Pero había salido de mi tierra solo y sabía que no habría nadie para ayudarme si no le buscaba, así que me metí a una tienda de ropa y pregunté por el domicilio que andaba buscando. Estaba muy cerca. El domicilio que me había dado mi contacto allá en Chicago era el "Hotel Díaz". Pregunté por el señor que me habían indicado. Salió y me preguntó quién me había recomendado, le dije, me invitó a pasar, me ofreció de tomar y de comer. Ese era su negocio, pero de todos modos me atendió muy bien.

Todo lo que sabía de Estados Unidos, lo sabía por lo que platicaban mis amigos, me hablaban de que la vida era alegre y se disfrutaba más. Pero pienso que eran personas que sólo iban a divertirse, que se aburrían de su pueblo y se iban. Porque aquí en San Francisco siempre ha habido trabajo, yo siempre he trabajado desde los siete años, a esa edad trabajé como cantinero y luego como dependiente de una tienda, los dos negocios eran de mi padre.

Cuando íbamos a salir a San Diego, mi primera gran sorpresa fue ver tanta gente, aquello se me hizo muy raro,

como si fuéramos a una peregrinación que iba a cruzar por los cerros. Eramos un grupito donde había gente de Michoacán, San Miguel Allende, Zacatecas y uno de Guerrero; el señor del hotel ya tenía su grupito de salida. Después de cruzar el primer cerro, llegó un carro, y el señor que nos conducía dijo que los que traíamos dinero nos lo metiéramos a los calcetines porque había llegado la judicial, yo no me metí nada y me dijo: te estoy hablando muchacho. Pero no traía nada, me quedaban cinco pesos. Por eso creo que desde el principio corrí con suerte; porque si en la primera entrada me truenan yo no sé qué hubiera hecho, no hubiera podido regresar y ya no tenía para comer. Llegó la judicial, preguntaron a dónde íbamos, comenzaron a quitar dinero, cuando llegó mi turno me dice uno de la judicial:

—Y tú cabrón, ¿con cuánto vas a cooperar?

—No la frieguen, traigo nomás cinco pesos.

—¡Uh vale!, pura chingada, quédate con ellos.

—Gracias.

Pasamos sin dificultades, al poco tiempo nos recogió un carro y nos llevaron hasta Los Angeles, llegamos como a las tres de la mañana, sin problemas, a una casa donde una señora me atendió muy bien, me preguntó si me quería bañar, me ofreció de comer, le dije que traía mucha hambre, que si podía me trajera tres hamburguesas, de esas grandes que hacen en Estados Unidos y de las que tanto me habían platicado, los demás soltaron la risa. Mientras me bañaba me las trajeron, no me las pude terminar, estaban muy grandes. Estuve tres días en esa casa, era del coyote, siempre fui bien atendido. Claro, la buena atención me la estaban cobrando, iba incluida en los 500 dólares que costaría me llevaran hasta Chicago. Al tercer día nos fuimos en un avión de lujo, un Delta, ni la creía. Me compraron un traje que me quedó algo chico, parecía Cantinflas. Subimos al avión y nos sentamos en las primeras filas, junto a la televisión, desde entonces no

he vuelto a subirme a un avión de tanto lujo. El avión iba de Los Angeles a Chicago; era en el mes de abril, hace exactamente quince años, en 1976.

Llegamos a Chicago, un aeropuerto grandísimo, una chulada, parecía que llegaba a otro mundo, a otra vida, sentí una sensación de que sí la iba a hacer. Pero, durante la primera semana, fue todo lo contrario, recibí mi primera frustración. Llegando al aeropuerto ya nos estaba esperando el coyote principal, parecía la cabeza del que me llevaba y de todos los demás que me habían pasado, le decían "El Rojo", un muchacho michoacano, pelirrojo de nacimiento. En cuanto lo vi me dirigí a él, nos reconoció de inmediato, ya sabía como íbamos vestidos.

—¿Tú vienes de Los Angeles?

—¿Y tú eres "El Rojo"?

—Síganme.

Nos llevó hasta un carro, un cadillac de lujo, salimos del aeropuerto y nos pidió las direcciones. A los demás les fue bien, llegaba, los entregaba e inmediatamente le pagaban. Yo provoqué más dificultades porque, cuando llegamos, los muchachos con los que iba no estaban en la casa. Llegaron a las siete de la noche. Mi primo político inmediatamente le pagó todo. Es un muchacho que me dice cuñado porque mi papá crió a su esposa desde muy chica y nosotros la veíamos como hermana. Mi frustración empezó desde que entré a la casa, me dice: pues Héctor, ya estás aquí, cuántos cabrones no quisieran estar en tu lugar, tú ya lo lograste, estás ya en Chicago, ahora lo difícil va a ser encontrarte trabajo. Eso fue lo que no me gustó, porque antes de que me fuera nos habíamos visto y me aseguró que habría trabajo en cuanto llegara. Yo aquí estaba trabajando muy bien con mi papá en el comercio, tenía las puertas abiertas en muchos lados, hasta había un comerciante de México que me decía:

—¿Qué vas a hacer para allá, Héctor?, mejor búscale aquí, nosotros te ayudamos a poner una tiendita de abarro-

tes, es más, te pagamos la renta y tu nomás vendes la mercancía.

El de la cerveza me decía:

—¿Quieres una cantinita?, te la ponemos.

Tenía buenas relaciones con la gente, por mi papá y porque siempre he sido muy luchador, me gusta trabajar y me gusta el comercio. Yo, la verdad, no sabía qué hacer; le dije a mi padre que me ayudara a decidir, me dijo: tú decídete, yo te dije que a partir de los 18 años iba a interceder por ti en caso de que anduvieras por mal camino, yo no quisiera que te fueras pero tú decide tu destino, yo te apoyo en todo. Decidí irme a Estados Unidos.

Recordaba todo esto porque pasó una semana y nada que me conseguían trabajo, pasó la segunda y nada, encerrado todo el día en la pinche casota cabrona, solo, ¿qué hacía?, pues llorando, para que te digo que no, me arrepentía de haber dejado mi tierra nada más por la ilusión del Norte; uno se va enamorado de su novia, mi esposa era mi novia en aquel tiempo, cuando llegaba la noche pensaba: mejor anduviera allá en mi barrio de Santa Rita o en El Llano, donde iba a ver a mi esposa, a qué chingados me vine para acá; todavía no sabía todo lo que me esperaba, pero, en ese momento eso era lo que sentía. Para colmar la frustración que tenía llegó el día que hubo un pleito en la casa, entre mi "cuñado" y su hermano Ambrosio, porque yo estaba ahí, había salido a la tienda y cuando iba llegando escuché que estaban discutiendo, no entré, me quedé cerca de la puerta y alcancé a escuchar cuando Ambrosio le reclamó a mi "cuñado":

—Bueno, ¿para qué trajiste a Héctor?, ¿crees que le hiciste un bien al haberlo traído?, cuántos hijos de la chingada no quisieran estar aquí en Chicago, es un lujo que ande aquí en Chicago.

Pensé:

—¡Mira nomás!, ¡qué cabrones serán éstos!

Mi primo no me defendió nada, al contrario, su hermano fue el que más me apoyaba. Me esperé a que terminaran y entré a la casa. A la siguiente semana fue Ambrosio el que me dijo:

—Mira Héctor, te voy a conseguir trabajo pero te va a costar 100 dólares que le vas a pagar al señor con el que te voy a llevar, el te va a dar trabajo, pero de tu primer sueldo te va a rebajar esos 100 dólares.

—Cuanto antes mejor, porque yo no estoy acostumbrado a ser carga de cabrones, no me gusta que hablen de mí, siempre me ha gustado trabajar y gastar lo que yo gano.

Fue un domingo cuando llegó el señor, un tal Pancho.

—On'ta por ahí el muchacho.

Era un hombre de Hidalgo, que me cae gordo el hijo de su chingada madre, ¿para qué decir que no?

—Aquí está.

Dijo Ambrosio.

—Dile que se venga porque ya hay trabajo.

A mí las personas que me cayeron más mal fueron los mexicanos que conocí allá. El cabrón éste me llevó a una casa, me dejó en un pinche rincón y él se metió a comer y a descansar muy a gusto. Pero como yo no me sé dejar y siento que soy valiente, me metí a su casa y le reclamé:

—Tú dijiste que me ibas a llevar a trabajar, no que me ibas a traer aquí a verte gozar.

—Pérate muchacho, ¿pues qué prisa llevas?, después te vas a aburrir de trabajar.

—No, a mí lléveme a mi trabajo, prefiero estar seguro.

Uno de sus hermanos me llevó a un lugar cerca, en el estado de Indiana. Era el negocio de unos griegos, me atendieron muy bien: —¡Hey mecsicano!, le gusta trabajo, aquí mucha comida para mecsicano, pero a patrón le gusta que mecsicano trabaje.

Estuve tres semanas lavando platos. Comparado con lo que ganaba en el pueblo se me hizo bien pagado; ahí, casual-

mente, un compañero de trabajo resultó ser hermano de Ambrosio, el que indirectamente me consiguió el trabajo, le platique como había llegado, me dijo que de haberse enterado él se habría ganado esos 100 dólares. Estuve tres semanas porque él se salió y me animó a salirme.

El último día que trabajamos, él salió primero y yo después, ese día me perdí, a causa de no saber inglés y por no saber moverme por mí mismo en otro país. No supe bajarme del camión en el lugar indicado, me confundí, y para colmo era en un barrio negro. Como se hablaba muy mal de los negros pues me asusté.

—¡Hay Dios mío!, que no me maten estos cabrones.

No me pasó nada; encontré una escuela y me metí, me acerqué a los maestros diciendo:

—My no english.

Hasta que fueron por una maestra que era puertorriqueña.

—¿Eres mexicano?

—Sí.

—¿Qué andas haciendo?

—Ando perdido.

—¿Dónde vives?

—Por la calle Houston.

Estaba sólo a unas cuadras, pero andaba tan aturdido que le pedí que me acompañara. Llegué muy triste a la casa, ahí estaban los muchachos haciendo mala cara, como diciendo: ahí viene otra vez esta carga cabrona; le llamé a Pancho, le dije que me había salido del trabajo y que fuera por mí, me llevó de nuevo a Indiana, a Harbor, y me presentó con otro griego, del que después fui amigo, ése me recibió diferente:

—¡Hey cabrón!, aquí se va a trabajar, queremos que te levantes temprano, y no hay casa, aquí la gente duerme arriba de los refrigeradores.

No importaba, lo que quería era trabajar, además, cuando salí de la casa donde estaba decidí que ya no volvería.

Aguanté nada más una semana, trabajaba de seis de la mañana a ocho de la noche, nos bañábamos en una especie de lavabo grande donde poníamos las cacerolas; dormíamos arriba de unos refrigeradores como de carnicería, con todo y el ruido del motor, es un decir porque con el run run del motor por un lado ¿quién iba a poder dormir?, ahí trabajaba un polaco, Erik, lo odio con toda mi alma cada vez que lo recuerdo; en la mañana, cuando me levantaba, llegaba y se carcajeaba:

—Mecsicano, ¿durmió? run run run.

Yo decía.

—Hijo de tu pinche madre, ya me desquitaré.

Después el destino me lo concedió. Aguanté nada más una semana porque yo no me consideraba un animal, un día agarré el teléfono y enojado le llamé a Pancho, le dije:

—Oye, icómo serás un hijo de tu chingada madre!, yo te pagué 100 dólares para que me consiguieras trabajo, no para que me trataras como un animal.

Lo amenacé.

—¿Qué no estás a gusto ahí?

—Pues qué crees, ¿que soy de piedra?, al trabajo no le saco, lo que quiero es poder dormir y descansar.

Me pidió que le pasara al polaco al teléfono, hablaron todo en inglés, no entendí nada. A la salida del trabajo me estaba esperando el polaco, me dijo que había trabajo para mí en otro lado, me llevó a Calumet City, con el patrón que está en una fotografía que tengo abajo de mi escritorio.

Desde ahí comenzó para mí otra historia, fue a principios de mayo, como en el día de la Candelaria. El polaco llegó y me presentó con el patrón, le dijo que Pancho me mandaba. Un señor muy amable.

—Eh muchacho estimado, pásale, pásale,* ¿quieres comida?

* Durante la entrevista ésta y otras expresiones las dijo en griego

Fue lo primero que me dijo, pidió comida para mí, ya que había terminado me dice:

—My le gusta trabajo, poquito clean por aquí y por allá, my no la gusta you mucho malo trabajador.

Le dije que era bueno para trabajar. Tenía como dos meses cuando me di cuenta que el patrón me daba preferencia sobre los otros cinco lavaplatos, me escogía para hacer otras tareas; para ese tiempo me dio por meterme a la cocina, para ver cómo trabajaban los cocineros, él se dio cuenta y cuando me miraba mejor me salía, tenía miedo de que se disgustara. Cierta día me dijo:

—¿You le gusta cocinero?

—Poquito.

—Muy bien, muy bien, my como you, my Grécia para aquí América, my no sabe nada, poquito, poquito, día a día my sabe, you le gusta cocinero, my no problema.

Un domingo me tocó hacer el aseo del restaurante por la noche, ese día llegó el otro patrón, el socio, muy borracho, hizo corte de caja, se metió a la oficina; yo seguí haciendo mi trabajo hasta que con el trapeador, de un golpe, abrí la puerta de la oficina, lo primero que pensé fue que el patrón se había quedado dormido por lo borracho que venía, me asomé y no estaba nadie, lo que había era iun pinche montón de dólares!, ipero bonito!, nomás para agarrar una mochila, echarlos y vámonos. Yo fui a Estados Unidos a traer dinero y se me presentó la fortuna luego luego, eran 25 000 dólares lo que había, porque los conté y luego intenté robármelos, me los metí a las bolsas y donde pude y dije ivámonos a la chingada!, vine por dinero y aquí está la oportunidad; pero el dinero es engañatontos, como luego dicen, no había pensado que no sabía inglés, que no sabía pedir un taxi, me dije:

—Bueno, pues a dónde pinches voy.

Y así como los agarré, así los volví a acomodar; al siguiente día en cuanto vi al patrón lo agarré de la mano, lo

llevé y le dije: —Oye, aquí hay mucho dinero, me expones a que me mate un negro y se lo lleve todo.

El siempre decía que nos cuidáramos de los negros, llamó a un chef de cocina, un tal Hércules, un gringo que hablaba el español como un mexicano, dile a este mexicano que por qué no se fue con el dinero, me dijo:

—El patrón dice que tú eres muy pendejo, que si tenías el dinero en tu poder, ¿por qué no te fuiste?

Yo no le iba a decir que sí lo intenté, en cambio le dije que yo no venía por esa clase de dinero, que yo quería dinero producto de mi trabajo; entonces ordenó que me sirvieran un "Tibol State", un platillo especial, para que desayunara con él en la barra, yo no quería sentarme porque estaba muy mugroso, pero era una orden, a cada mesera que se acercaba, por la curiosidad, el patrón le contaba la historia del dinero, la mesera me sobaba el pelo, no sé si por buena gente o por pendejo. Pero eso fue para mí como una semilla, desde ese momento ya no lavé platos, el patrón llamó a Hércules y le dijo que él era responsable de que yo me hiciera un buen cocinero:

—Este muchacho me cae bien, yo lo enseño a cocinar.

Pues no estoy mintiendo pero, en mes y medio, aprendí a cocinar, sin saber hablar inglés ni griego. Al poco tiempo comencé primero a hablar griego y un poco de inglés, que me enseñó una mesera italiana que se llamaba Rosi y que después fue mi novia. Yo me sabía líricamente los nombres de los platillos, pero no los podía leer de las notas de pedidos, entonces ella pasaba a la cocina y me decía lo que era.

Cuando aprendí bien la cocina, muy adentro de mí me fijé una meta, esta cocina está llena de griegos y la tengo que ver llena de mexicanos, aquí tienen que trabajar puros pinches mexicanos, porque el mexicano no es pendejo, lo que no le gusta es trabajar. Yo considero que los mexicanos somos muy listos, nada más que somos muy holgazanes, no nos gusta matarnos, no nos gusta poner el extra. A mí me

costó mucho aprender a cocinar, trabajaba de 18 a 20 horas diarias, me iba a dormir, despertaba, un baño y a la cocina. Yo decía:

—Qué tiene un griego que no tenga un mexicano.

Hasta sentía que yo era más inteligente, por eso aprendí.

Yo todavía le debía a mi "cuñado" los 500 dólares del coyote, un día por la tarde llegó al restaurante preguntando por mí, Víctor Liñán era el nombre que me había puesto para el seguro chueco; cuando me buscó nunca se imaginó que ya estaba en la cocina, él creía que todavía andaba limpiando baños; le pagué sus 500 dólares y me dijo:

—¿A poco ya estás en la cocina?, ¿qué no estabas de lavaplatos?, ¿cuánto te pagan?

—150 dólares a la semana, y no pago renta, ni luz, ni nada. Vivíamos cerca del restaurante, en unas casas que puso el patrón, no la podía creer, y no le dio gusto saberlo. Pasaron algunos meses y un día llegó Erik, el cabrón polaco.

—¿You, cabrón, de cocinero?

Soltó la risa y comenzó a burlarse, le habló a mi patrón y le dijo:

—Este cabrón de cocinero, pinche mexicano hijo de sabe cuantas madres.

Mi patrón lo calmó y le exigió que no me insultara. Para mi desgracia, al siguiente día entró a trabajar al restaurante, era rapidísimo el cabrón para trabajar, tenía mucha experiencia, le eché más ganas al trabajo, para no dejarme. Un día el polaco se cortó un dedo, desde ese día ya no pudo superarme en la preparación de los platillos, lo cansé, llegó el día en que renunció al trabajo; fue mi mayor triunfo en la cocina.

Había un chamaco mexicano en el restaurante y le pedí al patrón que lo metiera a la cocina, yo me hacía responsable de que aprendiera, el patrón no quería, pero mi palabra ya pesaba.

—Lo metes o me voy de aquí, es más, quiero que un día aquí haya puro cocinero mexicano.

Aceptó.

Erasmus era un muchacho de Aguascalientes, obedecía en todo lo que le ordenaba; a las tres semanas de que había entrado me platicó que tenía un hermano que quería trabajar, lo trajo y logré que el patrón lo aceptara; quedó muy agradecido conmigo. Un día platicamos sobre los papeles y resultó que él sí los tenía y yo no, ni su hermano. Me preguntó cómo había entrado a trabajar sin papeles, le dije que en Estados Unidos el que quería trabajar, dondequiera tenía las puertas abiertas.

—Además, yo vine por esto.

Le enseñé 1 500 dólares y le dije.

—Estos son los papeles que a mí me importan.

Así quedó hasta un día en que, tal vez andaba de malas, yo también, y salimos de pleito, lo primero que me echó en cara fueron los papeles:

—Mira Héctor, yo no estoy impuesto a que un pinche mojado me mande.

—Pues yo no estoy impuesto a correr a la gente, pero así como te metí te voy a correr.

—¡Primero te parto la madre!

Estuvimos a punto de agarrarnos a golpes, pero a mí no me convenía. Fui con el patrón, estaba ocupado, pero aun así entré a la oficina y le dije:

—Quiero que me corras a este cabrón, me está humillando porque él tiene papeles y yo no.

Eso disgustó al patrón y lo corrió. Le dijo que no quería en su restaurante gente empapelada: quiero puros ilegales, le dijo. En ese mismo momento le pagó y se fue, el otro sólo dijo gracias, pero de paso me amenazó y dijo que me iba a acordar de él. Creo que el patrón prefería ilegales porque es un hombre muy humanista, un ejemplo es esa fotografía del periódico, nos la tomaron el día que le dimos de comer gratis a 650 personas que viven en asilos en Estados Unidos, es muy caritativo el hombre. Por la tarde, Genaro, hermano

del que había corrido el patrón, llegó muy apenado, pero comprendió y se puso de mi parte; decía que su hermano tenía muy mal carácter; me dijo que tenía un cuñado que quería trabajar, para demostrarle que no tenía nada en contra le dije que se lo trajera, así fue como llegamos a ser ya tres mexicanos en la cocina y dos griegos que todavía nos faltaba de botar a la chingada; el que recién entró me comentó de un amigo cocinero, trabajaba en Harlington Hais, que estaba aburrido de trabajar allá porque estaba solo. También entró, al poco tiempo limpiamos la cocina de griegos; el patrón estaba de acuerdo en todo porque yo era la cabeza de la cocina, además la mano de obra mexicana era más barata y le convenía. De ahí en adelante el trabajo fue mejor, ya no había quién me señalara, porque todos estábamos de mojaditos, además todos aceptaban que yo era el número uno, aunque a veces no muy conformes.

Llegó el día en que me propuse hacer mi casa en México, mandé dinero a mi papá y le dije que me comprara un terreno porque ya me iba a venir; pero me llegó una carta de mi papá diciéndome que ya estaba mi terreno comprado, pero no quería que me viniera.

—Si ya compraste terreno ahora acaba la casa.

Fui con el patrón, le platicué que quería hacer mi casa en México.

—¿Cuánto dinero necesitas?

—Préstame 3 000 dólares.

Renegando, pero me los prestó. Yo tenía 1 500, así que mandé 4 500 para que comenzaran a levantar mi casa; cada mes le pagaba una parte al patrón y lo demás lo mandaba. Hasta que terminé la casa, fue cuando vine por primera vez, después de tres años en Estados Unidos; me dio mucho gusto ver mi casa, sé que no es muy grande, pero yo vengo de una familia de muchos hermanos, teníamos dos camas para trece de familia; cuando me fui, dormía en el suelo, teníamos un cuartito al final del corral, donde mi madre

hacía las tortillas, me tendía mi petate y a dormir; por eso siempre mi ilusión era tener algo propio. Soñaba con tener una casa propia antes de casarme, se me cumplió. Soñé con comer birria el día de mi boda y se me cumplió. En cuanto me casé me fui de nuevo con todo y esposa, en 1981.

A mí en Estados Unidos nunca me hicieron menos, todo lo contrario; era una persona ilegal que a los tres años era buscada por patronos para que les trabajara, mi nombre corrió porque yo era buen cocinero, sabía hablar inglés y también el griego, mi patrón me ofrecía un diploma con el que fácilmente podría trabajar en cualquier restaurante famoso de Acapulco cuando me viniera a México; no me interesaba porque en ese tiempo no sabía qué iba a ser de mi vida, es más, para mí fue una sorpresa cuando los clientes gringos comenzaron a saludarme por mi nombre, a la salida me daban las gracias porque la comida les había gustado. Mi nombre ya se conocía. En una ocasión, saliendo de trabajar, me fui a una cantina cercana, la "Ball Fire", me puse bien pedo, salí como a las dos de la mañana bien pedo, iba caminando y que se pára la policía, dije:

—Ya valió una chingada, de seguro me van a llevar.

Pero mi sorpresa fue cuando me dicen:

—Hey, Víctor, ¿cómo te sientes?, ¿quieres que te llevemos a tu casa?

Me llevaron. Por eso no tengo nada que decir de que los gringos me hayan hecho menos; también tuve la suerte de que una muchacha, Yolanda, que era mi novia, me ayudara a pedirle más salario al patrón, porque así como lo estimo, también tuvo sus partes negativas; en ese tiempo, a mí me pagaba la raquítica suma de 220 dólares semanales, mientras que otros cocineros ganaban 350; ella me preguntaba seguido cuánto ganaba, yo no le decía porque lo consideraba un asunto personal entre mi patrón y yo. Ella a veces hacía o cambiaba los cheques de los que trabajábamos, decía que mi cheque no pasaba por sus manos; a mí el patrón me daba el

cheque aparte, porque no pagaba impuestos. Cuando le dije cuanto ganaba me dijo:

—¡Ya ves estúpido!, ¿sabes lo que gana el cabrón de fulano?, 350, y tú te chingas más que él.

Me dio mucho coraje. La siguiente vez que me pagó el patrón llegué medio cuete, para aventarme mejor; ese día no le hablé en griego, le hablé en inglés, le dije que se estaba pasando de listo conmigo, que yo le respondía siempre con el trabajo y que él no me respondía con la paga; no le pedí 350, le dije que me diera sólo 300 o me salía para irme con sus tíos, tenían otro restaurante y me habían ofrecido trabajo; me dijo que me saliera de la oficina, que lo dejara terminar de pagar y que pensara lo que le estaba diciendo, le dije que él era el que lo tenía que pensar, y le aventé el sobre con los 220 dólares. Terminó de pagar y me mandó llamar.

—Bueno cabrón, ¿qué es lo que pretendes?

—Que me pagues por mi trabajo.

—Pero si tú eres un ilegal, icómo te pones a exigirme!

—¡Pero si hasta has corrido a gente que tenía papeles!, ¡ahora resulta que sí te importa que sea ilegal!, ¡con más razón me largo!

Cuando me di la media vuelta, me dijo.

—Espérate Víctor.

Y que me jala del brazo.

—Tú ganas, te voy a pagar los 350, pero te quedas y ¡chinguen a su madre mis tíos!, tú no te vas con ellos.

Desde ese día me aumentó, además comencé a salir más con él, le gustaba mucho jugar dinero, me decía que lo acompañara, mientras el jugaba yo tenía que estarle sobando la espalda al cabrón. En algunas de esas salidas me ganaba más de los 350 dólares, cada que ganaba un juego me daba un billete de a 20 o uno de a 50.

La gente de aquí estaba sorprendida por lo que estaba haciendo con lo de Estados Unidos, después de levantar mi casa comencé a comprar algunos terrenos, todo gracias a mí

trabajo, gracias a que me supe relacionar, a partir de que mi patrón me dio a conocer. Conocí licenciados, doctores, ingenieros, el patrón no me presentaba como un trabajador, sino como una persona que era parte de su negocio, así me trataban los que iban a surtir la mercancía para el restaurante, me llamaban por teléfono para ver qué hacía falta, si no estaba no surtían; cuando el patrón se iba a Grecia duraba hasta dos meses de vacaciones, yo me quedaba al pie del negocio, mi tarea era tenerlo bien surtido y algunas veces depositar dinero en el banco, el administrador era el que se encargaba de los cheques y los pagos a los trabajadores.

Cierta ocasión, un año antes de entrar la amnistía, se comenzó a realizar una limpia de ilegales, fue como en el 87, yo ya estaba casado, por suerte no estaba cuando llegaron al negocio, ese día había cambiado de horario con Genaro, él había comprado unos papeles chuecos y se los valieron. Cuando llegué el patrón me dijo que me fuera porque andaba la migración, le dije que no tenía miedo, porque si me aventaban para afuera ya tenía de que vivir en mi tierra, además cómo me iba a sentir con todos los empleados, si ellos pensaban que tenía papeles, si no entro al restaurante van a decir que soy un pinche mojado, voy a entrar por la puerta a ver que sale, al entrar las meseras me preguntaron si tenía papeles porque andaba la migración. Total que allá en Chicago nunca me aventó la migra, sólo dos veces a la entrada en la frontera. Una vez tuve el gusto de darle de comer a uno de la migración, sin darse cuenta le dije que era ilegal, diario iba a comer en la barra y convivía con los clientes, ese día platique con él de la migración, decía que había la orden de hacer limpia, nomás no vayas a venir por mí.

—¿A poco no tienes papeles?

—No, no tengo.

—¡Y me lo estás diciendo a mí!

—Si quieres llevarme, llévame.

—No, eres buen amigo, hay personas que no tienen

papeles y deberían tenerlos, hay otros que los tienen y no deberían tenerlos.

—¿Como cuáles?

—Como tanto pinche contrabandista mexicano.

En cambio decía que conocía mucha gente como yo, que del trabajo se iba a su casa y que trabajaban con mucho amor, buena atención a la gente, él siempre me veía trabajando alegre, porque siempre andaba cantando; por cierto, una vez canté ojos españoles en una fiesta que me hicieron como despedida, vine a México y pensaban que ya no iba a volver, me vine con mi esposa porque a mi padre le amputaron una pierna; una señora que me estimaba mucho, se llamaba Cindy, murió de cáncer, me organizó la despedida en un restaurante, me filmaron una película cantando la canción en español, un recuerdo muy bonito.

Una de las últimas veces que me fui a Estados Unidos, en 1985, porque en 1987 me vine definitivamente para México, me llevé tres chamacos, amigos míos, a todos los que invitaba les daba consejos sanos, nunca les platicaba de viejas ni de putas ni de drogas; simplemente aquí en el negocio, cuando miro a un chamaco que le guste doparse con el pegamento que usamos para trabajar, lo paso a la oficina y hablo con él, le digo que no está bien, le platicó que yo conocí muchas personas perdidas por el vicio en Estados Unidos; allá conocí a un muchacho, Antonio, un amigo de Aguilillas, Michoacán, un día, buscando un reloj, me encontré una carta que su madre le envió, la leí por curiosidad y le decía:

—Hijo mío, no quiero que me mandes dinero, nada más quiero saber de ti.

Eso que leí me sirvió mucho, fue como haber encontrado una cosa valiosa, de veras que, en Estados Unidos, uno vale nomás pura chingada, de ahí empezó mi lema en Estados Unidos: si no te cuidas tú, nadie te cuida; eso después se lo platique a mis dos hermanos que aún están en Estados

Unidos, uno de ellos se quedó en mi lugar en el restaurante, como a mí me gusta mucho tomar, le dije:

—Mira carnal, aquí en Estados Unidos no hay familia, aquí el único eres tú, si no te cuidas nadie te cuida, nadie ve por ti, es muy dura la vida en Estados Unidos para luego no aprovecharla, yo no tengo nada de que hablar de Estados Unidos porque, gracias a Estados Unidos, tengo lo que tengo, pero porque lo supe aprovechar y lo supe invertir, al grado que hoy lo que ganaba en Estados Unidos lo gano aquí al doble, y eso que mi sueldo era muy bueno allá.

Ahorita estaría ganando unos 600 por semana. A él nunca le gustó la vida de aquí, se casó allá y se divorció. Me decía que para qué me venía.

—¿Qué vas a hacer a México?

—Nunca hay que cerrarse el mundo, además no vas a volver a comer sólo frijoles como antes, todas las experiencias que se adquieren aquí en Estados Unidos de algo tienen que servir. Admiro mucho a este viejo, a mi patrón, porque él todo el tiempo tiene en el pensamiento el ir adelante, pues yo lo estoy imitando de este momento que me voy para mi tierra, porque ya llevo en el pensamiento el ir sólo para adelante, voy a llegar ciego porque, trece años aquí, hago de cuenta que perdí toda una vida en México, pero llevo la mente capacitada por tantos dolores de cabeza que me dio la vida en Estados Unidos, primero, por tanto sacrificio para conseguir lo que hice en México, dos, la principal, yo no sé si hayas tenido pláticas con mi padre, pero él a mí me decía que el Norte era una sepultura, mi padre trabajó 20 años allá y no hizo nada, me decía que todo lo que ganó lo aventó a la perdición, se divirtió a lo grande, me decía que el Norte es una tumba porque allá ganas dólares y gastas dólares, pero si esos dólares los conviertes en pesos te rinden mucho, y lo que yo no hice de joven quiero que tú lo hagas, me decía.

Por eso le decía a mi hermano que había que ir con los consejos de mi viejo.

Yo tenía un amigo méxico-indio, un descendiente de árabes que nació en Chihuahua, me decía que juntara 10 000 a 20 000 dólares y se animaba a poner el negocio que fuera conmigo, yo ganaba como 30 000 al año, me decía que pudiéramos un negocio de compraventa de carros o un restaurante, pero a mí nunca me gustó la vida de Estados Unidos, yo fui con la ilusión de traer algo para mi tierra, para no darle la espalda a mi México; es como el amigo de Michoacán que dejó a su madre y ni siquiera le mandaba una carta para decirle dónde y cómo estaba, eso es darle la espalda a nuestra tierra y a nuestra gente, siempre dije, cuando me canse de aquí, si Dios me da licencia, me regreso a mi tierra a darle trabajo a mi gente, por eso aquí estoy muy contento, ya tengo mis 20 trabajadores, me da mucho gusto cuando les estoy pagando, nunca les pago enojado, yo sé que ese dinero es para que mantengan a sus familias, es una satisfacción muy grande, porque cuando uno se fue, había trabajo aquí, pero eran trabajos muy pesados, hacer tabique, quemar hornos, tejer trenza, hacer escobas, ahora mis trabajadores ganan más que un lavaplatos de Estados Unidos; varios de mis muchachos trabajadores se han querido ir a Estados Unidos, no sean tontos, les digo, yo sé cómo van a empezar allá, vas a ganar 100 dólares por semana, que vienen siendo 300 mil de aquí, aquí te ganas 350 mil libres, allá tienes que gastar en un montón de cosas, la vida está llena de ilusiones, unas negativas y otras positivas, si estuvieras soltero te diría vete, pero también te diría que Estados Unidos es una navaja de doble filo; allá, con la nueva ley de amnistía que entró, ya no es lo mismo, si antes te discriminaban porque no tenías papeles, ahora hasta te discriminan los mismos mexicanos, porque ellos ya tienen, y no van a querer que llegues, aunque seas mexicano, y entres a trabajar, ellos mismos te van a mandar a la chingada, porque, desgraciadamente así somos los mexicanos. Allá co-

nocí a una chicanita, una cajera del restaurante, que me gustaba, nos hicimos muy cuates, pero un día llegó y me dice:

—Quiero que me hagas una orden de sandwiches, de volada que tengo mucha hambre.

Me tronó los dedos, le dije que me perdonara pero tenía que esperarse a que preparara toda la hilera de órdenes que tenía.

—Pero si yo trabajo aquí.

—Pero el cliente es primero.

Siempre me movía con esa lógica, el cliente es primero, pero a ella eso le disgustó y comenzó a insultarme.

—¡Pinche mexicano nopaludo, mugroso, apestoso!

Al rato volvió por su orden, le aventé el ticket y le dije que no le iba a preparar nada. Fue con el patrón y me mandaron llamar; delante de él volvimos a discutir, le dije que yo no iba a dejar que ninguna cabrona me discriminara, ella, muy seria, decía que era la primera vez que un mojado la ofendía.

A los muchachos les platicó todo esto para que vean a qué le tiran en Estados Unidos. Por otro lado, los vicios ya están más difundidos, ya cuando casi me venía, platicando con un tal Roberto de Zacatecas, me dice.

—No, Héctor, esto aquí ya valió siete chingadas, antes los muchachos nomás se echaban su toque de mota, pero ahora hasta cocaína.

Yo no creía, pero hasta su hermano le entraba a las drogas; yo, tal vez, seré muy pendejo, pero prefiero andar bien borracho, es más, soy un alcohólico, pero le digo a la juventud que mil veces andar borracho. A los muchachos cuando se quieren ir todo esto les digo, es más, aquí en esta calle, son como siete a ocho personas que se van a Reno, Nevada, a vender cocaína, a eso se la dedican, caen al bote dos tres meses, los avienta la migración para acá, se quedan cinco meses y luego ahí van otra vez de cabrones a vender cocaína, por eso ya no le veo caso a Estados Unidos.

Cuando ya planeé venirme le avisé al patrón, al rato me mandó llamar a la oficina y que me dice:

—Mira Héctor, yo no quiero que te vayas, tengo una buena proposición para ti, te voy a pagar lo doble de lo que ganas —ganaba 550 por semana, me iba a pagar 1 100 dólares—, te voy a comprar carro, te voy a pagar la renta de la casa donde vivas, tráete a tu familia para atrás, te doy cinco minutos para que lo pienses.

No ocupé cinco minutos, ya tenía la respuesta, nunca le había dicho no a nada, ese era uno de los consejos de mi padre, en Estados Unidos nunca le digas a un patrón que no, con eso te lo ganas y lo tendrás siempre de tu lado, ¡pues le dije que no!

Me dijo que era un pendejo, que le platicara a los demás lo que estaba rechazando, también me iban a decir que era un pendejo, fui y les platiqué y sí, así fue, me dijeron que era un pendejo.

—Sí, pero hay una cosa más importante que todo lo que tú me das.

—Sí, ya no me digas nada, ya sé porque te quieres ir, porque no quieres vivir aquí con tu hijas.

—Así es, por mis hijas, mira, es que yo aquí me he acostado con tanta pinche muchacha, hija de la chingada, que mientras sus padres están trabajando ellas están en chinga, yo seré un cabrón vicioso, porque tú sabes que soy muy borracho, pero soy muy sentimental, quiero mucho a mis hijas y me gusta que me respeten, ahí tienes a tus tíos, hasta sus pinches cocineros se meten con sus hijas, por estar ellos metidos en sus pinches negocios ni las cuidan, no, yo no, yo mil veces mi familia, estar cerca, al pendiente de ella, aquí en el Norte vales pura chingada respecto a la familiaridad, a la moral, dime tú si te estoy echando mentiras, aquí, tienen doce años las criaturas y ya andan haciendo el amor, dime, si un hijo no crece aquí y manda a chingar a su madre, al padre, cuántas hijas no mandan a chingar a su madre, a la

madre, se van mejor de putas las pinches muchachas, ¿por qué?, porque aquí así es la vida, es un pinche libertinaje y yo no estoy impuesto a eso.

Al final no le disgustó que le haya dicho que no, se paró y me felicitó por la decisión, y me dice:

—Yo quisiera estar en tu lugar pero ya no puedo irme, tú sabes que tengo aquí cinco negocios.

Tenía cinco restaurantes, socio de una compañía de computadoras, socio de una compañía de harinas para preparar hot cakes, tiene mucho dinero. Fue sincero cuando me felicitó, eso me llenó de satisfacción, porque además me dijo:

—Yo quisiera que Grecia estuviera así como ustedes tienen México, cerquita, que yo pudiera venir cada semana nada más a revisar mis negocios y después irme a estar con mi familia en México, pero yo, desgraciadamente, tengo que cruzar todo el pinche mar hasta llegar a Grecia, no puedo hacer lo que tú haces, por eso te admiro, por la decisión que tomaste, te deseo lo mejor de la vida, creo que sí la vas a hacer, porque eres una persona muy inteligente, y te digo, sinceramente, que me hubiera gustado que hubieras sido mi hermano.

Me decía hermano, muchas veces comíamos en la misma mesa las dos familias, él también tiene nada más hijas, como yo, su mujer y sus hijas eran muy atentas conmigo, su felicitación fue sincera, porque también él quería mucho a sus hijas, y le dolía mucho cuando sabía que los cocineros se chingaban a las hijas de sus tíos; y era la verdad, yo me llegué a meter con muchachitas de quince años, me invitaban a su casa cuando no estaban sus papás, en las vacaciones o los descansos, a veces, el restaurante se llenaba de estudiantes y escuchaba cómo hablaban mal de sus madres, mi pinche madre hija de su chingada madre ahora no me quiso dar de desayunar, yo decía: esa educación no va con mi manera de pensar ni de ser, yo seré muy cabrón pero tengo

sentimientos, me altero fácilmente, porque soy muy nervioso, pero siento que soy noble.

A mí me gustaba llegar una hora antes de la entrada al trabajo, lo primero que hacía era agarrar el periódico y leer la sección deportiva, los resultados del beisbol, como era muy querido, se me sentaban las meseras a un lado, en una ocasión una de ellas me dijo que si en realidad estaba leyendo el periódico, pensaba que no sabía leer en inglés, era una mesera gringa, le dije:

—Si entiendo tu letra, cuantimás ésta que es derechita, le leí un pedazo.

Me dijo:

—No te vayas a molestar, pero yo pensaba que ustedes todavía estaban como los pintan, con su sombrero y echando una siesta debajo de un nopal.

Le dije que esos sólo eran logotipos, que se usaban para identificar los países, pero que en México el que no sabía leer era por pendejo.

—No sé si sepas, pero contamos con la universidad más grande del mundo, además en México tuvimos la primera imprenta de todo el continente americano, incluyendo a Estados Unidos.

Dijo que estaba loco, no me creía, le dije que de tarea se lo preguntara a su profesor.

—Si somos pendejos es porque queremos ser pendejos.

Al día siguiente llegó toda apenada, me pidió disculpas, me dijo que si era cierto lo que le decía.

La última vez que me fui a Estados Unidos, en 1987, me fui con un concuño y, como si no tuviera experiencia, le dejé las decisiones a él. Llegamos a Tijuana y él escogió quién nos pasara: uno de aquí del barrio de El Llano, pero era muy tonto para pasar a la gente, a la primera nos aventaron para atrás, pero una no es ninguna, al siguiente día vamos y de nuevo para atrás, ¡qué la chingada!, entonces sí empecé a ver para atrás, respecto a lo que ya había logrado, pienso: ya

ni necesidad tengo de andar sufriendo aquí; ya tenía el negocio de la lonchería, me va bien, de ahí me mantengo. Empecé a meditar y dije: bueno qué ando haciendo todavía aquí, el Norte es como el futuro de un deportista, llega el día en que tiene que decir adiós, yo ya no tengo necesidad de andar aquí, allá tengo mi lonchería, ya tengo en que trabajar. Ya estaba a punto de regresarme cuando me dice mi concuño:

—Vamos dando el último tirón a ver qué sale.

Caminamos más de diez kilómetros, entre cerros, con el coyote, yo bien desesperado decía para mis adentros: ojalá nos agarren ya, para irme de regreso a mi tierra, ya no quiero nada con Estados Unidos.

Pero lo logramos, llegamos a San Diego, mi concuño se fue a Los Angeles, yo me fui para Chicago, donde pasé los seis meses más largos de mi vida, ya no estaba a gusto; fue cuando el patrón me prometió doblarme el sueldo.

Me vine y dije: ya no, el Norte se acabó para mí, empecé con la lonchería, por suerte encontré a mi padre vivo, porque al mes de que llegué murió y, como para todo le pedía consejo, le dije que todavía me sentía joven para estar encerrado en la lonchería.

—Aquí se han abierto muchas industrias, hay mucho movimiento, ya hay manera de hacer también un capital.

—Ponte a hacer zapatos.

Me dijo.

Ya lo había intentado una vez, me asocié con un amigo, pero no funcionó la cosa. Mi papá me prestó un localito que teníamos en la casa donde nací, ahí empecé. No sabía nada de eso, mi papá menos, él era campesino, después se metió al comercio; fue cantinero, dependiente, policía, por último inspector.

Pensé: bueno, si no me va bien me brinco otra vez para el Norte. Allá tenía trabajo seguro. Pero mi padre me dijo

que no, que con esa mentalidad no era bueno ponerse a trabajar.

—Piensa que la vas a hacer, porque si vas a estar con la idea de que si quebras tienes la alternativa de Estados Unidos, olvídате. Todo esto coincidía con mis planes, porque cuando estaba en Estados Unidos ya tenía la idea de ponerme a fabricar zapatos, hasta llegué a pensar la marca que les iba a poner.

Como en Estados Unidos el único compañero que tienes es el techo, nomás me la pasaba mirándolo, pensando y haciendo planes, ahí se me ocurrió el nombre, LIN BARR, por Héctor Liñán Barrón; le sufrí pero ya tengo cuatro años; era un cuartito pequeñito, desde el principio mi hermano ha trabajado conmigo, no lo dejé ir a Estados Unidos y, al no dejarlo, es como una carga, porque quiero que salga para adelante sin necesidad de Estados Unidos; una vez se quiso ir, yo le dije que aguantara, que si me iba bien esto sería de los dos; aquí los negocios son de más sacrificio; ahora ya se casó y ahí la llevamos; ya me traje a otro hermano, que también se quería ir desde muy chico a Estados Unidos, no lo deje ir, hace poco tuvimos una discusión, dijo que se iba ir para Estados Unidos, le dije que a qué iba.

—A trabajar como tú.

—Esa respuesta es muy errónea, ¿ya tienes trabajo seguro allá?, ¿tienes una idea de qué vas a hacer con lo que ganes allá?

—Pues haber qué, a poco tú ya llevabas una idea clara de todo.

—Pues fíjate que sí, yo ya llevaba todo en la cabeza, lo primero que hice fue mi casa porque sabía que me iba a casar y no quería ser una carga en la familia, eso es pensar antes de hacer las cosas, tú te quieres ir nada más porque te están invitando amigos que yo veo que no piensan las cosas, que a lo que van es a divertirse y a pasearse, por eso te aconsejo que no te vayas, sigue trabajando aquí.

—No, yo quiero tener lo mío.

—Tú lo que quieres es ya andar en carro y en camioneta, pero tú no tienes la edad para eso, porque tú lo quieres para divertirte, pero es mejor sufrir de joven y no sufrir de viejo. Hay que entrarle a los chingadazos de joven para de viejo tener buen escudo.

Por fin se quedó a trabajar conmigo.

Después de trabajar trece años en Estados Unidos, estoy empezando una nueva vida. Me he sacrificado mucho porque hace como dos años tuve una pérdida muy grande, de esto no conocía nada, a raíz de que no conocía clientes, vendía zapato a "Juan Cuerdas", me pagaban con cheques sin fondos, me chingaron como 70 millones de pesos, estuve a punto de quebrar y de cerrar el negocio de los zapatos, me iba a dedicar a la pura lonchería y eso lo iba mandar a la chingada, tenía como dos años cuando me pasó eso. Había empezado en el 88, traje poco dinero de allá pero moviéndolo, primero trabajé en la lonchería, la cosa es darle vuelta al dinero, no me gusta tener dinero ahí sin servir para nada.

Yo no creo en santos, para mí Dios es lo principal. Allá estuve relacionado con otra religión, sin salirme de la mía que es la católica. Me sirvió para conocer el libro más maravilloso: la Biblia. Me quitó muchas incertidumbres, me abrió los ojos a muchas cosas; porque Dios es el camino y la verdad. Estuve estudiando por dos años con los Testigos de Jehová, no me convertí a esa religión porque no soy hipócrita, además los sacrificios que nos impone esa religión no van conmigo, implicaría un cambio de 90 grados, de la forma en que uno vive y fue educado; no tengo nada en contra de esa religión, al contrario, porque el estudio de la Biblia fue una parte fundamental de mi progreso; yo era alcohólico y aquí me metí a Alcohólicos Anónimos, pero ahí se la pasaban fumando y tomando té o café, y salir de un vicio para entrar a otros no me pareció bien. Entonces pensé en pedirle a Dios una oportunidad de demostrarme a mí mismo que podía

cambiar de camino; tenía una amistad muy profunda con un sacerdote católico, allá donde trabajaba en Chicago, y le encargue una Biblia, aún la conservo porque me la dedicó: para mi estimado amigo Héctor, el mejor cocinero de Chicago Hais.

En la noche la leía, pero había puntos que no entendía; un día visité un compadre en Chicago, le platicué que estaba leyendo la Biblia, me dijo que a él lo visitaban unas personas que le ayudaban a estudiar la Biblia, yo no sabía de qué religión eran, dijo que me los iba a mandar a mi casa. Comenzaron a visitarme, me relacioné hasta hacer buena amistad. Eran de otra religión, pero no les di la espalda, era una cosa que me beneficiaba. Aquí la gente, tal vez por ignorancia, la gente es muy critica, si lees la Biblia hablan mal de ti, si entras a Alcohólicos Anónimos, peor; pero como decía mi padre:

—Estando bien con Dios, aunque los santitos lloren.

Gracias a esa religión dejé de tomar, duré siete años allá sin tomar; llegué a estar hospitalizado dos veces; allá me conocieron borracho, cuando me vine ya no tomaba.

Cuando llegué volví a tomar como año y medio, ahora tengo apenas cuatro meses que no tomo. Pero, aunque tomara, nunca faltaba a mi trabajo, con todo y cruda estaba aquí, porque nunca he sido desobligado.

Yo estoy de acuerdo con la entrada de la mentada ley del mercado libre, porque con eso también van a entrar costumbres de Estados Unidos, ahí está Canadá, no soy partidario de ningún partido, estoy con el que haga bien por la nación; el actual presidente es lo máximo, porque se ha enfrentado a problemas que otros le sacaron la vuelta, se ha chingado a todos los cabrones que estaban acostumbrados a chingar al país, ha descubierto políticos fuertes que estaban dentro del narcotráfico.

Yo sí podía arreglar papeles, pero nunca quise, porque yo quiero mucho a mi país, yo no iba a estar contento

sintiendo que era gringo; mis hijas son de allá, ellas algún día decidirán. A mí no me gustó allá, a ellas tal vez sí les guste.

Mi papá trabajó en el campo, en las pizcas de algodón, de lechuga, de betabel, fue de contratado, sólo que era muy tomador, estuvo hasta preso en Estados Unidos. Era alegre, le gustaba vivir, pero no era vago, duró 20 años trabajando allá, una vez estuvo perdido siete años sin venir. Mi papá se casó como de mi edad, de 33 años. Tampoco arregló papeles, decía que para qué quería otra patria si aquí en México era feliz. Así es la vida de este norteño falso.

"Del trabajo a la casa"*

Don Jesús es originario de un pueblo alteño, San Miguel el Alto. Pero de muy chico se trasladó al poblado vecino de San Diego de Alejandría, cuyas tierras constituyen un balcón que mira al bajío guanajuatense.

A los 19 años, en 1962, se fue de bracero al Norte y allí se quedó. Desertó del lugar en el que había sido contratado y se ubicó en un mejor trabajo. Allí pasó catorce largos años, de una monotonía y esfuerzos constantes. Del trabajo a la casa y de la casa al trabajo parece ser el lema de muchos de los mexicanos que van a Estados Unidos. Pero para los migrantes el porvenir nunca es seguro y su única garantía la constituye el retorno.

Como para muchos, la ida al Norte le sirvió a don Jesús para promoverse en su pueblo, por eso no le resultó demasiado difícil llegar a la presidencia; otra de sus ganancias fue poder construir la casa en que siempre había soñado, también le permitió sobrevivir con holgura. Pero en catorce

* Entrevista realizada por Víctor Espinosa A. en mayo de 1992 en San Diego de Alejandría, Jalisco.

años se echan raíces y de hecho su familia vive en uno y otro lado de la frontera.

Nací en el mismo municipio donde nacieron mis padres: San Miguel el Alto, en 1943. Nos vinimos a San Diego cuando tenía tres años.

Mi mamá se casó tres veces; en su primer matrimonio se fue a Estados Unidos, era la época que estaba medio peligroso con la cristiada. Cuando terminó la guerra, mi mamá y su esposo regresaron y estuvieron aquí, enviudó, se volvió a casar y aquí se quedó.

A su primer esposo lo mataron, el segundo murió en un accidente automovilístico, el último fue mi papá. Cuando se casaron ella tenía un terrenito y me parece que él tenía otro, los vendieron para comprar aquí en San Diego, en la Hacienda de Casillas compraron 47 hectáreas.

Estábamos chiquillos cuando llegamos a Casillas; a mi papá le prestaron un jacal para vivir, recuerdo que se levantaba y se iba a hacer la casa, el cerco y la casa la hizo de pura piedra, una sobre otra, cerca había una barranca, fue y cortó palitos y la hizo de dos agüitas, con los palos grandes y otras varas, la tapó con tejas, así empezó.

Nos vinimos porque la hacienda se estaba fraccionando y se vendía muy barato el terreno, con lo que se compraba un cuarto o media de caballería allá, aquí se compraba una, era mucho más barato.

Esto fue en el 46, cuando se vino mucha gente de fuera, aunque esa hacienda la compró gente de este lado de San Miguel.

Me acuerdo que mi papá nos llevaba, a mi hermanilla y a mí, al rancho, nos fuimos a vivir con las puras paredes sin tapar, en ese tiempo era camino de Guanajuato; fue cuando empezaron a robar mucho ganado, por ahí por 1949, 1950, también a nosotros nos robaron. Robaban mucho porque estaba desierto, no había nada de nada; en el cerro la gente se escondía y cuando los arrieros pasaban los robaban.

Cuando vivíamos ahí mi padre hizo buena amistad con los de Guanajuato, porque cuando llegaban les daba frijolitos, como nosotros empezábamos a trabajar la tierra y ellos todavía no, levantábamos mucho maíz y frijol, por eso hizo amistad con mucha gente.

Me acuerdo que de más grandecitos nos llevaban a trabajar, teníamos como ocho o nueve años y ya ayudábamos cuidando vacas, cosechando fruta, labrando la tierra, así vivíamos, y el que iba creciendo, entre los 18 ó 19 años, se iba yendo a Estados Unidos.

El primero que se fue al Norte, de mis hermanos, fue el mayor, José, nacido allá; se fueron los mayores, uno por uno, yo me fui en 1962, contratado en una lista del municipio, éstos estaban en combinación con el señor Arias, de Guadalajara, era un intermediario que por una cuota ayudaba a la gente a irse, nosotros nos fuimos a Empalme, Sonora, donde estaban las contrataciones. Cuando me fui, en el 62, había llegado una lista, a la que se le hizo promoción en el municipio, por los mismos días en que mis hermanos se hallaban en la casa, habían venido de visita, y me dijeron: "vamos". Dije que sí y pedí permiso, me lo dieron y me fui con los famosos compañeros.

Tenía un amigo que se llamaba Juan Sánchez, ya había ido y él me decía:

—Nomás no te despegues de mí para que nos toque juntos.

Al final nos separaron.

Nos fuimos en un camión, pasaba a las 8:30 para Guadalajara, y de ahí otro a Empalme, donde nos contrataron, y luego a la frontera en ferrocarril; ahí pasamos caminando, apenas recuerdo, entramos a un campo y nos revisaron todo, luego nos mandaban al lugar que íbamos. Tenía 19 años y empecé a trabajar allá, nos pagaban a dólar la hora y nos iba bien porque trabajábamos doce.

Mi primer trabajo fue en la pizca de la fresa, al mes de

que había llegado cambiaron de patrón, nos pusieron a un japonés; después me cambiaron a otro lugar donde me tocó de compañeros un muchacho de San Diego, uno de Guerrero y otro de Guanajuato. Me acuerdo que eran tramos muy largos para trabajar y estábamos muy chavos, lo bueno es que ya desde entonces me gustaba trabajar, por eso siempre les ayudaba a mis compañeros, nomás nos adelantábamos y ya no nos alcanzaba nadie en todo el turno. En ese lugar nos tocó un patrón muy bueno, nunca nos cuidó para nada, nos dejaba solos.

En esos días fueron mis hermanos a verme, estaban en Oakland, Fremont, Newark y Hayward, ahí vivían todos, ya tenían sus papeles arreglados, aunque entraron unos como ilegales y otros como nacidos allá: tanto me insistieron que deserté y me convertí en ilegal.

Mi hermano me consiguió trabajo en Haywell, en una constructora; él con el nombre de Juan y yo con el de Tacho, pero a veces nos hablábamos por nuestros nombres y el patrón se reía porque ya sabía, sólo utilizaba los diferentes nombres para los cheques.

Uno de mis hermanos, Merce, trabajaba por la tarde en una empacadora, ganaba buen dinero, él nos fue recomendando de uno por uno. Cuando me tocó fui a pedir trabajo y el patrón no me quiso, dijo que ya había mucha familia, y que si al rato se enojaba uno, todos le íbamos a dejar el trabajo; entonces mi hermano Merce le dijo:

—A mí no me importa, tú dijiste que lo trajera, yo no sé si es o no mi hermano, tú me dijiste que lo trajera y aquí está.

Gruñó el patrón muy enojado, pero de todos modos me aceptó; el patrón era muy bueno, era un gringo hijo de la mañana. Después, no sé, nos encariñamos tanto que me dio trabajo de aprendiz, se duraba de uno a dos años en aprender el oficio.

La compañía estaba ubicada en Alvarado, yo vivía en Newark, con mi hermano Merce, después nos fuimos cam-

biando y acomodando. Entonces el patrón me dio el trabajo de echar la carne para allá y para acá, me mandaba a sacar pura carne congelada y, en un tiempesito que había, me iba a ver cómo trabajaban los demás, para aprender; el patrón llegaba y me decía:

—Yo no te quiero acá.

Pero siempre me le escapaba.

A los seis meses empecé a destazar, me gustaba y aprendí, entonces agarró a otros nuevos para hacer mi trabajo. Cuando trabajé ahí no tenía papeles, por eso el patrón hizo la solicitud para arreglármelos.

Pienso que él me ayudó porque nos llevábamos bien, o sea cuando estuve trabajando nunca me gustó fallar en nada y siempre hice mi trabajo; si se flojea a los patrones no les gusta, pero como tenía ganas de trabajar y ganas de centavos, pues trabajé muy bien y él empezó a arreglar mis papeles. En ese tiempo empezó una ley donde le daban a uno una carta de trabajo los patrones y en seguida se arreglaba fácil.

Estaba en trámite la carta cuando llegó la migra y me agarra, yo no quise correr porque no había hecho delito; pienso que llegaron por unos gabachos que tenían envidia por la forma en que nos veía el patrón, lo que causaba celos en ellos, los de la migra traían hasta mi nombre, porque preguntaron por Jesse Hernández —mi nombre en inglés— y me dijeron:

—Vámonos porque no traes papeles.

Les dije:

—Pero si yo soy ciudadano americano.

—A ver, ¿dónde naciste?

—En Littlemore, California.

—Será en Littlemore, México.

Entonces ya no pude decirles más mentiras y me llevaron a Santa Rita, sólo a mí porque mis hermanos ya estaban emigrados. Me vine para México, fue como por 1966, allá se

quedaron todos los trámites de papeles, la carta del patrón y todo, después se puso más duro y difícil.

Cuando llegué sentí un gusto tremendo, porque, en lo personal, me fui con la idea de nunca quedarme; siempre viví como si estuviera en México, con sus costumbres y sus ideas, y no podía ni quería cambiar, hasta tenía algunas discusiones con amigos, gentes mayores, compañeros de trabajo que me decían:

—Estás en Estados Unidos.

Aún así no estaba de acuerdo con algunas cosas.

—Aquí tienes que hacerte a la idea si no...

Y es que siempre platicaba de México, de las ideas, costumbres, y como ellos no las aceptaban terminaba discutiendo.

Por eso cuando volví, recuerdo, se me hacían las calles más angostitas, me pasé tantito de la casa, ¡ah caray!, que volteo y vi a mi papá; venía un hermano conmigo, después se regresó, me quedé más de seis meses.

Mi mamá tenía un molino, cuando llegué ellos se fueron porque tenían cita en migración hasta Hermosillo, nos quedamos nomás yo y mi papá; trabajábamos los dos en el molino, él molía y yo ponía los nixtamales, éramos felices, trabajábamos tres horas en la mañana, él juntaba su botecito, yo me arreglaba e invitaba a algún amigo o dos a San Miguel o Arandas, la pasábamos muy bien, después mis amigos también emigraron. En seguida mi papá y yo nos fuimos a Los Angeles, donde estaban mis hermanos, me quedé unos días con ellos; en esa ocasión entré con la mica de mi hermano Tacho, lo pude hacer porque había mandado sacar la mica a mi nombre, esa vez tomé sus datos, saqué unas fotografías, mandé un escrito con los datos de él y mis fotografías, luego me enviaron la mica.

Ya con mica empecé a buscar trabajo, pero en diferente lugar de donde trabajaba Tacho; me quedé un tiempo en Los Angeles por insistencia de mi mamá, busqué trabajo por mi

cuenta y me lo dieron, fue en una empacadora de carne, en la compañía Junior, cuando me presenté me preguntaron:

—¿Y tu herramienta?

Contesté.

—No, pues no traigo.

Enfrente de ese lugar vendían y fui a comprar todo: un parche, su cadena, cuchillos, guantes de tela finitos y un guante de tres dedos para no cortarse. Empecé a trabajar ahí, pero después de tres meses escaseó el trabajo y nos dieron descanso; pero por la misma calle donde estaba la empacadora había otra compañía, fui y me dieron trabajo, duré ahí catorce años.

Empecé deshuesando en una mesa, después me dieron chance de entrar más temprano; éramos unas ocho gentes para acomodar todas las mesas, para cuando entraba el resto de la gente, a mí me gustaba llegar antes de la hora para afilar los cuchillos y así a la hora de entrar ya todo estaba listo, como entraba más temprano, con ese chance me pagaban un poquito más; después usaba el serrucho porque también pagaban más; después me cambié a otra compañía más grande, del mismo dueño, éste absorbió a una compañía vieja y la arregló, de modo que allá había tres mesas grandes para deshuesar, de 20 a 22 gentes en cada una, en una de éstas me acomodaron y después me hice cargo de ella, así fui trabajando con el mayordomo llamado Hoster, era alemán, un hombre muy trabajador; siempre trabajé muy a gusto con él, llegué hasta a pedirle trabajo para un hermano.

En 1967, 68 y 69, ganaba 250 dólares a la semana, trabajaba diez horas diarias y ocho el sábado. Después el mayordomo me dice:

—Hay un trabajo los domingos.

Ese trabajo lo tenía él con un compañero, pero se cansó porque no descansaba ni un día al mes, por eso me habló a mí, a ver si yo le ayudaba con un compañero, rolábamos, un

domingo él y un domingo nosotros. Mi compañero se llamaba Jhon Dilman, era alemán, nos íbamos a trabajar el domingo; llegábamos a las doce de la noche, siempre había bastantes vacas, teníamos que deshuesar todas las que hubiera, lo más que llegamos a deshuesar fueron 34 reses en doce horas, pesaba cada una entre 600 y 800 libras.

En ese tiempo vivía con mi mamá en Compton, Los Angeles, rentábamos la casa, salió la inquietud de comprar una, hice la solicitud, pero como no tenía crédito, porque nunca me gustó comprar fiado, sino siempre de contado, no la autorizaron. Después supimos de una casita de campo, muy barata, 5 500 dólares, dice mi mamá:

—Vámonos.

Yo le decía:

—No, ahí hay muchos negritos.

Estaba ubicada en un barrio de negros, pero mi mamá insistía. —Hijo, siquiera para tener donde vivir.

Decía esto porque de dondequiera nos sacaban por ser una familia numerosa, terminamos comprando esa casa de contado. Ya entonces estaba casado con una mexicana, porque ninguno de nosotros nunca nos casamos con las mujeres que se conocen en Estados Unidos, porque tienen otra forma de pensar y están más adaptadas a aquel país, y como a mí no me gustaban algunas cosas de allá...

No todo me disgustaba, había parte del sistema que sí, como trabajar, ganar dinero y regresar, pero para estar ganando y vivir con el sistema de allá, no, es un sistema muy acabado, no tiene formación bonita, allá siempre es: del trabajo a la casa y de la casa al trabajo, pura rutina. La de otros era del trabajo a la cantina o a los caballos; agarran el cheque, se lo acaban, y el lunes ya andan consiguiendo prestado; conocí gente mexicana que tenía 40, 50 años, ya mayores, que rentaban casa, y yo veía, entonces empecé a juntar y juntar con la idea de regresarme.

Después salió la oportunidad de comprar un casa en

Huntington Park, cuando pasaba para ir a trabajar la vi, pedían 14 500 dólares, podía comprarla de contado, ya que había ahorrado bastante con mi trabajo, pero cuando hice mi oferta, como no sabía, fue menor a lo que pedían y se la vendieron a otra persona que les dio lo que pedían.

Ya entonces conocía el área; un día vi una casa mejor, hablé por teléfono, pedían 17 500 dólares, ofrecí 17 de contado, me la dejaron. Era una casa de unos viejitos, estaba arrumbada, me dije: —Vamos a arreglarla.

Allá se enseña uno a hacer de todo, la pinté, le hice barandales, hasta de carpintero la hice; allá es más fácil porque hay de todo, se compra herramienta, luego la madera, me gustaba ir a los *soamits*, le dicen pulgas, donde el gabacho vende cosas muy baratas, nuevas o muy poco usadas; ahí yo compraba mi herramienta para arreglar la casita.

Después salió otra casa en venta y la compró mi hermano, luego mi cuñado compró enfrente y nos juntamos todos ahí, era un área muy buena, había cambiado porque ya no había negritos.

Más tarde vendieron ocho departamentos, de cuatro y dos recámaras, en 40 000 dólares, era muy barato pero no teníamos esa cantidad; yo no sabía, pero con los 17 000 dólares hubiera podido comprar muchas propiedades, con dos o tres mil dólares de enganche tenía uno de los pagos, como los departamentos son de renta, se pagan solos. Sin embargo, a los cuatro meses se pusieron en venta cinco departamentos en 27 000 dólares, le dije a Tacho:

—Vamos a comprarlos con 5 000 dólares de entre.

Los compramos y luego los rentamos, se iban pagando solos y aún sobraba.

Así empezamos a hacernos de propiedades, después, en sociedad, compramos otra propiedad, fue así: un día había una casa en venta, con seis departamentos, pregunté el precio, 90 000 dólares, pedían 20 de entre, no los tenía, pero mi casa ya estaba pagada, entonces me dijo el vendedor que

se podía sacar un préstamo sobre la casa, así lo hice y compré esa propiedad.

Tenía mi casa de dos plantas, donde vivíamos, y aparte los departamentos, de donde salían los pagos y sobraba un poquito; pero había una casa que siempre me había gustado y siempre les platicaba a mis amigos sobre ella, un día me dicen:

—¡Andele!, que ya están vendiendo tu casa.

—¿Cómo?

Voy a la carrera, y sí, pedían 67 000 dólares por ella, pensé:

—A ver como le hago.

No tenía dinero, fui con mi hermano y le dije que la comprara, me contestó:

—Cómprala tú.

—No completo.

—Yo te presto el resto.

La compré, había sido de un doctor ya viejito, cuando entramos a verla era una cosa hermosa, casa antigua, vieja, tenía como 60 años de construida, con biblioteca, pisos a desnivel, todos de madera. Se me concedió. Pagaba alrededor de 450 dólares al mes, pero tenía los departamentos y mi trabajo, además mi señora me ayudó mucho, aunque no trabajaba, ayudó en la casa, a veces cosía ropa para nosotros, yo le llevaba telas y ella nos hacía a mí y a mis hermanos camisas, también a los niños.

Así continuamos hasta que se quemaron los departamentos, había un sofá afuera donde fumaron, se inició el fuego y se quemaron, lo bueno era que estaban asegurados, me dio el seguro 20 000 dólares, quisimos repararlos pero la ciudad dijo que no, sólo quedaron dos que estaban separados y quedaron buenos, sólo que eran los más viejitos, limpiamos y dejamos el terreno baldío y lo vendimos en 42 000 dólares.

La zona donde vivía había mejorado mucho, había subi-

do de precio, la casa que yo compré en 17 000 dólares, después de cinco años, la vendí en 70 000 dólares; con ese dinero arreglé la otra casa que compré, la que me gustaba mucho, pero como ya teníamos en la mira regresarnos a México, compramos unos terrenos aquí en San Diego; uno muy bueno, de dos hectáreas, que está en la "y" griega, viniendo de San Julián, donde parten dos carreteras, me lo vendieron en 150 000 pesos; en León hicimos el trato, mi cuñado me llevó y me fiaron el terreno, entre mi hermano y yo juntamos 12 000 dólares y lo compramos; después salió otro terreno más abajo en 6 000 pesos y lo compramos.

Como no dejaba de venir a San Diego, siempre que lo hacía nos echábamos un compromiso. Otro terreno nos costó 1 250 000 pesos, a 125 el metro, compramos la manzana completa, después nos vendieron a 100 000 pesos a un lado de la gasolinera y lo compramos mi hermano y yo, luego en otra ocasión a 60 pesos al otro lado, tenemos como una hectárea.

Y así la familia iba creciendo, yo no quería esperar a que mis hijos estuvieran grandes, porque entonces no los iba a poder traer de regreso; hablé con mi señora; pero oía que muchos se venían y a los dos o tres años regresaban, entonces le dije:

—Vamos a vender todo para no tener cosas aquí, allá en San Diego tenemos los terrenos, nos vamos para México.

Pero había quien me metía dudas, mexicanos conocidos, amigos, compadres, que estaban tan bien en Estados Unidos, tan a gusto, pero yo no; mi vida no era ésa, mi vida era el sistema de México. En el trabajo me criticaban mucho, me tenían por tacaño, porque no me gustaba ir a las cantinas ni a los caballos; yo del trabajo a mi casa, solamente me gustaba mucho el deporte.

Decidí vender la casa, hablé con mi hermano, con el que estaba de socio, pusimos las casas en venta. Primero se vendió la mía, como teníamos una casa móvil, empacamos

para regresarnos, contratamos una mudanza para los muebles y nos vinimos en 1980.

Llegamos a casa de mi mamá, ya que la familia todavía estaba en Estados Unidos, nos acomodamos y como a los quince días me hablan, que los muebles se estaban perdiendo, me regreso.

Resulta que la compañía que los traía era puro trafique, agarraban muebles y no transportaban nada, entonces alguien hizo demanda y les pagaron todo, ya los míos estaban en un trailer, me dejaron bajarlos y los recuperé, los acomodé con mi hermano, él aún no había podido vender su casa, yo regresé a México a vivir a la casita de mi mamá, después rente una al lado, más tarde compré, empezamos a arreglarla hasta que quedó bastante cómoda.

Cuando me vine, de Estados Unidos, me debían alrededor de 27 000 dólares, porque la casa que compré en 70 la vendí en 140, los departamentos que compré en 90 los vendí en 190, me mandaban 1 000 dólares mensuales de la deuda, con parte de ese dinero compré el terreno donde ahora vivo e inicié la construcción de la casa que siempre quise.

Ya tenía aquí cuatro años y fracción cuando mi esposa se enfermó de gravedad, fue muy rápido, a pesar de que la atendimos, falleció y todo se vino abajo, me desilusioné de a tiro. Vino mi madre, amigos de Estados Unidos hasta aquí, sentí que se había acabado todo, pero el tiempo todo lo borra, pasaron días, yo le buscaba alguna solución y no había ninguna, más que aceptar las cosas. Seguí con la construcción de la casa y me volví a casar con una joven de aquí.

Me metí a la política; los del ejido fueron a decirme:

—Queremos que sea nuestro candidato a la presidencia.

Luego los del PAN; les dije que no, pues no sabía nada de política:

—Yo qué voy a saber, si en mi vida acaso estudié primero de primaria, que fue toda la escuela que tuvimos allá en

el rancho, cómo voy a hablar con licenciados y diputados, no, no.

Me decían

—Andale que te cuesta, no es difícil.

Me imaginaba ir a Guadalajara, que no conocía. Me insistieron tanto que hicimos la planilla y fuimos a registrarla a Guadalajara, entonces don Juan José Correa era el presidente del PRI y me dijo:

—Véngase, vamos.

Me llevó a Guadalajara. Llegamos con la carpetita bajo el brazo, y el licenciado que nos recibió la documentación nos dijo:

—Usted trae el apoyo de los tres sectores, sígame trayendo más firmas de apoyo.

Yo se las llevaba.

Se viene la campaña política y yo mismo agarré mi escalera y a pegar propaganda. Se vienen las votaciones y ganamos.

Después de terminar el período en la presidencia me llamaron para candidato a presidente del partido, por mayoría de votos gané.

Creo que toda esta popularidad que tuve después de regresar fue por trabajar aquí mucho, yo tenía una granjita con un par de vacas, con ella teníamos para la leche, las ordeñaba cada mañana y aquí en el pueblo siempre nos gustó convivir mucho, tuve suerte que me hablaran los que tenían dinero, también los que no tenían, ya que siempre traté a todos por igual.

Cuando regresé del Norte llegué aquí como cualquier persona, a trabajar por el día, y aunque lo que tengo es de allá, porque las oportunidades son muy buenas, pero desgraciadamente puedo decir que casi un cinco por ciento de la gente las aprovecha, ¿por qué?, porque todo el mundo saca dinero, pero así se lo gasta.

La gente de San Diego va y viene a Estados Unidos, trae dinero y se lo gasta, ya no quiere trabajar, se lo acaba y para

irse consigue prestado, esta gente dice que ya no quiere trabajar porque aquí se le paga muy poco, por eso ya no hay agricultura, el campo está muerto, además se quejan de que los ricos de aquí no permiten la instalación de industrias que den empleos, porque entonces competirían con las que ya estaban aquí.

Actualmente, se encuentran el hotel, la gasolinera, también hay algunos talleres de chamarras, de medias, calzado, una fabriquita de textiles, también granjas avícolas que tienen alrededor de unos 300 empleados; desgraciadamente, no todos son de San Diego, porque aquí están acostumbrados a no trabajar, si la mujer trabaja, pues ya, el que no tiene para comer mañana trabaja hoy, así, hablando en plata pura, en San Diego estamos así por flojos, las fábricas tienen gente de otros lugares.

Yo quisiera tener mi propio negocio, pero hasta ahorita no he podido porque me he dedicado totalmente a la política, quiero hablar con uno de mis hijos a ver si quiere que instalemos una fábrica de artículos de piel, así se crearía una fuente más de empleo.

De todas formas, en la política he trabajado para todos, pero sí quiero dejar los compromisos y dedicarme a lo mío, a mi familia, aunque lo que hemos hecho por nuestro pueblo se nota y la gente que viene de fuera lo dice.

“Con dinero se vive mejor en México”*

Para la mayoría de los jóvenes mexicanos que pudieron terminar sus estudios de preparatoria la alternativa de estudiar una carrera ha sido siempre prioritaria. La gratuidad de la enseñanza superior en México permite estudiar, pero son

* Entrevista realizada por Víctor Espinosa en San José, California, durante agosto de 1991.

proporcionalmente pocos los que logran terminar y menos aún los que pueden desempeñarse como profesionistas. Este es el caso de Víctor Villa, quien primero intentó ser maestro, luego ingeniero y, por último, terminó trabajando en un restaurante en San José California.

Si bien tuvo que abandonar la carrera universitaria, la carrera migratoria de Víctor parece que podrá concluir con éxito. Su objetivo es volver a su pueblo y montar un negocio. El y su esposa llevan ocho años trabajando y ahorrando y piensan seguir otros ocho años más, para poder regresar con un capital.

Pero la vida en Estados Unidos tiene también sus atractivos, sus comodidades, sobre todo para las mujeres y los niños que cuentan con mayores facilidades que las que pudieran obtener en México.

Con los años la decisión de regresar se hace incluso más compleja que la de emigrar. Sólo los anima una certeza: con dinero se vive mejor en México que en Estados Unidos.

Cuando terminé la secundaria, en Las Varas, me tuve que ir a la Normal de Atequiza, pero no pude entrar, de ahí me dirigí a Tepic, pues no quería perder el tiempo, pero ya había terminado el período de inscripción en el Tecnológico, así fue como no pude estudiar. Me regresé al pueblo y me encontré a mi cuñado, que estaba de vacaciones, es ingeniero y trabaja en la SAHOP, y como no tenía nada que hacer, aproveché la invitación que me hizo de irme con él a trabajar a Ensenada.

En el 79 entré a la SAHOP y a la prepa; cuando terminé decidí entrar a la Facultad de Ingeniería, escogí esta carrera porque tuve mucho trato con ingenieros y me di cuenta que ganaban bien, con este propósito me fui a Mexicali, me facilitó mucho las cosas haberme ido con un amigo que tenía dinero, viví con él sin tener que pagar renta, el problema fue cuando de Ingeniería se pasó a Pedagogía, el cambio enfrió

la amistad y me tuve que cambiar de casa; me fui con un compañero de la facultad pero, a pesar de que tampoco pagaba renta, el dinero que me mandaba mi familia no me alcanzaba ni para comer.

Cuando tenía vacaciones de la escuela me iba a Las Varas; decidí dejar la escuela por varias razones, pero la más importante fue una vez que estuve en mi pueblo y vi amigos profesionistas, por ejemplo, ingenieros agrónomos que andaban de taxistas o en trabajos que no tenían que ver con sus carreras, esto me decepcionó mucho, hasta el grado de poner en una balanza los sacrificios que estaba haciendo para estudiar; me di cuenta que no tenía caso seguir, además que esto coincidió con una visita de mi hermano Francisco, que ya tenía cinco años de trabajar en el Norte, me invitó a irme con él, como me hallaba desilusionado me animé y me fui en el 82, a probar suerte.

No batallé nada para pasar porque tenía visa, la había conseguido en la frontera.

Mi hermano se dedicaba a pasar gente, cuando me fui lo esperé en la casa de un amigo que vivía en Los Angeles, en esa ocasión tuvo dificultades para pasar el grupo de gentes que traía y estuvo cinco días en la frontera, entre ellos venían cuatro de Las Varas, por cierto, siempre han acudido a él porque le gusta ayudar a los paisanos; cuando por fin llegó por mí a Los Angeles nos fuimos para Madera, como había sido mayordomo, era más fácil que nos dieran trabajo, eso fue en enero, cuando estaba la poda de la uva, pero como no era aficionado al trabajo del campo no me gustó estar en ese rancho, además hacía mucho frío. Trabajé sólo dos meses y le dije a mi hermano que nos fuéramos a Los Angeles, prefería estar en la ciudad. No me gustó porque teníamos que levantarnos a las cuatro o cinco de la mañana y salir a las cuatro de la tarde, la rutina era pasar a la tienda a la salida del trabajo y comprar unos seises o doces de cerveza y a la casa, los fines de semana la única diversión era

la borrachera, en la misma casa porque no había ningún lugar donde ir a divertirse, otro problema es que al campo va mucho la migración y había que estar cuidándose, con el pendiente porque podía llegar en cualquier momento.

Mi hermano aceptó y nos fuimos a Santa Ana, ahí trabajé cuatro meses, ayudándole a pasar gente por la frontera, aprovechando que tenía pasaporte.

Un día llamó la novia de mi hermano para avisarle que se había ido a San José, y lo invitó a un baile donde iban a tocar Los Bukis, como no teníamos obligación ni horario con ningún trabajo nos fuimos allá; aprovechamos que traíamos a unos cuates que querían ir a Madera, de ahí nos pasamos a San José, esperábamos hallar gente de Las Varas pero nunca imaginamos encontrar a tantos, en el baile vimos un montón de conocidos; al día siguiente, como no teníamos nada que hacer, le dimos raite a un amigo que trabajaba en un restaurante, cuando llegamos nos invitó a comer, en esas estábamos cuando llegó el manager y le dijo que necesitaba un trabajador, me preguntó si quería quedarme: así fue como conseguí ese empleo, gracias a ese amigo que había sido compañero de escuela en Las Varas.

Trabajé cinco años de "bas boy", por cierto en ese restaurante han trabajado casi todos los que recién llegan de Las Varas, después en un gimnasio haciendo la limpieza, luego a otro restaurante, de cocinero, me salí de ahí porque tuve un problema con el mayordomo, fue un incidente sencillo: un día llegué al trabajo sin afeitarme y me dijo que me rasurara, como no traía mi cartera, le expliqué que no traía dinero para comprar rastrillo, me contestó que eso no le importaba, o me rasuraba o me iba a mi casa, me molesté mucho, le aventé el mandil y le pregunté si quería que regresara al día siguiente a trabajar, sólo me dijo que eso lo veríamos después, al día siguiente esperé que me llamara por teléfono, no lo hizo y perdí el trabajo.

Descansé una semana hasta que encontré empleo en un

casino, pero aguanté sólo cinco semanas porque no me gustó el horario, trabajaba de doce de la noche a las ocho de la mañana, no me quedó otra, hablé con el dueño del restaurante donde trabajaba, me aceptaron de nuevo.

Me ha sentado bien la vida en Estados Unidos, vivimos actualmente en un departamento, aunque es chico la renta es baja, pagamos sólo 425 dólares, mi esposa trabajaba también de mesera, pero desde que tuvimos nuestro hijo, se salió.

Me gusta el trabajo que tengo porque es seguro y constante, no es como en el campo, no importa que haya mucho sol o que esté lloviendo, todo el año hay trabajo, tiene además señoría, vacaciones y otros beneficios que no existen en el campo, es cierto que en el campo se puede ganar en una temporada de seis meses lo que ganamos en ocho, pero la diferencia es que es un trabajo físicamente pesado, sucio, y el principal problema es estarse cuidando de la migra, aparte de que el trabajo en el restaurante es mucho más liviano, existe la oportunidad de aprender el inglés poco a poco, mientras que en el campo, como no se necesita para poder trabajar, nadie hace la lucha por aprender.

A partir del último viaje que hicimos a Las Varas nuestros planes son volver a México y poner un negocio, para eso hemos estado ahorrando entre 500 y 700 dólares al mes, pensamos estar aquí otros ocho años y volver, con un poco de suerte nos puede ir bien, aunque a mi esposa le gusta más la vida aquí, por las comodidades que existen para las mujeres, por la oportunidad de que los hijos aprendan el inglés y porque es más fácil trabajar los dos aquí que en México, además allá en México los hombres se vuelan mucho, se sienten más machos, para las mujeres la vida es mucho mejor aquí, incluso mi esposa dice que no conoce una sola amiga casada que se quiera regresar, sólo solteras, pero se quieren regresar porque tienen su familia en México.

Sí, vivo bien aquí, pero todo tiene un pro y un contra, los

niños son los que tienen más beneficios: el inglés, las medicinas, buenos doctores, pero para criarlos es más difícil, hay demasiadas libertades para ellos, están sobreprotegidos por el gobierno, no se les puede pegar, por eso la juventud está perdida en las drogas; otro inconveniente de la vida aquí es que se vive restringido a un horario y esclavo del reloj, mientras que en México si un día no quieres ir a trabajar no es tanto problema.

El inconveniente de México es que lo más importante para vivir a gusto y tranquilo es lo económico, pues para vivir feliz no es suficiente la comprensión, porque vivir bien es estar bien económicamente, por eso mi esposa dice que en Estados Unidos se gana bien, trabajando de lo que sea, y en México no se gana bien ni trabajando en una profesión, la única manera de hacerla es teniendo un negocio propio; a mí me parece fácil ya que casi todos mis familiares tienen negocios en Las Varas, pero lo que me sigue animando a venirme es que en México si tienes dinero se puede vivir mucho mejor que en Estados Unidos.

"Familia dividida"*

La historia migratoria de Leticia, estudiante de Historia de la Universidad de Guadalajara, se entremezcla con la de su madre, mujer de clase media, divorciada, con hijos a los cuales mantener y sin más recursos que su esfuerzo, sus brazos y la posibilidad de emigrar.

A partir del divorcio, la inestabilidad familiar fue una constante. En cuatro años Leticia pasó por veinte casas diferentes. Finalmente, llegó la decisión de emigrar y la madre partió hacia Laredo. Luego se impuso la opción de vivir juntos, pero la migración familiar se hizo difícil y se optó por

* Entrevista efectuada por Héctor Hernández Z. en Guadalajara, Jalisco, 1992.

una solución intermedia: mientras la madre vivía y trabajaba en Laredo, los hijos estudiaban en el otro lado, en Nuevo Laredo.

La vida de estudiante transcurrió entre la frontera y diferentes ciudades del país. Y para sobrevivir todo es bueno, desde juntar comida de deshecho hasta buscar raíces en el cerro. Luego incursiona en diferentes trabajos, como vender libros, aguas frescas, tamales o limpiar casas.

Cuando pesó más la necesidad del dinero que los prejuicios clasemedieros, la madre se dedicó a la limpieza de casas en Laredo y con ello pudo mejorar sustancialmente su situación económica. También llegó la hora de pasar la frontera de ilegal y el sueño americano se concretó en el trabajo de aseo y cuidado de casas y la atención de niños.

Finalmente, volvió a Guadalajara, donde ha podido combinar el trabajo con el estudio universitario.

Mi padre nació en Erongaricuaró, Michoacán; a los doce años se fue con los del Espíritu Santo de seminarista, y a los 28, antes de dar los votos, se casó con mi madre, la conoció aquí cuando estaba estudiando diseño; ella es del Distrito Federal. Jamás trabajó, pues su familia es de dinero y no estaba acostumbrada, tampoco sabía tratar con la gente, cuando se divorció se metió a la Universidad Femenina a dar clases de diseño, decoración y escultura, también en artes plásticas; un poco antes de divorciarse empezó a vender sus pinturas y a trabajar en una tienda de alfombras, de vendedora al principio y después a diseñar. Pero como no estaba acostumbrada a tratar con la gente, mucho menos a trabajar así, no tenía colmillo, le tenía confianza a todo mundo, pensaba que todo era rosa, le robaron muchos de sus diseños; se agüitó mucho y decidió irse a Laredo.

Se fue cuando yo tenía ocho años, se divorció y nos dejó dos meses con mi padre, pero en realidad la que nos cuidó fue una nana que tuvimos, mi padre era maestro del ITESO y

casi no lo veíamos. Yo fui la que quedé a cargo de mis hermanos (dos varones, uno dos años menor y el otro tres), cuando regresó mi mamá era un desmadre la casa, no estábamos atendidos por nadie; la nana, como no le pagaban, nos aguantó un buen rato pero nos dejó, duramos una semana solos, al vernos se quedó con el ojo cuadrado, se fue a comprar comida, ropa y zapatos. Ese día llegó a las dos de la tarde, nos compró la ropa que necesitábamos y empacó lo poco que había, compró boletos de autobús y salimos a las ocho de la noche rumbo a Laredo.

Juntó dinero, por la venta de unos cuadros que pintó, y regresó para llevarnos; nadie supo de nosotros por muchos años.

Jamás supe quién le dijo que se fuera a Laredo o por qué; una vez le pregunté que hizo en esos dos meses, me respondió que andaba preguntando y viendo qué hacer, cómo sacar la mica de ciudadana fronteriza. Duró dos meses y volvió por nosotros, no fue al Distrito Federal, porque allá estaban sus familiares y no aceptaban divorciadas, son muy tradicionales, aristócratas y conservadores; actualmente no sé cómo sean, yo no los trato, ella rompió con su familia después del divorcio.

En Laredo, mi mamá no tenía a nadie, la que empezó a contarle de la frontera fue la nana que tuvimos, su familia iba por fayuca, posiblemente ella le dio el nombre de una conocida, pero a mí siempre me quedó la duda de cómo pudo conocer a esa familia, que era dueña de la casa, donde había gente esperando pasar al otro lado.

Llegamos a casa de esa familia, yo tenía ocho años y vivíamos a una cuadra del río, estaban como diez familias esperando pasar, pero como mi mamá era muy estricta, a pesar que estábamos ahí no convivimos con nadie, llegamos a hospedarnos mientras encontrábamos otro lugar; de ahí nos fuimos a un hotel medio malo donde duramos una semana, después encontró una casa muy barata enfrente del

río; ahí veíamos cómo hacía los recorridos la migra, cómo la gente se trataba de brincar la malla y salir corriendo hacia el río, que se veía muy tranquilo, pero que llevaba muchos remolinos.

Mi madre no nos dejaba salir a la calle o hablar con los vecinos, no nos dejaba hacerlo por su educación, ella esperaba tener una mejor oportunidad para irnos a vivir a una zona residencial; a los seis meses nos fuimos a una zona más tranquila.

Llegando a Nuevo Laredo nos metió a la primaria, por eso lo que sucedía en la frontera lo sabía por mis compañeros de escuela, jamás pude salir ningún fin de semana, muchas cosas las veía por mí misma; recuerdo, por ejemplo, la estación del ferrocarril, ahí hay un parque muy grande, pues ahí está toda la gente que viene de Centroamérica, te das cuenta por la ropa, el acento y por llegar todos pobrísimos y con un morralito, llegan en tren y como no tienen en donde hospedarse, ahí se quedan.

También me tocó ver cadáveres en el río, de gente que me enteraba se trataba de cruzar y los mataban, o de que se ahogó, vi muchos casos, ahogados y ahogados. Algunas veces eran asesinados por los mismos polleros, otras veces porque trataban de pasarse solos, y como hay muchos remolinos y yerbas en el fondo del río, se ahogaban, pero también había muchos asesinados por los polleros, esto me lo contaban en la escuela, de todos modos eso dondequiera te lo cuentan; cuando eran más mujeres que hombres o se veía que los coyotes se enteraban que alguien traía dinero, cuando los iban pasando los robaban, los mataban o violaban a las mujeres, echaban al río a todos, a familias completas las mataban, en el periódico local eso era lo de diario.

El primer trabajo de mi madre fue vender cuadros, pero como para eso se necesita un buen tiempo, además en la frontera no hay mucho interés, pues lo principal es el comercio, no había quien los comprara, y sumado a esto lo

caro de los pinceles y las pinturas, pensó que no la iba a hacer, entonces se metió de cocinera y luego de mesera, donde ya ganaba más con las propiñas, y después al sindicato de meseras, hizo esto para conseguir papeles de que trabajaba y vivía ahí.

Empezamos viviendo en un cuartito, los primeros muebles que tuvimos fueron cajones de madera de fruta, unos los pegaba en la pared y ahí ponía los trastes, en una sola cama dormíamos todos, luego fuimos aumentando a dos, al rato en una casa, recuerdo que en los cuatro años que estuvimos allá vivimos como en 20 casas diferentes.

Mi madre arregló su mica fronteriza pero no pudo meternos porque le faltaban nuestros papeles, empezó a pasar al otro lado y consiguió trabajo, igual que de este lado, de lavaplatos; en ese tiempo la migra cada rato se metía a los restaurantes, a las cocinas, y a todo mundo le pedía papeles, al patrón que tuviera ilegales le cobraban multa y le clausuraban, a los otros los regresaban; ella tuvo suerte, creo que por su manera de ser, por su educación, no la trataba la gente como a cualquier persona, le tenían más consideración, y sus patrones jamás la denunciaron, duró sin ir al otro lado como tres años y medio y después de este tiempo le dieron al fin su pasaporte.

Ella nunca se fue de mojada, eso lo empezó a hacer después, cuando ya estaba en proceso de naturalización y no tenía papeles ni americanos ni mexicanos, se pasaba todos los días, pero ya conocía a los de la aduana y la dejaban pasar.

Trabajaba en los restaurantes, ganaban mucho en propiña; después de que le dieron su mica empezó a trabajar en Laredo; esos ocho meses trabajó, primero de lavaplatos, luego de ayudante, después le tocó lavar las ollotas de la comida, hasta que fue mesera.

A los cuatro años nos regresamos al Distrito Federal, se había reconciliado con su familia, le empezó a ir bien, se

metió a la Academia de San Carlos a estudiar y al mismo tiempo trabajaba en un laboratorio químico, como empleada en la cocina, duro un año, porque mis abuelos de nuevo la desconocieron y no quisieron ayudarla, como no ajustaba el dinero tuvo que salirse de la escuela, no quedó otra que buscar de dónde sacar: nos pusimos a vender empanadas de atún, tepache, aguas frescas en el zócalo, ropa de segunda en Tepito y pasteles, como no nos iba muy bien, además de que mi mamá y mi abuelo se enfermaron, nos fuimos a su rancho en Apaxco.

Ahí aprendí a hacer todo tipo de labores del campo: pastorear, sembrar, cosechar, de todo eso. Con mis abuelos tuve una educación muy conservadora, muy europeizada, con mi abuela aprendí de herbolaria, a cocinar y conocer a la gente del campo.

Para sobrevivir hacíamos muchos pays de manzanas que íbamos a recoger a los tianguis, de ésas de desecho a las que limpiábamos y les quitábamos lo magullado, recogíamos del piso todo lo que se quedaba para comer nosotros, también íbamos al cerro a cortar nopales, berros, verdolagas y malvas; en el rancho vivíamos en un cuartito, donde antes estaban los peones del rancho, mientras la familia de mi madre vivía en la casa.

Al tercer año, después de seis meses enferma, por fin se reincorporó, no teníamos dinero para iniciar ningún negocio y, con poquito, empezamos a vender pasteles, como nos empezó a ir bien, a mi mamá se le ocurrió que le iría mejor en Laredo, Texas, porque allá se acostumbraba más este tipo de comida.

Nos regresamos; para hacerlo, mi madre empezó a vender comida a los maestros de Apaxco, juntó dinero, con eso se fue a Laredo los dos meses de vacaciones escolares, julio y agosto; trabajó de mesera y cocinera en un restaurante de mariscos, juntó lana y a mediados volvió por nosotros, el día que llegó empacó todo y al siguiente nos fuimos.

Cuando llegamos residimos quince días con un amigo que nos prestó un cuartito, llegamos en agosto, con 40 grados centígrados y encerrados durante ese tiempo, viendo televisión o jugando; en esos días sólo comíamos frijoles y arroz con zanahoria, mi madre nos daba eso por ahorrar.

Entré a la prepa y mis hermanos a la primaria, ella se incorporó al trabajo de Laredo y empezó a subir de categoría, al año era capitana de meseras, y yo entré a trabajar en una paletería, a veces me tocaba atender a gringos y recuerdo que eran bien desconfiados de las aguas frescas, pensaban que no había higiene, seguido me preguntaban:

—¿Y esto qué es?

Les explicaba y les enseñaba el tamarindo en una servilleta, en forma muy presentable, y les decía que ése era el tamarindo; es que no conocían muchas frutas de México, aprendí inglés, además me enseñaban en la prepa y mi mamá lo sabía, pero también todos los letreros en Laredo los veía en inglés y español, y todo el mundo habla pocho, así se aprende a fuerzas.

Pudo más el dinero que los prejuicios, mi madre dejó el trabajo de capitana de meseras y se metió a limpiar casas, le pagaban entre diez y quince dólares por limpiar cada departamento, y lo hacía en dos o tres horas, en un día se echaba dos o tres departamentos, o un departamento y una casa, además empezó a planchar, le daban diez dólares por docena de camisas almidonadas, también se dio cuenta que los americanos no sabían hacer tamales, y como los compraban muy bien, empezó a hacer del otro lado, en casa de una amiga, los vendía muy bien, sacaba buen dinero y de vez en cuando, como es diseñadora, hacía de repente un vestido o diseñaba la decoración de una recámara; le pagaron, en una ocasión, por decorar un hotel que está allá y es famoso: el Camino Real.

Todo esto fue durante la prepa, después de dos o tres años se quedó como ama de llaves en una casa, y se dedicaba

los fines de semana a atender otras casitas, empezó a ganar mucho dinero; actualmente es la floor manager de un restaurante, ya es ciudadana americana, ha seguido haciendo diseños, nada más los termina y los ofrece, pero esto muy esporádicamente.

Cuando yo dejé la paletería me puse a vender libros, en ese entonces mis hermanos ya pasaban al otro lado sin papeles, como americanos, como nos compraban toda la ropa allá y son altos y güeros, como mi abuelo, así pasaban diario; ellos trabajaban en cosas chicas, leves, al mayor de los dos siempre le ha gustado la carpintería, hacía casas para palomas, para perros, trabajos de ese tipo; el otro nunca en su vida ha trabajado.

En aquellos días no pude pasar porque me daba miedo, por lo que sabía que le pasaba a los ilegales, me daba mucho miedo decir "american citizen", era tímida y miedosa, pero para vender libros en Laredo me sentía muy segura, en mi país no me inhibía, también hacía trabajos a máquina para amigos doctores de mi madre, ellos siempre me insistieron para que me fuera allá, incluso me conseguían una beca para la Universidad de Houston, pero yo no quería vivir en Estados Unidos, se me hacía muy feo el racismo de los gringos para los que vivíamos en la frontera, me daba cuenta de esto porque todos mis compañeros de prepa trabajaban al otro lado, de meseros, mecánicos y me enteraba de cómo los trataban por lo que platicaban, siempre los hacían menos o no les querían pagar lo mismo, o primero les daban trabajo a los de allá; los turistas muchas veces llegaban y muy asquerosos, todo les daba asco, muy delicados, luego agarraban la calle Guerrero, la principal de Laredo, como allá no los dejan tomar en la calle, acá sí lo hacían, incluso insultaban a la gente, sobre todo a los mexicanos, diciéndoles: pinches indios, y uno bien indignado, a mí eso no me gustaba, con esa impresión me quedé por un buen rato.

Nunca pasé para el otro lado, recuerdo que mis amigas

me preguntaban por qué hacía eso, si yo parecía de allá, les decía que no me dijeran eso, me molestaba que hablaran de mi parecido a ellos, pero me sorprendió darme cuenta que los más racistas eran los chicanos que los mismos gringos, pienso que a lo mejor tenían como un sentimiento de superioridad, nos veían menos, yo vi a chicanos que trataban mal a mis amigos, a mí nunca.

De mis compañeros de prepa ninguno siguió la carrera, todos se fueron a trabajar al otro lado de meseros, choferes, de lo que fuera.

Terminando la prepa me vine a Guadalajara a estudiar al ITESO, no trabajé sino hasta el segundo semestre y fue de secretaria; me vine por dos razones, cuando estaba en segundo de prepa nos habíamos reencontrado con mi padre y estábamos felices y contentos, pero como amigos, habíamos aceptado la situación; como fue maestro del ITESO me convenció de que me viniera, me dijo que era lo mejor para la carrera que quería, además de que podía conseguirme beca y bla, bla, bla, a mera hora no me consiguió nada; conseguí media beca, pero la otra mitad jamás la pude pagar, al año me agüití muchísimo porque no me permitieron continuar.

Llegué con una hermana de mi madre, fue algo novedoso porque no estaba acostumbrada a vivir con familiares, era una familia que no veía desde que tenía ocho años, estaba agüitadísima, la verdad es que no quería depender de mis padres o de mi familia, por suerte habló mi madre y me dijo:

—Oyes, ¿ya no vas a entrar a la escuela este año?

Le dije que no, entonces me dijo que por qué no me iba a trabajar para Laredo, Texas, ella ya estaba establecida, porque a los seis meses de que me vine metió sus papeles a la ley Simpson-Rodino, le ayudó un doctor con el que trabajaba, firmó como su tutor diciendo que tenía cinco años viviendo con él. Cuando me vine a estudiar, mis hermanos se vinieron conmigo, vivíamos en un departamento, llegué en julio y estuve dos meses con mi tía, sólo duré ese tiempo

porque me pedía que estuviera a tal hora, además de que le molestaba que hablara golpeado, como los del Norte, y ellos hablaban muy dulce, pensaban que era muy agresiva, les decía que así hablaba, pero me empecé a sentir muy mal ahí, no los conocía, además me querían moldear y eso no me gustó.

A finales de agosto llegaron mis hermanos a inscribirse a la prepa y a la secundaria, en cuanto llegaron, vino mi madre a Guadalajara, nos instaló en un departamento, duró dos días y se regresó, ahí vivimos ocho meses, después de los cuales tronaron mis hermanos en la escuela; entonces Carlos, el mayor de los dos varones, se refugió con mis tías y el menor se fue con mi padre a Tepoztlán.

Terminé el semestre en el ITESO, por mayo o junio, y me quedaron dos materias, estaba muy deprimida de todo, seguí clases de verano hasta agosto, ya no pude continuar por falta de dinero, de la depresión me enfermé, entonces mi padre vino por mí, me llevó a Tepoztlán y me tuvo un mes de reposo, pero no me ayudó con mi deuda, hablé con mi madre y le platiqué de mi problema, le dije que no sabía qué hacer, si me ponía a trabajar en Guadalajara, con los sueldos, que estaban por los suelos, no me alcanzaba para nada.

Ella nos enviaba dinero, pero ya no tanto, no alcanzaba, como empezó a trabajar con el doctor, por el requisito de la Simpson -Rodino, no le pagaba lo suficiente, tanto como lo que ella ganaba en diferentes trabajos por su cuenta; así estuvimos todo el año y por septiembre del 88, me dijo:

—Pues vente.

Tengo una prima que también estaba en la facultad, es hija de la tía con la que llegué, como se iba a casar estaba juntando dinero, entonces mi madre me dijo:

—Y si quieres, que también se venga tu prima.

Mi madre siempre fue admirada por mi prima, porque siempre fue la tía rebelde, la tía pintora, la tía culta, se emocionó y se fue conmigo, mi madre me motivó porque

todo lo pintó muy bonito; me dijo que íbamos a trabajar con una señora que tenía una tienda de donas, como se iba a ir de vacaciones dos meses, nosotras solo íbamos a cuidar la casa, y por eso íbamos a ganar millón y medio de pesos al mes, dijimos mi prima y yo:

—¡Qué chido!

Y ahí vamos.

Nos dijo mi madre que íbamos a pasar como americanas con una amiga, pero las cosas cambiaron, la que nos iba a pasar se había ido, no quedó otra que llegar a casa de una ex compañera de la prepa, eran muy pobres, pero mi amiga era muy luchona, trabajaba en el Hospital Civil y estudiaba enfermería, nos hospedamos una semana entera, la casa era de madera, llena de cucarachas, con mucho calor y estábamos muy temerosas. En esos días subimos mucho de peso, pues comíamos muchas tortillas de harina, por puros nervios.

Duramos ocho días esperando pasar, durante ese tiempo mi madre nos mandó ropa americana para disfrazarnos, también mandaba instrucciones a la mamá de mi amiga, esa señora nos llevó con un pollero; para llegar a su casa atravesamos un laberinto de calles, nos recibió una señora, le preguntamos por fulanito de tal, un nombre raro, esa mujer nos llevó a otra casa y de ahí con fulanito, así estuvimos de casa en casa hasta que por fin llegamos con un señor, nos dijo que él le pasaba el recado al coyote, nos preguntó dónde vivíamos, le dijimos y nos despedimos; al otro día en la tarde fue un señor muy alto y panzón, con sombrero del Norte y botas de pico, a mi prima se le quedaba viendo muy lividinosamente, dijo:

—Pues les cobro 300 dólares por pasarlas.

Nos iba a llevar a Laredo en una lancha, a medianoche, era mucho lo que cobraba, a lo mejor nos vio de mucho dinero, nos veía de tal forma que a mí y a la señora nos dio desconfianza, le dije a mi prima que con ése no, le hablamos

a mi madre y le dijimos que con ese coyote no pasábamos, ella nos había conectado con él por medio de otros amigos.

Después de eso mi madre dijo que nos iba a conseguir otro, no sé cómo, posiblemente con contactos de la gente; se consiguió un chavo güero, de esos güeros de rancho, de nuestra edad, como 20 años, era muy vivillo, pero de esos que uno les tiene confianza, así medio buenón, pero aún así no estábamos muy seguras.

Llegaron el 8 de octubre, a la una de la tarde, estaba haciendo mucho calor, fue, creo, un miércoles, nos vestimos con ropa americana: bermudas, tenis, playera, así como de allá; él pasó por una amiga y un amigo; se pasaba cada fin de semana, trabajaba y se regresaba, se pasaba de mojado en una llanta, ya tenía su escondite en los carrizales, me acuerdo que el güero pasó por sus amigos y dos niños que iban a despedir a su papá porque se iba a trabajar, llegó el chavo por nosotras y luego por sus amigos, nos fuimos por la carretera rumbo al desierto, entramos por una brecha que era puro desierto, uno que otro zarzal, uno que otro cactus, llegamos a una parte de la orilla del río, para esto en toda la orilla hay muchos árboles, ramas y arbustos, apenas íbamos llegando y estaba una patrulla recogiendo mojados, en chinga que se regresa y se va por otra brecha, muchos kilómetros más adelante, por ahí entró, nos escondimos, porque era la hora de cambio de guardia, empezaron a pasar los helicópteros en su última ronda, nosotros escondidos en los arbustos, ese era un lugar por donde siempre se pasaba, traíamos una bolsa de plástico cada quien y una llanta, nos quitamos la ropa, quedamos sólo en ropa interior, me acosté sobre la llanta, mi prima se sentó sobre mí; el agua estaba asquerosa y fría, pero como hacía calor no era tan desagradable, el güero agarró la llanta con un brazo y con el otro nadaba, había muchos remolinos, no nos dio miedo, llegamos rápidamente, en la orilla había un borrego muerto, nos fuimos con nuestras bolsitas a los carrizales, él se regresó por su

amigo, mientras nosotras nos arreglamos, por ahí había un montón de calcetines dejados, y este cuate traía mojados los suyos, no se los quitó y así se fue, el otro llegó a la orilla, se quitó los calcetines y ahí los dejó, al igual mi prima, pensé entonces que por ahí llegaban mil gentes, pues había calcetines de todo tipo, por fin llegó el amigo, se vistió, se peinaron y nos fuimos caminando, había casas por ahí, en lo que sí me fijé fue en que los dos chavos estaban bien morenos y nosotras bien blancas; nos dijeron que para despistar había que abrazarnos, yo nada de abrazarlo, mi prima iba del brazo, yo platicando, no tenía miedo por mí, sino por ella, desde un principio tuve miedo, por eso siempre me fui atrás, viendo todo, bien observadora, recuerdo que nos veíamos más gringas nosotras que los chavos.

Caminamos como veinte cuadras, era desierto, la señora, esposa del señor, tenía papeles, se había pasado al otro lado, en carro, para esperarnos, de ahí nos condujeron hasta la casa donde vivía mi madre, era la zona más elegante de Laredo, Texas, una casona victoriana, llegamos y todo el mundo esperándonos; mi madre casi cargó de gusto al muchacho, de que no nos había hecho nada y de que llegamos bien, le cobró cien dólares, llegamos a las cinco de la tarde.

Rápido nos colocaron, mi mamá nos cuidó mucho al principio, estuve casi un año, mi prima de octubre a febrero, para volver a clases en marzo; me quedé allá, para ese entonces empecé a separarme de mi mamá y a agarrar chambas por mi cuenta. Mi madre me cuidaba, buscaba el trabajo en casas de gente que conocía, yo seguí trabajando en la casa donde mi madre vivía, ella tenía su casita dentro de la casota, porque era de confianza, ahí comía; me empecé a dejar sus casas de aseo para ella conseguir trabajo de planta en un restaurante, me empecó a pasar todas sus chambas; el viernes todo el día me iba a una casa grande, me daban 20 dólares, en la noche me iba a la casa de unos árabes, hasta el lunes en la mañana, me pagaban 50 dólares;

ahí empecé cuidando a una viejita, le medía todo los ingredientes de su comida, el tiempo de cosimiento, le daba un montón de medicina, le inyectaba insulina, le medía la presión, el ritmo cardíaco, me pagaban bien, me empezaron a apreciar mucho, también trabajé para un doctor, le cuidaba la casa, hacía el quehacer y la comida sólo cuando tenía visitas, después me pagó sólo por cuidarle pericos africanos, guacamayas, pavorreales blancos y unas plantas muy raras, y por cuidar la casa, duré junto con mi prima, tres meses y después ella se fue a otra casa, amiga de esa señora.

Con el doctor tenía chanza de ir a trabajar a otros departamentos, pero esto fue después de los tres meses, porque antes no podía, a veces cuando era nuestro día libre nos pagaban cinco dólares por laborar, por cuidar niños de amigos de los doctores, nos apreciaban porque medio sabíamos hablar inglés, éramos bien educadas y además les enseñábamos a los niños a comer bien, a sentarse, porque, para esto, cuando llegamos a la casa del doctor, el tenía dos sirvientas, una oaxaqueña y la otra de pueblo y hablaban con puro chingado, las corrieron y nos dejaron a nosotras.

A los tres meses mi prima se va, yo sigo en esa casa pero sin niños, y empiezo a hacer trabajitos extras, unos los conseguí por mi cuenta, otros por mi mamá, limpiaba un departamento en dos horas, eran chicos, lavaba el baño, la cocina que era muy pequeña, y como era gente sola, rápido terminaba, todo lo hacían las máquinas, lo difícil era que no había camiones para esas casas, tenía que caminar un chorro y como todo mundo traía carro, era bien extraño ver a alguien por la calle, a mí me daba miedo que pasara alguna patrulla y me recogiera y me preguntara que andaba haciendo, llegué a ver a los de la migra deteniendo mojados, a mí jamás me detuvieron, es más, una vez llegaron donde trabajaba, no pasó nada, pero estaba tensa del miedo, siempre esperando que me sacaran.

Cuando trabajé con los árabes me fue muy mal, ganaba

muy buen dinero pero eran muy codos, siempre me daban comida hasta que terminaban ellos, dormía en un cuarto sin vidrios y sin calefacción, en pleno invierno, y yo muerta de miedo, ahí me las pasé negras, empecé de enfermera y terminé lavando baños, de todo. Un día se les fue todo mundo y me quedo yo, pero estaba a punto de irme, me dijo la señora:

—¡Te pago el doble porque te quedes!

Le dije que no porque ya tenía otro trabajo, me dijo:

—¡Te pago el triple!

Pero ya no quería saber nada de esas mujeres, trataban a la gente a punta de pie, me exigían mucho, eran puras mujeres, tenían un hijo de 60 años, pero con parálisis mental, y una nieta en la prepa que era bien burrilla, los últimos días, antes de irme, me puse a estudiar con ella y le gustó, la señora me empezó a pagar cinco dólares por tarea, yo me sentía rara, pues lo hacía por ayudarla.

Así me la pasé desde febrero hasta junio, mes en que regresé a Guadalajara; me devolví porque estuve carteándome con mis amigos para ver los requisitos de ingreso a la Universidad de Guadalajara; ellos eran de una logia masónica, me decían:

—No, pues que te toca tal día tu letra.

No, pues yo ya preparándome, entré con ellos desde que estuve en la prepa, y cuando regresé entré a la logia de Guadalajara, todos eran de la Universidad de Guadalajara, menos uno que estaba conmigo en el ITESO, en Comunicaciones.

Un poco antes de regresar sentía que ya tenía más colmillo, más experiencia, más ganas de trabajar, menos miedo, con más metas, me empiezan a dar ganas de volver porque, cuando estaba en casa del doctor, tenía mucho tiempo, estaba sola, únicamente cuidaba animales, me la pasaba leyendo, me acuerdo que escuchaba una estación de Laredo, Tamaulipas, era música clásica, latinoamericana, folklórica,

me la pasaba escuchando y añorando a mis amigos, mis ideas, mis rollos, leyendo los libros del doctor, tenía mucho de filosofía, de Juan Castaneda, de medicina, revistas de *Geomundo*, *National Geographic*, leía un chorro de eso, entonces como que empecé a idear:

—Bueno, ¿qué voy a hacer realmente?, no voy a estar aquí toda la vida.

Así me regresé.

Con el poquito dinero que junté compré prendedores, pinturas, cosas para mujer, así empecé a vender ropa y cosillas, busqué trabajo, primero en Plaza del Sol, pero bien mal pagado, así estuve el primer semestre de Historia, por febrero platiqué con un amigo y me dijo que había trabajo en la Universidad, ahí tuve oportunidad en la biblioteca, me fue bien.

Me acuerdo el día que pasé el puente, de regreso a México, me sentía bien rara, como toda una mujer que había trabajado bien duro y así como bien orgullosa de mí; no me quedaron ganas de volver. Regresé el 15 de julio del 89, terminando el primer semestre de facultad entre a la DDA y fue otro panorama para mí.

Lo cierto es que a mí sí me daban ganas de quedarme otro tiempcito más, ganar más dinero, pero quería estudiar, ya no me importó si tenía dinero o no, lo que yo quería hacer era únicamente estudiar: por eso estoy aquí.

III. Los que se quedan



Semana Santa en un barrio mexicano de Chicago
Fotografía de Víctor Espinosa.
Chicago, 1994.

"El trabajo lo tengo en mis manos"*

Doña Chabela es originaria del poblado Las Varas en la costa de Nayarit. Su vida se ligó desde muy temprano al trabajo. De oficio costurera, conoció muy pronto los sinsabores de montar un negocio propio y fracasar. Peor aún, de quedar endeudada.

Y allí se presentó la oportunidad de ir al Norte, era la única válida, la única vía probada donde se podía ganar dinero con el trabajo manual. En 1985 llegó a San José California, al Valle del Silicón y se integró rápidamente al mercado de trabajo que ofrece la economía citadina norteamericana a las mujeres mexicanas: la costura, las empacadoras, conocidas popularmente como "canerías", y la industria electrónica.

Para ella la vida diaria en el Norte llegó a ser desquiciante, por cualquier motivo se llegaba a la exageración.

Mientras que en México la vida es más llevadera, a pesar del polvo y la miseria. Para ella la verdadera diferencia entre México y Estados Unidos radica en las alternativas de traba-

* Entrevista realizada por Víctor Espinosa en agosto de 1992 en la población de San José, California.

jo, en la posibilidad de combinar uno o dos empleos, en que se puede sacarle alguna ventaja al modelo económico y a ciertas prestaciones. El sistema requiere brazos y ella está allí, con las manos listas, las rutinas aprendidas y el cuerpo impuesto al trabajo. Mientras haya fuerzas...

Cuando salí de mi pueblo no fue por necesidad, sino por seguir a mi marido, él se vino por tres meses a Ensenada en el año de 1959, teníamos una bodega de plátanos, duramos dos años y nos fuimos a Mexicali en 1961, hicimos lo mismo: vender fruta por mayoreo, sólo duramos con el negocio un año nada más, después nos regresamos a Las Varas.

Cuando estaba en Las Varas, hace 20 años, en el 76, ganaba bien, sólo que tuve un problema, compré un negocio de sastrería, en el cual tenía cuatro empleados, más el dueño anterior, funcionaba bastante bien, pero no sabía que estaba endeudado, como el dueño se quedó a trabajar conmigo, le llegó un embargo y se llevaron todo, no sólo lo que le había comprado, sino también mi máquina y quedé completamente en cero, no pude hacer nada porque todavía no se había realizado el traspaso; ahí empezó el problema económico, yo sola no podía mantener a toda mi familia, y además estudiando todos, porque aunque sea poquito todos estudiaron.

Todo me quitaron, y aunque fui a reclamar sólo me dijeron:

—Usted no figura en ningún momento.

Le expliqué porque no tenía aún documentos, además conseguí las facturas y todos los papeles, pero ni así me entregó nada el gobierno.

Pero como mi trabajo lo tengo en mis manos, de todas maneras tenía crédito, volví a comprar máquinas y volví a poner la sastrería, pero surgió otro problema, empezó el gobierno con eso de que teníamos que regularizarnos y ya tenía que pagar cierta cantidad, entonces llegó una declara-

ción donde me cobraban igual como a los que tenían una tienda grande, fue donde ya no aguanté y le dije al que venía del gobierno:

—Bueno, porque no se conforman con que soy una mujer sola, no le estoy dando ninguna molestia al gobierno porque jamás les pido nada, ustedes me están sacando cuenta de lo que gana cada empleado; pero no les importa lo que gasto y si completo a pagar, si no alcanzo tengo que conseguir, con todo lo que debo y todo lo que gano, además estoy sola y mis ingresos nada más de ahí vienen, y luego todos los hijos que tengo en la escuela, no es justo, en todo caso voy a quitar este negocio y voy a ganar lo mismo y no voy a pagar impuestos.

De ahí empezó una serie de prestamentitos por aquí y por allá, para seguirle, fue un círculo vicioso, porque nunca salí de ellos, fue por eso que me vine al Norte, pues ya estaba enfadada de hacer favores; entonces nomás tenía dos personas que les debía y no era mucho, pero para mí sí se me hacía, hace seis años deber un millón de pesos era mucho, nomás estaba trabajando para los puros intereses; esa vez a los que les debía claramente les dije:

—Me voy a vivir a Estados Unidos para salir de mis compromisos, porque si no, nunca lo voy a hacer.

Hasta eso que sí me tuvieron confianza, de toda mi familia yo era la primera que se iba para allá, me fui en el 85 la primera vez, y regresé ese mismo año en marzo.

Cuando recién llegué me ayudaron unas amigas de mi pueblo, que había visto una vez que fueron de visita, allá les había dicho:

—¿Saben qué?, voy a ir a Estados Unidos y quiero preguntarles si me van a poder recibir en su casa, no quiero causar problemas con la familia, quiero vivir nomás mientras me acomodo.

Como tenía su teléfono, les hablé del aeropuerto cuando llegué, y fueron por mí, cuando me vieron lo primero que

me preguntaron era si ya había ido alguna vez, y no, esa era la primera vez, luego me dicen que si no estaba nerviosa:

—No, que voy a estar nerviosa.

Fueron ellas las que me consiguieron el trabajo y me llevaron, fue en una casa de modas, como era costurera conseguí ese trabajo, quedaba en Oakland, ahí fue donde empecé, me pagaban cinco dólares la hora; a veces duraba hasta tres semanas sin poder cobrar, sin hacer cuentas, y cuando las hacía la señora se enojaba, me quitaba horas, de ahí me empecé a dar cuenta que los mexicanos son los peores patrones, si todos sufren mucho allá no me explico por qué son malos patrones, desgraciadamente, pienso, no tienen capacidad de mando y cuando llegan a tener se les sube.

La casa de modas era más o menos grande, tenía varias empleadas, yo era la que estaba a cargo de todas porque la señora no sabía corte, cuando me contrató me dijo que era bien lista, bien fregona para coser, de seguro lo dijo para darme a entender que ella mandaba, aunque no supiera nada; por eso digo que los mexicanos como patrones ¡cuidado!

Al principio vivía con la señora, cuando quería pagarme a cinco dólares la hora y que trabajara el tiempo que quisiera, como vivíamos en la misma casa me prestó un cuartito para dormir, no me cobraba nada, el problema era que la señora tenía sus momentos buenos y momentos malos, me imaginaba como que no estaba bien de la cabeza, a veces cuando me dilataba o no llegaba temprano, en seguida iba a buscarme a ver como estaba, que si no me había pasado algo, hasta eso tenía sus atenciones. Pero cuando a fin de mes hicimos cuentas, yo, confiada que tenía 500 ó 600 dólares, me salió nomás con 300, le pregunté por qué, y me dijo que me iba a estar descontando 50 dólares porque me dejaba dormir, ¿que podía hacer?, dije:

—Bueno, está bien.

Quedamos en que mientras viviera allí nada más iba a ganar 150 dólares a la semana y, justamente, tenía que ganar

250, así seguimos un tiempo, por fin ya cansada de esa situación me fui a rentar un departamento, con eso ya me pagaba más o menos, con lo que ganaba me alcanzaba para pagar la renta, pues me cobraban 350 dólares por mes; duré casi un año, mientras terminé de pagar todos mis compromisos hasta el último cinco, después me regresé a México y estuve unos diez meses nada más, en esos días fue cuando sacaron la ley Simpson-Rodino, me enteré porque días antes estuvo tanto tiempo la publicidad y me vine justo cuando ya mero se vencía el plazo para tramitar papeles, en el 87, en ese año me regresé y alcancé a meterlos, por cierto, esta ley no era para quitarle el trabajo a la gente, sino sólo para asustarnos, para pagarnos menos, todo salía en las noticias, en ese tiempo salía mucho en el periódico y en la televisión, me acuerdo que el presidente de Estados Unidos firmó la ley cuando estaba todavía aquí.

Me regresé porque quería ver a mi madre y a mis hijos, tenía un año sin verlos y no me acostumbraba, recuerdo que casi me ponía a hablar sola porque, de no ser el trabajo, no tenía otra distracción, y éste me quedaba tan cerca, estaba a la vuelta del hotel donde me hospedaba; lo único que hacía era ir del trabajo a la casa, a veces pensaba que me iba a quedar muda y me ponía a platicar sola, que hacía si no tenía a nadie, porque de con mis amigas me había salido a los quince días de que había llegado, a ellas no las frecuentaba, ellas vivían en San José, sólo les hablaba por teléfono, un día le dije a mi amiga:

—¿Sabes qué?, ya me voy a ir, me das chanza de quedarme unos días a vivir en tu casa mientras me acomodo a trabajar.

Y me quedé a trabajar en una electrónica antes de irme a México, fue cuando de nuevo viví otros poquitos días con ellas, trabajé diez meses esta vez; cuando regresé de nuevo me quedé con ellas, son buenas personas, ayudan a la gente pero en ratos también se cansan, aún así han ayudado a muchas personas, ellas son también de Las Varas.

Cuando entré a la electrónica, en el 87, ganaba el mínimo, que eran 4.25, y en ese mismo año me acomodé también en canerías; este trabajo lo conseguí por medio de un señor que me rentaba la casa donde vivía, el ya tenía muchos años trabajando ahí, le pedí que cuando hubiera oportunidad me dijera, y no sólo me avisó, inclusive fue a recomendarme con toda la buena intención, pero aquí no valen las recomendaciones, aquí lo que importa es si llegas a tiempo a pedir trabajo.

Lo que hay que hacer, primero, para quedarte, es registrarte en la Unión de Canerías, ésta cobra 50 dólares cuando ya está uno trabajando, y 17 mensuales, ahí trabajan puros mexicanos, casi el 90 por ciento, hay 2 500 empleados, eso lo sé porque hay 2 500 números, aquí no somos personas, somos números, aparte de los paisanos, uno ve en los cursos uno o dos negros, lo que hay mucho son portugueses y una que otra italiana; aquí no hay discriminación, lo que cuenta son los números, nomás que estés a las horas de tu break, en cuestión de trabajo lo que vale es hacerlo bien, yo veo que toda la gente se preocupa por eso, porque es un trabajo bueno, que vale la pena conservarlo, es rara aquella persona que no esté haciendo el trabajo como es, en este trabajo hay más mujeres que hombres.

Llevo tres años aquí, me pagan a nueve la hora, a la semana estamos trabajando los siete días, ocho horas diarias, pero se le quita media hora del lonche, y sólo hay trabajo de julio a septiembre, mientras tanto, en lo que resta del año, sigo trabajando en electrónica, como sé mucho de eso ahí trabajo, me pagan 5.50, pero en canerías me pagan más, ¡ah!, pero para ganar eso tuve que sufrirle dos años también, o sea, que tiene uno que hacer 100 días trabajados para poder ganar este sueldo, es mi primer año que gano esto, tuve suerte porque otras personas no lo llegan a hacer, el trabajo no es muy duro, por ejemplo, a mí me toca separar la fruta que está mala en las bandas, a mí me gustaría mucho

hacer toda la corrida hasta que sale, porque ahorita nomás tengo una parte.

Mis piensos son venir a México sólo en la temporada, porque uno adquiere derechos, si duro diez años trabajando en la canería tengo derecho a pensión, llegando a los 85, 82 años me puedo pensionar por el seguro social, por eso tengo que ver para cuando no pueda trabajar, y con lo que me manden, con eso voy a ajustar en México para mantenerme y sin tener que trabajar, porque en pesos mexicanos le rinden a uno más, y como ya no voy a poder comer mucho por los años que voy a tener, además quiero lograr tener mis papeles de residente, porque si yo hago eso de estar regresando a México y no estoy trabajando, me van a poner como residente no sé cómo se llama, teniendo mis papeles ya no me los quitan, lo bueno es que ahorita como residente estoy aprobada.

El inglés es fundamental para el negocio de la costura, porque las mejores clientas son gringas, aquí trabajé en una casa de modas con una señora chilena, muy buena persona, que se fue de vacaciones a su país, duró dos meses y me dejó de responsable, me quedé con la condición de tener una intérprete y como jamás vino, aún así le saqué su trabajo, si no sabe uno el inglés pues aprende, cuando trabajé en la electrónica nadie de los jefes hablaba español y sin embargo les entendía las órdenes, uno se enseña a casi adivinarles lo que le están diciendo y se va uno acostumbrando.

Me solicitaron mucho en el taller donde trabajé, porque todas las clientas siempre dieron buenas referencias de mí, que era muy trabajadora, quien sabe qué les contestaba porque no les entendía nada, no seguí trabajando porque me fui a México, eso fue el año pasado, en el 88; cuando vine me dijo que me iba a esperar tanto tiempo, y como me dilaté más, ya no me quiso contratar porque tenía otra empleada, pero que cuando se ofreciera me tomaría en cuenta, pero ya nunca volví porque me sentía enfadada, como el trabajo de

la costura lo he hecho todo el tiempo ya tengo mis ideas, y esa señora sí sabía corte, y como no pensábamos igual no coincidíamos en nada, yo cortaba de un modo y ella de otro, yo pensaba que ella hacía las cosas complicadas y ella pensaba lo mismo de mí, a mí me gusta que me manden cuando veo que las cosas están bien, pero cuando están complicadas, digo, porque complicarlas, nomás porque dice la señora que estudió corte, además siempre pensé que esta señora se puso a cocer a puro valor, de agarrar el vestido y medio forjarlo y medio terminarlo en el cuerpo, entonces ella cortaba y se entretenía mucho, o sea, que lo que yo tenía que hacer más rápido me lo complicaba mucho, nomás por eso no me sentía a gusto, por las ideas de ella; cuando se fue cosía a mi manera y las clientas quedaban muy contentas de como trabajaba, por eso pensé que no tenía caso regresar, por eso no le avisé que había venido y como ya tenía trabajo en canerías y en la electrónica no me apuró mucho.

Me gustaría mucho poner mi negocio aquí pero para eso necesito a alguien que hable inglés, lo más esencial sí lo entiendo, poquito sí lo hablo; el otro día quise sacar una cuenta en el banco y lo primero que hice fue buscar a alguien que hable español, la muchacha que me interpretó le empezó a decir lo que quería y yo estaba entendiendo lo que estaba diciendo, lo que pasa nomás es que uno es flojo, porque debemos saber inglés y pedimos siempre en español, porque uno quiere que le estén facilitando la vida, al momento quiere uno la pura facilidad y a causa de eso no se enseña, además los trabajos los tiene uno en español, pero, si llegara el momento en que nadie le habla español, uno le haría la lucha, y como el inglés es tan expresivo sí se entiende, es muy sencillo porque al momento que te están hablando te están haciendo señas.

Eso no ha sido la mayor dificultad para mí, a lo que más me ha costado acostumbrarme es a la presión, aquí te tienen

traumado: que el trabajo, que el gobierno; es una presión muy fuerte, por eso hay tanta gente loca, por eso pasan tantas cosas aquí; allá en México, como quiera arreglas tus problemas y aquí no, te amenazan con demanda y Corte; Gabriel, mi hijo, tiene problemas, le digo que se acople a vivir, que lo que le exijan cumplir siempre lo haga, porque de otra manera no vive uno bien, y él no quiere cumplir, hacer caso, lo ha detenido la policía por cosas sin chiste, le digo que si está uno viviendo en Estados Unidos tiene que hacerse a la ley de aquí, y como que los mexicanos se resisten, por ejemplo la música alta no la puedes tener, porque ya molestaste al vecino, que si estás discutiendo, otra gente que te oiga llama a la policía, aunque sea cosa que no les importe; hace días nos fuimos a un mandado y le dije a la muchacha que estaba conmigo:

—Prende esos frijoles, que hiervan bien, y después les bajas, pero bien bajito, para que cuando vengamos ya estén bien cocidos y no se quemem.

Ella se atuvo a mí, y yo a ella, cuando llego ya me tenían los vidrios rotos, ya habían llamado a la policía y a los bomberos; de momento que llegué dije:

—¿Qué pasó? No se pudo haber quemado la casa.

Que estaba en peligro de quemarse la casa, cómo se iba a quemar la casa, se quemó la olla, se quemaron los frijoles, hizo humo, y como huelen feo, era simplemente la flamita de los frijoles, se gastó gas y lo que sea pero no hubiera llegado a quemarse la casa por ese motivo, pues ya me tenían reporte de que iba a ser incendio, me quebraron los vidrios para poder entrar y tenían toda la casa en desorden, y que en varias horas no podíamos entrar. De una cosita así la hacen grande.

Una vez compramos un carro y me hablaron por teléfono, me dieron las señas del carro y les dije que ahí era, me dijeron que estaba involucrado en un accidente de tránsito, ¡ay!, casi me moría, si acababan de salir mis hijos, pero eso

había pasado el cinco de noviembre, se esperaron hasta el día 10, un simple choquécito que le dio en un parqueadero, lo reportaron y como los muchachos no dejaron un papelito, que nadie deja eso, porque no es cierto que lo dejan, que porque no dejaron un papel con sus datos, que para que se reportaran, nombre, ya tenían orden de aprehensión, y no era un accidente fue un incidente, pero no accidente, inmediatamente piensa uno que ya se mataron; si por ejemplo cometes, por decirlo así, un golpecito al carro y que no reportas nada, entonces ya te están involucrando en un problema criminal, ya te lo exageraron en esa forma. Al principio nomás oía la sirena y pensaba: ay, algo les pasó a mis hijos, ahora ya más o menos me estoy acostumbrando a eso, pero de todas maneras hay mucho peligro en la vida de aquí.

Tranquilidad no hay, nadie la tiene porque ya te llegó el abono y ya no ajustaste, luego me llegan montón de revistas que no he pedido, y ya me están cobrando por eso, digo, porque me están mandando estas revistas si yo no las quiero, una vez me llegó un papelito que decía: que me comuniqué con ellos, que me acabo de ganar un millón de dólares, y no es cierto, son mentiras, una vez yo creí, ya casi me desmayaba, dije:

—¡Ay Dios, como es posible!

Pero ya sé que no es cierto, y de todo eso que me llega yo no he pedido nada, ya no hallo ni como deshacerme de eso, allá en mi pueblo es más tranquilo todo, pero se acostumbra uno a vivir aquí en la comodidad, allá hay mucho polvo y menos trabajo para la gente.

De mis hijos, Enrique llegó en el 86, se vino a los quince años y mejor se regresó a estudiar, estuvo un año nada más, fue el primero que se vino, cuando llegó me habló de Los Angeles y me dijo:

—Mamá, estoy aquí, mándeme tres boletos porque estamos tres amigos. Es el chiquilín, y como rentaba en ese tiempo un departamentito, y aquí la gente viene y revisa, no

puede haber nadie más, además de que era sólo una recámara, en ese tiempo vivía aquí en Santa Fe.

El otro de mis hijos es Martín, él trabaja en Nogales, es jefe de ingeniería en General Instrument, tiene viviendo allí hará diez o doce años; al mayor no le gustó aquí, además de que tiene cuatro hijos, no quiso dejar a la familia.

Carlos tiene año y medio que llegó, Jorge hace tres años, también trabajó en la compañía electrónica donde trabaja Enrique, la fábrica queda en San José; Gabriel llegó poco después que Jorge pero en el mismo año.

Isabel y Miriam también están aquí, llegaron el año pasado y no trabajan; Judith llegó este año con mi mamá Alejandra, ella es de 1917 y es viuda, es de Tacotán, Nayarit, fue la que me ayudó con mis hijos las veces que me vine a trabajar al Norte.

Isabel ya está casada y tiene un bebé, viven conmigo nomás mi mamá y Judith, pero hay que ver cómo se sufre para llegar a esto, por eso digo que es bien noble la costura, porque uno puede estar al pendiente de los hijos y trabajar al mismo tiempo. Creo que ninguno me salió vago porque no tenía que dejarlos solos, pienso que eso influyó, no es por alabar, pero cualquier persona lo puede decir, por ejemplo las personas que me conocen me han felicitado porque los he sacado adelante, no son perfectos pero entre tanto muchacho ninguno me salió desmadroso. Trabajan, estudian, son buenos muchachos.

“Todo es como una raíz”*

Nada más cierto que el título de esta historia, de los primeros que llegaron a Lake Tahoe fue el hermano de Timoteo

* Entrevista realizada por Enrique Martínez en la ciudad de Lake Tahoe, California, en octubre de 1992.

Ruvalcaba, él fue quien se lo llevó; después de ellos la migración a Lake Tahoe se ha convertido en una raíz.

El hermano de Timoteo, José, nunca necesitó ir al Norte, porque de hecho tenía trabajo fijo en un banco, en donde laboró cerca de once años; pero, en julio de 1972, le picó la curiosidad y se fue a la frontera a husmear el panorama; allí se convenció que "sí la podía hacer"; regresó sólo para renunciar a su trabajo y volver a partir.

Primero llegó a Watsonville, donde permaneció cinco meses, después pasó a Hollister, a "la casa de la fruta", ahí escuchó hablar por primera vez de un lugar memorable, lleno de promesas, dinero y casinos: Lake Tahoe. En la imaginación de José los centros de juego se asemejaban a grandes salas llenas de mesas de billar, que le recordaban los únicos lugares de juego de su pueblo natal. La esperanza de encontrar un lugar mejor y la zozobra del trabajo que desempeñaba lo condujeron muy pronto a pedir ayuda a unos amigos para probar suerte en Lake Tahoe. José recuerda con precisión aquel primer viaje: el número del freeway, los puentes que atravesaron y, sobre todo, el lugar donde conoció la nieve: Placerville.

En aquellos años el centro hotelero y turístico de Lake Tahoe apenas contaba con pocos hispanos para desempeñar trabajos, y José Ruvalcaba, al parecer, fue el primer jalisciense en incursionar por aquellos parajes. Muy pronto lo siguieron la esposa, los hijos y los hermanos. Entre todos, cada quien en su puesto, abrieron brecha y prepararon el camino para que otros paisanos llegaran a trabajar en casinos, restaurantes y hoteles, para que otros niños fueran a la escuela, las mujeres incursionaran en trabajos de meseras y recamareras, y otros más se animaran a montar algún negocio, construir una casa o solicitar un préstamo.

La semilla sembrada por la familia Ruvalcaba fructificó. En veinte años, Lake Tahoe es ya un lugar conocido y querido entre los migrantes mexicanos que gustan llamarle

Ameca chiquito, en referencia a su pueblo de origen y a la gran cantidad de paisanos que allí laboran. Pero también los mexicanos han pasado a formar parte del paisaje de Lake Tahoe, han ganado a pulso su lugar y forjado una presencia, al desempeñar con eficiencia y responsabilidad una multitud de trabajos, tareas y actividades.

No, es que por uno llegaron todos, pero es la verdad, *es como una raíz*, crece, da un tallo, ese mismo da ramas y, a su vez, hojas; es igual, hablando de un árbol genealógico o de una familia como el pueblo amequense.

Así, llegamos primero unos y después más, luego mucha gente que ni conoces, vienen porque otros los han invitado pero no saben las raíces de cómo llegamos; pero sí puedo asegurar que latinos somos unos cinco mil y, de éstos, creo que somos un 80% de Ameca, aquí en South Lake Tahoe. Unos son temporales, van y vienen, y el que va no viene solo, siempre trae un amigo o dos, otros son estables.

Me crié con mis abuelos desde la primaria hasta que entré a trabajar al banco, a los 17 años, donde duré once, trabajaba sólo por temporadas, porque era difícil obtener mi planta permanente, debido a que no tenía cartilla militar, me daban trabajo por temporaditas de dos o tres meses y luego me volvían a dar otro contrato. Trabajé a veces con paga o sin paga porque eran muchos los que solicitaban empleo; cuando cumplí los 18, empecé a trabajar formalmente: auxiliar de contabilidad, secretario, jefe de la mesa de seguros e inspector de campo, como pagador de CONASUPO, dentro de este puesto fui muy conocido porque atendí muchas comunidades.

Al pasar el tiempo, pedí permiso y me vine a Estados Unidos, en julio de 1972. Primero llegué a Mexicali, vi que más o menos había opción de hacerla y regresé por mi renuncia.

Cuando pasé al otro lado, me fui a Watsonville y trabajé cinco meses en una canería, después me cambié a Hollister y entré en un restaurante que se llama "La Casa de Fruta", de unos portugueses. Empecé de lavaplatos; duré tres meses y medio, desde que finalizó el trabajo en la canería hasta diciembre; en seguida conseguí un park time en otra canería de Hollister, cuando mucho trabajaba tres días a la semana en cada lugar.

En una ocasión, sirviendo café a unos clientes de "La Casa de Fruta", me hice dos amigos, Lío López, pocho nacido en Texas y Ventame, holandés, eran viejitos pensionados que vivían juntos y su única diversión era viajar; vivían en Menlo Park, California, a diez minutos de San Francisco.

Sirviéndoles café, me acuerdo que don Lío me dijo:

—Oye muchacho, tú ¿de dónde eres?

—No, pos yo soy de México.

—Sí, pero ¿de qué parte?

—No, pos de Guadalajara.

—Bueno y pláticame ¿cuánto te pagan?

—No, pos aquí me pagan a 1.80 la hora.

—¡Uh!, te están robando, ¿cómo que te están pagando a eso la hora? No, pos a 1.80, te están robando, no no, vete a Lake Tahoe, allá no te persigue tanto la migración.

Me dijo eso porque en ese tiempo no tenía papeles, además de que mi esposa ya estaba aquí. Le pedí su domicilio y con gusto me lo dio.

—No, no, cuando gustes nosotros te llevamos a Lake Tahoe.

—¿Y qué es eso?

No sabía inglés y dije:

—Lake Tahoe, ¿qué será?

—No, se llama South Lake Tahoe y quiere decir sur Lago Tahoe, es un lugar donde hay casinos, igual que en Las Vegas.

Me decía casinos y me imaginaba que era donde juegan al pool, al billar.

—Pues tanta gente va allá a jugar eso.

Pasó el tiempo y, para febrero, se me terminó el trabajo en la canería, y en el restaurante empezó a chingar la migra, que ya iba a checar, que mañana viene; y los compañeros de uno, con malas intenciones, muchas veces por envidia o por que les caes mal, te dicen que tengas cuidado porque va a venir la migra tal día y, como no tenía papeles, me podían llevar a México.

Y tocó la suerte, el día que fue la migra tenía descanso; al día siguiente que llegué al trabajo me dijeron:

—Fíjate que ayer llegó la migra y se llevó a una persona.

—¡Ah! caray —le dije a mi esposa—, esto se está poniendo peligroso, si seguimos aquí, pues, itanto que cuesta entrar! Viendo esa situación nos pusimos miedosos, dijimos no, ya no es bueno seguir aquí. Acordándome de ese señor, don Lío López, le dije a mi esposa:

—Voy a ver a ese señor.

Ella todo el tiempo se asustaba y me decía:

—¿Qué vas a hacer con esos viejitos?, a última hora puras mentiras, tú me has platicado que te olían a alcohol.

—No, no, pero me decía muy sincero, voy a comunicarme con él.

Cuando le hablé, en una ocasión, no encontré a nadie en casa, sonaba y sonaba el teléfono, después volví a llamar, y a la tercera vez tocó la suerte que él me contestó, le dije como la canción:

—Yo soy aquel que conoció aquella vez.

—A ver, a ver, barájamela más despacio, ¿quién eres tú?

—Pues mire, soy José Angel Ramírez (llevé este nombre en mi Social Security desde 1972 hasta 1977), acuérdesse, usted me conoció de ayudante de mesero en "La Casa de Fruta", de Pacheco Park, un restaurante de portugueses y me preguntó cuánto me pagaban, y dijo: te están robando,

inclusive, aparte que me están robando, ya se terminó el trabajo y aquí también está mi esposa, que no hallamos si quedarnos o ya regresarnos para México, porque es muy difícil estar aquí sin papeles, dondequiera lo andan a uno asustando.

No, hasta eso, respondió el señor.

—Mira, cuando estés listo vienes aquí, este es mi domicilio.

—Ya estoy listo.

—Pues vente.

Mi esposa no quería, pero por fin ahí venimos, ella y un amigo mío que se llama Juan López, de Tepalcatepec, Michoacán. Era principios de marzo de 1973.

Fuimos al domicilio de don Lío López y ya estaba listo, nada más lo único que me encargó:

—Me compras mi medicina.

Dije, ¡a caray!, entonces está enfermo don Lío; por el camino dijo cuál medicina. La cosa era una pachita, una botellita de brandy, se la compramos.

Tenía un carrito Ford 58, todo descolorido, la transmisión jodida, la primera no le entraba, arrancaba en segunda, cuando íbamos por una subida muy inclinada tenía que meter la primera, me hacía un argüende esa máquina, una tratatiza, y así veníamos.

Este viaje fue novedad porque conocí San Francisco y otros puntos de California, sin querer, él me venía guiando, no sabía bien manejar, no tenía licencia; por fin llegué a San Francisco, cruzamos el Bay Bridge, el puente que divide a Oakland con San Francisco, lo pasamos y seguimos hasta llegar a Sacramento, continuamos, llegamos a Placerville por el freeway cincuenta, pasando Placerville fue cuando empezamos a ver montones de nieve, entre más nos acercábamos más nieve veíamos y el carro sin calentón, entonces más frío teníamos; por fin llegamos a South Lake Tahoe y buscamos un hotelito donde pasar la noche, pero el señor,

como era tan jugador —yo pensaba que traía sueño porque iba cabeceando todo el camino—, no, en cuanto llegó dijo:

—Ahorita vengo.

Se fue a los casinos, más tarde llegó bien pelado, había perdido todo.

Esa noche nos quedamos en un hotel que está contiguo al Tahoe Inn, y otro día, don Lío López nos llevó a presentar con la manager de ese hotel; parecía que era cliente porque empezamos a trabajar al día siguiente mi esposa y yo, ganando a 3.50 la hora.

Sólo una noche estuvimos, traía poco dinero, alquilamos una cabina, donde nada más cabía una cama, una estufita y un bañito, era todo lo que tenía; mi esposa y yo dormíamos en la cama, el otro muchacho dormía en el suelo.

Empezamos a trabajar, y a la primera quincena que agarramos cheque, le dije a mi esposa que fuéramos a Watsonville a visitar a mi hermano, ya que no teníamos teléfono, ni P. O. BOX. donde nos escribiera, y yo me vine sin saber su domicilio. Le dio mucho gusto vernos, en La Soledad no estaba a gusto él, entonces me dijo:

—Oye hermano, ¿qué, yo no podría conseguir trabajo allá?

—No, como no, allá hay mucho trabajo.

Y sí, en realidad en ese tiempo Lake Tahoe era virgen, no había más que unos cubanos y uno que otro puertorriqueño y una familia de Zacatecas, la familia Aramillo, y había otra señora de Puebla, eran todos.

Me traje a mi hermano de Watsonville y, dicho y hecho, llegando le conseguimos el mismo trabajo que el de nosotros, de maid, o sea, limpieza de cuartos de hotel, cambiar sábanas, asear los cuartos, regar los jardines, barrer afuera de los cuartos, puros trabajos que son usuales entre nosotros los mexicanos.

Al ver que ganaba buen dinero, mi mayor ilusión era traer mi familia completa, había dejado cinco hijos en Méxi-

co; en junio de 1973 llegaron todos, así que para el día de mi santo, en julio, tenía a toda mi familia, fue necesario rentar un apartamento de tres recámaras.

Cuando mis hijos llegaron se metieron a la escuela, fuimos la primera familia de hijos mexicanos en una escuela de Lake Tahoe. Para ellos, los primeros días de clases fueron difíciles, se reían de ellos porque nunca habían escuchado hablar español, llegaban diciendo:

—Papá ya no vamos a ir a la escuela, no nos entienden.

No podían comunicarse, ahora ya no se les hace raro a los gringos porque hay tantos mexicanos, pero en ese tiempo se les hacía extraño, se burlaban de ellos, llegaban llorando a la casa, ahora es otra la reacción que tienen los americanos al ver mexicanos que no hablan español, que sólo hablan inglés, es más asombroso para ellos.

Después de haber trabajado un año cuatro meses de recamarero, en el hotel Tahoe Inn, me fui a trabajar al casino Sahara, donde inicié de barrendero por tres meses, después me cambié de bus boy por tres meses, luego ascendí de mesero, un medio año y, como siempre trataba de ganar mejor, me ofrecieron ser jefe de todos los bus boys en un teatro de magnitud mundial, donde se presentaban todos los grandes artistas del mundo, ahí tuve la suerte de ver a Elvis Presly 150 veces y a cualquier artista famoso como Diana Ross, Tom Jones, Dean Martín, todos los artistas que fueron famosos ahí se presentaron.

Como supervisor tenía que tener de todas las razas y nacionalidades por ley; tenía más gente a mi cargo de Malpasito y de Ameca que de otros lugares, a mi mando estaba un africano, un esquimal, varios cubanos, puertorriqueños, colombianos, chilenos, brasileños, argentinos, españoles y franceses; ahí duré nueve años. En promedio llegué a tener en un tiempo 22 bus boys, por todos fueron 110, aparte debía tener suplentes para los días de descanso, en caso de que se enfermaran, etcétera.

Trabajé hasta 1983, año en que cerraron el teatro y lo hicieron buffet, tuve que salirme porque ya no me convenía seguir, ya estaba cansado, ya quería probar otros lugares, tenía once años en ese casino; me cambié al Caesar's, donde trabajé dos años y otros dos en el Harrah's, después renuncié porque puse un negocio, no podía con dos trabajos, con dos compromisos a la vez.

He defendido mucha gente que los sacaban o se los llevaba la migra, yo les prestaba dinero o iba por ellos a Tijuana, sin cobrarles nada, sólo la pura gasolina; a otros que venían a buscar trabajo les conseguía empleo, les daba la oportunidad de que vivieran en mi casa mientras se acomodaran en algún lugar; la mayoría de mis enemigos, gente que les era antipático, sabían que yo tenía un buen puesto en un teatro, donde también querían trabajar, pero no había para tantos, en ese tiempo ya eran doscientos o trescientos amequeses, yo nada más podía tener 20, así es de que necesitaba correr a unos para meter a otros, porque eran trabajos que ganaban 100 a 150 dólares diarios. Sin embargo, ellos empezaban como yo empecé, lavando platos o barriendo, por 25 ó 28 dólares al día, mientras que sabían que uno estaba ganando 100, 120, 150 dólares diarios, ellos también querían una tajadita de ese pastel, pero no se podía.

Aún no he comprado casa por lo siguiente: en primer lugar porque no se puede, no puedo tener negocio y casa al mismo tiempo; cuando tuve la oportunidad de comprar, pensé, bueno, estos 20 000 dólares que tengo ahorrados ¿qué puedo hacer con ellos?, ¿lo compro una casa o pongo un negocio?, si compro casa, entonces me tengo que dedicar a trabajar de perro por el resto de mis días, si no lo hago y pongo un negocio, y si Dios me socorre, voy a sacar para comprar una casa, pensé que esto último tenía más sentido de lógica, ser esclavo de por vida o arriesgarme a tener mi propio negocio; de esta manera no tengo casa, pero la voy a tener, si Dios quiere, porque ya los negocios se han acomodo-

dado al nivel que quería, además les dije a mis hijos que, Dios mediante, será en el 93 ó 94, pero ya vamos a tener una casa si Dios quiere.

Aunque soy un poquito ostentoso, porque para comprar casa cualquiera lo puede hacer, pero yo quiero una verdadera casa, ese es mi pensamiento. Mi familia es grande, seis hijos, mi esposa y yo, así es que necesito comprarla cuando menos de cuatro recámaras, para el día que quieran estar todos mis hijos, de alguna manera se pueden acomodar; mi ilusión es comprarme una casa en Guadalajara, otra en Ameca y, quizá, otra en Puerto Vallarta, para tener tres lugares donde pasar mi jubilación, ese es mi sueño, todos tenemos un sueño, que se me vaya a realizar, quizá sí, quizá no, pero si no los realizo ni modo.

Puse una tortillería por la magnitud de los latinos que estábamos en este lugar, me puse a sacar cuentas y pensé que aquí alguien tiene que dar el primer paso, y el que pega primero pega dos veces.

Me llevó unos años acientarme, de primero vino la reacción del propio latino, a muchos no les gustaba verme muy arriba, otros sí me hablaban; tengo muchos amigos, muy buenos amigos, que me ayudaron inclusive a edificar mi tortillería, a hacer tortilla, sin paga, solamente por una comida que les invitara o una pequeña fiestecita que siempre hacía en retribución por sus ayudas.

Empecé en el 84, pero no se trabajó ese año, sino hasta el siguiente, nos detuvieron el permiso, tengo dos empleados que son don Juanito y un sobrino que se llama Sergio Ruvalcaba, es un negocio familiar.

El primer viaje para surtirme de mercancía tuvo que ser en Los Angeles, después en Richmond, California, ahí estaba La Misión, una tortillería muy grande que vendía los ingredientes caritos, pero tenía que hacer un viaje cada dos meses, iba a traer 20 sacos de maíz o de maseca para hacer la tortilla, hacía a veces un saco a la semana; por eso tenía

que seguir trabajando en el casino, para poder sostener la renta de la tortillería. No fue sino hasta el 87 cuando ya me surtí de Los Angeles, pero me traen toda la mercancía a Reno, Nevada.

Después de eso ya todo es lo mismo, trabajar, levantarme a las cinco de la mañana, ir a hacer la tortilla, repartirla, venirme a la casa, comer, jugar ajedrez, tomarme unos vinos, dormir, y al día siguiente lo mismo.

En 1986 tuve un negocio y dejé el trabajo del casino para irme a vender leña, por mero y quiebro, fue un reverso el que me dio la vida, por el espíritu de aventurero que tengo, de siempre andar explorando, haber si aquí hay más dinero que allá, en el casino no todo el tiempo lo hay, la vida te enseña que zapatero a tus zapatos o cosas por el estilo, negocios que no conoce uno, mejor no meterse.

Tuve un restaurante, en el 90, que se llamaba el "Espiri González", pero por remodelación de la ciudad lo tumbaron en el 91 y me quedé sin restaurante, me quedé nomás con la tortillería. Era un restaurante de tipo Mc'Donalds, donde pagas, haces tu pedido, te dan tu comida y te vas a tu mesa, ya uno solamente lo que hacía era ir a limpiar las mesas.

Cuando me vine, seguí viendo al señor que me trajo, don Lío López, porque fue tanta la amistad que me tuvieron y vieron el crecimiento de gente que nos hicimos aquí, que después ellos se vinieron a vivir a Lake Tahoe.

Mis padres y mis hijos están conmigo, no me queda gran cosa que ver en Ameca, los amigos a veces vienen y me visitan, mi compadre Vizcaíno, que fue presidente de Ameca y que es gerente del Banco Ejidal, Humberto Bautista, José Garibay y Javier Rentería, todos ellos son de los más ricos de Ameca; mucha gente ha venido, inclusive el actual presidente, Roberto Rubio; también me han visitado muchos buenos amigos, aparte de eso, otra cantidad de amigos que no vienen directamente conmigo; es bonita mi tierra, es donde dejé mi infancia, donde logré mis primeras amista-

des, donde tuve mis primeros amores, pero eso pertenece al pasado, te das cuenta que tienes una hija casada, otro hijo casado, otro que anda viajando por todo el mundo, que se hace como los pájaros, determinado tiempo del año viene y está aquí un mes; ya se junta toda la familia a celebrar aquel que viene de lejos, es la tradición de esta familia, pero ahora mis hijos me dicen:

—Apá, ¿te quieres ir?, que te vaya bien, yo me quedo aquí con mi amá, ella tampoco se quiere ir.

Esto es lo que pasa ahora, después de tantos años fuera de mi país.

“Somos los que venimos a dejar nuestro sudor” *

Timoteo es originario de Ameca, Jalisco, y al igual que muchos de su lugar de origen, vive y trabaja en Lake Tahoe, Nevada, ciudad de turismo, hoteles y casinos. A los 17 años salió de su pueblo con intención de irse al otro lado, para reunirse con sus hermanos que vivían en California. En su caso, cruzar la frontera fue toda una aventura, después de cuatro intentos y cuatro meses de espera en Tijuana logró pasar y llegar a su destino.

Por sugerencia de un hermano dejó el trabajo agrícola en Pacoima, California, y se fue a Lake Tahoe, donde de inmediato se puso a trabajar en un hotel, de recamarero, empleo tradicionalmente femenino, pero que los migrantes recién llegados suelen aceptar para empezar a ubicarse y conocer el ambiente.

Pasó por muchos puestos, todos relacionados con casinos, hoteles y restaurantes. Sus ingresos iban en aumento a medida que mejoraba su inglés y podía desempeñarse en

* Entrevista realizada por Enrique Martínez, en Lake Tahoe, Nevada, octubre de 1992.

otros oficios. Su máximo logro fue llegar a cantinero, donde ganaba, además de su salario, una nada despreciable propina. Pero en los casinos hay trabajo, pero también tentaciones, el juego puede ser la perdición, tanto para ricos como para pobres, y Timoteo se gastó gran parte de su salario en apuestas.

Finalmente, llegó la oportunidad soñada por muchos: abandonar el trabajo y montar un negocio propio. A partir de experiencias previas en la venta de ropa, que traía desde México, se decidió poner un establecimiento, que fue funcionando con altas y bajas. Luego incursionó en el negocio de abarrotes, donde en la actualidad trabaja. Según Timoteo, en Estados Unidos se tiene la oportunidad de ganar dinero, mucho más que en México, pero “hay que ser honestos, no hay que apasionarse”.

Tenía 17 años cuando me fui con mi cuñado para San Luis Río Colorado, a la pizca de algodón, era un trabajo mediocre, porque estaba muy vano, veníamos porque se decía que había mucho trabajo y mucha gente venía. Nos fuimos con la ilusión y la esperanza de ganar más dinero que allá en el pueblo; de regreso me traje 60 pesos, mi cuñado se enfermó y tenía poco dinero, no nos alcanzaba para regresar y nos fuimos de raite, sólo pagamos el boleto de San Luis Río Colorado a Ciudad Obregón, de ahí hasta Ameca de gratis; nos hicimos de los dormidos y en Tepic el cobrador nos pregunta:

—Sus boletos por favor.

Entonces me hice el tonto que los estaba buscando en el suéter y tuve que mentir.

—Aquí estaban los boletos, ¿no se qué pasaría?, alguien los agarró.

Era mentira, pero nos sirvió para llegar a nuestro destino.

En noviembre del 72 me vine a Tijuana para pasarme al otro lado e irme con mis hermanos, que estaban en Watson-

ville, California, pero estando allí me dijeron que ya se había acabado el trabajo en la canería, tuve que esperarme en la frontera cuatro meses para pasar. De noviembre a febrero trabajé en la construcción de caminos; vivía con unos parientes que desgraciadamente se portaron muy mal, aun pagándoles doce dólares por semana de comida y hospedaje; después me fui con unas ancianitas de Ameca y estuve muy a gusto, les pagaba lo mismo pero no había esas habladas de que: lo que nos pagas es muy poco, imagínate si hubieras llegado a un hotel y a un restaurante lo que hubieras pagado y aparte la lavada; en esa casa no hubo problemas.

Para febrero del 73 intenté cruzar al otro lado, tocó la de malas que me echaron fuera tres veces; la primera sucedió al finalizar febrero; llegó una familia de allá del rancho El Realito cerca de Malpasito y me fui junto con ellos en un carro, era por la tarde; me acuerdo que el coyote venía manejando tan nervioso que se volteó el carro, quedó con las llantas para arriba y una mujer que tenía placas en los dientes se le cayeron, a los demás no nos pasó nada, ibendito sea Dios, afortunadamente tengo vida!, de allí ganamos para el cerro, éramos cuatro los que veníamos en ese carro, la señora y su cuñado se fueron para un lado, un compañero y yo arrancamos para el otro. Para ese tiempo tenía un poco de dinero ahorrado del que había ganado en Tijuana, más otro que me habían mandado mis hermanos de Watsonville; agarramos un raite con un americano hasta San Diego, ahí tomamos el camión con dirección a Oceanside, pero cuando nos estábamos quedando dormidos llegaron y tocaron la puerta, resultó que era la migración, y van pa'fuera; nos mandan a Chula Vista, de allí nos sacaron como a las seis de la mañana para Tijuana.

La segunda vez que nos agarraron fue por la noche, subimos una loma y, al bajarla, ya nos estaba esperando la migra, esa vez no caminamos mucho, solamente diez minutos y ahí luego luego nos gritaron:

—¿A dónde ir ustedes hombres?, arriba las manos si no les podemos disparar.

Nomás para asustarnos nos decían, vas pa'fuera otra vez.

La tercera vez cruzamos por la vía del ferrocarril, en la tarde, todavía no oscurecía y, luego luego, no caminamos mucho, íbamos a entrar al hotel cuando nos pararon y hasta afuera de nuevo.

La cuarta vez fue cuando ya la hice, pasé por la vía, pero por la mañana, creo que estaban desvelados los de migración, me pasó el mismo coyote de la tercera vez, lógicamente era el único paso que se sabía, me dijo:

—Tú te vas a ir con fulano, ellos ya saben donde llevarte.

Nos fuimos derechito al hotel, a los cinco minutos llegó un carro, nos subimos seis personas y ivámonos!, de ahí nos venimos a San Diego y nos tuvieron tres días sin pasar, porque querían cruzarnos en un trailer muy grande a 200 personas, entonces tuve nervios y me les escapé, nos tenían en un corralón, como ganado; el baño tenía su ventana que daba a la calle con una malla de protección, pero ésta se podía abrir, la mallita la podía uno mandar por un tubo; eché cálculos, ya que siempre había salido solo y dije: bueno, pues ya me toca la buena, ya tengo callo, me han echado fuera tres veces, ésta no será la cuarta, me metí al baño, cerré la puerta con candado, me salí poco a poco por la ventana y empecé a caminar por la calle, cuidándome de que no me vieran los polleros; me acuerdo que me encontré a dos muchachas que iban caminando, les dije todo tembloroso:

—Dispense, ¿no sabe dónde hay aquí un hotel?

Luego dice una:

—Hay, papacito, mira, ahí está uno.

Eran muchachas bromistas, lo que yo quería era llegar al pinche hotel, no oía nada de piropos ni nada, estaba chavalo, tenía 21 años en ese entonces; me atendió un americano, le dije:

—¿Tiene cuartos señor?

—Sí, ¿de cuántas camas?, ¿cuántos cuartos querer tú?
Hablabá poquito español.

—Quiero de una recámara, para mí.

Parece que era derecho, no era discriminativo, me metí al hotel, traía unos números de teléfono pintados en el fajo, entonces le hablé al coyote que nos pasó la primera vez, fue tan baquetón y sinvergüenza, aunque era también de Ame-ca, pero de otro rancho, que me contestó.

—¿De dónde me hablas?, ¿dónde estás?

—Estoy en San Diego, fíjate que me les escapé a los que me iban pasando, por razón de que están metiendo mucha gente, tienen 200 gentes esperando, porque quieren meter más todavía, para pasar a todos en un trailer como ganado, eso es un desorden.

—¿Sabes qué?, sí voy por ti, pero te voy a cobrar lo mismo, a mí no me interesa que estés adentro, para mí lo trabajoso es pasar San Clemente, no pasar la línea y bla bla bla.

Me cobró 225 dólares, me pasó en el depósito de las llantas de refacción; llegamos hasta Pacoima, California, estuve con unos amigos trabajando un año en una fábrica donde armaban trailas.

Para el 73, mi hermano José Ruvalcaba ya se había ido a Lake Tahoe, Nevada, al ver que era un lugar virgen para trabajar fue por mí a Pacoima; cuando llegué me impresionó todo, porque aquí es una de las ciudades más hermosas del mundo, me impresionó, desde el lago, los casinos y, sobre todo, sus cocteleras, andan casi encueradas, ya que no las había visto antes, esa es la atracción que hace a uno que vuelva otra vez a estos lugares.

Mi hermano me consiguió trabajo en el hotel Tahoe Inn, ahí trabajé tendiendo camas, duré ocho meses; en ese mismo tiempo mi hermano me ayudó a conseguir otro trabajo en el Casino Harris, un casino pequeño, donde la hice de todo, lavaplatos, ayudante de mesero, barrendero, tenía dos

trabajos, en el Tahoe Inn por la mañana y en el Harris por la noche, dormía muy poco y así duré cerca de cuatro meses.

En 1974 me casé con una gabachita, y a los siete meses me emigré, ya que arreglé papeles le dije good-bye; la idea era ver cómo salía ella de mujer, pero luego luego empecé a ver que no valía la pena, que solamente quería andar en restaurantes y casinos, no quería trabajar, no hacía por tener dinero, sólo por darse gusto, eso a mí me molestaba; entonces empecé a agarrar mi intención de dejarla, porque inclusive ella se iba a las fiestas con las hermanas, porque decía que así era la vida en Estados Unidos, pero todo era una mentira, por eso mismo le pasó lo que le pasó.

Un día fui con mi hermano, a tomar una copa, al casino Harveys y nos encontramos con un argentino que se acercó y nos dijo:

—¿De dónde son?, son mexicanos.

—Sí.

Dice:

—¿No quisieran trabajar de bus boy?

Dijo mi hermano.

—Yo tengo un buen trabajo de bus boy en el teatro del casino Sahara, pero mi hermano tiene un empleo modesto, yo creo que si usted le diera una oportunidad, él sí podría de bus boy.

El tenía el puesto de capitán, sentaba y contrataba gente, además tenía muy buena conexión en ese casino; le dijo:

—Mañana que venga a hablar con el mero mero le doy la manita para que entre.

Dejé los dos trabajos y me dediqué de bus boy ganando lo mismo que en los dos anteriores; duré más o menos seis meses; me salí porque quería trabajar de ayudante de cantinero y me dijeron que mi inglés no era suficiente para ese puesto, me sentí insultado y me salí, pero gracias a Dios siempre he tenido buena suerte. Entré a trabajar al casino

Sahara, de lavaplatos, bajé de puesto pero para dar un brinco mejor, a los tres meses pasé al bufet, de ayudante de mesero, ganando seis o siete dólares por día, aparte mi sueldo, eso era lo que me daban los meseros, icabrones rateros! En ese mismo departamento ascendí de mesero, ganando de 30 a 35 dólares, hasta 40 por día, igualmente con mi salario aparte; me cambié de departamento cuando cumplí los dos meses y me fui al teatro, de ayudante de mesero, ganando 60 ó 70 dólares al día, era muy buen trabajo, ahí aguanté dos años y medio, y cinco de mesero; me salí porque cerraron el teatro y nos querían cambiar de departamento donde íbamos a ganar menos dinero. De mesero me daban de propina con todo y el sueldo 150 dólares, llegué a ganar hasta 300 dólares, pero ¿dónde está todo eso?, todo quedó en los casinos, en el juego, por eso doy mi consejo: que todo el que venga a lugares donde hay casino y le guste jugar, mejor que ni venga o, si es así, que sea sólo a pasearse, pero que no se establezca aquí porque su vida va a ser infeliz.

Para 1980 me volví a casar, con una muchacha del rancho de Lagunillas, del mismo municipio, es seis años más chica que yo, con ella tengo dos hijos, una niña de trece años y un niño de diez, los dos nacieron aquí.

De 1986 en adelante los amequenses fueron llegando muy rápido, no fue una cosa lenta porque mi hermano ayudó a los cuñados y ellos son muy chismosos, cuando iban para Ameca decían que en Lake Tahoe había mucho trabajo y se fue regando el chisme, incluso mi hermano y yo llegamos a traer gente de Los Angeles, que íbamos a capiarnos en Reno, ya aquí les buscábamos trabajo, mi hermano fue el que hizo mucho por los de Ameca, inclusive la gente de Nayarit está por mi hermano, o sea, la cadena es por él. Nosotros ayudamos a un cuate muy malagradecido que se llama Félix Medina; ese tipo después que lo ayudamos se emborrachaba y decía que él era el primero que había llega-

do a Lake Tahoe, no lo decía aquí, pero iba a Los Angeles y decía:

—No, allá el que descubrió ese lugar hermoso fui yo.

Decía puras tonterías, a mí no me interesa quien haya llegado primero, qué importa, si él hubiera tenido cinco años aquí solo, y a los próximos cinco hubiera llegado yo y haya empezado a traer gente a este lugar.

Al cerrar el teatro busqué otro empleo en el mismo casino, pero en el restaurante, de mesero; ahí duré nueve meses, para después cambiarme de ayudante de cantinero; a los dos años me ascendieron de cantinero, donde ganaba más dinero que en el teatro, en ese departamento duré tres años más. Iba a completar trece años en el casino cuando perdí mi trabajo, me corrieron por deshonesto, porque les regalaba vinos a la gente, no les cobraba a veces, ya me tenían vigilado; les regalaba tragos a los amigos para que dejaran más propinas, pero no me corrieron tanto por eso, sino porque entró la Unión y yo era un miembro muy activo dentro de ella, a su vez esto no le convenía al casino, pero yo hice un error por ser miembro activo a favor de la Unión, porque son muy capciosas. La Unión es muy buena si todos se unen, pero desgraciadamente la gente tiene miedo y, como hay tanto indocumentado, entonces tiene miedo que las mismas compañías los corran, les revisen los papeles o llamen a la migración. Mientras los latinos no estemos siempre unidos, los americanos nos van a tener con el pie en el cuello.

Siempre he odiado la discriminación de los gringos, odio que a los latinos los pisotien; aquí en este país estamos cien por ciento discriminados nosotros los latinos; en el trabajo había un poco de esto, no tanto porque los supervisores apreciaban mucho al latino, sino porque trabajábamos muy duro y los americanos quieren las cosas bien hechas. Los americanos se creen muy listos pero no lo son como ellos se creen, porque en la realidad no están tan bien preparados como los japoneses, que son tan disciplinados, o los alema-

nes. Hay muchos americanos, una gran mayoría, que son drogadictos, hippies, flojos que no quieren trabajar, que solamente quieren trabajos fáciles y que a veces no los saben desempeñar, inclusive fui el único latino mexicano que fue mesero en el teatro del Sahara, donde se presentaba Elvis Presley y otros artistas famosos; había otros que eran latinos, pochos nacidos aquí, pero legítimo mexicano solamente yo, había muchos americanos que querían entrar y no podían con el puesto, no me sentía bien en contra de ellos, me sentía bien a favor de mi persona, porque como dice el ermitaño: si yo puedo desempeñar mi trabajo no siendo americano y ellos no pueden en su propia tierra, entonces no soy más pendejo que ellos; siempre me consideré de los mejorcitos en ese puesto. Después que me corrieron me fui al casino Caesar's, trabajé tres meses de ayudante de cantinero, y un año nueve meses de cantinero; puse al mismo tiempo una tienda de ropa con un dinero que teníamos ahorrado mi esposa y yo; la historia de cómo empezamos la tienda fue que compramos 40 manteles, en el mercado San Juan de Dios, de Guadalajara, por esos manteles pagamos quince dólares, aquí los vendimos en 40 cada uno, para nosotros fue una ganancia fabulosa, entonces le dije a mi esposa:

—Aquí podemos hacer dinero, podemos ir a México, traer ropa y venderla para hacernos de dinero.

Ya cuando fui empleado del Caesar's nosotros teníamos la tienda, apenas estaba iniciando y ya me iba bien, dije:

—Bueno, hasta aquí quiero trabajar, para que voy a seguir si en la tienda sacamos para vivir.

En una ocasión fuimos a México de compras, también de vacaciones, nos sucedió una aventura bastante triste, porque cuando abrimos la tienda trajimos ropa de México, nosotros pensábamos que la ropa de allá iba a ser todo un éxito y fue una desgracia, esa vez compramos cerca de 10 000 dólares de mercancía, nos la detuvieron en San Francisco y

la mandaron para Guadalajara la mercancía estuvo detenida tres meses en San Pancho, en la aduana, la pasamos ilegalmente porque no teníamos permiso, nos dijeron:

—Usted no trae visa de importación, porque ahí señala cuántas piezas deben traer, cuántos kilos, qué fábrica la hizo y bla bla bla.

No traíamos nada de eso. Esta transa ya la habíamos hecho dos veces antes y no había sucedido ningún problema, ya estábamos picados.

En 1992 puse otro negocio, una tienda de abarrotes mexicanos; ese negocio era de mi hermano Filemón y como no lo supo manejar, fracasó y me la ofreció, se la quería vender a otras personas, pero no le daban lo que él pedía, la pusimos porque está junto a la que ya teníamos.

Todos sabemos que Estados Unidos es mejor que nuestra patria pa' ganar dinero, hay que ser honestos, no hay que apasionarnos, nosotros queremos mucho a nuestra patria, desgraciadamente allá no se puede porque hay mucha corrupción en el gobierno; los aduanales son muy salvajes, siempre buscan la forma de sacarte dinero, la ciudad más corrupta que yo he conocido de México es Mexicali; cuando salimos por allí una de esas veces, en 1989, iba a llevar a mi padre y a mi madre a Ameca, pasando la línea, con la migración mexicana, me dice un tipo:

—A ver, quiero ver que traes.

—Jefe, solamente son tres maletas de ropa, es una de mi mamá, otra de mi papá y otra mía.

—¿Sabes?, es mucha ropa la que llevas, esto te va a costar 40 dólares si quieres pasar.

—No te voy a dar ni un cinco, por qué te voy a dar, si no llevo armas, llevo mi propia ropa.

—Pues hazle como quieras, pero si no me das 40 dólares no pasas, hazle como quieras.

—¡Qué bonito te ves con ese traje, quisiera que te lo pudieras quitar para partírte el hocico!

El gobierno en México es muy peligroso, es de lo más salvaje que hay. Dice:

—A todo esto, no te he preguntado por tu identificación, deja ver quién eres, quiero ver tu AD.

Le enseñé la mica y me la arrebató.

—Ahora vas a ir con aquellos cabrones, a ver qué les dices.

Me mandó con la migración americana, gracias a Dios hablo un poco de inglés, el creía que yo estaba verde. Fui con ellos y me dijo el emigrante.

—¿Qué pasa?, cuál es el problema hombre.

—El problema es que estos hombres quieren 40 dólares, si no, no me dejan pasar esta ropa, solamente es eso, es la que usamos mi padre, mi madre y yo, porque no es ni nueva.

Y lo que hicieron es que sacudieron la cabeza, y dijo:

—Nosotros no podemos hacer nada, desgraciadamente es del modo que ellos hacen su vida.

—¿Por qué tiene que ser el único camino para hacer su vida?, ¿qué no pueden trabajar más honestamente o cobrar impuestos?, que digan, aquí se cobran impuestos, total, y ya vete, ¿tiene uno que estar regateando?

—Mira, el único consejo que te podemos dar es que des la vuelta, donde pasan a pie, deja tu camioneta cerca de un parkeadero. Di la vuelta, cuando iba pasando con las maletas me estaban esperando otros aduanales, dijeron:

—Hey tú, tú, salte para acá, tú no puedes venir por la línea y pasar por los de a pie, porque tuviste una bronca allá arriba y tienes que ir a arreglarla, vete a pasar por arriba, nosotros no queremos bronca con ellos.

Era la misma corrupción arriba y abajo, queriéndome asustar y cobrar en los dos lados. Entonces le digo:

—Quiero hablar con el jefe de aquí de abajo.

—Quieres hablar con él, órale ahí está adentro.

Jefe quiere hablar aquí un camarada con usted.

El pinche viejo estaba borracho.

—¿Cuál es tu problema hombre?, por qué no se porta bien.

Estaba haciéndose el tonto.

—Mire, el problema es que allá arriba me piden 40 dólares, sí los traigo, pero voy a un lugar muy lejos y no la joda jefe, hágame una bajita, cómo es posible que tiene que aferrarse a que les dé uno cierto dinero que no podemos dárselo.

—Bueno, ¿cuánto puedes dar?

—Le doy 20 dólares jefe.

—Andale, pero no le digas a los demás porque después todos van a querer dar lo mismo.

Se los di y pasamos los velices caminando, me di vuelta en la camioneta y los subí. Cuando llegamos al aeropuerto fue otra corrupción, peor todavía. Llegamos al aeropuerto y me dicen:

—A ver traiga sus velices para pesarlos, pesan un poquito más pero ahí nomás afloje para el café y no hay problema con nosotros.

Ya dije, bueno, no está mal esto, les di 20 000 pesos.

—Orale, ahora allá donde va aquella banda súbalas con aquellos muchachos que están ahí.

Otro aduanal me dice:

—Qué no sabes que tienes que llevar 25 libras máximo.

—Eso es lo que admiten de llevar en avión, ¿lo demás hay que pagar sobrepeso, no?

—No se pase de político, aquí tiene que pasar 70 dólares, si no no pasa nada.

—¿Pues sabes qué?, no te voy a pasar nada, ya me chingarón en la línea, ya me jodieron aquí donde pesan las valijas, y itambién tú!, aquí donde esculcas y luego ¿qué?, este es el lugar más corrupto que hay en México.

Entonces un muchacho que iba con nosotros, el que se iba a traer la camioneta para dejarla aquí en Mexicali, vio a un señor alto, que parece que era un miembro del partido cardenista y le dijo:

—Oiga señor Arenas, ¿no nos puede dar una manita con estos hombres?

—Sí muchacho.

Era un señor respetuoso.

—A ver, ¿que pasa aquí muchachos?

—Pues aquíél.

—A ver ven.

El aduanal era un tipo ñengo, barbón y feo.

—No, pues no quiere aflojar este muchacho para el café.

—Qué tanto es lo que le piden para el café.

—Me piden 70 dólares señor.

—No sean ingratos, tantíense, no quiero regresar otra vez, no quiero problemas.

Parece que el tipo tenía poder, entonces ya estaban como tratando conmigo, como negociando algo bueno.

—¿Cuánto quieres dar?

—Yo no quiero dar nada, ¿por qué les voy a dar si no llevo nada ilegal?

—Pues sí, pero tienes que dar si no no pasas.

—No importa que no las pase, no me van a asustar con eso, siempre quieren asustar a la gente para intimidarlas y así sacarles el dinero, no les voy a dar ni un cinco.

—No, pues si vas a pasar tienes que dar.

Ahí estuvimos quince minutos, ya que iba a salir el avión, me dijeron:

—Bueno si quiera pasa unos 40 dólares ¿no?

—No, ni 40 dólares te voy a pasar, no hay razón para darte dinero, o por tus lindos zanates o ¿por qué les voy a dar 40 dólares?, no me están haciendo ningún favor, ningún beneficio de nada, ¿o a cambio de qué?, nomás para regalarlo a la corrupción que tienen ustedes.

Tuvimos que llamar otra vez al señor Arenas.

—Señor Arenas, no quieren estos hombres entender.

Le dijo el muchacho que se iba a regresar con mi camioneta, el señor Arenas les dice a los aduanales.

—Muchachos, pórtense bien con los ciudadanos.

—Señor Arenas, lo que le pedimos son quince dólares y no los quiere dar.

—Es cierto muchachos.

—Me pedían 40, ya ahora le bajaron 25 menos.

—Dáselos, ya está bien para que se tomen un café.

Les di quince dólares de 70 que me pedían, pero me fui muy encabronado, en Guadalajara no hubo tanto problema.

Los americanos son unos alcahuetes bien hechos, porque López Portillo tiene una casa aquí en Lake Tahoe, quieren aquí gente rica, capitalista, ¿a ellos por qué no los echan pa'fuera?, eso sí, a la gente que viene a dejar el sudor, a buscar trabajo, todo para engrandecer su mugre nación a esos sí los tiran, yo aunque soy ciudadano no me cuento como que soy de aquí, yo siempre quiero a mi México, desgraciadamente el sistema de México está muy mal, pero no por eso vamos a desilusionarnos de nuestra patria; me nacionalicé porque cada que iba a México me robaba mucho la aduana, también porque así podría ayudar a mis padres, emigrándolos para que recibieran pensión por su edad mayor y así vivieran tranquilos.

Si regresara a vivir a México lo que haría sería poner un negocio; aquí nunca pensé poner, lo que tenía pensado era llegar a ser un jefe grande, de un buen puesto, en el casino; pero ahora me siento mejor que un jefe, porque soy el patrón de mi propio negocio, tengo puesto de jefe, pero no mando a nadie, me mando yo solo.

“Esta es la historia de acá del Norte”*

Baudelio Rosas es originario del poblado michoacano de

* Entrevista realizada por Héctor Hernández en el Valle de San Fernando, California, en 1992.

Nahuatzen, que está enclavado en la meseta tarasca, zona donde predomina una población de origen purépecha. Contra lo que podría pensarse los habitantes de este pueblo serrano se dedican fundamentalmente a las actividades artesanales, industriales y comerciales. De ahí que no extrañe que la historia de Baudelio esté ligada estrechamente con la actividad industrial. Lo que sí es peculiar es que haya podido realizar su actividad al otro lado de la frontera.

Su arribo a Estados Unidos tuvo que ver con una situación económica desesperada, intentó por varios medios salir adelante y sólo logró endeudarse más. La única alternativa era ir al Norte y hacia allá se dirigió. Entró en una fábrica de confección y allí aprendió el oficio, luego llegó a ser mayor-domo y, finalmente, patrón en su propio negocio.

Baudelio acostumbra dar trabajo a sus paisanos y les da la oportunidad de que se enseñen y practiquen el oficio, aunque luego lo abandonen, no le agradezcan sus esfuerzos y olviden sus consejos.

Sus paisanos no lo quieren, en parte por envidia, pero también porque Baudelio es otro. La diferencia entre ser patrón y trabajador implica una distancia de clases que resulta insalvable a pesar de la amistad o el paisanaje.

De hecho, se da un proceso intenso de transformación entre los migrantes que logran instalarse con éxito en Estados Unidos. El cambio implica una nueva actitud ante la vida y el futuro, que en el caso de Baudelio se resume en dedicación, ahorro, abstinencia y "saber trabajar al país".

Me vine a Estados Unidos, en 1963, por problemas de dinero, era agente viajero y, por eso, siempre me ha gustado no depender de nadie, por eso me animé y me vine, sin ninguna mira, nomás así al aventón.

Cuando llegué a Tijuana me acordé que allí había tenido una amiga que ahora estaba en Los Angeles; la conocí en las

veces que me di mis vueltas para vender ropa, me dio su domicilio para cuando fuera de vacaciones la visitara, ella es de Michoacán.

La última vez que la vi no sabía todavía los problemas que traía de dinero, por eso cuando llegué a Tijuana y me encontré su teléfono en mi cartera lo primero que hice fue hablarle a Estados Unidos. Aceptó recibirme; me fui al domicilio que me había dado, era de una barra, cuando llegué me dice:

—Fíjate que me acabo de casar, te voy a presentar a mi esposo. Luego dice:

—¿Dónde llegaste, a qué hotel?

—No llegué a ningún hotel.

—¿Cómo voy a creer que no hayas llegado a un hotel?, si tú eres de dinero.

—Pues sí, pero se acabó el dinero.

Me invitó a su casa, pero estaba muy pequeñita, nada más cabía una camita.

—Tú quédate en la cama, nosotros nos vamos a quedar en el carro.

—No, imposible.

Me quedé en el carro; me acuerdo que cuando la conocí, allá por el 62, nunca le decía:

—¿Sabes qué Catalina?, estoy mal, ando mal con mi negocio.

Por eso cuando llegué y le hablé para decirle que me iba a venir, nada más pensó que venía de vacaciones, pero le dije:

—¿Sabes qué?, yo me vine a trabajar.

No podía creerlo, me dijo que estaba muy duro, me llevó a su casa, fue batalloso para mí dar tantas molestias; no tenía trabajo y ella trató de acomodarme en algún lugar, duré un mes sin trabajar, para comer ella me ayudaba, también me la pasaba en el barrio de San Fernando, ahí hay unos restaurantes, me tomaba un café, me disparaban cigarrillos, hasta le

pedía ayuda a la gente que andaba en la calle, a veces me daban una cora, un dólar, eso fue el 14 de enero de 1973.

En México yo era panadero, mi familia vendía manta bordada, por eso empecé a vender ropa, en la casa lo hacían mi mamá y mis hermanas, empecé a vender en la capital, Acapulco y Tijuana.

Iba a México porque ahí tenía un hermano, a Tijuana porque sabía de algunos conocidos que les había ido bien, de ahí me agarré Nuevo Laredo, Guadalajara, Acapulco, Cuernavaca, Chilpancingo, Tijuana y Monterrey, eran las ciudades donde vendía.

Antes de dedicarme a eso tenía una tienda de abarrotes en el pueblo, pero no estaba dando ganancias; me puse en la venta de telas pero tampoco estaba dando, así que no pude pagar una deuda de 40 000 pesos, fue cuando le propuse a mi esposa la idea de venirme al norte, no estaba de acuerdo porque no conocía a nadie, además de que no había nadie de Nahuatzen, porque el primerito que llegó aquí fui yo.

Empecé a trabajar el 18 de febrero del 73; Catalina, así se llamaba mi amiga, me presentó con la señora Marilú, ella es de Tepatitlán, Jalisco; cuando me vio me preguntó si sabía cocer, le dije que no, me hicieron una prueba, como no había máquinas desocupadas me encargó la limpieza y el acabado de las blusas. La primera semana me pagó 40 dólares, así fue como empecé a trabajar, a los seis meses ya era mayordomo.

La patrona me tenía mucha confianza, además de que me relacioné mucho con ella, a dondequiera que iba me llevaba y me invitaba; a veces llegaron a pensar de más, pero entre mi patrona y yo sólo había pura amistad muy limpia, me ayudaba mucho, pero sólo eso.

El primer problema que tuve con ella fue en el 81, en esa ocasión se había ido a México y, como yo era el manager general, tuvimos un error con unos shorts que nos mandó hacer una compañía, eran 3 200, cuando ella regresó le dije:

—Marilú, nos salieron 30 shorts malos.

Me preguntó quién los había hecho.

—Lalo, mi hermano.

Empezó a gritarle.

—¿Sabe que señora?, usted no puede gritarle a Lalo porque yo le dije como los hiciera, si salió mal fue porque no le dije bien, yo soy el responsable, al único que le puede decir algo es a mí.

—También para ti tengo, vente.

Fuimos a la oficina, me dijo.

—Mira Luis, tú sabes ser gente, tienes experiencia, eres muy buen trabajador, para tí es muy fácil buscar trabajo en otro lado, está una puerta aquí, otra allá, escoge, puedes irte.

—Okey.

Pero como toda la gente estaba acostumbrada a trabajar conmigo, empezaron a renegar, cuando me iba a ir todos decían que no me fuera, nomás mis hermanos decían que sí, sólo les dije:

—Lo voy a pensar.

Aunque me hubiera corrido sabía que estaba nerviosa, fui a la casa y le hablé:

—Oye Marilú, para mí era muy duro, pero sin embargo tú eres la dueña, muchas gracias, de todos modos, por todo lo que me enseñé, por todo lo que sé, gracias.

Ella fue otro día y me dice:

—Luis, necesito que vayas a trabajar, porque tú sabes la movida del trabajo.

—Okey.

Volvimos a trabajar, pero ya no estábamos a gusto ni mis hermanos ni yo.

En el 82 Lalo nos propuso la idea de poner un negocio, él y yo teníamos ahorrados 10 000 dólares, Nacho no tenía dinero; pero lo más importante no era el dinero, sino conocer a dueños de compañías o managers, que son los que dan trabajo, también buscar quién te venda las máquinas. Por

ahí había algunas personas que me tenían confianza, los había conocido por medio de Marilú.

Fui a Los Angeles para hablar con mi amigo Juan García, a ver si me vendía unas máquinas. Le dije:

—Quiero poner un negocio, tú me vas a ayudar porque tienes todo lo que se necesita, si me tienes confianza y crees que lo puedo trabajar tú me vas a decir.

—Okey.

Me dijo, luego me preguntó.

—¿Cuánto tienes de dinero?

—30 000 dólares.

—Pues con eso vas y sacas la licencia, compras la aseguranza, agarras el lugar, porque hacer un negocio significa muchos papeles y hay que tener todo en regla, todo derecho; hice todo eso, me quedaron 6 000 dólares y con eso me llevé quince máquinas, así empezamos, al año teníamos 40. A la fábrica le pusimos Londres Spowers.

En el 84, a los dos años de trabajo, empezó a haber menos utilidades, no sabía por qué, si lo estábamos haciendo bien, a veces nos ajustaba para pagar a la gente, pero muy a fuerza, pensé que ya no le trabajábamos parejo, y como a mí me interesaba hacer cada día más, porque sentía que me estaba haciendo grande, para haber comenzado con poquito y en un año hacerte grande, se siente bien, sentía ganas de hacer más, de seguirle.

A mi hermano Nacho, el más chico, no lo iba a dejar porque me ayudaba mucho, así que pensamos en otro sistema de trabajo, para entonces ya éramos cuatro socios, la esposa de Lalo se metió con nosotros por un préstamo que nos hizo; decidimos separarnos, me fui con Nacho, Lalo se quedó con María su esposa, nos fuimos a Sylmar, duramos un año, nos llevamos cuarenta máquinas entre los dos. Le pusimos a nuestra fábrica Habiles Stowers.

Lo que pasó después fue que Lalo compró más máquinas, como ya no cabía en el lugar que rentaba se cambió a un

lugar grande, pero la renta era alta y no alcanzaba solo, además había bastante lugar para poner las máquinas de nosotros, nos invita a irnos con él a trabajar toda la fábrica junta, nos convenía, porque también estábamos apretados, nos volvimos a juntar, pero ya no fue un tipo de sociedad de maquinaria porque en cualquier momento nosotros podíamos hacernos de más máquinas y agarrar otro lugar; cuando nos juntamos era una fábrica muy grande, se llamaba High Tai, había 80 máquinas trabajando y como 50% de trabajadores de Nahuatzen, llegamos a tener más de 100 operadores, todo el 85 se trabajó con el nombre de High Tai. Pero después de un año otra vez vinieron los problemas, no salía lo suficiente, además en ese año se vino mi esposa, le dije a Lalo:

—De hoy en adelante necesito un sueldo seguro, porque mi esposa está aquí y así como estamos siento que no la voy a hacer.

Para entonces teníamos 80 máquinas; me salí y se quedaron mis dos hermanos juntos. Me fui con un amigo salvadoreño que tenía fábrica en un lugar amplio, cuando empezaron los problemas me dijo que si quería él me podía rentar la mitad de su fábrica, fue así como empecé mi negocio yo solito, en el mismo año Nacho se separó de Lalo.

A mi compañía la llamé Fashion Flash, con el tiempo compré máquinas y se hicieron 35, mi fábrica estaba en el 1416 de San Fernando, duró dos años con ese nombre y lo cambié por el de Patricia de California; lo cambié porque nació mi hija, como así se llama, le puse ese nombre para que mi hija fuera ya algo en el negocio, quería que asomara en la fábrica.

En 1990 me fui a México, aunque dejé al mayordomo encargado, me fui en julio y regresé en septiembre, cuando llegué, mi negocio se empezó a ir para abajo, nunca entendí por qué; mis hermanos tenían mucho trabajo, yo era el único que no tenía, trataron de ayudarme pasándome traba-

jo, aún así todo se fue para abajo, entre más y más lo quería enderezar más para abajo se iba, hasta les dije a mis hijos que era por demás estar batallando, cerramos en diciembre de ese año, todas mis máquinas, que ya eran 36, me las llevé a mi casa.

En esos días mi hermano Nacho se enfermó de gravedad y tuvimos que traerlo a México, como ya no pudo atender su negocio me quedé un tiempo en su lugar, como mi negocio estaba cerrado, no me quedó otra que quedarme con el de él; ahora me estoy trayendo mis cosas a la fábrica de él, todas las máquinas son mías ahorita, pero eran de él. Cuando cerré pensaba dedicarme a lo mismo, sólo quería descansar un tiempo, mi idea era iniciar de nuevo, por eso no vendí mis máquinas.

De Nahuatzen ahorita tengo muy poquita gente, serán 17 por todos; hubo un momento en que todos los trabajadores eran de ahí, fue en el 88, 89, eran unos 40, 45; en ese tiempo, también con mis hermanos, tenían gente del pueblo, ahorita está bajo, tengo 40 empleados. El año pasado estuvo bien, tenía sobre de unos 35 a 40, Nacho 60, 65, y Lalo 60 ó 70, pero ya no era puro de Nahuatzen.

Cuando empezamos el negocio a los tres meses ya había 20 ó 30 personas del pueblo, antes de eso había seis: Juan, mi sobrino, mis dos hermanos, y Jesús estaba en Los Angeles y me lo traje para acá. Estaban otros dos muchachos, se vinieron por medio de Antonio Pineda, también de Nahuatzen, él tenía un negocio aquí, se dedicaba a arreglar los techos de las casas, por ahí se decía que no trataba muy bien a la gente aunque fueran del pueblo, ya se regresó a Nahuatzen. Martín, mi sobrino, les avisó a sus hermanos y se vinieron: Custodio, Silviano y después otros dos chamaquitos.

También hay unos del pueblo, pero están en Huntington, nos vinimos casi por la misma fecha, sabía que estaban acá pero nunca hubo ninguna comunicación, ellos se dieron cuenta y consiguieron mi teléfono, no sé cómo, fueron las

primeras personas que me hablaron del pueblo, me acuerdo que cuando me llamó me dijo:

—Mira, nos vemos en tal parte, en Los Angeles.

Me puso una cita, fui porque tenía tiempo que no hablaba con nadie de allá y me interesó mucho; de ahí empezamos a visitarnos cada ocho, quince días, a veces yo iba, otras ellos venían, así empezamos a relacionarnos, ellos trabajaban en una compañía de barcos.

Yo siempre he tratado de ayudar a la gente, no me importan los problemas que tenga con el gobierno, pero estoy siempre así, ayudando y violando la ley, me arriesgo, gracias a Dios no me ha pasado nada, nos ha llegado incluso orden de migración de no agarrar indocumentados, sin embargo lo sigo haciendo, no les pregunto si traen papeles o no; una vez fue un agente de migración y me advirtió, eso fue hace dos años, nunca más me han vuelto a molestar; aun sabiendo que corro el riesgo de pagar una multa muy grande por tener ilegales de todos modos lo hago, ¿por qué?, porque quiero seguir ayudando a la gente, nunca se me ha quitado, así como me ven no parezco patrón, me han dicho:

—Tú en realidad para patrón no la haces, porque tú deberías de andar de otro modo, deberías de traer un buen carro.

Tengo un buen carro, pero no lo manejo, lo tengo en la casa, no me gusta ser presumido o sentirme más, siempre he sido así, me han dicho:

—Tienes que cambiar.

Pero no puedo.

He ayudado a mucha gente, entre parientes y amigos, calculo algunos quince, les mando coyote, les presto dinero, algunos me pagan, otros no.

Antes tenía la costumbre de invitar gente del pueblo, pero desde una vez que se vino conmigo un compadre que nunca me dijo que había abandonado a su mujer; además, el día que me enteré me echaron a mí la culpa de haberlo

convencido, su familia estaba molesta conmigo, desde entonces no le digo a nadie que se venga, sólo les digo:

—Cuando ustedes se quieran ir, váyanse, aquí está mi número de teléfono, me hablan, si yo puedo ayudarles, les ayudo, si no, ustedes sabrán, pero eso es lo que yo puedo hacer.

Ya no invito a nadie del pueblo que se venga conmigo, Dios no lo quiera, les llega a pasar alguna cosa, no se pueden acomodar; porque yo digo una cosa, este país es muy malo si tú lo tratas mal, pero si te portas bien este país es bueno; cuando se vienen de allá vienen porque están económicamente mal, llega uno con ilusiones de hacer muchas cosas, se dice que este país es muy bueno, que acá se gana mucho, sí se gana mucho dinero, pero hay que trabajar y portarse bien.

Cuando una persona se viene de allá trae la cabeza con ilusiones, de qué: yo voy a hacer esto, voy a hacer lo otro, llegan aquí y empiezan a agarrar amigos, de los mismos del pueblo, que les invitan cerveza y lo agarran de cada ocho días, y se olvidaron de las ilusiones que traían porque no ganan lo suficiente para sostenerse.

Y por cierto, toda la gente que está aquí está por mí, porque yo fui el primerito que llegué a San Fernando y el primero que pudo acomodarlos a trabajar, el primero que los pudo sostener un tiempo mientras se relacionaban con más gente, así fue como se empezaron a venir muchos, llegaban a mi casa, inclusive ahí dormían, les daba de comer, les prestaba dinero, les compraba hasta ropa, les enseñé a coser, ya cuando aprendían se iban a otros lugares a dar utilidades.

Pero eso no es todo, también les ayudé a conseguir casa a todos los que están con su familia acá, serán alrededor de unos quince o 20, además les ayudé a conseguir documentos; fue allá en el 89, cuando la amnistía, ayudé como a unas 50 personas, nada más se trataba de que el patrón diera una

carta y la firmara, le daban lo de la amnistía, se legalizaron bastantes, también les conseguía cartas de campo con amigos; en Santa Ana hay personas que ayudé y nunca trabajaron para mí, yo sólo le hacía saber al gobierno que ellos trabajaron conmigo desde el 82.

Aunque voy a decir una cosa, toda la gente, hasta mis sobrinos, no distingo a nadie, toda la gente, al final se ha portado muy mal conmigo. Llegan mal, los ayudo, se componen, están bien y se van a otro lado a trabajar, a relacionarse con otros, pero como no soy de las personas que guardan siempre rencor, les vuelvo a dar trabajo, se quedan una semana o dos y se van, luego vuelven y así. Eso nadie me lo ha podido quitar, ni mi esposa ni mis hijos.

A mí nunca me preocupó arreglar mis papeles, ¿para qué?, si de todos modos estoy en el país sin ellos, mi esposa era la que más exigía que me legalizara. Me ayudó una amiga de la familia, ella era colombiana, fue la misma que arregló los papeles de muchos del pueblo, a todos los mandé con ella, se llama Emma Chacón, en el 89 me hizo firmarlos sin saber que tipo de documentos eran, así fue como arreglé. Antes de arreglarlos, la migra sólo me sacó dos veces, la primera, de mi fábrica, en el 74; la segunda, de la esquina de la casa.

Desde que tengo mi negocio casi no convivo con nadie, sólo con mi esposa, mis hijos, de vez en cuando con mi hermano Lalo, a veces con los mismos empleados; antes de que llegara mi esposa con puros empleados, trabajadores, pero ya como patrón es totalmente diferente, no puedes convivir con ellos por la sencilla razón de que es totalmente diferente, te sientes ya otra cosa, yo no lo demuestro, no quiero, ¿cómo dijera?, sentirme más que ellos, pero la necesidad te hace hacerlo a fuerzas. No me gusta convivir con ellos por varias razones, la principal es que les gusta mucho tomar a la mayoría, si ando con ellos tengo que hacerlo y no puedo, porque para faltar un lunes es muy difícil, por eso no

me gusta convivir con ellos, claro que antes hacía lo mismo, pero ahora es diferente; me resulta difícil hacer vida social por la sencilla razón de que cuando me hice patrón la responsabilidad no me deja, es muy difícil que quede mal, porque a mí no me interesan las fiestas, me interesa el trabajo, si hay que ir a una fiesta no voy si tengo que hacer una muestra, si tengo que adelantar un trabajo, que alguien no lo pueda hacer, yo me tengo que venir a trabajar; otra cosa, que se siente muy bonito tener una familia que te respete, ese es mi caso, yo tengo hijos grandes, en este país es muy difícil tener hijos así como tengo a los míos, los míos no están en la escuela, pero no me llegan borrachos, conviven conmigo en la casa, nos la llevamos muy bien, todo eso porque siempre me he hecho respetar.

Cuando fui patrón dejé de tomar, sí tomo, pero allá cada dos o tres meses me echo una, pero como lo hacía antes no, es por mis hijos que están grandes y tengo que darme a respetar, he cambiado totalmente a como era antes, no me forzaron sino que salió de mí, a veces me pasa que amigos que andábamos en lo mismo, tomando y todo eso, me dicen:

—¡Cómo voy a creer que tú te hayas calmado!

Yo les digo:

—Es que tienes que hacerlo, porque entonces cuál es el respeto de los hijos, si de aquí, mañana o pasado, tienes un problema con tus hijos cómo les vas a reprochar nada, porque andas peor o igual que ellos.

Yo he dado muchos consejos, le digo a la gente que recién llega cómo hay que trabajar, cómo hay que sostenerse, cómo hay que tratar de guardar el dinero; este país es bueno pero hay que saber trabajar el país, hay muchos que se vienen de allá y quieren seguir en lo mismo: en la pobreza, aquí, si por ejemplo, llega una persona, le digo:

—No sabes coser, no sabes hacer nada, te voy a pagar 100 dólares por la primera semana, aquí no hay horas, no

hay que ya trabajaste mucho, pero entonces tú te vas enseñando, todo depende de ti, si te enseñas rápido, okey, si en dos semanas tú ya sabes, te pago igual que a los demás, tienes que agarrar tu tarjeta, ponchar tu tarjeta y depende de las horas que metas es lo que se te paga, si sigues igual, pues todo el tiempo no vas a salir de los 100 dólares.

Recuerdo ahora a don Fran, Francisco Ana Lucas, él ha tenido problemas porque tiene otra mujer, le decimos don Fran, todo el tiempo ha trabajado con nosotros, ahorita ya no está; por cierto, de nosotros han hablado mucho pero nada casi en concreto, lo hacen por desquitarse, pero como decía, él, que está su familia allá, tiene que mandar dinero, porque tienen que comer, y si tiene aquí a otra, entonces no puede hacerlo porque no puede con las dos, ahora que estuve en México me los encontré a él y a Nacho, entonces llegué al pueblo y me dijeron:

—¡Qué ustedes tienen tanto tiempo que no pagan!

Mi mamá se preocupa mucho, ella, gracias a Dios, tiene dinero, nosotros también, si me queda algo de dinero lo mando; dice mi mamá:

—Fíjate que acá dicen que no pagan, que tienen tres meses que no pagan a la gente, que don Fran por eso se vino.

—Eso está muy mal —le digo—, porque si ya tiene tres meses que no le pagan y aquí están los patronos, debería de venir a cobrar aquí, para qué anda diciendo a la gente que no le pagamos.

Hay mucha gente que habla así: no mando dinero porque no he trabajado, ¡mentira!, aquí no se puede trabajar si no se paga, es muy difícil.

Nosotros pagamos a veces con cheque personal, a veces en efectivo; le hacemos de este modo: si por ejemplo tú ganas el mínimo, que son 170 dólares por semana, de éstos tienes que hacer un reporte al gobierno, entonces nosotros estamos haciendo un reporte por ley, teniendo una tarjeta ponchada y teniendo al empleado, eso es lo de ley for com-

mission; tienen agentes, si miran 30 personas y tengo diez tarjetas, me cobran 100 dólares por cada tarjeta que falta, es una multa, vienen unas dos o tres veces por año, no les pido tarjeta de migración a los que vienen a trabajar conmigo, porque no me siento pedir una tarjeta cuando no la tienen, cuando acaban de llegar, máximo cuando son del pueblo, entonces para qué les voy a pedir si sé que no las tienen; yo al gobierno le hago aparecer que trabajamos 40 horas y les estoy pagando el mínimo, si ganan más del mínimo les pago un cheque personal o les pago en efectivo, lo hacemos así para que no nos quiten más impuestos, así es como he trabajado con gente del pueblo y de otro lado, le hacemos así porque ayuda a ambos.

Claro que esto a veces te trae problemas, como aquí cualquier persona te puede amenazar diciéndote que te va a reportar, pero para hacerlo se necesitan muchas cosas, en primer lugar necesitan hacer una investigación a ver si es cierto lo que estás reportando, me han llegado a amenazar pero tengo conexiones con abogados, y el contador me platica mucho, me pone muchas cosas en conocimiento, es como te vas dando cuenta de cómo el país trabaja, qué es lo que tienes que hacer, qué es más importante y con qué es con lo que puedes contar; me acuerdo que cuando vine por primera vez, a la persona que yo le debía esos 40 000 pesos me dijo:

—Necesito que me pagues, si no lo haces te voy a reportar. Nunca lo hizo, no se puede.

Lo que sí tuve fue una demanda por una persona del pueblo: en el 87, 88, estuvimos un poco bajos de trabajo, y por dos semanas no se le pagó a la gente, esa persona se salió a las dos semanas, dijo:

—Yo no puedo aguantar.

Le dije.

—Espérame una semana más porque no puedo pagarte, me van a mandar el cheque.

El problema era que quería cobrarme demás, casi el doble de lo que le debía, afortunadamente llevaba libros de control, esas libretas las guardo dos o tres años para aclarar problemas que pueda haber.

—Aquí tengo con que comprobarte que sí te he pagado, tengo la libreta donde se hace la cuenta, tengo los talones de los cheques, no hay por qué hacer trampas, aquí te compruebo lo que te debo, 430 dólares.

—Son 1 300 dólares los que me debes.

—Hazle como quieras, no voy a pagarte lo que tú me digas.

Fue y me puso la demanda, me llamaron, tuve que ir a la corte. Gané, ha sido el único problema que he tenido, eso me hizo sentir muy mal, porque no debería haberlo hecho cuando fue una de las personas que ayudé al principio cuando llegó, ya después me platicaron que hizo lo mismo en Uruapan, seguro pensó que aquí lo iba poder hacer igual.

La gente de Nahuatzen ya no me busca en San Fernando, están relacionados ya con otras compañías; tengo más gente de Nahuatzen que acaba de llegar, vienen aquí porque en otro lado no los enseñan, aquí es el único lugar donde eso se hace, ahorita ya tiene tiempcito que no ha llegado gente nueva, ahorita tengo casi puro joven y muchas mujeres.

De mis hermanos sólo al más chico no ayudé, pero a Pedro y al otro los ayudé bastante, ellos sí supieron aprovechar, compraron un hotel, creo que es de Pedro y todo eso que han hecho lo han hecho de acá, porque antes eran pobres, trabajaban conmigo, les ha ido bien porque ya hasta tienda tienen, pienso que todos deberían estar igual, pero hay unos que están peor que allá y es porque ganan 200 y gastan 300.

Cuando puse mi negocio en una semana se hizo todo el trámite, a las dos semanas tenía todo el personal y a las tres ya estaba trabajando por mi cuenta, mi patrona no lo podía creer, incluso quiso ser mi socia pero me negué, yo siento

que he sido todo lo contrario de ella, porque viene alguien y así yo les platico:

—Miren, hagan esto, traten de hacerlo, no se emborrichen, porque por ejemplo, ganan 200, gastan 150, o gasten 100 y guarden 100, manden 100 para México porque allá es donde se aprovecha lo que están haciendo acá, si ganas 200 y te quieres gastar 300 pues no sales de lo mismo.

Siempre he aconsejado a la gente por ese lado, porque yo sé que se les saca provecho, por eso he cambiado, hasta cuando íbamos a cantinas tomaba pura soda, mis amigos me decían que cómo era posible que a mí que tanto me gusta el ambiente tomara puro refresco; en el 81 fue uno de mis propósitos, además de ahorrar, pues mi objetivo era retaharme a México y construir una casa.

Pero esto no fue siempre así, porque al principio le mandaba poco dinero a mi esposa y esto porque mi patrona Marilú me hacía a fuerzas ahorrar, no me pagaba sino que metía mi sueldo en tandas y se lo mandaba a mi esposa Berta, nunca llegué a molestarme por eso, le mandé dos o tres, pero decidí entonces ahorrar por mi cuenta y le dije a Marilú que me diera mi salario para meterlo al banco, que ya no desconfiara de mí, pues ya no iba a tomar demás, fue así como empecé, de ahí me di cuenta que es muy bonito ahorrar, además cualquiera lo puede hacer, todos trabajamos, todos llegan igual como llegué yo, así que por qué no todos hacen lo mismo que yo, sí es fácil, y es lo que yo digo: cualquiera la puede hacer.

“¿Qué los mexicanos no podemos?”*

Como en muchos otros casos, la historia migratoria de Ricar-

* Entrevista realizada por Héctor Hernández en Guadalajara, Jalisco, en septiembre de 1992.

do empezó con la experiencia previa de su padre, que fue trabajador bracero en la época de las contrataciones. De ahí que a los 21 años se decidiera ir al Norte, más que a hacer fortuna y trabajar, a probar suerte y aventurar.

Los primeros años fueron de desvelada y se pasaron entre coches, drogas, bailes y muchachas. Todo era nuevo y diferente. Pero entre la vorágine seguía firme la obsesión por volver, por hacer algo. Y durante quince años empeñó su vida y esfuerzo hasta lograr las condiciones necesarias para un retorno exitoso. El trabajo le permitió comprar una primera propiedad y ésta otra, y así sucesivamente. Pero así como compró, un día de pronto vendió todo y regresó, su meta había sido cumplida.

Aquí en México pudo realizar un sueño acariciado a lo largo de muchos años: estudiar. Sus ahorros le permitieron vivir cómodamente y sus estudios y natural sagacidad para los negocios le posibilitaron ganar dinero de la manera más fácil y arriesgada: la inversión y especulación en la bolsa de valores.

En el pueblo no tenía contacto con emigrados, tenía 18 años y la gente emigrada era en aquel tiempo de los 40 para arriba y, ya casados, buscaban el sostén para sus hijos, era muy extraño encontrarse jóvenes migrantes; después, cuando se empieza a hacer más popular el Norte, o haber más facilidad, entonces los padres ya se van con los hijos, o los hijos de coyotes, o los hijos de los trabajadores del pueblo se van por su cuenta, ya empieza a haber más arranque de la juventud; antes era más dependiente, es por ahí como en los setenta cuando empiezan a irse jovencitos, hijos de emigrados o amigos que van allá.

Me fui al Norte porque me llegó la edad para arreglar migración, a los 21 años, la tienda de abarrotes que tenía en el Valle la vendí, saqué un buen cliente, vendí la mercancía, y el local —que era de mi jefe— se rentó, después de un tiempcito se vendió.

Cuando recién llegué a Santa Mónica, había un lugar donde trabajaba gente del pueblo, era una empresa que se dedicaba a mantenimiento de jardines, tenía muchos del Valle, mi papá ahí trabajaba, se levantaba a las cinco de la mañana, pasaban por él, se iban a Los Angeles, Hollywood, ahí trabajaba, más que nada, la gente que no tenía preparación; les daban unas friegas tremendas porque los llevaban a las ocho de la mañana y los traían a las ocho de la noche, era gente que no podía conseguir trabajo de más calidad por su preparación o su edad, el jefe de ellos era del Valle, no recuerdo desde cuándo estaba en Santa Mónica.

Mi papá se fue de bracero unas tres o cuatro veces, por ahí como el 48, yo tenía como unos tres o cuatro años, él unos 50, pienso que le fue mal, se fue porque en el rancho había nada más trabajo de junio a octubre, tiempo de la cosecha, hasta que se corta la hoja, en octubre se van y vienen de vuelta a sembrar, venía con una feria ahorrada y cuando se le acababa se regresaba de nuevo; en esos días vivíamos en un rancho, El Tortuguero, que le había dejado su papá, originalmente era grande, pero como eran cinco hermanos les quedó un pedazo a la hora de repartirlo; como nosotros éramos ocho de familia, con la yunta no nos sosteníamos, él arregló migración en el 50 ó 55, lo hizo por medio de un patrón, que lo quería mucho, le dio la carta de sostenimiento.

Llegó a Santa Mónica por los cincuenta, pero antes había trabajado pizcando algodón; en ese tiempo los contrataban nomás por temporada, inclusive nos traía algodón para presumirnos, porque se sentía orgulloso de hacer eso; cuando llegó a Santa Mónica trabajó de jardinero, todo el tiempo se le veía con talache, haciendo agujeros para árboles, plantando zacate, podando, todo el tiempo le tocó el jale muy duro, lo que era de pico y pala, duró mucho porque estaba adulto y no podía buscar trabajo, ahí se pensionó a los 62 años, después lo metí a trabajar conmigo en la fábrica de muebles,

pero no más de medio año, lo ponía a limpiar muebles, barrer, primeramente quería ayudarlo y segundo por su edad y su ignorancia no podía estar sin trabajar, se ponía nervioso.

De mis abuelos desconozco para dónde fueron, lo que sé es que mi madre una vez me enseñó una foto y me dijo:

—Mira, esta tiene el sello de cuando fue mi madre a California. Mi abuelita se ve en la foto bien joven y elegante, siento que tenía billetes porque trae un gorrito de esos muy elegantes, y por la ropa, todavía mi jefa tiene un cuadro que lo amplificó, se ve una señora, ¡hijo de la fregada!, que tenía billetes, a la mejor nada más fue de pachanga o a la mejor sus padres se la llevaron para allá un mes o dos, eso lo desconozco, si viviera tendría ahorita como unos 108 años, murió hace cuatro.

Mi mamá siempre se dedicó al hogar o a vender costura; ella, como todas las mujeres de pueblo, salía, en cuanto daba de comer, a la banqueta y se ponían a coser, por ahí tenía quien le comprara lo que hacía, inclusive recuerdo que fue una vez a México a vender, pero no fueron muy constantes sus idas, como que nada más a veces vendía o, de repente, visitaba a unos parientes de mi padre, no podía trabajar porque éramos once hijos, por eso, más que nada, se dedicó a cuidarnos y a cobrar el cheque mensual que nos mandaba mi padre. No conocía el Norte porque se fue hasta el 64, junto con ella se fueron todos mis hermanos: cuatro muchachitas y un niño, como eran menores se los llevó en paquete, nomás yo me quedé.

Mis abuelos paternos no fueron nunca porque eran gente más jodida, que de rancho no salieron, inclusive no vivieron muchos años.

Cuando mi padre empieza a irse de bracero nos cambiamos al Valle a vivir, yo tendría unos seis años, porque me acuerdo que llegué y entré a la primaria; el rancho donde vivíamos, ahorita está muy solo, nomás empezó a irse la

gente al Norte y lo dejaron solo: lotes vacíos, casas caídas, derrumbadas, todas las tierras enzacatadas, no hay quien siembre, así empieza el campo a destruirse.

Antes de irme, en el pueblo ya era famosa la fábrica Olga, se oía que había mucha gente trabajando, se corría la voz de que tenía muchos empleados de los Altos y del Valle, que había muchos paisanos que eran trabajadores de confianza, y éstos, al igual que yo, empiezan a meter paisanos, nunca llegué a entrar porque no estaba contactado con los que trabajaban ahí.

En Estados Unidos tenía varios tíos y parientes, a lo mejor unos 50, entre primos hermanos, segundos, tíos, tenía con quien relacionarme, aparte de que me iba a misa todos los domingos, no por la religión, porque dejé de ser creyente cuando empecé a independizarme; por cierto, nunca tuve problemas con mis jefes porque nunca lo discutimos, nunca se dieron cuenta porque nunca trataban de decirme: vete a misa, nomás me decían que me cuidara mucho y hasta ahí, ahora ellos siempre me dicen:

—Oye Emilio, tus hijos ¿qué pasó?, cuándo hacen la primera comunión.

Cuando pasa eso les damos la suave, los llevamos a la iglesia y esas cosas, les damos una cierta tranquilidad para no meternos en broncas, están todos bautizados, pero nomás por la familia; por eso iba a la iglesia: por las conexiones y contactos que se hacen, porque ahí va toda la raza, así fue como empecé a tener un ambiente de gente conocida; iba al templo de Santa Mónica, no recuerdo cómo se llamaba, estaba en la Colorado y la 20, daban misas en español para todos los latinos y ahí encontrabas gente de Tepa, del Valle, Jalos, Zacatecas, pero lo más común era la gente de los Altos.

El primer trabajo que tuve fue en una joyería, sólo duré tres meses porque pensé que ahí nunca iba a progresar; entré ganando 1.15 dólares, y siempre hice lo mismo: cortar, fundir y pulir el metal. Del Valle nomás estábamos mi carnal

y yo en ese taller; en ese tiempo él era el mayordomo, ya estaba emigrado.

A lo más que pude llegar fue a dos dólares la hora; por eso busqué otro trabajo, logré conseguir uno en Gardina, hacían partes para avión; entré como ayudante, era el encargado de preparar las mezclas, había muchas, mucho que aprender, después me dieron el puesto que viene a ser entre ayudante y mayordomo, también fui el encargado de transportar a la gente a los dos meses de haber entrado; pienso que fue rápido porque no estaba tan maneado, además de que tenía primaria y era bueno para las cuentas y para todo lo de preparaciones de medir, porque tenía la experiencia de la ferretería y abarrotos cuando trabajé en mi pueblo, tenía más preparación que ellos para hacer las pastas y las resinas, por eso me dieron ese jale, nada más me dijeron:

—Ahora tú vas a preparar todas las pastas, todas las revolturas, y vas a encargarte de una camioneta, para que toda esta gente que viene a trabajar la traigas y la llesves.

Todos eran de Santa Mónica, el patrón era un italiano buena onda, compró la camioneta para que todos fuéramos puntuales, claro, también a él le convenía.

En ese tiempo tenía mi carrito, un 55, Ford convertible, tenía un pájaro loco pintado, los demás también tenían el suyo; antes de que el patrón comprara el carro nosotros nos turnábamos, cada semana, a ver a quién le tocaba el raite, pero de repente alguno fallaba y andábamos ahí pateando; el patrón vio el problema, compró la combi y me dijo:

—Ricardo, te la llevas para tu casa, te levantas tempranito, los levantas y te los traes, de aquí te los llevas de vuelta. Eramos 30 empleados y vivíamos en Compton, Gardina, Long Beach y Carson.

La mayoría venía de Tepa, del Valle, Jalos y Guadalajara; yo entré a ese trabajo porque me recomendó gente del Valle, la mayoría provenía de ahí, por eso la misma gente se recomendaba. Todo iba bien hasta el día en que agarré la combi,

la gente que tenía más tiempo trabajando le dio envidia y empezaron a hacer política, a tirarme fregadazos, a sacar chismes:

—Pues que Emilio anda con la camioneta borracho, trae cervezas y la fregada.

Esto provocó que el patrón me empezara a apretar, a agarrarme cierta desconfianza, hasta ahora me doy cuenta que la gente que va para allá es la gente más ignorante, y no puede en veces progresar, y no lo hacen porque no tienen preparación, es gente que a veces ni firmar puede, por eso la única manera en que pueden progresar es haciendo política para fregar, quemar a los demás, por eso así no podía el patrón confiar en ellos, en mí a la mejor vio esa posibilidad; cuando empezaron con sus habladurías ya no hallaba ni por dónde cuidarme, había veces que llegaba y me hablaba el patrón: que esto o que la fregada; todo el tiempo me estaba hablando porque me estaban quemando, empezaron a descomponer partes, a no producir adrede, todo eso me empezó a afectar, por eso me entró el coraje, porque el patrón les creía; fue cuando le dije que quería un aumento, no me lo quiso dar, incluso hasta me dijo que si quería podía renunciar, ahí ya no aguanté, le dije que entonces tenía que pagarme el tiempo extra que me debía; ese fin de semana me da el cheque y me corre; me dio tanto coraje que al siguiente lunes me lanzo al seguro social y denuncié que no estaba pagando el tiempo extra a sus trabajadores, van a investigar y a todos les pagaron.

Me quedé solamente tres días sin empleo, como tenía muchos contactos, ellos me recomendaban, fue así como entré a trabajar a una fábrica de muebles para oficina, la empresa se llamaba Haipers, mi primer puesto fue de cargador y eran unas friegas, cargábamos trailers todo el día sin parar, trabajaba hasta doce horas diarias; cuando entré tenía un año de ir a una escuela de inglés, cuando salía de trabajar me iba a la escuela, empecé a ir de vacilada, pero me aguanté

un par de años en la Beny High School, por eso cuando llegué ya más o menos hablaba inglés.

Eso era muy importante porque había que tratar con choferes, que por lo regular son americanos o negros, así fue como empecé a practicar mi inglés, manejar órdenes, entregar por mi cuenta, ya una vez que empiezo a hacer esto comencé a agarrar turnos completos; por cierto, la mayoría de los cargadores eran mexicanos, de Tepa, muchos tenían la experiencia pero no sabían el idioma, yo sabía lo necesario como para entablar un diálogo con el chofer, pero esto tampoco estuvo rápido, tuve que trabajar un par de años para que me empezaran a dar órdenes, desde ese momento ya entraba como ayudante de mayordomo porque me decían:

—Tu agárrate cinco gentes y este bonche de órdenes que van a Washington, o a Hollywood, y a cargarlo.

Lo que buscaba siempre era aprender para ir progresando, por eso cuando me dan el puesto de ayudante le pido a la empresa que me deje sacar mi licencia para manejar.

Como ayudante trabajaba de día y, a veces, en la noche me aventaba viajes para San Diego, Los Angeles, Arizona y San Francisco, esto fue a los cuatro años, me rayaba feria extra, ganaba como ayudante siete dólares la hora, allá en los setenta, sin contar los viajes; pero empieza la empresa a crecer y tuvo que cambiarse de edificio, se mudó a Torrance, fue cuando hicieron turnos de día y de noche, el mayordomo con el que trabajaba se quedó de día, y a mí, como ayudante, después de dos años, me ponen de mayordomo en la noche, encargado de todo el departamento y, en el día, de repente, daba viajes; como mayordomo ganaba diez la hora y tenía otros beneficios, porque daban bonos cada año, además estaba en un programa donde nos repartían las ganancias, en ese tiempo ya era papita, pues nada más me la pasaba en la oficina, con mi cafecito, checando todo.

En producción no había muchos gringos porque corrían rápido, uno de mexicano es más trabajador, ellos no aguan-

taban la carrilla, como se trabaja en línea, en las que no podía pararse, entonces el gabacho no podía trabajar igual que los mexicanos; por lo regular eran casi puros de Tepa y del Valle, por toda la empresa seríamos como unos 300, entre documentados e indocumentados; en ese entonces había muchos sin papeles, en aquel tiempo te pedían la mica pero tú la comprabas en 25 dólares, la presentabas, el patrón sabía que era chueca pero él con eso se amparaba porque le convenía.

En la fábrica no hacía viajes largos porque no podía dejar la bodega sola muchos días, nomás ida y vuelta, sólo una noche, desde que empecé a ser chofer hacía sólo viajes locales, tres o cuatro por semana, eso para mí era un aliviane fregón, porque con eso libraba el abono de la casa o, en el mejor de los casos, significaba ahorro para comprar propiedades.

La primera vez que compré fue coincidencia, cayó una vecina anciana que tenía doce departamentos en venta, estaban en Inglewood, al principio me dio temor, había pensado comprar una casa pero no tantos departamentos, para mi familia era mucho ese salto, pero la señora me convenció y nos pusimos de acuerdo en el enganche, el precio y el interés.

Pedía en ese tiempo 76 000 dólares, yo le ofrecí 70 000, y cuatro o cinco mil de enganche, endeudarme con ella y no con el banco, pagarle de interés 7% y no 9% anual, le hice esa proposición y aceptó, me quedé temblando, pero pensaba:

—Al cabo nada tengo, qué pierdo.

Así me metí, allá por el 71 ó 72.

Cuando los compré estaban ocupados por puros gabachos, los compro confiado en las rentas que iba a recibir; cuando voy, al siguiente mes a cobrar, estaban cinco vacíos, los americanos que ahí vivían no quisieron que fuera el dueño y se salen de un fregadazo, solo dijeron que no iban a pagar porque se iban a cambiar, eso me sacó de onda,

porque ya no podía cubrir los abonos, lo que hice rápidamente fue pintarlos, limpiarlos y rentar rápidamente, los renté a los quince días, de preferencia a mexicanos, y fue así porque sabía el idioma, había confianza y diálogo, había más modo de entendernos, y comoquiera, el mexicano es más honesto o menos tranza, porque la gente de acá no quiere broncas lo que quieren es trabajo.

Desde que los compré me enseñé a poner tuberías, azulejo, inodoros, vidrios, a veces batallaba, pero en Estados Unidos te venden todo ya listo, sólo para poner, tuve que hacerlo porque si pagaba por todos esos servicios, no sacaba ganancia, me ahorraba un dineral tremendo. Al año no había ningún americano, puro mexicano.

Al año ya veo ganancia, me quedaban libres 300 dólares por mes, como mayordomo 1 200, a los dos años ahorré y compré seis departamentos más, estaban en un área más limpia y más cara, lo hice porque me sentía más seguro para hacerlo, ya tenía una base, tenía mi capital con los doce departamentos, más los seis que compré, y con mi empleo, trabajaba día y noche.

En esos días era algo así como mayordomo general, pero no estaba aceptado por todos, había muchas políticas, mucha grilla, muchos que querían mi puesto me envidiaban; tenía problemas con gente de Tepa, de la Capilla, del Valle, gente que no había podido subir como yo, y quería hacerlo a fuerza de puro quemar; esto fue por el 75, así empezó la cosa: llegaba a tal departamento, daba la orden y les daba coraje, de repente no lo hacían o lo hacían tarde, los mexicanos son malinchistas, a un gringo le decimos okey, o cómo no, y en cuanto me dan el puesto empieza la carrilla, así fue subiendo la bronca, hasta que una vez sacaron conque estaba dándole a mis trabajadores chance de que tomaran cerveza, o que flojeaban mucho, que la alarma no la ponía bien o que un troque salía vacío, y todo por culpa de ellos, hasta que me dice un superintendente:

—¿Sabes qué?, estás corrido.

Era un gringo que tenía bien chiqueado a uno de los que querían mi puesto, era de Tepa, pero no tenía nada de preparación, tanto le llenó este chavo a aquel señor de que no convenía, que dejara el puesto y la fregada, fue cuando me corrió; para ese entonces ya estaba hasta el cuello de tanto problema, porque trabajaba mucho en la empresa y en mis departamentos, a veces pensaba retirarme, pero no lo hacía porque tenía trabajando muchos años y veía la fábrica como mi casa, todo esto fue en el 78, en ese tiempo ganaba más que muchos que tenían hasta 20 años, sólo en los departamentos ganaba casi el doble de mi salario; llegó un punto en que la empresa no me hace mucha falta, además que no podía con la empresa y los departamentos, pero como no tenía valor para renunciar, aprovecho cuando me dice ese señor que estoy corrido, era lo que esperaba, llegué a mi casa y le digo a mi esposa:

—Me corrieron, ¡hasta que por fin escape!

Me dio un gusto tremendo, hasta me eché un vino para celebrarlo, ya no fui a hablar con el patrón pero sí a cobrar mis 40 000 dólares porque me corrieron, tardaron cinco meses para pagarme y duré un par sin trabajar.

Me metí a una mueblería de un gringo, donde querían gente que entregara muebles, me daban diez dólares por viaje, quedaba en Inglewood, cerca de mi casa, en esos meses me enseñé a conocer todos los muebles y todas las fábricas; después, enfrente de mi casa, renté un local y lo llené de colchones, sofás, comedores, recámaras y empecé a vender, era una mina ese negocio porque ya sabía dónde comprar y cómo vender, así me metí a ese negocio; por lo regular le vendía a negros, se llamaba Ciénega, fue un negocio tan bueno, se vendía tanto, me ganaba 100 que 200 o hasta 300 diarios, atendía mi negocio de diez de la mañana a seis de las tarde, a los departamentos iba temprano, mandaba a mi hijo a que sacara la basura, a mi esposa que

cobrara las rentas. Cuando pensé en la mueblería la puse nomás como un capricho de mexicano hacia los gringos, empecé a investigar cómo hacer; como pedían los mismos trámites que a los americanos, dije:

—¿Por qué no hacerlo?

Lo hice, pues sentí que tenía los mismos derechos, estaba sin trabajo y, además, conocía el ramo de los muebles, pero, más que nada, me sentía orgulloso de hacer un negocio mexicano, porque en aquel tiempo todos los negocios eran gringos y japoneses, pensaba:

—Bueno, ¿qué los mexicanos no podemos poner un negocio?

Y es que allá el miedo a lo desconocido te hace que ni siquiera le busques, le rasques para progresar, ahorita no, porque ya hay otras condiciones, en aquel tiempo lo que tú ponías lo vendías, es un país donde la gente todo te compra y todo vende y todos pueden negociar, es un país de puro mercantilismo.

En ese tiempo era muy peligroso tener un negocio porque seguido había asaltos, había mucho crimen, todo el tiempo andaba con mi pistola en la cintura, si veía que entraban gentes muy mal encachadas tenía que enseñar la pistola, si llevaban la intención, se calmaban, pero vi que era mucha tensión y mucho peligro. Un día llegan unos chavos negros, uno de ellos saca una pistola y me la pone en la frente, me dice:

—¿Sabes qué?, la feria o te vamos a mandar a la fregada.

Me voltean boca abajo, me amarran los pies con las manos y empiezan a empujarme, me preguntan:

—¿Dónde está la feria hijo de la fregada?

Se llevaron sólo 365 dólares, cuando se fueron me solté como pude, fui a la casa y le comenté a mi esposa, como vimos que podía suceder de nuevo optamos por vender el negocio, además de que ya no había necesidad. Pensamos en regresar a México a vivir; me siento con mi señora a platicar y le digo:

—¿Sabes qué?, ahorita en México está bueno el interés, tenemos tanto dinero.

Para eso ya había recibido de Harper's los 40 000 dólares que me debían, tenía además un ahorro, ahorrraba fácil 5 000 por mes, de la mueblería y de los departamentos, me traje un buen capital, entonces dije:

—Tengo buena feria, tengo a mis cuatro hijos, estamos jóvenes.

Para eso, un poco antes, empecé a buscar quién comprara mi mueblería, logré alguien que me agarrara el negocio y lo traspasé, fié una parte y no me la pagaron porque me vine para acá, cargué mi van con un viaje de ropa, trastes, y me vine con un amigo, la vacié, me fui de vuelta y me traje a mi esposa y mis hijos, llegué y luego renté una casa, mientras encontraba una en venta, empecé a meter mi dinero al banco, en ese tiempo estaba el interés más o menos atractivo, dejé allá mis departamentos y mi casa encargados, mi casa la renté, pero no funcionó y empecé a hacer planes para ir a vender, fui y puse en venta unos departamentos, me vine y de aquí hice todos los movimientos con mi agente de ventas de allá, una vez que me dio una buena oferta la firmé y me traje el cheque de los departamentos, sólo vendí doce en el 84.

Cuando regreso a México me quedo en Guadalajara con la intención de estudiar; mi proyecto era llegar y rápido ponerme a estudiar, para esto me vine, renté una casa y me metí a estudiar secundaria abierta en el INEA, terminé en un año, en seguida hice trámites a la Universidad, para la prepa normal, me la eché en tres años, y después la facultad.

Me puse a estudiar porque cuando veía allá que tanta gente de mi pueblo se recibía, compañeros míos ya eran actores, licenciados, contadores, con posibilidades de hacer una carrera, entonces me decido, llegando aquí me inscribí y tardé un mes, cuando mucho, para meterme a estudiar. Duré nueve años, en la prepa me interesó Filosofía y Letras,

en esa época estaba la crisis de moda y, bueno, si venía a este país con crisis tenía que entenderla para que lograra sobrevivirla; estaba la crisis muy de moda en México y, bueno, me metí a humanidades para entender cosas históricas, políticas, económicas y sociales.

Sociología, primeramente me informé qué era lo que abarcaba, entonces me di cuenta que tenía todo un paquete, un mosaico, es decir, histórico, político, económico y social, y eso es lo que yo necesito en el medio, todo un compendio de la sociedad, también porque llegué a un país en crisis y tenía que entenderlo para saber dónde andaba pisando.

Cuando me vine del Norte, al tercer o cuarto mes, me di cuenta que ya no era igual, que ya iba a irse acabando la propiedad que había dejado allá, había más broncas, estaba más descuidada, iba a empeorar cada día, vi que ya no era negocio, empecé a hacer planes para ir a cotizar precios y agarrar un agente de ventas, tardé para venderlas un año más o menos, vendí unos departamentos, después la casa la renté; la quería dejar porque era una casa muy bonita, muy grande, muy céntrica, tenía en ella mucha ilusión, me gustaba mucho, la renté y cada vez que iba estaba el zacate muy descuidado, los pisos, la alfombra muy descuidada, estaba muy fregado el jardín, ya no pagaban la renta a tiempo, finalmente, el que la rentaba se salió sin pagarme, y yo de aquí a allá no podía rentarla, mi hermana no conocía mucho de negocios como para agarrar un buen rentante de casa, entonces se quedó un tiempo vacía; se metieron, seguro unos negros, le prendieron un cerillazo, me hablaron que se había quemado, como había aseguranza, me la reconstruyó, quedó íntegra, bien bonita, de vuelta la renté mientras la vendía, duré unos dos o tres años para vender todo junto.

Cuando me desligué de eso invertí aquí, por eso nunca he trabajado, me he mantenido de los bancos y de la bolsa,

mi trabajo aquí es estudiar, claro, tengo que estar llamando a la bolsa, ir a conferencias, mesas redondas para discusiones, no puedo desligarme, pero siento que no trabajo, pero sí tengo que estar al pendiente de cómo va la cosa, para entrar o salir, o qué compro o qué vendo; el estudio fue para mí una actividad que agarré como trabajo, de decir: voy todos los días a la escuela cinco horas.

Del dinero que me traje, en el 82 tuve pérdidas por lo de la devaluación, vengo en el 81 y estaba a 25 pesos el dólar, en el 82 brinca a 50 rápido, en poco tiempo a 100, en poco tiempo a 200, estuve toreando mucho el dinero, se me estaba partiendo cada día por mitad, no perdí porque andaba nomás toreando intereses, negociando con banqueros, con la bolsa, en la que tuve la suerte de taparme la crisis económica y sacarle provecho.

No troné porque tenía experiencia, como desde joven tuve una frutería, que eché a perder, y una de abarrotes, que levanté, después tuve negocios en California que administraba, ya más o menos hacía cuentas, cálculos de cómo se daba mejor, también sabía negociar, comprar barato, vender caro, ya tenía una idea de cómo sacarle provecho a la feria, y aquí, en cierto modo, caí a un país extraño, porque estuve fuera quince años, pero traía un conocimiento del aspecto económico y aquí, con gente desconocida, era un país que no conocía, pero la economía medio la manejaba.

Así me la pasé todo el tiempo, negociando en la banca, con asesores de la bolsa haciendo buenos tratos, que afortunadamente me salieron bien.

Recién que llegué fui a los bancos y empecé a ver cómo estaban funcionando; en seguida empecé a buscar más alternativas, en un tiempo sí compré dólares, pero no todo el capital, tenía una parte nada más como reserva, porque, aunque estaba aquí y tuviera cierto conocimiento, siempre me sentía en peligro, tenía parte en dólares, coqueteando nada más, pero ya que agarré cierta firmeza con la econo-

mía, que pude manejarme sin miedo el nivel económico, me quité de dólares y me metí a puro mexicano nomás.

De bienes raíces compré por ahí unos lotes, unas casas, pero no con el fin de negociar, sino porque me gustaban; les compré a mis hijos unas casas y me compré un departamento, nomás porque las veía de oportunidad, se me hacían en buen lugar, me gustaban.

También el rancho lo compré, porque a mí Guadalajara me gustaba pero para estudiar nada más, quería algo fuera, en cuanto tenía tiempo me iba corriendo a mi rancho, tengo unos seis años con él, es una hectárea nada más, pero está todo muy completo.

Yo tripliqué, a pesar de que la crisis me dividió muchas veces, lo hice porque andaba nomás buscando, no haciendo transas, negociaba con grupos financieros, he sido accionista de muchas empresas; compraba de teléfonos y las vendía, compraba de cementos y las vendía, ahorita tengo de unos y mañana ya no, todo el tiempo estoy cambiando acciones, nomás estoy cuidando cuáles están de moda; he tenido de cementos, Vitro, Comercial Mexicana, Gigante, Coca Cola, de todas más o menos he tenido, pero no es ningún orgullo porque las tengo y las vendo, las tienes, ya subió, las vendes y a la chingada, para mí no tienen ningún valor, sean de quien sean; ahorita tengo del grupo Alfa, Vitro, Gigante, cementos, también compré de Serfín; todo el tiempo me respaldo, porque siempre de individual me hacen garras.

Me he dedicado solamente a la bolsa porque no quiero broncas, si quisiera hacer billetes ponía una empresa, pero para mí son broncas: tengo que lidiar con sindicatos, trabajadores, con equis, con lo que sea, y además no quiero trabajar.

Me sugerían que comprara un negocio, no quería nada de eso, quería descansar y estudiar, y nunca he querido broncas, lo que sí es que siempre me la he pachanguiado, conozco muchos cabrones, muchas cabezas.

Cuando voy a bancos y llego a una caja, que de pura chingada no me conocen y me empiezan a decir:

—No, que mire.

—No esté chingando, cambie este cheque por favor.

—No, que oiga.

Esas chingaderas se ven mal, las regañó, porque en los bancos llega alguien con traje y luego luego se le hincan, y yo llego todo el tiempo con levis y botas y en camiseta, llego y luego me quieren ver menos, les echo chingadazos, nunca he tenido tacuche, porque hasta el día en que me gradué lo pedí prestado.

En el banco he creado mucha fuerza, ya llego y se me hincan y la chingada, luego me dicen:

—Qué trae, que se le ofrece.

Cuando voy, no pasan ni quince minutos sin que me atiendan en serio, eso me da gusto, pero no me siento chingón; por ejemplo, una vez que fui a una inauguración de un centro financiero me mandaron la invitación, llegué ahí con mi levis y la chingada, todo mundo se me quedaba viendo, todos con puros y la chingada, yo los mandé a chingar a su madre, estaba con el gerente platicando, agarraba las pinches botanas y todo, firmale aquí Ricardo, firmale aquí en el acta, ahí está el pinche cuadro con mi firma de que fui de los que inauguró y la chingada, nunca me quiero sentir chingón, nomás me gusta que me traten bien.

Desde el momento que entré al banco y al centro financiero he tenido asesor, en los dos últimos años mis inversiones más fuertes han sido de muchos miles de millones, si cuando llegué a México traía medio millón de dólares, más o menos, en ese tiempo era una cantidad tremenda.

Desde que estoy aquí, a mi pueblo voy cada fin de semana, en el Valle todos me conocen, todos me tienen respeto. Aun antes de llegar, tenía un poco de fama, de que tenía dinero y propiedades, dondequiera que llegaba me daban buen trato, no se me hincaban pero tenía cierta admiración

de la gente, porque me veían, y quien me conocía de vago joven y ahora, de casado, me veían con mi buen carro, mis hijos más o menos tranquilos, y sabían que tenía propiedades, sentía que dondequiera me tenían respeto y cierta admiración.

Yo siento que antes era un pequeño burgués, idiotizado en cierto modo, por ejemplo, cuando en el 68 ni entendí ese movimiento y yo estuve a favor del gobierno; es que allá el sistema gringo te absorbe, te enajenas con sus idioteces, por eso no tenía conciencia como para defender a los estudiantes.

Pero eso no es todo porque te vuelves hasta malinchista, en lugar de defender a los mexicanos defiendes a los gringos, ya no quieres hablar español, si llegan algunos mexicanos les hablas en inglés, o no los quieres tratar, pero para que pase esto ya tienes tiempo allá, tienes tu carro nuevo, teléfono, hablas inglés, ya recriminas a tus propios paisanos; esto pasa porque vas, de aquí del país, ignorante, no tienes carro, ni ciertas comodidades que allá existen, llegas, de pronto agarras un cheque y con él puedes comprarte un carro viejo, una carcancha que aquí no podrías en diez años, de pronto puedes sacar una televisión a colores, sin dar nada de enganche, ya tienes teléfono en tu casa, entonces ya te sientes en el paraíso, dondequiera que sales está verde.

Hoy en el Valle tengo más relación que antes, la gente sabe que voy cada ocho días, sabe que fui candidato para diputado federal una vez, saben que fui otra vez, aquí en Jalisco, en el tercer distrito, también saben que soy sociólogo, la gente me busca para echar grilla, para preguntar ¿qué onda, cómo ves este candidato?, o ¿cómo ves esta bronca?, comoquiera me toman en cuenta, me preguntan. Al principio me veían como un simple emigrado que llegó, pero al ver que me metí a estudiar y que ando en la grilla, pero tengo una desventaja, no puedo meterme a la grilla fuerte, porque no me metería al PRI o al PAN, porque soy de izquierda, soy comunista, inclusive saben que soy ateo, estoy identifi-

cado como ateo, comunista, -de izquierda, universitario, pero también como no me meto en Valle me tienen respeto.

De militante, lo mismo pintaba bardas que blanqueaba, anduve trabajando en todo, me metí, lo mismo en técnico, poner las bocinas en los carros, pegar posters en las calles, pegar con sosa, hacer volantes o discutir broncas a nivel dirección.

Todo el tiempo anduve en el grupo de Horacio, primero fue el PRS, que después fue PMT, con el PTE, también con PRS, nada más hasta ahí; todo el tiempo militante voluntario, sí, se puede pensar, no me interesa tener ninguna dirección ni cabeza, hemos ido a México, Colima, Nayarit, Michoacán, pero nada más como parte de la bola, fui candidato de izquierda en el 83 ó 84, cuando el PSUM se dividió, candidato por el sexto distrito, que es de Jalos, Teocaltiche, Lagos de Moreno, La Chona, Villa Hidalgo.

Nunca he sido candidato de Valle, y es que lo conozco bien, es pura gente de tradición religiosa, de derecha, y es muy difícil, también es igual en Lagos y Teocaltiche.

Me hubiera gustado el Valle, tenía más simpatizantes, más amigos, pero la gente de los pueblos es muy dura para trabajar en la política, porque no puedes si eres de izquierda, porque se persignan mucho, le tienen miedo al comunismo, le tienen miedo a la dictadura, le tienen miedo al compadre que es del PRI, le tienen miedo al padre religioso, no se puede trabajar en los pueblos.

Nunca me metí en broncas fuertes, una vez en el Valle me quisieron meter a trabajar por lo del agua y el drenaje, pero una vez que vi que la gente medio tenía miedo, no; los juntaba y les decía:

—Vamos a la presidencia.

No querían ir, dije:

—¿Saben qué?, ahí muere mejor.

Porque si hablaban de quererse juntar para ir a la presidencia, a hacer una petición o una demanda, no se aventaban;

no se puede, argumentaban, es que el presidente es compadre de mi papá, es mi padrino, es amigo de quien sabe quien; no había condiciones para trabajar, por eso nunca me interesó el Valle, es mucho desgaste, mejor trabajaba con la gente de La Barca, de Jamay, ejidatarios que tienen más agallas, que son más valentones.

De mi vida en el Norte recuerdo que, cuando era joven, me juntaba con paisanos, éramos unos cinco o seis, andábamos cada quien en nuestro coche, lo dejábamos por ahí y nos íbamos todos juntos, nos manteníamos al margen de las broncas, a la hora de que en un baile había gente borracha, gente tomada que se peleaba por una chava, o porque querían hacer desmadre, nos salíamos y ahí dejábamos la bronca, nos íbamos para otro lado, porque todo el mundo se peleaba, o ahí nos los toreábamos, o de repente un chavo que, a la mejor querían ahí bronquearlo, lo calmábamos; una vez me metí en una bronca, pero nada más de onda, nos fuimos a robar tapas de carro, estaba adentro del carro alguien que traía radio, en cuanto quité las copas lo vi, corrí a mi carro y nos fuimos, llamó a la policía, yo iba manejando, me metí a la calle y estaba cerrada, cuando quería volverme la patrulla estaba atrás, nos llevó a la cárcel, ahí nos amenazó con quitarnos la mica, nomás para asustarnos; tenía unos 23 años más o menos, pero me sentía de 18, porque estaba muy tierno, nomás nos metieron un susto y ya; nada más pagamos una multa de 25 dólares, las copas las entregamos. Eso sí, recuerdo, cuando andaba en esas ondas, nos íbamos al restaurante a las siete de la noche a tomarnos una cerveza, de ahí al baile, se acababa a las dos de la mañana y todavía la seguíamos hasta Oxis Now, en Paula, a robarnos fruta de los fields: mangos, aguacates, naranjas, no dormíamos toda la noche, repartíamos con los amigos que conocíamos, nos amanecíamos, y el lunes a trabajar bien puntuales.

Muchos de los que conocí quedaron en la cárcel, divorciados, unos muertos con sobredosis, unos quedaron locos,

otros se murieron de alcohólicos, otros chavos la pasaron bien y los veo y están acomodados, algunos quedaron en el bote. Conocí desde la coca, la mariguana, las blancas, las rojas, las conocí todas y las probé; en ese tiempo era un aliviane, por ejemplo, ibas a un baile y antes de entrar prendíamos un cigarro de mota y lo rolábamos para entrar al baile un poco así, alivianados; en los bailes te encontrabas gente del Valle, de Tepa, Jalos, Zacatecas, Querétaro, ahí nos conocíamos, no había casi chicanos, eran bailes de Los Babys, de Los Solitarios, pura música mexicana, latina, no eran bailes muy alocados.

Por lo regular me juntaba con un equipito que nos distinguíamos por cumplidos en la empresa, ahorrativos, no muy malgastados, pero también nos juntábamos con gente que usaba todo tipo de drogas, pero nunca nos metíamos fuerte a eso, manteníamos la distancia, veíamos el peligro; en lo que a mí respecta, trabajaba tiempo extra todos los días, no salía en la semana mucho porque sabía que tenía que madrugar, los sábados, eso sí, salíamos desde las cinco de la tarde hasta que amaneciera el domingo, cada semana era lo mismo, apenas llegaba de trabajar el sábado, trabajaba medio día de tiempo extra, lavaba mi carro, le daba una pulidita, me ponía mi mejor ropita y buscaba a mis amigos, alguien traía la noticia de donde iba a haber pachanga para irnos, a veces por sentirnos fregones nos echábamos afuera un toque de mota, para entrar medio alivianados, éramos como unos ocho.

En Santa Mónica o en Los Angeles esos bailes eran muy tranquilos, sí había pleitos pero no eran muy gruesos, lo grueso era la droga, porque estaba invadiendo a todos los mojados o emigrados, me imagino que así fue porque llegas de un pueblo de Jalisco, sin preparación, de rancho, y en un par de meses tienes para comprarte un carro, entonces quieres andar en bailes, pero tienes que meterte al ambiente, hacerte al molde, fumar mariguana, tomar pastillas, manejar

recio, te absorbe el medio, anduve en eso más o menos unos cinco años, conocí amigos, paisanos, parientes, que andaban en esa onda, que parecía muy sana, todo se veía muy sano porque se movían muy fácilmente, no era gente maleada, sino que se estaba maleando porque era una moda, gente de acá de mi pueblo de repente los veía en los bailes, sabía que eran campesinos, hijos de campesinos, gente humilde, acá los veía pelones, con su barbita y sus pantalones acampanados; muchos de ellos quedaron en la cárcel, otros divorciados, otros idos de la mente, fue una época en la que conocí, viví, y me mantuve al margen, logré sobresalir sin ningún problema.

Cuando llegué al otro lado, como era de rancho, nunca pensé en tener carro o andar bailando rock and roll, o bailando oldis con chavas, bien abrazadito, esto te transforma, pero al mismo tiempo te hunde el sistema, te absorbe, y no estás preparado para eso, yo traje el pelo muy largo, y no recuerdo que lo haya hecho por copiarlos, también tuve barba y tampoco recuerdo que lo haya hecho por copiar a alguien.

Los del este de Los Angeles eran muy violentos, ahí se juntaban todos los chicanos, tenían más recelo por sus barrios, allá sí había pistolas, se mataban, en Santa Mónica no, era una área de méxicoamericanos, de emigrados, aunque vivían pochos no eran muchos, el este era un barrio de puros pochos donde estaban más entrados a la pachuqueada, a lo fuerte, nunca quise sentirme pocho, conocí cuates que de repente estaban echando inglés y hablando como pochos, queriendo presumir o apantallar, querían ser como ellos.

También había gente del pueblo muy tranquila, que nada más iba a trabajar y no salía a ninguna parte, no se metía en broncas, pero había gente también en el otro extremo que era desmadrosa.

Conocí a solos y casados, gente que se va sola y vivía arrimada en un cuarto donde vivían cinco o seis, y que con

trabajos salía, hasta servía a veces de burla, pero que ahora los veo; nada menos vi a un señor hace doce días, está supermillonario, gente que en aquel tiempo ahorró, se amarró un poco los pantalones, que no gastaba en cigarros o cervezas, y ahora está viviendo superbien, traen su carrazo, lo que se ahorró ahora lo aprovecha.

También conozco a otros que no han salido del agujero, no vienen porque no pueden completar el boleto del avión, están todavía sin casa propia, hay gente que le va bien y gente que le va mal, sólo que hay condiciones diferentes, cuando llegas dices: ¡híjole! con una semana de trabajo compro mi carro; entonces vas añorando un carro; aquí en México sólo los influyentes, a mí el primero me costó 40 dólares, era un Mercuri 49, después compré uno en 75 dólares, un Ford 55, convertible, tuve muchas carcanchas porque nunca tuve para comprar un carro del año, comprar un carro ni en sueños en México, aquí no pasas ni dos meses y ya tienes: le pones adornos, te consigues una chava con tacones, bien peinadita, le quitas la pañoleta y la pones en la antena, para decir que tienes novia, o un rosario de adorno en el espejo, no hayas ni que colgarle para que se vea bonito, que peluche en los asientos, en el volante, adornitos y la fregada.

Venía al pueblo en enero, pero no cada año, sino cada tres o cuatro, la primera y segunda vez vine a los dos años, cuando me casé vine hasta cuando de repente algún accidente de algún familiar, una urgencia, pero de un día para otro nada más, ya de paseo vine cuando pensaba sentar cabeza.

De soltero venía al Valle y convivía con la gente que conocía, amigos, amigas, parientes, claro que por ahí me encontraba algún nortecito que había llegado ese día y hacíamos ambiente, pero eso fue muy poco, porque no venía a México muy seguido, me absorbió el sistema y no podía ahorrar para venir y tampoco tenía ganas de hacerlo, te agringas, ya no estás añorando venir a tu pueblo, como

muchos cada año. Por ejemplo, recuerdo cuando fui reserva, como tienes que inscribirte al servicio, te obligan a que te registres, entre los amigos se corre la voz, está uno al pendiente de cuándo toca, me inscribí, para esto sabía que si hablaba inglés me iban a dar más puntos en contra mía, es decir, a ser reserva o para mandarme al army, cuando fui hablaba inglés y me hice de los que no sabía, le hice al encobijado, me dieron un año para que estudiara, fui a la escuela por mi cuenta, no porque me interesara ser reserva, cuando regresé a ver mi registro me hice que no aprendí y me quedé como reserva, cuando fui a presentarme ya me sentía medio agringado, y se me hacía en veces hasta un orgullo irme al army, era un orgullo pero me daba miedo, podría presumir: ¿saben qué?, me voy a ir al army; siempre como que te absorbe el sistema; me dijeron la segunda vez que me llamaron: traiga su cepillo de dientes, su pasta, y un cambio; y yo ya andaba con que me iba a ir, andaba presumiendo, pero por dentro estaba que me llevaba la fregada, ¡ay cabrón!, cómo voy a dejar a mi familia, a mis padres, porque estaba soltero y era un sostén para ellos, además les iba a dar un problema, sentía que les hacía falta, los problemas que iban a tener, me presenté como que no hablaba inglés, que no podía contestar las preguntas, que no estaba todavía preparado, me dieron mi carta de reserva nada más.

Cuando volvíamos al pueblo lo que hacíamos era ir a la plaza a presumir el carro, pues un mexicano que llevaba un carro a un pueblo era el foco de la atención, bajabas, con el carro bien quedito, bien lavadito, con tacuche y tejana, ahí esperabas con quien cotorrear, y de repente se echaba su pulque o su vinito, pero no era desmadre, éramos un grupo tranquilo, nos gustaba todo, pero con cierta medida, otros chavos, de los que se les iba la onda de repente, sí andaban buscando que el toque de mota, o quemando llanta, o el desmadre, pero de repente les sacaban un susto la gente del pueblo, los rurales o los otros amigos que no les gustaba ese

ambiente, y se calmaban. Mis cuates se recataban más porque en un pueblo todo se sabe y, como que se cuidaban mucho, se protegían porque sabían que cualquiera los conocía, se hacían más santurrones; en medio de la gente te querías dar más categoría, presumir que ya traías educación y que estabas más correcto.

Cuando me casé fue muy diferente, tuve que amarrarme a un extremo muy fuerte, porque me dediqué a hacer billetes, si tenía un tiempcito se lo dedicaba a mis hijos y a mi esposa, a cuidar mis departamentos, mi trabajo y mis hijos nada más.

Tengo cuatro hijos: dos hombres y dos niñas, el más grande tiene 21 años y está en sexto de Ingeniería, el que sigue tiene 18, está en Contaduría, otra en prepa, tiene 17, y la última es una chamaquita que está en primaria; todos nacieron en Estados Unidos.

“No fuimos al Norte a juntar flores”*

Don Miguel Gutiérrez es originario del poblado alteño de San Diego de Alejandría, allí de boca de su padre, de paisanos y amigos aprendió todo lo necesario para sacarle provecho a la alternativa migratoria. Pero su padre, bracero y trabajador migrante por muchos años, no quería que su hijo tomara el mismo camino. Si él había gastado su vida en el Norte era, precisamente, para que sus hijos no tuvieran que hacer lo mismo. Poco pudo hacer en ese sentido, sus tres hijos estuvieron en el Norte, lo único que logró fue inculcarles una obsesión, la necesidad de volver.

La historia de don Miguel es sin duda peculiar. Su objetivo en la vida era trabajar como profesional sus propias

* Entrevista realizada por Víctor Espinosa, en San Diego de Alejandría, durante mayo de 1992.

tierras, y dejó pasar, por cumplir con su meta, lo que para otros serían muy buenas oportunidades. Primero fue maestro y trabajador migrante, hasta que logró llegar a ser líder sindical y legalizar su situación en Estados Unidos; luego fue estudiante universitario y maestro, logró terminar sus estudios profesionales como agrónomo. Pero el mismo día que se recibió optó por irse a trabajar al Norte, para ahorrar dinero y poder comprar tierras y un tractor.

Al comienzo era la burla de sus paisanos, pero poco a poco fueron comprendiendo su tirada. Tuvo varios empleos, y cuando logró conseguir un buen trabajo y una buena reputación, se cumplió el plazo por él fijado para regresar.

Ahora trabaja en México, en su pueblo, como agricultor de sus propias tierras, sujeto a las inclemencias del temporal y las vicisitudes que tienen que sufrir los que siembran maíz.

Mi padre nació en 1922, trabajaba como regador oficial en la hacienda San Isidro, propiedad de don Fernando Valdivia; desde muy chico ayudó a mi abuelo en las labores del campo; a los doce años lo mandaron a la escuela, cuando terminó el tercer grado se fue del pueblo, al seminario de Lagos, a continuar la primaria, pero sólo estudió pocos meses, pero como mi abuelo se quedó sin trabajo, cuando la hacienda de San Isidro fue repartida a los agraristas de San Juan, en 1937, regresó y, durante dos años, lo ayudó a sostener la familia.

En esos años las cosas empeoraron en el pueblo, tanto que algunos emigraron a la ciudad de México, mi papá recibió noticias de que allá había mucho trabajo y decidió probar suerte en la capital. Salió en 1940, tenía 18 años, llegó a vivir con unos amigos. Trabajó un tiempo como empleado de una tienda, después en un taller de muelles, hasta que encontró trabajo como obrero, en la fábrica de refrescos Mundet.

En agosto del 42 escuchó, en la radio, que todo aquel que quisiera irse a Estados Unidos a trabajar legalmente se dirigiera al centro de contratación que estaba instalado en el estadio de fútbol; me cuenta mi papá que, a pesar de la intensa propaganda que hizo el gobierno, circuló el rumor de que era una trampa para llevar mexicanos a la guerra; recuerda que ese rumor se regó porque en mayo, de ese mismo año, los alemanes hundieron el buque "Potrero del Llano" y México se vio obligado a entrar oficialmente a la guerra; además, en agosto entró en vigor la Ley del Servicio Militar Obligatorio; el miedo de la gente aumentó cuando se empezaron a realizar apagones y ensayos de emergencia en algunas colonias.

Un día, me parece que fue en octubre, mi papá iba en el camión rumbo al trabajo, pasó frente al estadio y vio las colas de gente que esperaba turno para irse de bracero, decidió bajarse del camión y se formó a ver qué pasaba; mientras esperaba turno recordó que mi abuelo alguna vez le había dicho que si llegaba a ir al Norte nada más no se fuera de contrabando, él había ido a Estados Unidos en 1910 y estuvo a punto de ahogarse al cruzar el Río Bravo.

Cuando le tocó turno, lo primero que hicieron fue revisarle las manos, como había sido campesino, las tenía aún llenas de callos; también le hicieron un chequeo médico. Al tercer día salió rumbo a Estados Unidos en ferrocarril, con viaje pagado, comida y casa; me cuenta que el tren era de quince vagones, repletos de brazos para los gringos, además traía una banderita blanca en el último vagón.

Llegaron a Ciudad Juárez y ahí los dividieron, le tocó en un grupo formado por pura muchachada que no conocía el Norte, cuando le dijeron que le iba a tocar el Valle Imperial, se imaginó un lugar en verdad bonito.

Cuando llegaron, dice mi padre, todos se llevaron una sorpresa, eran unos ranchos rodeados de desierto, aparta-

dos del pueblo, con rancheros que trabajaban con caballos percherones y uno que otro tractor, se decepcionaron más cuando les mostraron sus casas..., pero de campaña, donde iban a dormir.

Empezaron a trabajar de inmediato en la siembra del melón, eran jornadas de doce horas diarias, de seis de la mañana a seis de la tarde; a los seis meses iba a comenzar la pizca del melón, pero se le terminó el contrato y se regresó al pueblo, en mayo, creo, de 1943; me cuenta que llegaron, todos los que habían ido, con buenas chamarras, buenos pantalones y muchos dólares.

En ese mismo año volvió a contratarse, esa vez lo mandaron a San José, California, a trabajar en el traque, en una cuadrilla ambulante de tendido y cambio de vías, trabajaba diez horas, le pagaban 57 centavos, diez centavos más que en el Valle Imperial, pero el trabajo era durísimo, había que mover los rieles, entre doce gentes, con unas pinzas llamadas troncas; tenía más de un año cuando llegó la noticia de que había terminado la guerra, ya no quisieron renovarles contrato, se regresó a San Diego el último día de diciembre de 1945.

Cuando llegó encontró a mi abuelo muy desmejorado, murió en marzo del 46, se quedó a cuidar lo que le había dejado: un garbanzo sembrado y unos cuantos animales; ya no se pudo ir al Norte.

Ese año, en cuanto levantó la siembra se fue de nuevo a Estados Unidos; esa vez se contrató en Irapuato, le tocó ir al estado de Montana, a la agricultura, porque ya no había trabajo para los mexicanos en la industria, sólo en el puro campo, trabajó en el desahije del betabel, con un azadoncito conocido como el "cortito", famoso porque tenían que andar agachados todo el día.

Esa vez le pagaron por contrato, según los sacos que pizcara; sólo dejaron a seis braceros, cinco de San Diego y uno de Arandas, para que hicieran todo el trabajo en dos

meses, porque los iban a llevar a Wisconsin, a la cosecha de la papa, los últimos días trabajaron hasta las diez de la noche para poder terminar el trabajo.

Se los llevaron en tren hasta Wisconsin, pero llegaron antes del tiempo de la papa, mientras tanto los metieron a pizar cherry, en unas cubetitas, angostitas de abajo y amplias de arriba, que les pagaban a 25 centavos, mi papá apenas sacaba para la comida, además no les pagaron hasta que terminaron el trabajo por temor a que desertaran, como eran estados muy alejados no era tan fácil encontrar gente para trabajar en los ranchos; estuvieron varias semanas y el tiempo de la papa no llegaba; entonces mi papá se comunicó con un compadre que andaba trabajando cerca y tenía una hermana en Chicago, trabajaba en una empacadora de carnes, le propuso que desertaran y se fueran a probar suerte a Chicago, aprovechando que andaban cerca; se animó porque traía dinero, gastaba poco y en ese tiempo no se había casado todavía con mi mamá.

Se fueron en tren, viajó, durante quince horas, con algo de miedo porque era una novedad andar de ilegal, me cuenta que a cualquier gringo que veía con uniforme lo confundía con los de migración.

En Chicago llegó a la casa de la hermana de su compadre. Consiguió trabajo de inmediato en la empacadora, le pagaban a 95 centavos y trabajaba de ocho a diez horas; su tarea era simple: poner salchichas en unas canastillas con ruedas para que las mujeres las empacaran, había trabajado apenas tres meses cuando llegó el mes de diciembre, su compadre y él comenzaron a platicar sobre las fiestas en el pueblo: las vueltas a la plaza, las serenatas; como estaban solteros se regresaron a San Diego, por la pura nostalgia; pero cuando llegaron a la frontera, al bajar del camión, los pescó la migración, en Laredo, y los enjaularon en un sótano por algunos días, después los llevaron hasta el otro lado del puente y los dejaron en libertad en el lado mexicano. Llega-

ron a San Diego el 6 de enero, dos días antes de que terminaran las fiestas patronales. Llegando mi papá, le ofrecieron trabajo en la presidencia, como tesorero, no sabía nada de política pero como mucha gente se iba al Norte, además eran pocos los que sabían leer y escribir; sin darse cuenta pasó diez años trabajando en la presidencia, y sin salir de San Diego, hasta que, en 1962, entró de presidente Samuel Correa, no se entendieron y fue desplazado de su cargo. Decidió regresar de nuevo a Estados Unidos.

Pero ya no se fue como bracero, en ese año, un primo hermano se ofreció ayudarlo para que arreglara sus papeles, como tenía buenas relaciones con el patrón del rancho donde trabajaba, le consiguió una carta de "promesa de trabajo", donde el ranchero lo solicitaba para trabajar, el trámite le llevó seis meses.

Se fue en agosto de 1962 a Santa María, California, con su primo, a trabajar pizcando fresa; pero pagaban muy poco, además de que las fresas no le gustaron ni para comerlas; después de dos meses se acabó la temporada y prefirió regresar a su pueblo.

Al siguiente año se fue a Soledad, California, con una hermana, su marido se la había llevado a vivir, y un tío, que había sido el primero de San Diego en llegar a ese lugar, ya había comenzado a acomodar a otros parientes del pueblo; su primer trabajo fue lavar platos en un campo donde daban de comer a los braceros, no le gustó porque le pagaban apenas 50 dólares a la semana, duró una semana y fue a pedirle trabajo a su tío, éste le dijo que en el rancho donde trabajaba sólo había vacante un puesto de regador, pero le advirtió que era muy pesado:

—Te mojas mucho y los que trabajan ahí se quejan de sufrir reumatismo, lo bueno es que siempre hay trabajo y te dan muchas horas al día.

Mi papá le contestó que no había ido al Norte a juntar flores; le dieron el puesto de regador, trabajaba catorce

horas diarias, comenzaba a las seis de la mañana, cuando todavía estaba oscuro, y salía en lo oscuro; no necesitaba pagar renta porque vivía en el rancho. El trabajo le gustó, lo aprendió bien, se quedó a trabajar veinte años en la misma actividad; iba y venía: de seis a ocho meses trabajaba en varios ranchos y luego regresaba a San Diego, donde pasaba la otra parte del año trabajando sus tierras, 60 hectáreas que compró en 1964, gracias al Norte, llegó a tener hasta 50 puercos y diez vacas. En 1970 volvió a ir a Chicago, porque en el pueblo los amigos le decían que se ganaba más y se trabajaba menos, pero, a final de cuentas, resultó que la realidad fue muy distinta; en Chicago trabajó en una industria donde ganaba 2.50 dólares la hora, pero sólo les daban ocho horas al día, las 40 horas reglamentarias por semana, sacaba, cuando mucho, 90 dólares por semana, porque a los recién llegados no les daban horas extras, mientras que en California ganaba menos, pero podía trabajar de doce a catorce horas al día, lo que permitía ganar más de 100 dólares a la semana; en Chicago llegó a trabajar para la ciudad, en Parques y Jardines, ganaba tres dólares la hora, el problema fue que el clima nunca le gustó.

En 1974, cuando regresó de Estados Unidos, le dije que me quería ir al Norte, mi papá se opuso, me dijo que tanto sacrificio y desvelo eran precisamente para que sus hijos estudiaran y no tuvieran que andar batallando en otro país, que a fin de cuentas los explotaban casi como esclavos.

Regresó a Estados Unidos, como todos los años, me dijo que me iba a llevar a conocer, pero hasta que pudiera arreglarme papeles, para que no me fuera de contrabando; pero yo ya me había puesto de acuerdo con mis amigos y, con su autorización o no, quería experimentar en carne propia lo que era el mentado Norte; no tenía ninguna necesidad, porque mi padre siempre trató de darnos lo que necesitábamos, además, para ese entonces, tenía dos años que había conseguido un nombramiento de maestro y trabajaba en la

secundaria de San Diego; por eso me esperé a que llegaran las vacaciones de la escuela, me fui en agosto, junto con otros tres amigos del pueblo, rumbo a la frontera; pero no corrimos con suerte, la migra nos pescó varias veces y tuvimos que regresarnos sin haber conocido Estados Unidos. Aún así, fue mi viaje de iniciación, y es el que tengo más presente.

Recuerdo que íbamos Chuy Echeverría, Miguel Ramírez y un hijo de Cirilo Rocha, supuestamente Chuy Echeverría ya había ido una vez y era el que sabía el famoso camino de San Marcos y Carlos Bad. Nos dijo que se llegaba a Tijuana, a la colonia Libertad, que desde ahí se veía un par de antenas y había que ir siguiendo la luz por entre los cerros, sin necesidad de coyote, porque sabiendo el camino todo lo demás era muy fácil.

Chuy nos dijo que para evitarnos el problema con los famosos cholos, que se juntaban en la colonia Libertad, nos íbamos a ir en la tarde, ya oscureciendo, para ver más o menos por dónde íbamos a caminar. Caminábamos y nos escondíamos, luego nos asomábamos, pero en una de esas nos asomamos Chuy y yo, y nos vio la patrulla de la migración y que se nos deja venir, buscamos donde escondernos, pero la migración encontró a dos, nosotros estábamos cerquita, escondidos como a cinco metros, entre los matorralitos, pero como sólo habían visto a dos personas, se contentaron con ellos, los agarraron y se fueron, lo malo fue que se llevaron al que conocía el camino; "pasamos un rato sin saber qué hacer, comimos y nos fuimos caminando para adentro, ¡qué más hacíamos! Caminamos casi toda la noche, al poco rato todo eso era como una fiesta, nos encontramos muchísima gente, grupos completos que iban para donde mismo, nos pegamos a uno de esos grupos y los seguimos por un buen rato, cuando nos enfadamos seguimos por nuestra cuenta y nos metimos por entre una huerta de jitomates; ya para esto era de madrugada.

Esperamos que se hiciera de día, cuando por fin amaneció, pero un tanto ingenuos, para no perdernos, decidimos caminar por la carretera, no tardó una patrulla de la emigración en vernos, nos preguntaron que andábamos haciendo por ahí.

—Nada, respondimos.

—Entonces vámonos para México.

—Pos vámonos.

¡Qué más les decíamos!, nos sacaron luego luego y, en la mañana, ya estábamos comiendo menudo en Tijuana.

Hicimos otros dos intentos de entrar, no encontramos a los que agarraron. Traíamos algo de dinero porque íbamos preparados, pero a los que agarraron los echaron al avión y los aventaron hasta León, Guanajuato. Así que para ellos se acabó pronto la aventura.

El otro muchacho se desanimó, ya se le estaba acabando el dinero

—Me voy a regresar, dijo.

—No, pues vámonos.

Nos regresamos.

Cuando mi papá se enteró me dijo, que si de verdad quería irme, fuera cuando comenzara la temporada de trabajo, en marzo, y no agosto cuando el trabajo ya estaba por terminar.

Pedí licencia en la escuela y al siguiente año, en 1975, invité a otro amigo y nos fuimos, en marzo, junto con mi papá; él se fue hasta Soledad y a nosotros nos dejó en Tijuana, con Jesús Aldana, un coyote de San Diego, para que nos pasara, esa vez entramos sin dificultades, nos pasaron en una camioneta hasta Los Angeles, pagamos 300 dólares por cada uno; cuando llegamos mi papá ya me había sacado mica del Seguro Social, a mi amigo le dijeron que para darle seguro necesitaba comprobar que era residente legal, si no iba a ir la migra por él, como habíamos dado el domicilio donde estábamos no pudimos quedarnos, nos fuimos un

mes a trabajar en la limpia y el desahije del betabel, a un ranchito que estaba a 30 millas de Soledad, trabajábamos desde las seis de la mañana hasta las doce del día, a esa hora pasaba la migra por el rancho, en su recorrido diario que hacía desde Salinas, los que no traían papeles paraban de trabajar y se escondían en una galera, se salían hasta las 3 de la tarde y trabajaban otras tres horas.

Cuando vimos que a la casa no se había presentado la migra, regresamos; trabajé un tiempo en el rancho, con mi papá, hasta que conseguí un mejor empleo, en una compañía deshidratadora de ajo y cebolla; en ese tiempo mi papá ya había iniciado los trámites para arreglarme los papeles; después de varias solicitudes nos avisaron que nos presentáramos de inmediato, antes de que cumpliera 21 años y fuera más difícil el trámite.

Ya legalizado fue más fácil conseguir trabajo, pero no había abandonado la idea de seguir estudiando; cuando regresé, en 1975, coincidió que en San Julián acababan de abrir una preparatoria; me inscribí de inmediato, seguí trabajando en la secundaria y en vacaciones me iba con mi papá por tres o cuatro meses a Estados Unidos.

Así estuve hasta que terminé la preparatoria, en 1977, y con el dinero que había ahorrado con mi trabajo de maestro en San Diego y de jornalero en Estados Unidos, me fui a estudiar agronomía a la Universidad de Guadalajara; al mismo tiempo hice intentos por cambiar mi plaza de maestro a Guadalajara, no pude y pedí licencia, pero sin trabajar.

Pero pasó que mis ahorros, que consistían en 20 mil pesos, se esfumaron, ya no tenía dinero para seguir estudiando y, además, ya deseaba casarme, así que dejé de estudiar un año; en 1978 me fui de nuevo a Estados Unidos, ahora sí con una meta fija de antemano: ahorrar para casarme y seguir estudiando; cuando llevaba unos tres o cuatro mil dólares regresé, a los dos meses me casé. Regresé a trabajar a la secundaria de San Diego, sin abandonar los

planes de terminar la carrera de agronomía; más tarde pedí mi permuta a Ocotlán y, al mismo tiempo, planeé mi reingreso al segundo año de la carrera, para esto primero tuve que cambiar la plaza, por una del turno vespertino en Jamay, desde donde hacía el recorrido todos los días hasta Guadalajara, para asistir a la Universidad, en un carrito que compré con el dinero que traje de Estados Unidos.

En poco tiempo, gracias a la conexiones políticas que tenía como maestro y a mi amistad con el presidente municipal de San Diego, le echaron el sablazo a la diputada de ese distrito, que tenía un buen hueso en el Departamento de Educación Pública; conseguí una plaza más cerca de Guadalajara: en Cajititlán.

En 1983 me recibí, por fin, de agrónomo y, para sorpresa de mis padres y amigos, decidí regresar de nueva cuenta a trabajar a Estados Unidos; recuerdo que todos se opusieron, pero tenía mis razones: nunca dejé de pensar en Estados Unidos; porque ya había comprobado que allá sí se podía ahorrar dinero, el mayor problema de la gente que va es que la idea de ahorrar es muy remota, no tienen la suficiente fuerza de voluntad, o la suficiente habilidad, para ahorrar lo que ganan, porque en general ganan mucho dinero, yo sabía eso y mi intención era comprarme un tractor, porque siempre había sabido de agricultura, y quería trabajar de eso aquí en mi pueblo, en mi tierra.

Para mis amigos fue una locura que yo me fuera a Estados Unidos, porque, de hecho, estaba en mi mejor momento como maestro, me había metido en la política sindical, en ese tiempo yo era el secretario general de toda la zona en el sindicato de maestros, era una excelente posición, porque en la zona centro éramos nada más 22 personas las que manejábamos todo el asunto político de la sección 47, eso era de mucho peso, porque los asuntos políticos se deciden en Guadalajara, no acá afuera, en los pueblos, en ese tiempo el secretario general tenía la facultad de opinar, a la par que

el inspector, sobre los interinatos o propuestas de plazas, eso te daba cierto poder y mucha gente lo usaba para hacer dinero, pero como yo siempre consideré la situación de que me iba ir a Estados Unidos, ni siquiera doble plaza tenía, por eso, para todo mundo, era una tontería que me fuera a Estados Unidos de nuevo.

Yo sabía que el trabajo que iba a hacer allá era trabajo físico, que requería mucho esfuerzo, sin embargo, también sabía que si no me iba en ese tiempo jamás me iba a ir, así que con todo el dolor y la pena me fui a Estados Unidos al terminar mi carrera, en septiembre de 1983.

Llegué a Soledad, California, con Abel, mi hermano más chico, en ese entonces todavía estaba allá David, el otro hermano que había llevado al Norte por primera vez en 1976.

Al principio pizqué lechuga, hasta que se me ocurrió que la mejor manera de hacer dinero era con la "corrida", en el Valle de Salinas, ésta consistía en seguir las pizcas de los diferentes cultivos de rancho en rancho; durante mis recorridos vivía en el carro, en un Volkswagen al que nomás le dejé el asiento del chofer y le puse una tarima de madera, bien acolchonada para dormir, tenía hasta una estufa eléctrica en el auto.

Al principio tuve que soportar las burlas de mis amigos de San Diego, se reían de mi porque había pasado la vida estudiando para terminar pizcando lechuga como ellos; recuerdo que no me molestaban gran cosa las burlas porque tenía un argumento bastante simple para callarlos: estaba ganando buen dinero, en un momento en que no se podía trabajar en México, porque la recesión económica estaba en su etapa más crítica.

Lo único que no me gustaba de las corridas era que tenía que andar de un lado a otro, eso me impedía estar en la escuela, por eso cuando pude, lo primero que hice fue estudiar inglés, porque sabía que era la base para conseguir

mejores empleos; lo que aprendí en la escuela en México me sirvió, sin duda, pero allá la gente me juzgaba por el acento, porque si tu llegas hablando trabado y con acento mexicano, te ven como alguien que no sabe hablar inglés y que no puedes hacer nada, al menos ese es el complejo que a uno le provocan.

Tenía un año trabajando en las corridas cuando mi papá, ya cansado, por 20 años de regador, se jubiló en Estados Unidos, aproveché y me quedé en su lugar durante tres años; con ese trabajo pude ahorrar más, pronto compré una casa en San Diego, además de la que ya tenía en Guadalajara, en Residencial Poniente.

El trabajo en el riego me permitió, además, estabilizarme, me puse a estudiar cuanto se me ocurrió: cursos de mecánica, soldadura, laminado y pintura, escritura y redacción, filosofía y hasta un curso de educación para maestros, llegó un momento en que sentí que podía entender y escribir perfectamente el inglés, pero seguía con problemas para hablarlo; aún así, y a pesar de que tenía un buen trabajo, movido por la idea de progresar, me metí a trabajar como mecánico, durante ocho meses, sin dejar de buscar en los periódicos una oportunidad para encontrar un mejor empleo.

En una de esas ocasiones salió un anuncio donde decía que el Departamento de Agricultura, del condado de Monterrey, California, estaba solicitando técnicos agrícolas para que ayudaran a varios investigadores en diferentes tareas, me animé a llenar una solicitud y, para mi sorpresa, a los pocos días, después de que me hicieran una evaluación, me contrataron. Recuerdo que la evaluación fue muy simple, me pusieron a identificar plantas, calcular la dosis de insecticida, cosas muy elementales, comparado con todo lo que había estudiado en México, además requería experiencia en la agricultura, plantas y cultivos y en el manejo de maquinaria agrícola; mi certificado de estudios, que demostraba to-

das las materias que había cursado, y mi experiencia como regador me sirvieron mucho.

Trabajé para unos investigadores de la Universidad de California, me pagaba el Departamento de Agricultura del condado de Monterrey, fue un trabajo interesante, era un grupo de siete personas donde había investigadores de renombre internacional en entomología, herbicidas, herbicultura, irrigación y fertilizantes; al principio, en términos económicos, no era el mejor trabajo que había tenido, ganaba entre diez y doce dólares la hora, el problema es que no podía trabajar más de ocho horas al día y se me descontaba mucho por impuestos, con el tiempo me gané su confianza y me empezaron a llamar, los fines de semana, para hacer trabajitos a los rancheros del condado, con eso pude mejorar la paga. Tenía un año trabajando con ellos cuando cumplí los cinco que había pensado estar, ahorrara lo que ahorrara, pero, me encontraba tan a gusto en el mejor trabajo que había tenido jamás, que decidí quedarme seis meses más.

En diciembre de 1989 avisé que iba a dejar el empleo porque quería calarle a salir adelante en México; probablemente no funcione, me acuerdo que pensé, pero tengo que intentarlo; uno de los investigadores me prometió un trabajo mejor, otro me dijo que si regresaba a Estados Unidos, así fuera por una semana o dos, con ellos tendría trabajo seguro.

Desgraciada o afortunadamente decidí venirme porque se había cumplido el plazo que me había impuesto, además tenía deseos de estar un tiempo en México, no sé si vaya a volver algún día; en diciembre de 1992 cumplo dos años que regresé; me vine a trabajar en la agricultura, el primer año me fue mal, invertí mucho dinero y, a pesar de que tuve buena cosecha, definitivamente gasté más dinero del que gané, pero voy a volver a sembrar este año y espero tener mejor suerte.

Las tierras que actualmente tengo son las mismas que mi papá compró en 1964, gracias al Norte, y que vendió, en 1970, porque nunca le sacó ningún provecho o beneficio.

En 1988, esas mismas tierras las compramos entre dos hermanos y yo, porque aquí tú vales más si tienes, especialmente bienes raíces, tener tierra da prestigio. Uno de mis hermanos quería comprar suelo para vivienda pero lo convencí de comprar tierra para sembrar; cuando vivíamos juntos en Estados Unidos nos iba bien a los tres; David es, actualmente, encargado de una empacadora de papas; Abel, el menor, lo metí a trabajar como regador en el rancho, ahora está como soldador.

Me acuerdo que de las tierras platicábamos diario, siempre con la ilusión de progresar, mis hermanos siguen en el Norte, vienen temporalmente, su intención es venirse definitivamente, porque ellos bien saben que aquí eres algo y allá no eres nada, no importa qué trabajo tengas, por muy bueno que sea, ellos, por ejemplo, tienen buenos trabajos, pero aún así no son nadie.

Buscamos unas tierras buenas que se vendieran, nos enteramos que el compadre de mi papá quería vender las suyas, como conocíamos el terreno, porque había sido de mi papá, sabíamos que era bonito el lugar, así que lo compramos; pagamos diez mil dólares de contado y cinco mil dólares cada seis meses, en total fueron 40 mil dólares.

Antes de venirme nos trajimos un tractor, varios vehículos y equipo e implementos agrícolas, por eso desde que llegué me dediqué de lleno a la agricultura, sembré cerca de 40 hectáreas, todas con maíz porque existía una gran demanda de pastura en el mercado local, pero el año fue difícil; como agricultor considero que le di buen trato al terreno, que le metí mucho dinero, pero no hubo los resultados previstos, en primer lugar porque la lluvia se retrasó, comenzó a llover en julio, y una vez que comenzó no dejó de llover hasta septiembre, aún así tuve una buena cosecha,

pero cuando tenía todo tirado para comenzar a moler, el día seis de enero, se vino la lluvia y mojó toda la cosecha, estuve a punto de perderlo todo, debía 45 millones de pesos, al siguiente año volví a sembrar pero me moderé en los gastos.

Fui invitado a participar en la campaña política con una de las fracciones del PRI dentro del municipio, como sabían que me gustaba la política y que tenía prestigio, porque era un migrante que había terminado mi casa con lo del Norte, y era uno de los pocos que podía llegar del Norte y soltar de 30 a 40 millones de pesos de un momento a otro. Las elecciones fueron reñidas porque una de las fracciones del PRI se fue al PAN, pero el PRI ganó, a pesar de perder las tres casillas del pueblo, ganamos gracias a los votos de los ranchos. Don Jesús Hernández, también migrante, quedó como presidente municipal y yo como secretario de la presidencia de San Diego de Alejandría.

El Norte es como el mar
se terminó de imprimir en agosto de 1996 en
Doble Luna Editores e Impresores, S.A. de C.V.
Hugo Vázquez Reyes 24, Zapopan, Jal.
Corrección: Brígida Botello
Tipografía: *Ediciones de la Noche*
Diseño de portada: Avelino Sordo Vilchis
Cuidado de la edición: Unidad de Difusión Científica
y Coordinación Editorial.
Tiro: 500 ejemplares.